Seix Barral

Juan Gómez Bárcena

Abril o nunca



Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Cita

ABRIL

PRIMAVERA

VERANO

OTOÑO

INVIERNO

ABRIL

AGRADECIMIENTOS

Créditos

ABRIL O NUNCA

Juan Gómez Bárcena

Seix Barral

A los que se van

¿Qué es el tiempo? Algo absurdo. ¿Por qué no podemos nosotros reinar sobre el absurdo?

VIVIAN A. ITIN

Nada borra el pasado. Existe el arrepentimiento, existe la enmienda, y existe el perdón. No hay más, pero con eso basta.

TED CHIANG

ABRIL

Teresa cumple años dos veces cada año. En Madrid y en Benidorm. Con mamá y con papá. En abril y en abril. El orden es siempre el mismo: primero en Madrid, primero con mamá, primero el día 3 de abril. Su verdadero cumpleaños. Porque las cosas solo pueden ser verdaderas una vez, el resto es repetición, y al padre, a Daniel, siempre le toca celebrar esa repetición: un cumpleaños que nunca transcurre en la ciudad de la niña, nunca con sus amigas, nunca el 3 de abril. Este año será el día 13, sábado: una fecha de mentira. Lo sabe Daniel y, sentada en el asiento de copiloto, lo sabe también Teresa, que guarda un silencio solemne mientras el coche arranca y la puerta del garaje se va elevando poco a poco. Una expresión adulta. Una mirada que no le pertenece a ella, sino a su madre. Al menos eso piensa Daniel. De un tiempo a esta parte siente que el rostro de su hija se ha ido poblando de gestos heredados, gestos que siempre pertenecen a Patricia, y que por eso ama y rechaza al mismo tiempo. El cuerpo de la niña como el campo de una batalla perdida de antemano, en el que no puede reconocer nada propio, salvo la derrota.

Teresa mirando la cagada de gaviota que blanquea el parabrisas, con el ceño fruncido: el gesto de Patricia al examinar una factura.

Teresa apartándose un mechón de la frente usando solo dos dedos: los dedos de Patricia, el mechón de Patricia.

Teresa que se vuelve de pronto para mirarlo con la barbilla apuntando al cielo, exactamente igual que Patricia. Teresa, un metro

cincuenta y tres centímetros de estatura, y sin embargo capaz de mirarte a veces desde las alturas.

—Ya sé a dónde me llevas.

—A ver. ¿A dónde te llevo?

—Si acierto, ¿me lo dirás?

—Tú prueba.

Teresa finge un gesto de profunda concentración.

—A Terra Mítica.

—Frío, frío.

—Vamos de excursión.

—Me temo que no.

—¡A navegar!

—¿Te gustaría navegar?

—Sí.

—Pues es una pena, porque tampoco te llevo a navegar.

—¡Papá!

—Ya te he dicho que es una sorpresa. Vas a tener que esperar un poco más.

Teresa quiere enfadarse, pero no lo consigue. Daniel puede distinguir en su rostro, incluso, el esbozo de una sonrisa. También él sonríe. Porque si hay algo que su madre no ha colonizado todavía, es eso: la boca de Teresa. Hace años que Patricia no sonríe así. No, al menos, en presencia de Daniel.

—Más te vale que me guste —murmura Teresa.

—Te va a gustar.

Teresa acaba de cumplir trece años. Según se mire, está por cumplirlos todavía. En lo que respecta a su padre, en el interior de ese Seat Ibiza que está a punto de abandonar el distrito municipal

de Benidorm, Teresa tiene doce años todavía. Su segundo cumpleaños no se celebrará hasta algunas horas más tarde, cuando la sorpresa acabe y estén de vuelta en el apartamento de Daniel. No será gran cosa, esa celebración: una botella de Coca-Cola de dos litros, una bolsa de Pelotazos, una tarta congelada de marca Comtessa, dos velas rosas que Daniel se ha acordado de comprar a última hora en un chino. El éxito del cumpleaños recayendo sobre los hombros de solo dos personas: un padre y su hija. Una carga tal vez demasiado pesada. Acabarán viendo una película de Netflix y, como siempre les sucede, tardarán tanto tiempo en elegirla que Teresa se quedará dormida en el sofá. El año pasado tuvo que llevarla a la cama en brazos. Daniel se pregunta si Teresa no es ya demasiado mayor para eso: si este año será el año en que ella misma camine renqueante hasta el dormitorio. Seguramente sí, se responde: es ya mayor, muy mayor. Y sin embargo, hay algo en él que se resiste al paso del tiempo. Algo que sigue encontrando liviano el peso cada vez menos liviano de su hija.

Trece años en Madrid, doce en la carretera que une Benidorm y Alicante. Hay en ese retraso algo parecido a una metáfora. Desde el divorcio, Daniel siente que la relación con su hija vive una especie de *jet-lag*: un habitar permanente del pasado. Su primera Navidad solos le regaló el disfraz de Ladybug, con el que tanto había soñado todo el verano, pero resultó que Ladybug ya no le gustaba. Desde entonces fue ya siempre así: un póster de dinosaurios cuando a Teresa le importaban un pito los dinosaurios; una guitarra cuando ya no tocaba la guitarra. Ver a un hijo en fines de semana alternos es no conocer del todo a la persona que se está subiendo a tu coche. Una cita a ciegas los sábados por la mañana. Y no digamos entre abril y octubre, durante los seis meses que Daniel pasa trabajando en Benidorm. En esa época son más largas pero más espaciadas las

visitas, y cada vez que conduce hasta Madrid para verla o que la recibe en la estación de Alicante, acompañada por el personal de Renfe, siente que su vínculo tiene que construirse desde cero. De pronto hay trenzas donde antes había melena, y hay jerséis nuevos, y hay partes de un bañador que no sabías que tu hija necesitaba, y palabras que Daniel nunca habría imaginado en boca de Teresa. Una batería de preguntas —qué tal en el cole; ¿sigues siendo amiga de Ana?; ¿ya sabes lo que quieres ser de mayor?— que no son las preguntas de un padre a una hija, sino como mucho las preguntas de un tío a su sobrina. Teresa contesta con monosílabos, porque los niños no están hechos para las respuestas, sino para las preguntas. Siempre son necesarios algunos días para que la cosa, como suele decirse, ruede; para que el hielo se rompa. Lugares comunes —el hielo, el movimiento— que Daniel encuentra particularmente precisos para ilustrar lo que sucede entre ellos: una lucha permanente contra la inmovilidad, contra el frío. Su relación como un barco rompehielos que abre rutas líquidas que el tiempo endurecerá de nuevo.

Siempre son mejores las despedidas. Es posible abrazar a su hija en la estación o en el portal de su casa y sentir que sus relojes se han sincronizado de nuevo. Pero también hay algo doloroso en esa separación, porque sabe que a partir de entonces el tiempo discurrirá para ellos a ritmo muy distinto —el tiempo de Teresa, siempre mucho más rápido— y en algún momento, dos fines de semana más tarde, habrá que volver a descubrir quién o qué cosa es esa niña cada vez menos niña que lo abraza, con su maleta de ruedines a cuestas.

—Voy a echarte de menos —acaba murmurando siempre Daniel en el oído de su hija.

Y Teresa, poco proclive a sentimentalismos, le contesta:

—Yo también. Voy a echarte de menos, pero solo un poco.

Tiempo después, cuando ya no le queden más que los recuerdos, Daniel tratará de atesorar todos los instantes que precedieron al instante. Querrá recordar la ropa que ambos llevaban puesta, la luz oblicua del sol rebotando en el espejo retrovisor, la mano de Teresa abandonada lánguidamente a escasos centímetros de la palanca de cambios. Recordará la música que sonaba en la radio, si es que acaso la radio estaba encendida —no estaba encendida, recordará o decidirá al fin; la quitó justo después de salir del garaje—. Fue precisamente entonces cuando vio, esperando en el último paso de cebra de la urbanización, a una mujer que no necesitará esforzarse en recordar. Era guapa, pero por supuesto a lo largo de su vida Daniel ha visto e incluso besado a muchas mujeres guapas que ha olvidado. Y sin embargo, no olvidará el vestido amarillo, el cigarrillo a medio consumir en la mano izquierda, la bolsa de plástico con el logotipo de Alcampo en la mano derecha. Su mirada. No olvidará su mirada, porque la mujer, la chica —toda mujer más joven que él es *una chica* para Daniel—, levanta de pronto los ojos y los detiene en los suyos, y hay en su expresión algo que no termina de identificar, una vaga sensación de familiaridad, de instante ya vivido, algo que podría ser curiosidad o perplejidad o incluso deseo, si Daniel creyera que despertar deseo en una chica tan joven y tan guapa sigue siendo posible. No, no es posible, piensa y decide y recordará Daniel, y acaba apartando la mirada con turbación.

—¿Está muy lejos?

¿Fue la primera vez que Teresa habló, en todo el viaje? ¿La primera vez que lo miró a los ojos? Días y meses más tarde, Daniel tratará de responder a esa pregunta. Sí, acabará contestando. Fue

justo entonces: en el momento en que miró a aquella desconocida que por alguna razón no parecía una desconocida. Bastó esa distracción pasajera para que Teresa dejara de distraerse a su vez, para que volviera toda su atención al interior del coche. Porque los hijos siempre miran a sus padres, aunque a veces parezca que no. Quieren que los dejemos en paz de una vez, piensa y pensará Daniel, que nos ocupemos de nuestros asuntos, pero no perdonan el momento en que los padres tienen efectivamente asuntos donde ellos no caben. Quieren que dejemos de mirarlos, pero que esa interrupción no sea verdadera.

—Media hora más o menos. Estamos en un periquete.

Teresa, que ha sentido tal vez regresar la atención de su padre, suspira con desgana. Otro gesto de su madre.

Después del divorcio, Daniel se ha acostado con tres mujeres. Tres *chicas*.

Con la primera, con Laura, técnicamente no solo se acostó *después* de la separación, sino también *durante* y sobre todo y significativamente *antes*: casi tres meses que su esposa —su exesposa— nunca perdonó. Fue una infidelidad más bien desganada y lánguida, que se sostuvo gracias a no pocos azares y en la que Daniel se vio envuelto casi sin quererlo. Laura le gustaba, claro, un poco al menos, pero el comienzo de su relación se explica menos por lo que le gustaba de ella y más por lo que empezó a disgustarle de Patricia, o más exactamente de la vida con Patricia. Patricia, que llevaba todo un año *rara*. ¿Rara cómo?, le preguntaban a Daniel sus amigos. Él reflexionaba: Rara *rara*. Las opiniones de los amigos eran diversas: tenía una aventura, tenía ganas de tener otro hijo, tenía una crisis de la mediana edad. No acertó ninguno. Lo que le pasaba

a Patricia es que estaba cansada de la crisis de la mediana edad que había empezado a sufrir el propio Daniel, y de la que Daniel no sabía por aquel entonces nada todavía. Tuvieron muchas conversaciones al respecto, conversaciones que siempre empezaba Patricia y que Daniel nunca supo o no quiso entender. Solo te importa Teresa, le reclamaba Patricia; solo a ella la escuchas. No eran celos sino la constatación de algo evidente: desde hacía un tiempo Daniel se sentía más próximo a su hija que a su esposa. Entonces apareció Laura, que era amiga-de-un-amigo y lo bastante enérgica para que pasara desapercibida la falta de energía del propio Daniel.

Con lo que pasó después, con el divorcio y sus muchas consecuencias y ramificaciones, descubrió lo que la mayoría de las personas descubren en algún momento: que la experiencia de los otros no nos prepara en absoluto para la vida. No, al menos, para la nuestra. Aún más: que la experiencia que se adquiere en el trabajo —en el caso de Daniel, en un bufete de abogados matrimoniales— nos toca acaso menos todavía. Daniel llevaba más de una década lidiando con rupturas, con infidelidades discretas o abiertamente monstruosas, con audios kilométricos enviados por ambas partes, con niños que necesitaban ser repartidos con la exactitud quirúrgica con que se reparten los bienes matrimoniales, con personas consumidas por la culpa, con auténticos psicópatas, y siempre, en todas esas ocasiones, había abrazado la convicción de que él era distinto, que él haría las cosas mejor, signifique eso lo que signifique en la tierra sin ley de las relaciones humanas. Pero no hizo las cosas mejor, ni tampoco peor, sino igual, exactamente igual que aquellos idiotas. Patricia y él reprodujeron lo que a lo largo de todos esos años había oído y aprendido sobre el género humano, y en particular sobre el género de las personas-que-se-amaban-y-ya-no-se-aman, con los mismos errores, que ya no parecían errores sino obstáculos

que de ningún modo podían ser evitados. En la Escala de Hostilidad de las Parejas Que Se Separan, que como broma habían inventado en el bufete —un 0 para las escasísimas parejas capaces de tomar un café civilizado; un 10 para aquellas que se insultan e incluso llegan a las manos ante el mismísimo juez—, Patricia y él alcanzaron un razonable 3.

Cuando culminaron las últimas negociaciones, cuando todos los detalles estuvieron convenientemente cerrados —sobre todo la espinosa cuestión de los turnos de visita de Teresa—, Laura ya no estaba en su vida. Lo dejó ella, pero como a veces sucede, pareció que la dejaba él, porque llevaba semanas sosteniendo tensos silencios en el desayuno y rechazando planes que siempre comenzaban con la coletilla: ¿Vamos? Será divertido. Contestó que no le pasaba nada las veces suficientes para que Laura entendiera que efectivamente no le pasaba nada: que vivir con Daniel era tal vez así. Y así no, claro.

¿En qué pensaba Daniel durante aquellos desayunos, durante aquellas noches en que se negaba a ir al cine o a bailar o a donde quiera que Laura propusiera? Los silencios de Daniel consistían en fumar mucho en la ventana —porque Daniel todavía fumaba en aquella época— pensando en todo lo que había sido su vida y ahora se iba por el retrete. Pensaba exactamente así: a veces entraba en el cuarto de baño, miraba el retrete y se decía, mira, mi vida. ¿Cómo cojones había llegado a esa situación? Pensó que buscaba algo. Que escapaba, quizás, de algo. ¿Qué buscaba? ¿De qué estaba escapando? Ni entonces ni tampoco en los años siguientes ha sabido entenderlo. Solo el deseo de huida y el anhelo de búsqueda estaban claros para él. Eso, y que lo que buscaba no era, definitivamente, otra mujer. No, al menos, Laura.

Lo más parecido a un punto de apoyo que Daniel tenía durante aquella época, a un suelo en el que hacer pie, era Teresa. Fue difícil al principio, claro: el asunto de las dos casas. De los dos papás, que luego, cuando Jaime irrumpió en sus vidas, fueron tres. Hicieron falta muchas tardes extrañas, muchas visitas al parque de atracciones y excursiones a la sierra, muchas noches en que Teresa no se dormía porque la almohada, decía, no era tan cómoda como *la otra*. También muchas conversaciones. Porque con ella sí sabía hablar: de todas las virtudes de Teresa, arrancar palabras a Daniel era tal vez la más extraordinaria. Con el tiempo fue o pareció fácil. Trasplantaron las rutinas que habían establecido en su vida anterior —así llamaba Daniel a los años que pasó con Patricia, su vida anterior— y crearon nuevas rutinas donde solo había quedado un gran vacío.

Laura hizo sus maletas —unas maletas demasiado grandes y aparatosas para lo poco que tenía que llevarse, teniendo en cuenta que nunca llegaron a vivir juntos; no al menos a vivir *vivir*— más o menos al mismo tiempo que Patricia conoció a Jaime. Al principio pareció que solo era eso, un tipo que se conoce, pero acabó convirtiéndose en esa amenaza que la mayoría de los padres divorciados temen: en un segundo padre para su hija. Jaime era lo que suele llamarse un buen tipo, incluso un tipo estupendo, según las versiones. Al propio Daniel nunca ha llegado a caerle mal del todo, aunque por supuesto se esforzó en odiarlo. Desde entonces, Patricia y él llevan cuatro años juntos. Nunca, en esos cuatro años, ha percibido Daniel una sola fisura en su relación, una sola grieta en ese tipo monolítico que siempre dice la frase correcta al dejar a Teresa en su casa o incluso al tomar con él un café cordial, civilizado, cuando la ocasión lo requiere.

¿Qué tiene él que no tenga yo?, se ha preguntado a menudo Daniel, al principio con un cigarrillo en la boca y luego con chicles mentolados. Se lo llegó a preguntar una vez, incluso, a Patricia; una pregunta formulada de un modo mucho más diluido y alambicado, pero inequívoca al fin y al cabo.

¡Que él habla!, contestó Patricia, irritada. Por Dios, Daniel. ¡Que él sabe cuándo es necesario *hablar*!

Daniel aparta la mirada del volante un momento. Teresa tiene la cabeza apoyada en la ventanilla con la boca ligeramente entreabierta. Otro gesto de su madre.

—¿No me cuentas nada, Tere?

—Te he dicho que no me llames Tere.

—¿No me cuentas nada, Teresa?

—Eres tú el que no me quiere contar nada. El que no me dice a dónde vamos.

Parece un reproche, pero no lo es. Daniel no tiene que mirarla para saber que ahora mismo está sonriendo.

—Te va a gustar. Te lo prometo.

Teresa no añade nada más. Su cabeza apoyada en la ventanilla, absorta en el paisaje amarillo y los pueblecitos blancos que discurren al otro lado del cristal.

—¿Cómo está mamá?

—Bien, no sé. Como siempre. Estresada, supongo.

Patricia trabaja en una agencia de publicidad en la que siempre hay mucho trabajo. Daniel recuerda de soslayo la época en que la veía llegar a las nueve de la noche, se desplomaba sobre el sofá, se quitaba el zapato izquierdo con el pie derecho y el zapato derecho con el pie izquierdo y decía: Estoy estresada. Estoy tan estresada.

Sin duda sigue siendo así: solo que ahora es Jaime quien se sienta a su lado, solícito. Él quien le abre la cerveza.

—¿Y Jaime? ¿Cómo está el bueno de Jaime?

—Como siempre.

—¿Hacéis cosas juntos?

—Claro. Muchas cosas.

—¿Por ejemplo?

Teresa considera su respuesta.

—Vemos la tele. Y algunas noches jugamos a algo.

—Así que jugáis. ¿A qué?

—El otro día jugamos al Scrabble.

—¿Qué tal juega? ¿Es bueno?

—Muy bueno.

Jaime: ese hombre que sabe preparar una ensalada con nueces de macadamia, confeccionar un disfraz de abeja para Teresa y entablillar la patita de un gato herido —suena inverosímil, pero es así; Jaime, verdaderamente, había entablillado la patita de un gato callejero que Teresa y él encontraron bajo un coche—. Y por lo visto, que también juega bien al Scrabble.

Intenta añadir algo, pero Teresa se adelanta.

—¿Y tú, papá? ¿Cómo estás tú?

—¿Por qué lo preguntas?

—¿Por qué me preguntas tú cómo están mamá y Jaime?

Daniel tarda unos segundos en contestar.

—Estoy bien. Todo va bien.

—Mamá dice que tú también tienes mucho trabajo.

—No tanto. Pero es que viene todo junto. Es como tener todos los exámenes del año el mismo trimestre.

—Bueno. Antes que te lo quitas, ¿no?

—Sí. Además me gusta, el trabajo. Estoy mucho mejor que antes.

Daniel se pregunta si está diciendo la verdad. Si de verdad está mejor ahora, desde que dejó el bufete. Siempre responde a todo el mundo que sí, que está mejor, cuánto mejor, así que tal vez sea cierto. Está bien. Todo va bien.

—¿No tienes novia?

La pregunta le coge desprevenido. Hace mucho que Teresa no le pregunta eso. Es un pacto antiguo: ella no le pregunta por sus novias y él no le pregunta si le gusta algún chico de su clase. O una chica. Quien sea que le guste. Porque ellos la quieren y todo va a parecerles bien. Lo sabe, ¿verdad?

—No. Me parece que yo ya... Yo ya he cerrado el chiringuito.

Teresa ríe brevemente.

—Vamos, papá. Eres viejo, pero no *tanto*.

A Elisa, la segunda mujer con la que se acostó Daniel, la conoció en cierta fiesta que un amigo común daba en su terraza; una de esas fiestas con aire retrospectivo, que a veces dan los hombres de cuarenta años imitando el modo que tenían de ser felices a los veinte. Como ocurre a veces a los veinte años, Daniel conoció en aquella fiesta a una chica, a Elisa, y a las cuatro de la madrugada estaba ya en el pequeño apartamento de ella. Elisa, Elisa, Elisa. Se sorprendió repitiendo su nombre mientras follaban, como si temiera olvidarlo. Elisa, repetía como poseído, aunque solo fuera para afirmar que no era ni Patricia ni Laura. Porque hasta entonces todo había sido así, o Laura o Patricia, o la una o la otra. O ambas o ninguna. Elisa, repetía, mientras contemplaba las mutaciones que el placer producía en su rostro, a la luz incierta y equívoca de una lámpara de lava que también parecía venida directamente desde su adolescencia. Esta es Elisa, había dicho su amigo cinco o seis horas

antes, y Elisa había levantado los ojos con aire interrogante. Estaba sentada en una especie de mesita de café, echando las cartas a algunos de los invitados. Es que yo veo cosas, decía, impostando seriedad, pero era evidente que bajo aquella máscara solemne también ella se reía de sus propias predicciones. Echando las cartas a los tres primeros interesados —los tres, por casualidad o no, eran hombres— había visto efectivamente cosas, casi todas buenas. Con él fue distinto. Jamás vi una cosa igual, dijo ya en la primera tirada. Todas las cartas, incluso las que parecían buenas —como aquella torre tan sólida y maciza—, eran en realidad malas, o se encadenaban de algún modo que resultaba ser malo. ¿Me estás leyendo el pasado o el futuro?, preguntó Daniel, y ella levantó los ojos con intención para decir: Te estoy leyendo ambos, Daniel. Para entonces ya se habían dicho los nombres, y puede que ella hubiera dado ya algún sorbo corto, descuidado, al gin-tonic de él. Es que no puedo decirte nada bueno, dijo riendo al fin, abandonando toda pretensión de seriedad. Vio un despido, vio un cambio de vida que tampoco acabaría siendo lo que él esperaba, vio incluso una tragedia inconcreta que gravitaba en alguna parte. Vio amores desgraciados. Quién sabe si el suyo, su amor —una relación intermitente de apenas dos meses, que Daniel se empeñará en llamar amor—, fue una de esas relaciones malogradas contra las que le advirtió aquella primera noche. Elisa nunca llegó a conocer a Teresa. Eso da una medida de la brevedad y de la falta de importancia que Elisa tuvo, a fin de cuentas, en la vida de Daniel.

Su madre murió poco después, y él pensó, claro, en la carta de la torre. Lo hizo con cinismo, como quien comparte una broma —al final resulta que Elisa *sí* que veía cosas—, pero el caso es que lo pensó. Su padre había muerto casi diez años atrás y desde entonces su madre vivía sola en un apartamento en Benidorm, un

apartamento feísimo que había comprado con lo que le dieron por la vieja casa familiar de Alicante. Así es como lo había descrito Patricia la primera vez que fueron a visitarla: un apartamento feísimo, el apartamento más feo que había visto en su vida. Una vecina la encontró muerta en las escaleras de ese apartamento tan feo, todavía con la bolsa de la compra en la mano. Daniel canceló sus reuniones, condujo cinco horas sin hacer una sola parada y tuvo que tomar decisiones en las que nunca había pensado: urna o féretro, el tanatorio de Benidorm o el de Alicante, ataúd abierto o cerrado. Fue un ataúd, cerrado, en el tanatorio de Alicante. Llegó para tres días, pero al final fueron doce. Se quedó en el apartamento de Benidorm, con el pretexto de atender los asuntos de su madre. Y a lo largo de esos doce días descubrió que el dolor por la muerte de una madre tiene una sola virtud: llevarnos de vuelta a la infancia. A la pregunta de quiénes somos y dónde estamos. En aquel piso desangelado descubrió un armario donde su madre guardaba algunas cosas de Daniel: álbumes de fotografías, apuntes de la escuela, antiguos juguetes. Pasó varias noches mirando aquellas fotografías e incluso se permitió una partida a solas al Monopoly. En el fondo del armario encontró sus antiguos artículos de buceo: su regulador, sus aletas, el neopreno. Durante su adolescencia en Alicante, Daniel había sido un experimentado nadador, e incluso había tenido la ocasión de titularse como buceador autónomo. Allí estaba también, enmarcado, su viejo diploma de Open Water Diver. Abrir aquel armario fue como sumergirse otra vez en el agua oscurísima de los recuerdos. Había olvidado el buceo pero no sus sensaciones: el azote helado del agua, el amortiguamiento de los sonidos, el abandono de sí mismo. La convicción de que estaba exactamente donde quería estar, no por encima sino por debajo de las cosas. ¿Por qué lo había dejado? ¿Por qué su madre, que había tirado tantas cosas de su antiguo piso,

había trasladado y conservado aquellos objetos inservibles? Daniel viajó incluso más atrás: hasta la primera infancia. Se acordó de los años en que quería ser oceanógrafo, porque lo había escuchado en alguna parte, tal vez en un documental de Cousteau. Fue un extraño espectáculo, su infancia: sus compañeros de escuela diciendo que querían ser bomberos, astronautas, soldados, futbolistas, y él respondiendo con su voz aguda: yo, oceanógrafo. Acabó estudiando lo que quisieron sus padres: Derecho. Y casi veinte años más tarde, mirando aquel neopreno cuidadosamente doblado, pensó mucho en esas y otras decisiones que lo habían llevado del mar a la tierra, de Alicante a Madrid, de sus fantasías de juventud a un bufete de abogados.

Luego se dijo: Olvídate de todas esas chorradas, Daniel. Lo que tienes que hacer es vender este piso horrible. Porque había que reconocer que era en efecto horrible. En eso, más que en ninguna otra cosa, tenía razón Patricia.

No lo vendió. Al cabo de doce días estaba de regreso en Madrid. Creyó que su jefe estaría enfadado, porque había dejado algunos asuntos pendientes, asuntos cuyo peso había recaído sobre los hombros de sus compañeros. Pero no estaba enfadado. Al contrario. Le dijo que se le había echado de menos —su jefe hablaba a menudo así, en impersonal—. Que se había hecho evidente que cuando él no estaba, las cosas en el bufete no marchaban como debían. Incluso lo citó en un restaurante del centro para cenar y hablar de su reciente pérdida, para «animarse un poco», porque una madre, ya se sabe.

Daniel no quería ir, pero fue. ¿Qué otra cosa podía hacer? Derecho porque lo quisieron sus padres; Madrid porque fue allí donde encontró su primer trabajo; Patricia porque lo quiso Patricia. El restaurante Sibuya, porque su jefe quería hablar de su madre: de

«cómo lo estaba llevando». Pero resultó que una vez se sentó en aquella mesa, su jefe no mencionó en ningún momento a su madre. En su lugar se enfrascó en una confusa perorata acerca de la sociología de los divorcios. Cómo cada vez había más y mejores, es decir, peores. Con más posibilidades de llegar a los tribunales, algo sin duda bueno para el negocio. Una oportunidad de oro: eso dijo. Daniel afirmaba con la cabeza, mientras revolvía su ensalada wakame. Su jefe era un hombre corpulento y satisfecho a quien todos llamaban señor Pons, pero en el curso de aquella noche acabó siendo solo Rafael —llámame Rafael, hombre, que no muerdo—. Y Daniel sonrió y lo llamó Rafael y bebió más vino de la cuenta y comió más piezas de sushi de las que le correspondían, mientras se preguntaba a dónde quería llegar aquel tipo. No lograba concentrarse en lo que Rafael, en lo que el señor Pons, decía. Y solo entonces, servidos los platos principales, comprendió que todo aquello era un prólogo para decirle, con solemnidad y petulancia, que estaba preparado para convertirse en socio del bufete.

Durante años, Daniel había anhelado o había creído anhelar aquella noticia. Ahora la sintió caer junto a él como cae un cuerpo al agua. El cuerpo de alguien que se zambulle para divertirse o para ahogarse, pero al fin y al cabo un cuerpo que cae.

Dio un largo sorbo a su copa de vino. Y cuando al fin dejó la copa vacía sobre la mesa —Rafael volviéndose al camarero con un chasquido de los dedos, porque nos estamos quedando secos, joder —, Daniel se escuchó decir que le halagaba la confianza depositada en él, pero que lamentablemente tenía otros planes. De hecho hacía tiempo que quería hablarle, esta era una ocasión tan buena como cualquier otra para decirle que había decidido trasladarse a Benidorm para trabajar como instructor de buceo. Rafael, con los palillos a medio camino de la boca, le devolvió una mirada

estupefacta; una mirada larguísima al cabo de la cual se había vuelto a convertir en el señor Pons. ¿Buceo? Eso es todo cuanto preguntó. Sí, contestó Daniel. ¿Vas a dedicarte al buceo?, volvió a preguntar. Esa es la idea, señor Pons, dijo Daniel, y el señor Pons no le corrigió. ¿Y por qué cojones en Benidorm? Daniel quiso contestar: Porque acabo de heredar un piso en Benidorm. Es que no sé si sabes que mi madre ha muerto. Habíamos quedado para hablar de eso, ¿recuerdas? Pero por supuesto Daniel no abrió la boca.

¡Porque él habla!, había dicho Patricia. ¡Él sabe cuándo es necesario *hablar*!

El señor Pons se echó a reír con incomodidad; una risa que no alivió la tensión, sino que la subrayó. Pero vamos a ver, Daniel, dijo; ¿estás de coña? Eso está muy bien para el verano. Para las vacaciones. Pero en invierno, ¿qué vas a hacer? Daniel bebió otro trago de vino para pensar. Solo me quedaré en Benidorm los seis meses de la temporada alta; el resto del año viviré en Madrid. El señor Pons meditó un instante. Es que seis meses al año yo no te voy a contratar, dijo. Eso lo sabes, ¿no? Daniel dijo que lo sabía. Ganarás una mierda, añadió el señor Pons, en algo parecido a un susurro. Supongo que sí, contestó Daniel.

El señor Pons extendió los brazos, conciliador:

—Los dos sabemos que tú no eres de esos. Tú no quieres ganar una mierda, Daniel.

—Yo lo que no quiero es trabajar *aquí*.

En una puntuación de 0 al 10 en la Escala de Hostilidad de las Parejas Que Se Separan, el señor Pons se despidió con una hostilidad que rondó el 8.

Por lo demás, todo ocurrió tal y como el señor Pons creía. Encontró trabajo en Benidorm, sí, como instructor de buceo seis meses al año, de acuerdo, pero su salario resultó ser en efecto una

mierda. Si no fuera porque además se decidió a alquilar su piso de Madrid en Airbnb, se habría muerto de hambre. No le importó. Le gustaba o decidió que le gustaba su nuevo trabajo, enseñando a bucear a los turistas en una escuela de submarinismo que respondía al pomposo nombre de Poseidón. Su jefe, increíblemente, se apellidaba también Pons, aunque había que llamarle Santiago. Incluso, cumplido el mes de prueba, solamente Santi.

El Seat Ibiza rojo abandona la carretera general y toma un camino de terracería que desemboca en un poste eléctrico derribado. Es ahí donde se detienen. La sorpresa.

—Es aquí —dice Daniel, subrayando lo evidente.

Teresa mira a su padre y luego el poste comido por la hiedra y luego a su padre de nuevo.

—¿Aquí?

—Bueno, no exactamente aquí. Todavía hay que caminar un poco. Pero antes tengo una cosa para ti.

Daniel baja del coche y abre el maletero. Tras él, dubitativa, lo sigue Teresa. Es entonces cuando lo ve: una enorme caja blanca, con el logotipo de Decathlon bien visible.

—Feliz cumpleaños —dice. Y luego, en voz más baja—. No he tenido tiempo de envolverlo.

Teresa abre la caja, pero tarda mucho tiempo en tocar lo que hay dentro. Daniel estudia su reacción. La ve sacar lentamente las aletas rosas, el snorkel. Un traje de neopreno de la talla 14. El bikini amarillo. ¿Seguirá siendo el amarillo su color favorito?

Teresa sonríe, pero no dice nada.

—¿Te gusta?

—Mucho —contesta, tal vez demasiado rápido.

Daniel se apresura a explicarle que el regalo no es eso, o no solo eso. El regalo, dice, es llevarla a hacer snorkel. Él mismo aprendió en una cala que está a diez minutos de allí, más o menos a la edad que tiene ahora Teresa. Es muy divertido, el snorkel: cuando empiece a practicarlo, ya no querrá dejarlo nunca. Eso le explica, y luego se queda callado.

—Me gusta mucho, papá —dice Teresa, con una sonrisa que es todo encías.

¿De verdad le gusta el regalo? Daniel la mira fijamente. La mirada de un padre que sabe interpretar los gestos de su hija.

—¿Qué pasa, Tere?

—No me llames Tere —susurra.

—¿Qué pasa, Teresa?

Tarda mucho tiempo en hablar. No se atreve a levantar la vista de la caja. Y solo entonces Daniel comprende lo que se oculta bajo ese silencio.

—Ya sabías cuál era la sorpresa.

No lo pregunta: lo afirma. Teresa abre la boca y luego la cierra de nuevo. Al fin asiente.

—¿Quién te lo dijo?

Teresa se le queda mirando con los ojos entrecerrados por el sol.

—Mamá.

—¿Mamá?

—Es que se le escapó el otro día.

—¿Lo del snorkel?

Teresa asiente. No añade nada más.

—¿Y por qué no me dijiste nada?

—Te hacía ilusión que fuera una sorpresa, ¿no?

De modo que Patricia, piensa Daniel. Patricia, incapaz de guardar un simple secreto. Puede que él no hable mucho, pero ella sin duda

habla demasiado.

—Manda cojones —murmura.

Cojones es una palabra prohibida entre padre e hija. Al menos, entre este padre y esta hija en particular. Así que Daniel se corrige:

—Perdona.

Un leve temblor en la boca de Teresa. El temblor que anticipa cada una de sus bromas.

—Tienes cuarenta y tres años. Ya tienes edad de decir tacos, papá.

Sí, es verdad. Cuarenta y tres. Teresa trece o casi trece. Daniel se pregunta a qué edad empezará su hija a decir cojones y joder y coño. Se pregunta, incluso, si ese momento no ha llegado ya. Si se lo ha perdido, como siempre se pierden los padres los momentos significativos de las vidas de sus hijos. Tal vez son significativos por eso: porque les suceden a solas.

Teresa examina con gesto grave las aletas, el neopreno. Todas aquellas cosas que a fin de cuentas no eran una sorpresa. ¿Está Teresa contenta?

—Habrías preferido el móvil, ¿no?

Teresa se esfuerza por sonreír.

—Me gusta que vayas a enseñarme a bucear —dice, con diplomática lentitud.

Y quién sabe si está pensando en sus propios deseos o en los deseos de Daniel cuando lo dice.

De Carolina, de la tercera mujer en la vida de Daniel, hay menos aún que decir. Era psicóloga, tenía treinta y ocho años y tres tatuajes en chino que significaban cosas que a estas alturas Daniel ya ha olvidado. Estuvieron juntos casi un año: medio año, si se tiene en

cuenta el tiempo que Daniel pasó en Benidorm. Fueron seis primeros meses plácidos, pero sin verdadera conexión, y otros seis meses en los que esa desconexión se materializó en llamadas telefónicas de madrugada y en whatsapps cuya hostilidad apenas quedaba rebajada por los emoticonos. En esos whatsapps, en esas llamadas se dijeron cosas como punto muerto, y regreso, o no sé por qué no quieres intentarlo. Siempre era ella la que lo decía. Daniel no tardó en descubrir que a quien echaba de menos no era a Carolina, sino a Teresa. Que era por ella por quien viajaba un fin de semana de cada dos a Madrid; a ella a quien quería contarle lo que sentía y lo que pensaba de las cosas. Acabó, al fin. De aquellos doce meses que parecieron seis Daniel guarda un solo recuerdo feliz, y es además un recuerdo compartido: cierta noche en que Carolina, Teresa y él mismo representaron el papel de una familia feliz, comiendo pizza mientras veían una película de Pixar. Rieron mucho, aquella noche, o al menos hay risas y algo semejante a la felicidad en sus recuerdos. Pero ya entonces, en algún momento de esa noche que parecía la primera de muchas noches similares, Daniel no pudo evitar recordar que también en su casa, antes de que el divorcio quebrara esta y otras muchas rutinas, se comía pizza los viernes.

Desde entonces —y desde entonces hace por lo menos un año— no ha estado con ninguna otra mujer. Mejor así, se dice Daniel. Pero Daniel no siempre dice la verdad.

—¿Falta mucho?

La voz de Teresa le sobresalta. Llevan por lo menos diez minutos caminando en silencio, entre el polvo amarillo y las rocas oscuras, y estaba tan abstraído que por un momento casi ha olvidado la existencia de su hija. ¿Cómo es eso posible? Sea lo que sea en lo

que estaba pensando Daniel, debía de ser un pensamiento muy profundo y muy lejano; un mundo del que no era fácil regresar. Pero se da la vuelta y ahí está, Teresa. ¿Dónde iba a estar si no? Teresa con cierto gesto de fastidio, arrastrando su bolsa de rayas; tan cansada como solo un niño puede estarlo.

—Ya no falta nada —miente Daniel.

Siente un súbito arranque de gratitud. De pronto es algo hermoso estar ahí, con su hija, aunque quizás ella no lo desee tanto; aunque sin duda hubiera preferido una tarta casera en Madrid y soplar las velas coreada por sus amigos de siempre y abrir un paquete en el que, puestos a soñar, le esperaría un móvil nuevo. Su madre, y no su padre, diciendo con una paleta en la mano: Y ahora, ¿quién va a querer tarta?

Pero, confundida con esa alegría, Daniel siente también otra cosa. La certeza de que Teresa y él han emprendido este mismo camino no una vez sino muchas veces. Que en todas las ocasiones ha brillado el mismo sol, y ella ha caminado así de despacio, y él ha tenido que esperarla en la misma curva del sendero. No es la primera vez que Teresa pregunta si falta mucho, ni la primera que él contesta ya no falta nada. Daniel sabe cómo se llama esa sensación: *déjà vu*. La certeza de que podemos anticipar lo que está a punto de ocurrir. Se parece a recordar el futuro, si es que eso es posible. Pero no es posible, claro. Nadie puede anticipar el futuro. Solo puede hacerse esto: vivir el presente y, en el mismo momento de vivirlo, llamarlo pasado.

Justo entonces, mientras Daniel piensa en ese falso pasado, el verdadero pasado emerge en el horizonte. Ahí, centelleando a lo lejos, se extiende la cinta azul del mar. Piedras cercadas de espuma. Una lengua de arena. La Cala de los Amarillos.

Hay una pregunta a la que no dejará de dar vueltas durante los días y los meses siguientes. ¿Por qué, de entre todas las calas de la provincia, escogió la Cala de los Amarillos? ¿Por qué un lugar tan alejado de todas partes y casi siempre desierto, donde nadie podría socorrerlos en caso de necesitarlo? La respuesta es obvia: porque Daniel nunca creyó que necesitarían ningún socorro. Las razones fueron insulsamente predecibles: pensó en los Amarillos porque él mismo había aprendido a bucear en esa cala, un verano hace muchos veranos. Ahí fue donde Daniel comenzó a amar el misterio del agua, todo cuanto nos espera bajo la superficie, y tal vez Teresa llegaría a amarlo también. Se trataba, por tanto, de un ejercicio de imitación del pasado. Pero lo cierto es que no fue su padre quien lo llevó ahí, sino su pandilla de amigos del barrio, por lo que también era en cierto modo un ejercicio de rectificación del pasado. Él comenzaría a tejer ahí un vínculo sólido con su hija: la clase de vínculo que nunca, ni siquiera en sus últimos meses de hospital, llegó a tejer con su padre. Pero si el pasado enseña algo es que el pasado no enseña nada. Ni él era su padre, ni mucho menos Teresa era él, y desde luego el buceo nunca significaría para ella lo mismo que significa para Daniel.

Pero no: en realidad tampoco es así. Cuando lo piense detenidamente —y qué le quedará después de aquella mañana, excepto pensar— recordará que en realidad la idea no fue suya, sino de Patricia. ¿Por qué no la llevas a hacer snorkel por su cumpleaños?, le había preguntado meses atrás, en una de las raras ocasiones que conversaban más de cinco minutos seguidos. Se refería, claro, al falso cumpleaños: a esa fiesta que nunca se celebraba el 3 de abril. Daniel se resistió mientras pudo, con una obstinación que le sorprendió a él mismo.

Dijo: Pero yo en esa época ya estoy trabajando.

Dijo: En abril el agua estará muy fría.

Y también: ¿Pero tú sabes si a Teresa le apetece, lo del snorkel?

Cedió al fin. No era su idea, pero cedió. Solo entonces pensó en su infancia: en el amor al mar que nunca le legó su padre. No hacía falta estar de acuerdo: bastaba con poner el coche y escoger un sábado concreto —13 de abril—. Un destino: la Cala de los Amarillos. Así sucede siempre con Daniel. Su jefe quiso promover su ascenso y él pensó en Benidorm; Patricia nombró la crisis y él, para hacerla cierta, eligió a Laura. No fue una buena elección. Ni Laura ni Benidorm. Ni la Cala de los Amarillos.

Al principio todo son pretextos. El neopreno le aprieta demasiado. Qué difícil calzarse esas aletas grandes y ridículas. El agua estará, seguramente, muy fría. Pero no lo está: al menos no para ser el mes de abril. Daniel nada muy cerca de la orilla y espera, paciente. No está fría, Teresa. Métete que te va a gustar. Te lo prometo. Eso es lo que dice, aunque quién es Daniel para prometer una cosa así: cómo estar seguro de que Teresa va a disfrutar del agua solo porque él lo desee. Ahí está, Teresa, de pie sobre las rocas, sin animarse al salto todavía. Vista desde abajo, parece una mujer adulta, a pesar de su metro cincuenta y tres de estatura. Tiene, al menos, el gesto de una mujer adulta. La mirada del escepticismo. De quien ha estado ya en todos los lugares y sabe lo poco que en ellos le espera.

Pero luego sucede. Teresa salta al fin, y los gritos de dolor —¡así que está fría!, ¡está *friísima*!— se convierten poco a poco en otra cosa. Gritos de placer. Gritos, incluso, de euforia. Los gritos de una niña que acaba de descubrir un nuevo juguete. Daniel nada en torno a ella, en torno a ese círculo de espuma blanca y manos que se

agitan en que se ha convertido su hija. Quiere comprobar que todo está en orden: que su hija, efectivamente, flota. Pero no hay nada que temer. Teresa nada bien, muy bien incluso. En algo ha tenido que salir a mí, piensa Daniel.

Patricia le tiene miedo al agua. La playa es para ella un lugar donde se toma el sol y se beben cócteles con pajita: nada más. Tal vez por eso, para conjurar sus miedos, comenzó a enviar a Teresa a clases de natación desde que cumplió siete años, una vez por semana.

—¿Y ahora qué? —pregunta Teresa, expectante.

—Ahora hay que ponerse la máscara. Mira cómo me la pongo yo.

En su corta carrera como instructor de buceo, Daniel ha enseñado a bucear con snorkel y con botella; incluso a sumergirse en apnea. Es un buen profesor. Todos sus alumnos, en su mayoría jubilados británicos y alemanas blanquísimas y niños melindrosos a los que siempre les pican los ojos, acaban aprendiendo, mal que bien, lo que Daniel tiene que enseñarles. Teresa no es una excepción. Al cabo de unos minutos de instrucciones ya chapotea con la cabeza sumergida; los ojos bien abiertos. Daniel puede distinguir la sombra naranja de su cuerpo deslizándose bajo la superficie, solo ligada al aire a través del cordón umbilical del snorkel. Cada tanto Teresa, la cabeza castaña de Teresa, emerge para hacerle partícipe de sus descubrimientos.

—¡Un cangrejo!

—¡Un pulpo!

—¡Una cría de tiburón!

¿Una cría de tiburón?

—Un tiburón muy pequeño —reconoce Teresa.

—¿Cómo de pequeño?

—Como mi mano.

—Ya veo.

En algún momento, la deja seguir a solas. Teresa mira el fondo del mar: Daniel se conforma con mirar a su hija. Mientras ve surcar la superficie el extremo amarillo del snorkel, como un periscopio de miniatura, le sobreviene una sensación de paz, de plenitud. Aunque nade lejos de él, su hija parece de pronto muy cerca, mucho más cerca de lo que estaba en el asiento de copiloto. Respirar el mismo aire puede acercar a dos personas, pero contener la respiración en el mismo mar los une para siempre. Eso piensa Daniel, tal vez porque es un hombre que se toma muy en serio el agua y sus símbolos. Siente la caricia del sol, culebreando en la superficie como una red de hilos de oro. El escozor de la sal en los párpados. El olor a yodo del mar: un olor que, decide de improviso, le recordará ya para siempre a Teresa. Cada tanto, una sacudida de espuma y una cabecita que emerge, cada vez más llena de entusiasmo y de fantasía.

—¡Un pez martillo!

—¡Una ballena!

—¡Un barco hundido!

Es consolador que los niños no crezcan siempre a la misma velocidad, piensa Daniel antes de sumergirse. Que haya instantes, como ahora, en que se permitan ser niños de nuevo.

La edad de los hijos es un misterio. Un secreto más insondable que el que se oculta bajo la profundidad del agua.

Lo único que sabe Daniel es que los niños que cumplen años dos veces cada año crecen a un ritmo distinto del resto. Nadie puede estar seguro de cuál es su verdadera edad; de cuánta experiencia de vida se oculta dentro de sus cabezas. Algunos no suman años sino

que los restan. El cumpleaños con mamá y el cumpleaños con papá se anulan, como si el uno fuera el antídoto del otro. Son niños que siguen teniendo ocho años aunque deberían tener diez o doce. Niños que ya han aprendido que nada, ni siquiera el amor de sus padres, es un valor seguro. Saben que mamá y papá se acuestan con otras personas, saben ya incluso lo que es eso, acostarse, y sin embargo siguen creyendo en los Reyes Magos y lloran desconsolados cuando la realidad no se adapta a sus deseos. Habitan el mundo desde dentro de una escafandra que no los protege tanto del dolor como de la vida. Otros niños, en cambio, suman dos años cada año. Tienen alma de diecisiete aunque tengan doce, y de tanto mirar por separado dos padres, dos casas, a veces dos ciudades, conocen ángulos de las cosas que sus propios padres ignoran. Son niños a menudo callados, hasta que hablan. Y cuando hablan, sus palabras, como las palabras de los adultos, tienen un peso y una dureza que no pueden ser ignorados.

Teresa es una de esas niñas. Está a punto de cumplir trece años, según se mire ya los ha cumplido, y a veces Daniel siente que tiene quince o veinticuatro.

Le dice cosas como:

No podemos alimentarnos solo de pizza, papá.

O bien:

Ya nunca te pones la camisa roja.

Y también:

Deberías hacer más ejercicio.

Siempre ha sido un poco así, Teresa. Capaz de mirar las cosas desde la estatura de una experiencia que no es enteramente suya. También era así años atrás, incluso antes del divorcio. Como aquella vez, a sus ocho años, que tocó suavemente con los nudillos la puerta del despacho de Daniel —¿qué quieres, mi vida?—, se dejó

caer sobre el sillón y se le quedó mirando con las manos bajo la barbilla.

—Mamá no quiere joderte la vida, papá —sentenció—. A mamá lo que le pasa es que está cansada.

La noche anterior Daniel y Patricia habían discutido en su dormitorio hasta altas horas de la noche. Una discusión sostenida en gestos y en susurros, que ellos creían haber resuelto con discreción absoluta.

Daniel no quiso mostrarse sorprendido. Se mantuvo inmóvil en su silla, tratando de encajar con la mayor elegancia posible el golpe. Reprimió su primer impulso: decirle a su hija que joder no se decía, que era una palabra muy fea. Luego recordó, avergonzado, que era posible que la palabra *joder* y la palabra *vida* hubieran sido efectivamente pronunciadas en una misma frase, en el curso de aquella discusión tan discreta. Esas palabras las había pronunciado él.

—¿Cansada de qué? —respondió al fin—. ¿De qué se supone que está cansada mamá?

La niña chasqueó la lengua.

—Tú sabrás, papá.

Pero no, no sabía. En aquella época Daniel no sabía nada. Debería haber sabido, pero no sabía.

La pregunta sigue pues flotando en el agua, bajo el sol extrañamente cálido de esta mañana de abril. ¿Qué edad tiene verdaderamente su hija? En eso piensa mientras la ve chapotear con una euforia primitiva; mientras chilla con esos gritos agudos, adamantinos, con que rebotan los gritos de los niños contra los azulejos de las piscinas.

A veces quince, se responde. A veces veinticuatro. Pero en el agua, mientras chapotea a su lado, solamente doce.

Ahora es el propio Daniel quien se sumerge. Se ha quitado las gafas y el tubo y los ha dejado abandonados entre las rocas. De pronto ha sentido la necesidad de bucear así, en contacto pleno con el mar: nada que se interponga entre él y su fantasía. Dos minutos y medio, a veces dos minutos cuarenta y cinco segundos: eso es todo cuanto Daniel es capaz de aguantar la respiración bajo el agua. Mucho menos de lo que duraban sus cigarrillos Golden Virginia, cuando Daniel todavía fumaba. Ya no fuma, pero el cigarrillo continúa siendo su medida del tiempo, igual que los profesores jubilados siguen pensando en semestres y calendarios escolares. Patricia tiene la pajita de sus cócteles y Teresa tiene el tubo del snorkel y él tenía los cigarrillos y luego los chicles mentolados y por último la boquilla de su regulador. La cuestión es tener algo en la boca y morderlo: respirar la vida a través de alguna clase de filtro. Pero ahora Daniel no mastica ningún pensamiento. Tiene los pulmones llenos de aire y la cabeza vacía de propósitos. Todo cuanto puede pensar es esto: en respirar o en no respirar, en abrir los ojos a las profundidades o no abrirlos. Él los abre. Se complace en su visión borrosa: en no saber si las cosas están cerca o lejos, como no está cerca ni lejos el paisaje de nuestros sueños. A eso se parece bucear, a soñar con los ojos abiertos. Y en esa nebulosa no ve pulpos ni crías de tiburones ni el pecio de un barco. Ve tan solo, cuando mira hacia arriba, la llaga del sol en el agua y ese intervalo de sombra que es el cuerpo de su hija. Otra sombra, la de su propio cuerpo, cuando mira hacia abajo; una silueta que sobrevuela la arena blanquísima del fondo.

Luego, el aire se acaba. Solo queda ascender a la superficie: despertar.

Arriba debería estar Teresa. Su risa. Sus gritos de euforia. Su voz proclamando la existencia de tesoros hundidos y ballenas blancas. Pero cuando Daniel asciende no oye nada, no ve nada. Solo el mar desierto.

—¿Teresa?

No hay Teresa. No hay, tampoco, ninguna respuesta. Ni siquiera la boca amarilla de su snorkel. Solo silencio, o peor aún, el sonido del mar ahogando toda respuesta.

—¡Teresa!

Daniel bracea en todas las direcciones. El mar está tranquilo como un plato, como suele decirse; el sol brilla en lo alto, como suele decirse también. Todo es tan normal, tan lugar común, que asusta. Por un momento piensa: esto no está pasando. Lo que pasa es que aguanté demasiado tiempo la respiración y he perdido la conciencia y aún sigo bajo el agua. Esto no es la superficie: es que me estoy ahogando. Es un pensamiento consolador, en cierto modo.

—¡¡¡Teresa!!!

Y entonces, su risa. La risa de Teresa. Su cabeza asomando entre las rocas. El pelo adherido a la cara y una sonrisa no del todo inocente en los labios.

—¡Pero si estoy aquí, papá!

Están comiendo bocadillos de mortadela, sentados sobre una piedra. Para Daniel hay algo sólido en eso: en la mortadela. Porque los intereses de Teresa pueden cambiar, puede gustarle y dejarle de gustar Ladybug, puede comenzar a tocar la guitarra y abandonarla en el armario al mes siguiente, pero siempre, siempre dice que sí a un bocadillo de mortadela. La mortadela, piensa Daniel, es algo con lo que siempre podrá contar. Pero luego se da cuenta de que no

recuerda haber visto a un solo adulto aficionado a los bocadillos de mortadela, y comprende que tal vez incluso eso cambiará algún día.

—¿Te gusta tu bocadillo?

—Sí. Sí que me gusta.

Pero la atención de Teresa ya no está puesta en la mortadela, sino en el mar.

—¿Podemos meternos otra vez?

—Acábate el bocata y hablamos.

El mar resplandece frente a ellos, como un campo sembrado de cristales. No se oyen voces humanas, ni coches ni gaviotas. Solo el mar. Si la plenitud tuviera un sonido, piensa Daniel, ese sonido se parecería a esto. Y sin embargo, hay algo en ese rumor de fondo, en ese entrechocar de fuerzas primitivas, que de pronto le golpea como una inquietud sorda. Hay que decir algo, cualquier cosa, para borrar ese sonido que se alza sobre los seres y las cosas. Por ejemplo esto:

—Estaba muy buena el agua. Hemos tenido mucha suerte.

La sonrisa de Teresa se congela de pronto.

—No digas eso, papá.

—¿El qué?

—No es ninguna suerte. Es por el cambio climático.

Hay tanta seriedad en sus palabras, en el ceño solemnemente fruncido, que Daniel no puede sino reír.

—Hablas como esa niña.

—¿Qué niña?

—Greta. Greta Thunberg.

Teresa tarda en contestar el tiempo que tarda en tragar un bocado de su bocata de mortadela.

—¡Greta no es una niña! Seguro que ya está en la universidad. ¡A lo mejor hasta está trabajando!

Daniel parpadea. ¿En qué momento dejó de ser Greta Thunberg una niña?

—Bueno, pero eso será porque es muy lista y le han adelantado cursos.

Teresa menea la cabeza, indignada.

—¡No! ¡Es una mujer! ¡Tiene por lo menos *veinte* años!

—Una chica —corrige Daniel maquinalmente.

Teresa alza los ojos.

—Bueno, pues *una chica*.

Luego, su gesto se dulcifica. La esquina de la boca se tuerce un poco, como siempre que está a punto de soltar una broma.

—Tienes que dejarnos crecer, papá.

Ríen al unísono. Es una risa que viene de muy atrás: por lo menos de cuando Teresa tenía cuatro o cinco años. Aquel día había reclamado el derecho de volver sola del colegio, y cuando sus padres se lo negaron, gritó furiosa: «¡Tenéis que dejarme crecer!». Rio primero su madre, luego su padre, y por último también la propia Teresa, que ni siquiera sabía por qué reía. Les sigue haciendo gracia ahora, casi una década más tarde, cada vez que lo recuerdan.

Pero esta vez la risa de Daniel se interrumpe. De pronto resulta que no, que no es gracioso en absoluto. ¿Por qué no es gracioso? No sabría decirlo. La sensación de extrañeza ha regresado a él, como regresan infinitamente las olas. Un dolor de cabeza. Sí: eso es. De pronto le ha entrado dolor de cabeza. La sensación que le golpea es esta: que el mundo y toda su belleza son algo muy frágil, pleno y frágil como un huevo, y algo está a punto de romperlo. A esa sensación la llama, porque no tiene otro nombre, dolor de cabeza.

—¿Qué piensas, papá?

Teresa ha dejado de masticar y lo mira con los ojos muy abiertos.

—¿Qué te pasa?

Qué te pasa, le había preguntado Patricia cinco años atrás. Qué cojones te pasa últimamente, Daniel.

—Nada. ¿Qué me va a pasar?

Pero algo se ha ablandado dentro de él. La mirada de Teresa no se ablanda: tiene una intensidad y una dureza ante la que no queda sino rendirse.

—Papá, ¿estás llorando?

Tiene, ahora sí, ganas de reír. ¡Llorar él! Imposible. Veinticuatro años sin soltar una lágrima: así puede resumirse la biografía emocional de Daniel. Es que siempre he sido un hombre fuerte, respondió a Patricia la primera vez que le reclamó que nunca parecía verdaderamente afectado durante sus discusiones. Lo que eres, contestó ella, es un hombre reprimido. Reprimido o fuerte, poco importa. El caso es que Daniel nunca llora, y por eso sabe que Teresa se equivoca.

—¿Por qué te has puesto triste, papá? —insiste ella.

—No estoy triste —dice Daniel pretendiendo una sonrisa—. Solo pensaba que estamos muy bien aquí. Que estamos muy bien y que te he echado mucho de menos.

—¡Pero si me viste hace dos semanas, papá!

—Ya lo sé. Ya sé que te vi hace dos semanas. Pero te he echado de menos. ¿Tú no me has echado de menos, Tere?

—No me llames Tere —susurra ella, sin mirarlo.

Daniel sonríe.

—¿Tú no me has echado de menos, Teresa?

Teresa no contesta de inmediato. Ha dejado de masticar su bocadillo y los ojos se le pierden en un punto concreto del suelo, a la altura del meñique de su pie izquierdo.

—Sí —acaba diciendo con un hilo de voz.

Y luego, con los ojos en blanco y la boca ladeada como solo Teresa sabe ladearla, añade:

—Te he echado de menos, pero solo un poco.

Y ahora sí, por fin, ambos ríen.

—¿Vamos a bañarnos o no?

Teresa ha cumplido con su parte del trato. Se ha terminado el bocadillo de mortadela hasta la última migaja. Ha hecho una bola con el papel de aluminio y con las servilletas y las ha encestado en la bolsa de plástico, y luego ha hecho otra bola con la bolsa de plástico y la ha guardado en la mochila. Y ahora está de pie frente a él, cargando el peso de una pierna a otra mientras espera la respuesta.

Pero Daniel, recostado sobre la arena, se ha adormecido. Comenzó por cerrar los ojos un instante, al principio con el pretexto del sol y luego ya sin pretexto, y ahora siente que es imprescindible, casi una voluntad del destino, no volver a abrirlos. Por un tiempo al menos.

—Ahora vamos.

—¿Cuándo?

—Ahora.

Pero no va a ser ahora, y Teresa lo sabe.

—No me digas que vas a echarte una siesta *ahora*.

Hay una vaga sensación de injusticia flotando en el aire; en la frase que Teresa acaba de soltar.

—Será solo un momento. Una siesta corta.

Teresa, o la Patricia que hay dentro de ella, resopla.

—¿Cuánto tiempo? —dice al fin.

—Veinte minutos.

—¿Veinte minutos?

—Sí.

Daniel tiene cerrados los ojos. Imposible saber, detrás de la carnosidad resplandeciente de sus párpados, qué gesto hace Teresa mientras considera su respuesta.

—¿Me lo prometes?

—Sí, Tere. Te lo prometo.

—Bueno —responde ella, sin molestarse en corregir lo de Tere.

¿Está ya soñando? Siempre, cada vez que cierra los ojos y comienzan a sucederse las imágenes que preceden al sueño, se pregunta si acaso no está ya efectivamente soñando, lo que solo retrasa la llegada del sueño en sí, o bien lo convierte en otra cosa; algo semejante a un espejo que mira a otro espejo o a una grabadora que trata de registrar el ruido de su propio funcionamiento. ¿Estoy ya dormido?, se pregunta Daniel ahora, mientras ve superponerse algunas imágenes vividas, como quien tira una carta tras otra sobre una mesita de café. Ve el mar desierto. Ve a una chica con un vestido amarillo esperando en un paso de cebra. Ve a Greta Thunberg rellenando el último examen de su última materia en la universidad. Ve a su hija diciendo: Tienes que dejarme crecer; su cabello, el cabello castaño de Teresa, flotando en el agua como una medusa. Pero luego ve, barajándose más deprisa, imágenes que no sabe identificar. Ve la cala donde ahora mismo está tumbado, solo que ni él está tumbado ni Teresa aparece por ninguna parte; la Cala de los Amarillos mucho antes o mucho después de que ellos llegaran. Ve una torre de piedra, semejante en algo a la carta del tarot, y a un ejército de hombrecillos grises que intenta derribarla. Ve a Oliver Atom marcando el gol de la victoria. Ve el gol

de Iniesta en el Mundial, sin comprender qué hacen Iniesta y el año 2010 dentro de su cabeza. Ve a una mujer desnuda —una mujer que es quizás la mujer del vestido amarillo, sin su vestido amarillo— que espera en el interior de su cama y le dice: No apagues la luz. Ve la luz del sol, la luz de un ordenador encendido, la luz de una cámara frigorífica. Ve la tarta Comtessa esperando en el congelador, humeante de frío. Y luego ve quizás otras muchas cosas, pero para entonces ya se ha quedado dormido.

Debió de ser entonces. Daniel nunca llegará a saberlo con exactitud, pero lo imaginará muchas veces. Teresa que no puede dormir y se incorpora. Mira primero el horizonte, tan lejano, y luego mira a su padre, que con los ojos cerrados está más lejos todavía. Tiene que ser así. Durante un tiempo, veinte minutos larguísimos —a Daniel le aterra pensar que pudieran ser más de veinte; que después de todo no cumpliera aquella última promesa—, Teresa intenta ser una niña paciente y esperar a que su padre despierte. Mira su reloj de plástico rosa. Pellizca levemente la postilla que permanece todavía en su rodilla izquierda. Intenta dormir y otra vez no puede. Si tuviera su propio teléfono móvil, las cosas serían sin duda de otra manera. Se entretendría jugando a *Candy Crush*, por ejemplo. O enviaría un whatsapp a una amiga —el cumpleaños perfecto, dice: ¡ahora va y se duerme!—. Tal vez colgaría algo en Instagram, una fotografía del mar y de su propio cuerpo, y al hacerlo pensaría en un chico concreto de su clase —¿piensa Teresa en chicos?; he ahí una de las muchas cosas que Daniel nunca llegará a saber—. Lo único seguro es que Teresa no tiene móvil ni Instagram. Desde hace algún tiempo es una discusión entre sus padres. ¿Debe una niña de doce años —de trece años— tener móvil? Él piensa que sí y ella que no. Al final,

la decisión quedó aplazada a cualquiera de sus dos cumpleaños. De modo que ahora, a los trece, Teresa no tiene móvil y sí muchas ganas de levantarse. No envía ningún whatsapp, no se hace un selfie, no juega a *Candy Crush*. Lo que hace, lo único que puede hacer, es levantarse sin hacer ruido. Se ajusta otra vez el neopreno. Recoge las dos aletas, el snorkel. Mira por última vez a su padre. Y luego se dirige hacia la orilla muy despacio; tan despacio como solo caminan las personas en nuestros recuerdos o en nuestros sueños.

PRIMAVERA

La muerte es un aprendizaje del que no todos los niños son capaces. Teresa se resistió a la suya mientras pudo. Tenía tres años y era una pirata sedienta de sangre, y siempre eran otros —Daniel, casi siempre— quienes morían durante el juego: él quien era alcanzado por el alfanje de su hija y acababa cayendo, primero de rodillas y luego derrumbado sobre la alfombra. Estás muerto, papá, y los muertos tienen los ojos cerrados. Así. Tenía seis años y correteaba por la playa con su pistola de agua y no importaba cuántas veces los chorros la alcanzaran: se resistía a la evidencia de las salpicaduras repitiendo no me has tocado, me has rozado, solo estoy herida; tengo un chaleco antibalas, una capa protectora de la que no te había hablado. Teresa inmortal incluso en el juego de la oca: no había pozo capaz de tragarla ni laberinto que la extraviara. La casilla cincuenta y ocho, la muerte misma, nada podía contra ella. No he sacado un seis sino un cinco, me estás haciendo trampas, papá. No importaba cuántas veces sus padres trataran de explicarle que la muerte podía ser divertida: que a veces había que morir un poco para que el juego fuera efectivamente un juego. El placer de cerrar los ojos durante un breve interregno de sombra: vivir y morir como pirata, como pistolera a sueldo, como fichita azul en el tablero. La muerte nunca fue una opción para ella. El juego terminaba siempre del mismo modo: Teresa infinitamente en pie, disfrutando de su victoria vertical, del silencio repentino y falsamente eterno de Daniel. Solo cuando su victoria estaba clara, solo cuando la muerte

de los otros era una realidad que cobraba forma en el suelo de su salón, se permitía la debilidad de ser benigna. Se arrodillaba junto al cuerpo sin vida de su padre y le ponía una mano sobre la cabeza, sobre la herida reciente, sobre el corazón yerto. Pues yo ahora voy y te curo. Ahora te doy una pócima que te resucita. Abres los ojos y ya está. Y en efecto, ya estaba.

Llorar es un aprendizaje del que no todos los hombres son capaces. Daniel no lloró durante su boda —un amigo recién casado le recomendó que llevara un pañuelo en el bolsillo del traje, porque al final, aunque creas que no, vas a llorar: te lo digo yo—. No lloró durante aquella última conversación con Patricia, cuando Patricia todavía era Pati y aquel salón era el salón de su casa. No lloró la muerte de su padre. No lloró la muerte de su madre. No ha llorado nunca ninguna de las falsas muertes de los personajes de las películas. No llora tampoco ahora, ni en la Cala de los Amarillos, ni mientras espera la ambulancia, ni en el Hospital General Universitario, ni cuando contesta las preguntas de la Guardia Civil, ni en la gasolinera donde se detiene a comer un sándwich de atún a las tres de la madrugada, en algún punto de la autopista A-31. En el tanatorio de la Almudena son otros los que lloran: madres de compañeros del colegio, la maestra de Matemáticas, primos remotos que no veían a Teresa nunca o casi nunca. Patricia. Patricia sujetándose a la mesa de metacrilato para no caer al suelo. Patricia como un agujero negro en torno al que orbitan personas que traen y llevan cafés, personas que la abrazan y la sostienen, personas que deshojan infinitos paquetes de kleenex. La boca de Patricia deformándose y expandiéndose en todas las direcciones; inventando gestos que no parecen hechos para su rostro ni para ningún rostro.

Grita cosas que Daniel no escucha. Todos los ojos vueltos hacia él y los ojos de Daniel vueltos hacia aquella boca que se abre y se cierra, tan silenciosa. El mundo se ha quedado sin sonidos y su cabeza se llena de pensamientos así: esa boca no puede ser la boca de Patricia. El reloj digital del tanatorio marca las 11.35, pero de ningún modo ha podido pasar tanto tiempo. Este velatorio no es el velatorio de Teresa. Patricia, con unas manos que tampoco parecen suyas —manos que se abren y se cierran, que se sacuden de derecha a izquierda, como quien bracea en el agua—, vuelca un jarroncito de flores de plástico. Qué más da, ningún ruido. Alguien barre en silencio los pedacitos y alguien se lleva a Patricia del brazo, como si también la barriera. Daniel se deja caer sobre una silla de plástico y se queda mirando sus propias manos, el temblor en el que hasta ahora no había reparado. Las manos, piensa como en sordina, son muy importantes bajo el agua: en esas profundidades a donde ni el oxígeno ni los sonidos llegan. Todo submarinista conoce el significado de esos gestos, porque pueden suponer la diferencia entre la vida y la muerte.

El índice y el pulgar de la mano derecha formando un círculo: todo va bien.

La palma extendida: alto, quédate ahí.

El puño cerrado: se nos acaba el aire. Tenemos que subir.

El dedo índice que señala a otro submarinista y luego el propio pecho: tú y yo.

¿Qué significan dos manos que se sacuden de un lado a otro? ¿Qué interpretación puede darse a un jarrón roto?

Luego, Daniel siente el peso de otra mano en el hombro. La mano de Jaime. Dos cuerpos que llevan cuatro años evitándose, siempre separados por la distancia protocolaria del felpudo de entrada —

¿está ya Teresa lista?—, que por primera vez se tocan. Los sonidos que vuelven, con ese tacto:

—No sabe lo que dice —murmura—. Tú no tienes la culpa. Nadie la tiene.

Intenta decir algo más, pero no puede, porque se lo impiden las lágrimas. De modo que es Daniel quien lo abraza, quien lo consuela.

Cuando abre la puerta de su apartamento encuentra todo tal y como lo dejó; tal y como Teresa y él lo dejaron. En el fregadero dos platos sucios, dos cucharillas sucias, una taza que contuvo café y otra taza que contuvo Cola Cao. Una maletita rosa entreabierta junto a una cama deshecha. En el congelador —porque esa es una de las primeras cosas que Daniel hace: abrir la puerta del congelador y quedarse mirando su niebla abstracta, ese reino de carámbanos donde el tiempo efectivamente se detiene— la tarta congelada de marca Comtessa. Sus ojos se quedan clavados en las letras blancas. El redondel de la o parece tragarlo, como un desagüe de sinsentido. Comtessa: qué nombre extraño. Comtessa, es decir, condesa en catalán. ¿Qué hay en el chocolate y en los vinos, qué fibra antigua tocan los placeres superfluos que nos llevan a pensar en palacios y marquesados? En eso piensa Daniel durante un tiempo inmenso, hasta que escucha un pitido estridente: una alarma antiestúpidos para quienes mantienen demasiado tiempo abiertos sus congeladores.

Es casi un misterio cómo Daniel ha podido hacer, en su exacto orden, las mismas cosas de siempre. Las llaves en el cenicero del recibidor. Los zapatos en el zapatero. Luego silencio. Ni un solo rastro de vida en su apartamento. Nunca ha tenido la paciencia suficiente para cuidar ninguna otra cosa que no sea Teresa, de modo

que no hay un gato que reclame su comida, ni una sola planta marchita. El hambre y la sed son un calendario. ¿Hace cuánto que Daniel no come, cuántos minutos o siglos que no bebe? El tiempo ha pasado en alguna parte, pero no en su cabeza. Mil doscientos kilómetros más en el cuentakilómetros de su coche. Setenta y dos mensajes sin abrir en WhatsApp. Su teléfono móvil que ha tenido que ser cargado tres veces y a pesar de todo solo un 29 % de batería: cinco, tal vez seis días fuera. En el espejo del baño, sus mejillas sombreadas por una barba sin intención, una barba que existe solo porque la voluntad no existe. Se mira en el espejo y luego en la pantalla de su teléfono móvil sin batería y más tarde en el reflejo mortecino que le devuelven las ventanas del salón. De pronto es ya de noche y está sentado en el sofá. Una lamparita encendida; una lamparita que una mano que no es suya ha encendido. Siente una presión incómoda en el bolsillo trasero del pantalón. Daniel va sacando con estupor el paquete de Golden Virginia, el librillo de papel OCB azul, la bolsa de filtros, el mechero con el dibujo de un toro sobre el fondo de una bandera de España. Por fin un gesto nuevo, un gesto que lleva años sin hacer: acordarse de comprar tabaco. ¿Cuándo ha entrado en un estanco? ¿Hace cuánto tiempo que no fuma? No es capaz de recordarlo. Aplaza la respuesta de ambas preguntas encendiendo el primer cigarrillo y expulsando una bocanada de humo que en algo recuerda a la condensación del congelador. No hay alarma antiestúpidos para aquellos que fuman; para quienes, como siempre decía Patricia, se están matando lentamente. Y así es como disfruta Daniel ese cigarrillo: lentamente, y en completo silencio.

Si hay algo que Daniel siempre se acuerda de explicar en su primera clase en el mar, es esto: nunca, en ninguna circunstancia, debes nadar a contracorriente. Es mejor dejarse llevar. El bañista sin experiencia se enfrenta a los designios del mar y es el mar, claro, quien gana. El profesional sabe muy bien que no debe agotarse resistiendo lo irresistible. Una vez le sucedió al propio Daniel. El mar quiso tragárselo, llevarlo muy adentro, y tras algunos pataleos desesperados al fin dijo: sea tu voluntad. Fue contemplando con algo parecido a la paz o a la resignación cómo la playa se iba haciendo más chiquita; cómo todas las certezas de los animales terrestres iban convirtiéndose en inalcanzables. No nadó directamente hacia la salvación, porque la salvación no siempre nos espera en línea recta. La distancia más próxima entre dos puntos puede ser una curva, un círculo o incluso una larga pausa. Prefirió progresar en paralelo a la playa, hasta que sintió que la corriente aflojaba, porque hasta el mar se cansa de ser mar. Y luego regresó a grandes brazadas, y cuando al fin pisó la arena húmeda, nadie, entre todos aquellos bañistas que hacían pícnics o volaban cometas o construían castillos, levantó la cabeza para mirarlo.

Muchas gracias por acordarte de mí en estos momentos difíciles.

Diez palabras: el espacio de un antiguo telegrama. Daniel ha tardado mucho tiempo, muchas noches y no noches, en escogerlas. Ha descartado verbos y explicaciones, ha tecleado y más tarde borrado adjetivos que parecían viudos. Ha borrado, sobre todo, la palabra *Teresa*.

Al final ha descubierto que todos los mensajes de pésame sin excepción pueden responderse con estas diez palabras. Ahora abre

una a una cada conversación de WhatsApp y copia y pega la misma frase, en una cadena de montaje del protocolo.

Muchas gracias por acordarte de mí en estos momentos difíciles.

Muchas gracias por acordarte de mí en estos momentos difíciles.

Muchas gracias por acordarte de mí en estos momentos difíciles.

Diez palabras repetidas en cincuenta y nueve conversaciones. Quinientas noventa palabras: un verdadero comunicado de prensa. Cuanto más las repite, cuanto más piensa en ellas, más extrañas le resultan. En algún momento interrumpe su labor y busca cada una de esas diez palabras en Google, para ver si significan lo que cree que significan. Resulta que todas son palabras latinas: pecios de una lengua muerta que mantenemos a flote por consenso. Un legionario romano tal vez habría comprendido este mensaje, como lo comprenderán su primo Carlos, los compañeros de la carrera, su amigo Mario, una novia del instituto que casi había olvidado. Incluso esos números sin nombre que de pronto le escriben para desearle fuerza, para decirle que no está solo, para acompañarle en lo que necesite, si hay algo que yo, 667472281, pueda hacer, ya sabes que estoy aquí. Y ahí están, en efecto: ahí se quedan, esperando eternamente una respuesta, hasta que Daniel escribe muchas gracias por acordarte de mí en estos momentos difíciles. El latín: una lengua muerta pero viva en su teléfono.

Gracias, del latín *agere gratias*.

Mí, del latín *mihi*, dativo del sustantivo *ego*.

Acordarse, del latín *accordare*, que a su vez procede del sustantivo *cor*, corazón. Acordarse de algo, es decir, traerlo de vuelta al corazón.

El corazón, una víscera de la que nunca nos acordamos, hasta que se detiene.

Daniel no es filólogo. Solo un hombre con acceso a internet y mucho tiempo libre. *Tempus*: he ahí otra palabra romana. Y los romanos, descubre Daniel durante una de sus largas búsquedas en Google, no creían que ese tiempo fuera de atrás hacia delante, como una flecha. Tenían flechas, pero no una concepción semejante. El tiempo era para ellos lo que hace el sol, lo que hace el ciclo del agua, lo que hacen las cosechas y las estaciones y los planetas, lo que hacen los pensamientos: girar y girar. No es el tiempo sino nosotros los que pasamos. Nosotros quienes abordamos el tiovivo infinito hasta que alguien o algo nos detiene. Tiovivo, por suerte para Daniel, no es una palabra latina, sino el sobrenombre de cierto empresario madrileño que hizo un buen dinero mareando a niños y niñas en la subida del Prado al Retiro. Y solo entonces, con ese descubrimiento, Daniel puede efectivamente detenerse, apagar el móvil y cerrar los ojos.

Todos parecen conformarse con esas diez palabras. La mayoría no contesta nada: ya han cumplido. O contestan estoy aquí si necesitas hablar, aunque nadie, por supuesto, quiere hablar, porque no tienen nada que decir. Tampoco Daniel. En el mejor de los casos estaría dispuesto a mantener una única conversación, una llamada telefónica que pudiera copiar y pegar cincuenta y nueve veces. Otros responden mensajes más breves todavía. Cinco palabras. A veces solo tres. O incluso una: Fuerza. A veces ninguna palabra en absoluto: el emoticono de un abrazo, una carita que llora, un corazón violeta o amarillo o rojo. Pero Mario no. Mario se resiste a los emoticonos, al silencio. Envía primero un mensaje muy largo, que Daniel lee solo a medias, y luego otro, y otro, y después llama por teléfono una y muchas veces, y Daniel ve parpadear

infinitamente en la pantalla su nombre y su foto: una foto donde Mario aparece abrazando a Rosa —Mario y Rosa abrazados desde los veintidós años; desde mucho antes de que existiera WhatsApp—. Llama una y otra vez, a veces por la mañana y a veces por la noche, hasta que un día es el timbre de la puerta lo que suena y ahí está su amigo, muy quieto en la penumbra del rellano. Al principio Daniel no lo reconoce. Estaba esperando un pedido de comida a domicilio y se sorprende de encontrar a un repartidor tan semejante a Mario: la misma cabeza rapada, la misma perilla, el mismo pendiente brillando en la oreja izquierda. Un repartidor que no trae ningún paquete pero lo mira con los ojos muy abiertos y los labios temblorosos. Tío. Después de esos whatsapps tan largos, llenos de preguntas, solo dice eso: Tío. Lo siento mucho, tío. Un abrazo largo, o al menos lo bastante largo para que la sorpresa de Daniel tenga tiempo de transformarse en incomodidad.

—Creí que era el repartidor —murmura, como un modo de abreviar el abrazo.

—¿El repartidor?

—He pedido comida china.

—¿Para comer o para cenar?

Es, pues, por la tarde. Daniel sonríe débilmente:

—Para comer, me parece.

Mario debería marcharse, porque es lo que hacen las personas educadas cuando llega la hora de comer. Pero en su lugar sonríe y cierra la puerta tras de sí.

—Espero que hayas pedido suficiente para los dos.

Mario es el mejor amigo de Daniel. Al menos así es como le gusta presentarlo ante los clientes de su restaurante: este gilipollas de

aquí es mi mejor amigo. Somos amigos desde el instituto. Como sucede con todas las frases lapidarias, es cierta solo en parte. Es verdad que se conocen desde el instituto, pero allí nunca fueron amigos. Nunca hablaban en el patio de recreo, ni compartían juegos o bromas, ni fueron pareja en clase de Gimnasia. Su amistad comenzó fuera de las aulas y casi sin quererlo, cuando descubrieron que veraneaban en la misma urbanización de Benidorm. Pasaron el verano de los quince años juntos, bañándose en la misma playa, jugando a las mismas máquinas recreativas y tratando de ligar con las mismas chicas en bikini, pero en septiembre todos los ingredientes de esa amistad parecían haberse esfumado de nuevo. Cada uno regresó a su mismo grupo, a su misma esquina de la clase. Y así fue a lo largo de los años siguientes: amigos en la playa y simples conocidos en Alicante. Durante el invierno apenas se saludaban. Todo lo más se dedicaban una mirada escéptica y divertida, cuando uno de los dos decía que había perdido la virginidad en Benidorm el verano pasado, con una chica que siempre resultaba ser inglesa o francesa. Nunca revelaron las mentiras del otro, y ese silencio fue el fundamento de su amistad, que de alguna forma se las arregló para perdurar más allá del instituto, más allá de la universidad, más allá de las bodas de ambos y del divorcio de Daniel, pero siempre circunscrita al verano y a Benidorm.

Mi mejor amigo, mi puto mejor amigo, repite Mario cada vez que Daniel va a comer o a tomar una caña a su restaurante, y Daniel sonríe al escucharlo, sin tener ni idea de si es cierto. Su amistad sigue asentada sobre silencios semejantes. A veces hablan de fútbol o de videojuegos. A veces Mario se queja de que de un tiempo a esta parte Rosa y él, bueno, con el matrimonio ya se sabe: folla tú que puedes. A veces Daniel despotrica contra sus alumnos en la escuela de buceo, a menudo mujeres británicas o francesas, como

aquellas con las que nunca perdió la virginidad. Pero sobre todo pasan mucho tiempo en silencio, mirando de reojo la televisión que cuelga del techo del restaurante.

Así están ahora: sentados en el sofá y en silencio. No hay televisor y no hay nada que decir. Mario mira la mesa atiborrada de cartones sucios de arroz tres delicias, vasos con restos de vino y tazas ennegrecidas por el café reseco. Tampoco dice nada cuando ve a Daniel encenderse un cigarrillo.

—Es que ahora fumo. —Mira con solemnidad.

Mario aprueba con la cabeza, como se aceptan los hechos inevitables. Se ha quedado mirando sus propias manos.

—Oye —dice al fin, y vuelve a quedarse callado.

—¿Qué?

—No voy a preguntarte cómo estás, porque es una gilipollez.

Daniel no contesta nada. Está de acuerdo: sería una gilipollez preguntárselo.

—Pero sabes que puedes hablar conmigo si lo necesitas, ¿no?

¿Lo sabe? ¿Lo necesita?

—Ya.

—A veces viene bien hablar —dice sin convicción, como si estuviera citando a alguien. A Patricia, por ejemplo.

Hablar es bueno. Hablar es lo que los hombres deben hacer, pero ninguno de los dos abre la boca. Tres, cuatro bocanadas de humo, y ninguna palabra. No solo Daniel; el propio Mario parece aliviado con ese silencio. Porque a Mario se le da bien hablar de nuevos videojuegos y predecir el resultado de las quinielas —dos veces ha estado a punto de hacerse millonario, se acuerda siempre de repetir con orgullo—; sabe deslizar en la conversación como si tal cosa datos absurdos que escucha en los documentales del Canal Historia, mientras prepara tintos de verano y corta lonchas de jamón *typical*

spanish; sabe recomendar recetas que Daniel nunca se atreve a materializar en su cocina, porque le faltan los ingredientes y la voluntad; sabe aguantar la bebida y reconocer el momento en que es Daniel quien ha bebido suficiente —otra cerveza no te voy a poner; si quieres otra cerveza, te la bebes en tu puta casa—; sabe contar chistes estúpidos ante los que no cabe otra cosa más que reír, pero desde luego no sabe consolar a un amigo que ha perdido a su hija. Esas palabras —la palabra *pérdida*, la palabra *hija*— se clavan dolorosamente en el paladar de Daniel, tan pronto como las piensa. Teresa —otra palabra insoportable— como una herida que uno tiene en la boca, y evita tocar con la punta de la lengua. No: su hija no ha muerto, piensa Daniel, decide Daniel. Solo está como él: disfrutando de unas extrañas vacaciones.

—¿Qué pasa con el trabajo? —pregunta en ese momento Mario, como si por un momento se hubiera asomado a su cabeza—. Supongo que te has tomado un respiro, ¿no?

Daniel mira instintivamente su móvil. Recuerda de pronto, como venidos de otro mundo, los siete mensajes de Santi, sin respuesta.

—Sí —murmura al fin—. Creo que me he tomado un respiro.

—Bien. Bien.

Bien. Todo está bien. Solo dos amigos que disfrutan del silencio.

—Oye, está tardando tu chino, ¿no?

Daniel mira a Mario y luego el ordenador apagado.

—Ahora que lo pienso...

Mario le mira, interrogante. Daniel continúa, con un inmenso esfuerzo:

—Ahora que lo pienso, no sé si al final llegué a pedir. Estuve pensando en hacerlo. Eso seguro.

Mario se pone en pie.

—Pues entonces te vienes al Calipo. Te hago unas puntillitas, ¿sí o no?

El Calipo es su restaurante. Y aquella voz firme, un poco autoritaria, vuelve a ser su voz.

—¿No tienes hambre? —insiste, al ver que Daniel no se levanta.

Daniel se queda en silencio durante un tiempo inmenso. No había pensado seriamente en su cuerpo hasta ahora.

—Sí. Sí que tengo.

A veces, Daniel no tiene más remedio que salir de su apartamento. Porque Mario ha venido otra vez a buscarlo o porque no queda comida en el frigorífico. Tan pronto como cierra la puerta a su espalda, siente algo parecido al *jet-lag*. Como si viniera de un lugar que vive en otro huso horario: un lugar en el que tal vez no hay husos horarios en absoluto. Afuera siempre hay demasiada luz, ya sea de día o de noche. Lo deslumbra el sol o las luces de los neones y las farolas. Demasiado ruido: turistas que gritan, coches que van y vienen, un repartidor de Glovo que pasa a su lado en su monopatín eléctrico. Demasiadas personas, aunque Daniel tiene que reconocer que no, que no son demasiadas. Todavía no es temporada alta y algunas terrazas tienen las sillas encajadas unas sobre otras, formando torres precarias. Pero ya hay flotando en el aire esa sensación de víspera, ese principio de fiesta que es Benidorm en primavera. Hay un puñado de bañistas en el mar, pero apenas bracean durante unos minutos antes de regresar a sus toallas. Hay un grupo de turistas británicos festejando una despedida de soltero, pero ninguno se ha quitado todavía la camiseta. Un escuadrón de jubilados hace taichí en la arena mojada, en la misma playa que

pronto se llenará de sombrillas y de tumbonas azules. Un karaoke abierto, pero nadie cantando.

Daniel avanza en medio de todas estas cosas, sin detenerse ni mirar atrás. Esos breves paseos le exigen un gran esfuerzo. Siente que su cuerpo es muy pesado o bien el aire demasiado denso, una miel abstracta en la que resulta difícil abrirse paso. No parece caminar a través del aire, sino a través del agua. Incluso las palabras le cuestan. Son apenas burbujas de aire, estertores de ahogado que ascienden a la superficie sin producir ningún significado. La cajera del supermercado le pregunta si tiene tarjeta Alcampo, si quiere bolsa, si va a ser en efectivo o con tarjeta, y estas preguntas son demasiado para él. A veces ni siquiera llega hasta el supermercado. Prefiere limitarse a cruzar la calle, hasta el Open Market paquistaní que hay frente a su casa. Para cuando alcanza la acera opuesta, ya no recuerda qué coño ha venido a buscar. Al fin pone sobre el mostrador, casi al azar, un par de cartones de leche, un paquete de chicles, una bolsa de anacardos bajos en sal. *That's all, friend?* Siempre lo atiende el mismo tipo y siempre lo llama así, amigo, aunque no sabe su nombre ni él el suyo. Un amigo extraño, que no le da el pésame, no le pregunta cómo sigue, no le dice fuerza, sobre todo fuerza. Solo esto: *Nine euros, friend*. He ahí una interacción que Daniel es capaz de entender. Y luego regresa a casa con su bolsa de anacardos, con su paquete de chicles y sus dos cartones de leche, en una bolsa de plástico que su amigo siempre se acuerda de ofrecerle. *For free, friend*. Siempre le perdona los diez céntimos de la bolsa, como para confirmarle que la amistad es más que palabras.

El mar frente a su terraza. El mar reflejado en los cristales de los rascacielos. El mar como una prolongación del cielo en el horizonte.

El mar visto desde la playa y el mar visto desde la mole de Serra Gelada y el mar también en los folletos y en los letreros y en el logotipo de los hoteles. El mar hasta cuando el mar no se ve, en forma de arena arrastrada por el viento, de olor a sal, de turistas que llevan sus bañadores y sus sillitas de playa. El mar domesticado de las piscinas. El mar como un estremecimiento oscuro por las noches y el mar como un ruido sordo que se intuye a través de los cristales. Qué sería Benidorm sin el mar y qué va a ser de Daniel en un lugar desde el que olvidar el mar es imposible.

Ahí está, Daniel. Ante el mar, naturalmente. De pie en esos escollos desde los que ha saltado al agua tantas veces. No lleva su neopreno ni su botella de oxígeno ni sus aletas. Para qué: no va a saltar. Daniel nunca más bajo el mar. No es una decisión, sino un descubrimiento. Hace solo un instante no sabía qué le daba más miedo, si no ser capaz de bucear de nuevo o tener ganas de hacerlo de inmediato. Que el recuerdo de Teresa pesara demasiado o demasiado poco. Pero ha bastado con estar así de cerca para comprender que ese Daniel que descendía hasta las profundidades ya no existe. Esa parte de su vida ha muerto, se ha hundido como se le hunde a uno a veces una aleta en medio del océano. Adiós, aleta. Adiós, también, Daniel: al menos cierta parte de Daniel. Si algo le gustaba del submarinismo era esa sensación de estar y de no estar, el placer de refugiarse allá donde nadie puede tocarlo. Pero para eso ya no necesita el mar. Le basta con la tierra. Desde la muerte de Teresa su vida ha adquirido la textura alucinada del fondo marino: la ingravidez, la lentitud sonámbula, los ruidos en sordina. La sensación de que nada ni nadie es del todo real, ni siquiera él mismo.

El sol está cayendo. Desde los escollos, Daniel ve llegar esa hora del día, tan temida por aquellos que todavía no han alcanzado la

tierra firme: la hora en la que el mar se vuelve otro. No importa lo deslumbrante que haya sido la tarde, lo calmas que parezcan las aguas. Con el crepúsculo llega siempre una cierta sensación de intemperie. La música de las olas de pronto no es música, sino ruido: la respiración de un animal que solo a la luz del día parece inofensivo. Pronto vendrá la noche, y con la noche el verdadero rostro del mar.

¿Quién es Daniel cuando no está dentro del mar? ¿Cuál es su verdadero rostro?

No lo sabe. Solo es capaz de pensar en las cosas que ya no es, que no volverá a ser. Porque a lo largo de su vida Daniel ha tenido tiempo de ser y dejar de ser muchas cosas. Estudiante de Derecho. Abogado matrimonialista. Marido de Patricia. Instructor de buceo. Padre de Teresa. Y ahora qué: qué es lo que va a ser ahora Daniel.

Poseidón es mucho más que una escuela de buceo. Poseidón es, por encima de todo, una familia. Eso es lo que le dijo Santi ya en la entrevista de trabajo, cuando Santi todavía era Santiago Pons y Daniel tenía el título de instructor, pero ninguna experiencia de trabajo. A nosotros eso nos da igual, dijo Santiago, dijo Santi. Nosotros no buscamos un pasado, sino un futuro. No fichamos profesores, sino personas. Lo que estamos construyendo aquí no es un negocio, sino una familia. Eso es Poseidón: nuestra familia elegida. Uno para todos y todos para uno: eso es exactamente lo que dijo, sin asomo de rubor o de ironía. Los mosqueteros de las profundidades, pensó Daniel en el momento de firmar.

Una familia. ¿Cómo puede uno abandonar una familia?

—Nos da mucha pena —está diciendo Santi, sentado en el mismo despacho en el que hace cuatro años empezó todo—. Vamos a

echarte mucho de menos.

Habla en serio. Daniel no puede creerlo: verdaderamente está apenado de que se marche. ¿Querría Daniel tener un instructor así en su escuela? Por supuesto que no: no querría. Quién haría parapente con un hombre que dejó que su hija se despeñara. Quién querría embarcarse en un trasatlántico diseñado por el constructor del Titanic. Con qué cara iba a decirles a los profesores del Colegio Calasancio de Alicante: Os presento al monitor que se hará cargo de los chavales; cien por cien confiable. Confiable mis cojones. Pero Santi, de alguna forma, confía.

—¿Qué planes tienes?

Todo el mundo le pregunta por eso, por sus planes. Como si en su caso tener planes fuera posible. Daniel ha aprendido lo que todos los demás ignoran: que el tiempo no siempre va hacia delante, sino que puede invertir los pasos, como los cangrejos que Teresa y él vieron en la Cala de los Amarillos. Que el tiempo de algunos hombres no es un río, sino una ciénaga inmóvil. Un bloque de hielo. Un pozo cuyas aguas no van a ninguna parte. Se acuerda de pronto de algo que leyó una vez en la Wikipedia, sobre un lago subterráneo que se oculta bajo las nieves perpetuas de la Antártida. Cuando una gota de agua llega ahí abajo, puede darse por perdida. Quince mil años: ese es el tiempo que, según los geólogos, tardará esa gota en volver a la superficie. Así se siente él. Sabe que el tiempo para regresar a la vida tal y como la conocía es finito, pero que excede ampliamente la existencia humana. En suma, no hay esperanza de olvidar. No, al menos, en lo que le queda de vida.

Por eso, Daniel no contesta. Porque otra cosa que ha aprendido es esto: nadie quiere escuchar la verdad.

—Supongo que estás pensando en regresar a Madrid —sugiere Santi—. Por un tiempo al menos.

¿Sería muy extraño responderle que ni por un momento se le ha pasado por la cabeza regresar a Madrid? ¿Que por su cabeza no pasa ningún pensamiento ni pasará en los próximos quince mil años?

—Sí. Me lo he planteado.

Santi merece una respuesta positiva. Sentir que está siendo de ayuda.

—Lo entiendo perfectamente. Imagino que en estos momentos necesitas estar junto a los tuyos. Pero no te olvides de que esta es también tu casa. Que nosotros somos también los tuyos.

¿Es posible que además de lástima Santi sienta también un poco de alivio? A Daniel no le ha pasado desapercibido que, desde que se sentó frente a esa mesa atestada de papeles y folletos, apenas lo ha mirado a los ojos. Tal vez no hay mayor prueba de que Daniel forma efectivamente parte de la familia Poseidón. Porque todos tenemos un padre, un hermano, una prima a quien no nos atrevemos a mirar. No verdaderamente. Toda familia está enferma de algo, y siempre hay un pobre desgraciado a quien le toca encarnar en toda su virulencia la enfermedad de todos: ser el espejo que nadie quiere mirar. Un portador del síntoma. Eso es Daniel.

¿Cuál es la enfermedad? ¿Cuál el síntoma?

Ahora, mientras da vueltas y vueltas a un lapicero mordisqueado que ha encontrado sobre la mesa, se le ocurre pensar esto: que su mera existencia es un recordatorio de que el dolor nos espera en cualquier parte. También en ese paraíso que es o que parece el mar. Porque algo que Daniel ha observado durante estos años es que la mayoría de los instructores de buceo vienen huyendo de algo. Huyen de trabajos que odian, de parejas que no funcionan, de depresiones clínicas, de vidas terrestres que no eran felices. En algún momento tocan fondo, y se acuerdan quizás de ese otro fondo con que

soñaban de niños, cuando en clase de Plástica dibujaban buzos con escafandra y estrellas de mar y tesoros hundidos. Se dicen que ahí, en lo profundo del mar, pueden encontrar una coartada para ser otros. El propio Santi le contó una vez que en otro tiempo, cuando su vida transcurría en la superficie, había sido vendedor de seguros en Barcelona. Había estado casado. En algún momento ocurrió algo, un suceso del que solo hablaba entre líneas, y acabó ahí, formando su propia familia. La familia Poseidón. Y ahora Daniel, la tragedia de Daniel, es algo así como un reflector que ilumina una verdad incómoda: que ese sueño puede convertirse en una pesadilla. Que bucear es bordear una y otra vez la muerte, y que del mismo modo que algunos llegan al mar para huir de la tierra, otros tienen que regresar a la tierra para huir del mar.

Mientras tanto, Santi habla y habla y habla. Habla de la mala suerte. Habla de la culpa y del perdón. Habla de segundas oportunidades. Habla de cómo a veces suceden cosas que no son responsabilidad de nadie. La vida: eso es lo que pasa, a veces. Simplemente la vida. Pero Daniel no escucha. Su boca abriéndose y cerrándose, como se abre y se cierra a veces la boca de tu compañero durante una inmersión, sin emitir ningún sonido. Solo burbujas.

—¿Pensarás lo que te he dicho? —dice al fin Santi.

—Sí.

—Bien. Solo quiero que sepas que aquí siempre tendrás la puerta abierta. Cuando estés mejor. Porque vas a estar mejor muy pronto, Daniel.

El momento del abrazo, de las palmadas en la espalda. Como cuando en la cena de Navidad nos encontramos con ese hermano, con ese primo que nos recuerda lo jodidas que pueden llegar a ser las cosas. Plas, plas. Nos vemos el año que viene, hermano.

Alguien llama a la puerta. Es un chico joven y tal vez demasiado enérgico, que ya tiene el neopreno puesto.

—Nos están esperando, Santiago.

—Ahora voy. Pero antes quiero que conozcas a Daniel. El mejor buceador que ha pasado por Poseidón.

Andrés. El chico que ha heredado su puesto se llama Andrés. Todavía llama Santiago a su jefe, piensa Daniel, con un asomo de sonrisa. No será por mucho tiempo. Para cuando el mes de prueba termine, habrá empezado a llamarlo solamente Santi.

La tarta Comtessa en su caja azul. La caja azul en su balda blanca. La balda blanca tras uno de los cristales de la sección de congelados del supermercado. Frente a la sección de congelados del supermercado un carrito vacío, y tras ese carrito Daniel, con los ojos tan abiertos que parecen cerrados. Daniel, muy quieto. Casi apoyado en ese carrito, como si fuera a caerse. Joder, piensa, ¿pero qué clase de nombre es ese? ¿Por qué un título nobiliario para vender una tarta? ¿Y por qué en femenino? ¿Por qué en los anuncios de repostería solo hay bocas de mujer y por qué una boca de mujer nunca sirve para anunciar, por ejemplo, hamburguesas? Y sobre todo: ¿5,45 euros por una tarta? ¿En qué estaba pensando cuando la compró? Pudo haber escogido la tarta de degustación Eceiza, o la tarta de chocolate Nestlé, o la selva negra de Milka, pero escogió Comtessa. Casualidad o no, era la más barata. ¿Estaba pensando en el dinero cuando escogió la tarta de cumpleaños de su hija? ¿Pensaba, acaso, en su hija?

La luz de los supermercados brilla como brilla el sol de los insomnes. Una luz lunar, invernal, engañosa de puro sincera; hecha para resaltar solo la superficie de las cosas. Para que ninguna de

aquellas cajas de cartón y aquellos botes de plástico arrojen sombra. Nada puede protegerse de su resplandor: ni siquiera unos párpados cerrados. Daniel cierra los suyos un momento, sin resultado.

—¿Me permite?

Se lo permite. Daniel se hace a un lado, sin molestarse en mirar atrás. Quien habla es una mano, o una mujer que de alguna manera está asociada a una mano que hurga entre los estantes de helados. Se detiene al fin en una caja de cartón. Minimagnum. He ahí otro nombre latino y también ridículo: quién podría creer que lo más grande puede ser también pequeño. Daniel mira cómo la caja cae en un carrito y luego mira la mano que ha dejado caer la caja y tras esa mano un brazo, un cuerpo completo. Un rostro que Daniel se ha quedado mirando de pronto, con la misma concentración con que puede contemplarse una tarta Comtessa. Los ojos de una mujer —de una chica— que de pronto parecen olvidar los helados y se alzan para clavarse en los suyos.

—¿Te conozco?

Daniel mira, no puede no mirar la boca que ha dejado escapar esas palabras. Una sonrisa o el principio de una sonrisa. Los ojos, tan oscuros y transparentes al mismo tiempo. El rostro blanquísimo, enmarcado por una melena castaña que podría ser el peinado de una niña pero es el peinado de una mujer adulta. No lleva un vestido amarillo, sino un vestido azul. No tiene una bolsa de plástico, sino la compra todavía dentro de su carrito. No sujeta un cigarrillo, sino un teléfono móvil.

—¿A mí?

No es una respuesta inteligente, pero es, a fin de cuentas, una respuesta. La chica del vestido amarillo, ahora disfrazada tras un vestido azul, no se da por vencida.

—Sí, a ti. Me suena mucho tu cara.

Hace tiempo que Daniel no piensa seriamente en su cara. Mucho menos en su cuerpo. Ese cuerpo que alguna vez fue una herramienta de trabajo y hoy es poco más que un lastre que arrastrar del sofá a la cocina, uno de esos cinturones de plomos que los buceadores arrastran consigo para controlar la profundidad, pero que la mayor parte del tiempo son solo una carga. ¿Se ha acordado de afeitarse esta mañana? ¿Cuándo fue la última vez que se cortó el pelo? ¿Sigue conservando su piel el color levemente rojizo de los submarinistas? Mira con asombro su propia ropa: chanclas de goma y una camiseta desteñida de la Caja de Ahorros del Mediterráneo.

—Sí —insiste ella, cada vez más sonriente y más segura—. Tú y yo nos conocemos de algo.

Debería responder. Responder, por ejemplo: Sí. Nos conocimos el 13 de abril, a través del parabrisas de un coche.

—Creo que me confundes con otra persona.

Ella está a punto de decir algo más, pero se interrumpe. Un gesto de decepción, que rápidamente deriva en una sonrisa.

—Me habré equivocado entonces. Perdona.

—No pasa nada —contesta Daniel, parapetado tras su carrito.

Se marcha. Se está marchando. ¿Es eso lo que quiere Daniel? No está seguro. Por eso, porque no lo sabe, decide quedarse ahí, detenido en el pasillo, mientras la ve alejarse en dirección a la frutería; sus omóplatos tensándose y destensándose bajo la piel, como dos pequeñas alas que se resisten al vuelo. Desde una distancia segura la ve empujar su carrito de un pasillo a otro. La ve palpar aguacates, revisar fechas de caducidad, meter en el carrito y luego volver a sacar una botella de vino. La ve esperar la cola en la caja registradora y vaciar el carrito en la cinta transportadora y después vaciar la cinta para llenar una bolsa de plástico de marca Alcampo. Si esto fuera una película, piensa Daniel, él la ayudaría con

esa bolsa. Si él fuera el protagonista le diría, justo antes de despedirse: claro que te recuerdo. Te recuerdo todo el tiempo. Fuiste la última persona que vio con vida a mi hija. Pero Daniel no es el protagonista de nada, ni siquiera de su propia vida. Solo un figurante del supermercado. Un tipo extraño que sigue a la chica de la película pasillo arriba y pasillo abajo, mientras empuja su carrito vacío. Alguien que podría hacer algo, decir algo, significar quizás algo en la vida de esa chica, pero prefiere no hacer nada, no ser nada en absoluto. A través de la cristalera la ve salir a la calle y detenerse en el paso de cebra para liarse un cigarrillo. Pasa una motocicleta. Pasa un coche descapotable. Pasa un Seat Ibiza rojo. Somos Teresa y yo, piensa Daniel. Teresa y yo, camino de la Cala de los Amarillos.

Cada día abre la puerta del cuarto de Teresa. Ni él mismo sería capaz de decir qué es lo que espera encontrar. Pero lo que encuentra es esto: siempre la cama deshecha, siempre la maletita entreabierta, siempre un chicle de fresa reseco envuelto en una servilleta. Alguien debería hacer la cama, pero esa, recuerda Daniel como en sordina, era una de las obligaciones de Teresa. Solo queda, pues, esperar un poco. ¿A qué espera? A que Teresa regrese y haga la cama. A que Teresa termine de estar muerta. ¿Cómo un hombre adulto puede dedicarse por la mañana a resolver los papeles de defunción de su hija y por las noches preguntarse si esa hija se habrá acordado al fin de hacer la cama? ¿Cómo es posible saber y no saber la misma cosa al mismo tiempo? Esa es una de las muchas cosas que Daniel no sabe.

A veces se arrodilla ante la maleta. La abre con delicadeza, usando solo dos dedos. Adentro hay dos braguitas limpias, una

camiseta de manga corta y dos de manga larga, una libreta con todas las hojas en blanco, un pijama de flores, un peine azul, un monedero con once euros con cincuenta. Suficiente para comprar dos tartas Comtessa: puede que incluso la selva negra de Milka. Revisa concienzudamente cada bolsillo, cada resquicio de la maleta. Nada más que eso. Cada día las mismas cosas y cada día Daniel las enumera, las toca de nuevo, como si esperara que fueran más o fueran menos. Pero no, las mismas siempre, y Daniel es también siempre el mismo. Sus pensamientos son apenas fotocopias de los pensamientos del día anterior. Sus acciones, sus gestos se parecen como solo pueden parecerse dos cosas idénticas. Comer cuando tiene hambre, dormir cuando tiene sueño. Tocar con los mismos dedos y la misma perplejidad las braguitas limpias, la camiseta, el peine azul. El tiempo, decide Daniel, no es ni una flecha ni tampoco un círculo. Podría compararse con un río, si se considera que un río tiene orillas: que para que el tiempo siga fluyendo por su cauce, hace falta algo que permanezca inmóvil. Daniel es ese algo inmóvil. El tiempo está en otra parte. Por ejemplo en el orden exacto, riguroso, en que llegan los whatsapps a su teléfono. En el hecho de que, para contestar esos mensajes, haga falta escribir a su vez nuevos mensajes: que una respuesta venga necesariamente después de la pregunta. El tiempo solo existe en la pantalla de su móvil y en la vida que sigue discurriendo, indiferente, al otro lado de la ventana; en los hombres y las mujeres que comienzan a inundar las avenidas desde muy temprano. Porque gracias al sol existe también eso, la palabra *temprano*, la palabra *tarde*. Pasean y ríen y comen helados y luego suben a sus coches y desaparecen. Un carril para llegar y otro para marcharse: otro orden que debe ser respetado. Si supieran, todas esas personas. Si alguien les explicara que basta con detenerse un momento para apagar el tiempo: que

también ellos podrían nadar hasta sus orillas, si supieran cómo. Eso piensa Daniel, desde esa orilla que es el cristal de su ventana, siempre con el mismo cigarrillo encendido entre los dedos.

Hay quien compara también eso, los pensamientos, con un río. Con un torrente incluso. Pero los pensamientos de Daniel son, al menos para Daniel, más bien una charca. Un río detenido en una presa. El agua se queda ahí, esperando, se diría que no va a marcharse nunca, hasta que algo la desborde. Eso hace Daniel: esperar. Espera que Teresa regrese de la Cala de los Amarillos, ni más ni menos. No en la camilla de una ambulancia. No en los brazos de su padre —Daniel cargando los cuarenta y tres kilos de Teresa para llevarla desde el sofá del salón hasta su cama; Daniel cargando los cuarenta y tres kilos de Teresa para llevarla desde el mar hasta la playa—. Esta vez debería volver caminando por su propio pie, o mejor aún, en el coche de Daniel. Un coche que avanzaría marcha atrás, como una cinta que se rebobina. Y de pronto Daniel decide —y esa decisión es, tal vez, eso que llamamos tiempo— que sería mejor, muchísimo mejor, esperar a Teresa en otra parte. Vestirse de nuevo y lavarse los dientes y cerrar la puerta de casa y salir al vértigo de ese tiempo, también él. Fingir que es posible seguir adelante. Solo así es posible creer que su hija está a punto de regresar: que cuando al fin Daniel abra otra vez la puerta de la calle —las llaves en el cenicero, los zapatos en el zapatero— la cama estará al fin hecha y Teresa le dirá, como solía: Has tardado mucho. ¿Por qué has tardado tanto?

Daniel no va a regresar a Madrid. No, al menos, antes del 31 de octubre: exactamente tal y como tenía previsto. Ha tomado la decisión, pero no está seguro de por qué. Y hay que conocer ese

porqué. Hay que inventarlo si hace falta, porque necesita ofrecerles una respuesta a aquellos que le preguntan por sus planes. Así es, por más extraño que resulte: no necesita la respuesta para sí mismo, sino para los demás.

Ensaya diferentes explicaciones.

No vuelve a Madrid porque Madrid le recuerda demasiado a Teresa.

No vuelve a Madrid porque su apartamento, su pequeño apartamento de Malasaña, tiene muchas reservas previstas en Airbnb y Daniel depende de ese dinero, más aún de lo que dependía de su miserable salario en Poseidón.

No vuelve a Madrid porque se ha acostumbrado a pasar el verano en Benidorm.

No vuelve a Madrid porque es más fácil no hacer nada que hacer algo. Porque continuar aquí es tan fácil como no levantarse tampoco hoy del sofá.

No vuelve a Madrid porque tiene la esperanza de volver a trabajar como instructor en algún momento, puede que antes de que la temporada alta termine.

Todo eso piensa Daniel. Todo eso va a contestar a quien le pregunte. Pero ninguna de esas respuestas es la respuesta. Si es sincero consigo mismo, tiene que reconocer que la verdadera respuesta está en la habitación de Teresa. En su cama sin hacer. En esa maleta que es incapaz de cerrar. Porque si se marcha ahora, ¿quién hará esa cama? ¿Quién volverá a arrastrar los ruedines de la maleta? ¿Quién, en fin, estará en casa para recibir a Teresa cuando Teresa al fin regrese?

¿Absurdo? Claro que es absurdo: Daniel lo sabe perfectamente. No necesita que nadie le diga lo que ya sabe.

—Pues a mí me parece muy bien —dice Mario, mientras frota la barra con un trapo amarillo—. ¿Cómo es eso que dicen sobre montar a caballo?

Daniel, repentinamente interpelado, levanta la vista de su jarra de cerveza.

—¿Montar a caballo?

—Sí, hombre. Eso de que cuando te caes del caballo, lo mejor es montar otra vez tan pronto como puedas. Para no coger miedo. A mí me parece cojonudo que te quedes en Benidorm. Hay que intentar tirar para adelante, tío. Eso es lo que digo.

Así es Mario. Habla de animales, pero no de personas. Habla de tirar para adelante, de seguir avanzando como si nada pasara, pero no habla de ese algo que de hecho ha pasado. En sus conversaciones la muerte es algo que solo existe en los videojuegos —tienes que probar el *They Are Billions*, Dani, es un juegazo—. Ni una sola vez ha pronunciado el nombre de Teresa. Mejor así, piensa Daniel. No hay nada de lo que hablar. Rosa, en cambio. Rosa, que los observa de reojo mientras comienza a fregar el suelo del Calipo, porque ya es la una de la madrugada y mañana será otro día y Daniel, su último cliente, está a punto de marcharse. A Rosa se le escaparon unas lágrimas ya la primera vez, cuando salió de la barra para abrazar a Daniel. Teresa, dijo, nuestra Teresa. No dijo nada más, pero hay frases que, precisamente por inconclusas, duelen más. Daniel tampoco abrió la boca y mucho menos lloró. Se limitó a mirar con una mezcla de asombro y envidia lo que las lágrimas habían hecho con el *eyeliner* de Rosa: una mueca de dolor y de maquillaje corrido. Por primera vez se preguntó cómo sería su propio rostro visto desde fuera. Si había también sufrimiento en él o solo sorpresa. Luego simplemente se dejó abrazar. Hundió su nariz en la

coleta de Rosa, en aquel olor familiar a fritura y champú, y no pensó nada más.

Desde entonces la boca de Rosa ha dado forma a la palabra *Teresa* muchas veces. Cómo estás, le pregunta a menudo, mientras Daniel bebe cerveza o come boquerones o fuma en la puerta del Calipo. Cómo estás *de verdad*. Y Daniel no sabe qué contestar. Está aquí. Es cuanto puede decir, cuanto es capaz de pensar: se limita a estar aquí, en el Calipo, y a veces en el sofá de su casa mientras fuma, y otras veces petrificado en su cama, mirando las franjas de luz de la persiana. ¿Es esa su manera de seguir adelante? Por qué no. Es, desde luego, la única que Daniel conoce. Avanzar, avanzar siempre, aunque no siempre sea fácil saber de dónde veníamos y a dónde nos dirigíamos.

—Oye, Dani. ¿Sabes lo que hago yo cuando estoy desanimado?

De pronto Mario se ha puesto muy serio, acodado otra vez en la barra. El Calipo siempre saca de él gestos así, llenos de determinación y de cierta majestad. Todos buscamos un lugar al que pertenecer, un pequeño trocito del mundo del que sentirnos dueño, y Mario reina sobre los noventa y ocho metros cuadrados del Calipo. El Calipo: sillas de plástico blancas en la terraza y sillas de plástico negras en el comedor. Una cocina de la que siempre llegan voces y olores y entrechocar de paelleras y platos. Menús plastificados en los servilleteros y en las paredes y hasta pegados con celo sobre la barra; nada muy historiado, porque, vamos a ver, donde hay buen producto, que se quiten las chuminadas. Es verdad que hay buen producto, y en eso concuerdan los 533 usuarios que han calificado el local con 4,2 estrellas. Su especialidad: la tortilla de patata de Rosa y la paella de Mario. Rabas como las de Santander y un alioli que te mueres, ¿sí o no? Sí: como las de Santander, o mejores. Un único baño, con un temporizador que te condena a acabar las meadas a

oscuras. Junto a la puerta del baño, diez o doce fotografías enmarcadas con los clientes VIP del restaurante. Así, cuando la gente hace cola, no les queda más cojones que mirar, explica orgulloso. Una actriz secundaria de *Física o Química*. Un chaval listísimo, que casi se lleva el bote de *Pasapalabra*. Marta Fernández, la que daba el telediario. El preparador físico de la Real Sociedad. El guitarrista de Blanca Paloma, la del Benidorm Fest: estuvo aquí una semana antes de petarlo. Y el plato fuerte: una fotografía donde Mario y Rosa aparecen flanqueando muy sonrientes a un resignado Berto Romero. No veas qué tipo llanote y simpático; no quería que lo invitáramos, pero lo acabamos invitando, vaya que sí. Colgando del techo, un televisor que cuando no retransmite partidos encadena documentales a los que Mario presta una atención flotante, porque nunca se sabe cuándo te hará falta un dato para hablar con los clientes: el otro día vino un tipo que era físico y estuvimos hablando de agujeros de gusano, ¿qué te parece? Rosa entrando y saliendo de la cocina a toda prisa, con la coleta rebotando blandamente de un hombro a otro. Dos camareros colombianos que llevan a la terraza jarras de cerveza y tintos de verano. Mario paseando entre las mesas para confirmar que todo bien, que el arroz en su punto. Haciendo, también, algunas bromas. ¿Qué es eso de que queríais una ensalada de tomates? ¿Cómo que la queríais? ¿Ya no la queréis, o qué? Las bromas de Mario, que no tienen gracia pero que por algún motivo hacen gracia. Ríen incluso los turistas ingleses y alemanes y rusos, porque de algún modo se hace entender. Sabe con un solo vistazo a qué cliente endilgar la cuenta y a quién puede llamar jefe y quién no está para tonterías. Cómo tratar a los niños que no quieren nada, pero croquetas sí, ¿no, campeón? Unas croquetas de jamón no me las vas a rechazar. Cae bien, Mario: siempre recibe propinas generosas y hay muchos comentarios en

Tripadvisor elogiando su campechanía y su paella. Mario, que lleva chanclas y camisetas de tirantes en su casa pero que en el restaurante se pone siempre una camisa blanca bien planchada, porque un hombre con sus responsabilidades no debe desatender la apariencia física: él no es un simple camarero, es todo un empresario. Y esa empresa llamada Calipo va muy bien, aunque Mario se queje: en verano porque demasiados clientes y en invierno porque demasiados pocos. Se queja, sobre todo, a la una de la madrugada, cuando están cerrando y en la barra solo queda Daniel, haciendo durar su última caña. Pero últimamente no, no se queja. Prefiere repartir algunos consejos que nunca mencionan a Teresa, pero de algún modo la subrayan.

—Bueno, qué. ¿No quieres saber qué hago yo cuando estoy desanimado? —insiste.

—Venga, sí. ¿Qué haces?

—¡Me pongo el gol de Iniesta?

—¿El gol de Iniesta?

Mario asiente con solemnidad.

—El del Mundial. El del Chelsea funciona, pero menos.

Rosa deja de fregar el suelo un momento para poner los ojos en blanco.

—¡Mario!

—¿Qué pasa? ¡Es la puta verdad!

Las soluciones de Mario: jugar al *They Are Billions* —zombis por todas partes, tío, te va a flipar; es verdad que son billones— y ver el gol de Iniesta. Rosa mira a Daniel, como pidiéndole disculpas. Menea la cabeza.

—Sí que es verdad —reconoce—. Se lo pone *todo el tiempo*.

—Pues eso. Me pongo el gol de Iniesta, y a disfrutar. ¡A ganar el Mundial, otra vez!

Daniel no contesta. Está ya borracho, o tal vez solo sorprendido. Mario continúa hablando en voz más baja:

—O sea, yo ya sé que ganamos el Mundial. Eso cómo se me va a olvidar. Pero cuando me pongo el gol y escucho al locutor... Porque el locutor todavía no lo sabe. Te va contando la jugada, y él no tiene ni puta idea de cómo va a terminar. Y tú al escucharlo como que estás igual. Y cuando marca... Te viene todo de golpe. Ganamos el Mundial otra vez. Se me ponen los pelos de punta. ¡Fíjate! Hasta ahora, de recordarlo. ¡Los pelos de punta!

Rosa ha preferido llevarse la fregona y el cubo a otra parte. Es evidente que ha escuchado a su marido contar muchas veces la misma historia. Tantas, quizás, como él ha visto el gol de Iniesta.

—Es como que vuelvo a estar en el momento, ¿sabes? Yo el partido lo vi en Alicante, con los colegas. Vaya noche que pasamos... Y por un segundo estoy ahí, otra vez. ¿Tú dónde viste la final, Dani?

—En casa. Con Patricia.

Mario sacude la mano.

—Bueno, pues olvídate de Patricia. A Patricia que le den por culo. Pero yo te digo que si te pones el gol, vas a volver ahí. A los que éramos entonces. ¿Qué edad teníamos? ¿Treinta? Pues vas a volver a tener treinta años.

Daniel se esfuerza por sonreír.

—Qué fácil.

—Muy fácil. Y lo mejor de todo es que el efecto nunca se gasta. ¿Te acuerdas de cuando compartíamos revistas porno, en el instituto? Aquellas tías sí que se gastaban. De tanto hacerte pajas, al final no te decían nada. Tus colegas se volvían locos por aquellas fotos y a ti ya no te calentaban. Pero por el gol de Iniesta no pasan los años. ¡Siempre está igual de bueno, el cabrón!

Daniel no recuerda haber intercambiado revistas pornográficas con Mario, pero sí: entiende lo que quiere decir.

—Tú póntelo. Ve a casa y póntelo. No digo yo que sea la panacea. Pero ya verás como animarte, te anima.

Luego mira el reloj digital que está sobre la puerta.

—Hala, y ahora a marcharse. Que es tarde. Si quieres otra cerveza, te la bebes en tu puta casa.

Volver a los treinta años. Una buena época o una mala época: cómo estar seguro. Daniel sabe muy bien que no hay nada tan fácil como ser feliz en retrospectiva. La memoria nos prepara esa clase de trampas. Quiere convencernos de que hubo un tiempo en que fuimos felices, pero también lo bastante idiotas como para no darnos cuenta. No es así, claro. Si en efecto no nos dábamos cuenta es por la sencilla razón de que no éramos felices en absoluto: solo lo creemos para explicarnos por qué no somos felices ahora. Al menos eso es lo que piensa Daniel. Por eso, si pudiera viajar en el tiempo no regresaría a sus treinta años, ni a la época de la universidad. Mucho menos a su adolescencia. De ningún modo a la infancia, esa época luminosa solo por lo que tiene de lejana. Si pudiera elegir, escogería el 13 de abril, por la mañana. Regresaría a ese coche en el que no era feliz, lo sabe bien, pero qué importa: tenía a su lado a Teresa. Volvería a la Cala de los Amarillos, solo que esta vez no se quedaría dormido. Sacudiría las migas del bocadillo de mortadela, se pondría en pie de un salto y le diría a Teresa: ahora, un último chapuzón. Se conforma con eso. Con un último chapuzón y con otros treinta minutos de coche de regreso a Benidorm en los que tal vez ya no tendrían nada de lo que hablar, y luego la tarta congelada

y las velitas rosas y Teresa quedándose dormida en el sofá, mientras eligen una película de Netflix.

Teresa cumple años dos veces cada año. Daniel debería tener derecho a vivir ese cumpleaños también dos veces y no solamente una.

Solo que no es posible. La prueba es que Daniel no está en la Cala de los Amarillos, sino recostado a oscuras en el sofá de su apartamento, el rostro bañado por el resplandor azul de la pantalla. Hace búsquedas en Google, esa sucesión de ventanas donde efectivamente no existe el tiempo: donde podemos hacer scroll a través del pasado y quién sabe si también a través del futuro. Hay en internet algo semejante al acto de bucear. Bajo el agua tampoco es fácil decidir dónde o cuándo nos encontramos. Lo próximo parece a veces muy lejos y lo lejano casi podría tocarse con los dedos. Nos sumergimos en estratos de tiempo, hacia profundidades donde habitan criaturas antediluvianas. Porque en el océano el pasado no es una cuestión de siglos, sino de metros. Y eso es Daniel ahora: un buceador que se deja caer. Un internauta. Alguien que, como suele decirse, está navegando en la red. La red: otro utensilio hecho para el mar y sus propósitos. Una malla que se propone capturar el mundo pero deja escapar casi todo lo que importa entre sus intersticios.

Teclea: Etimología retroceder —del latín *retrocedere*; caminar hacia atrás.

Teclea: Regresar al pasado.

Teclea: Posibilidad real de los viajes en el tiempo.

Para escribir *Posibilidad real de los viajes en el tiempo* en Google no hace falta ser un idealista, ni un amante de la ciencia ficción ni un loco. Basta con llevar cuarenta y ocho horas despierto y setenta y

dos horas sin ducharse y saber que esta noche tampoco lograrás conciliar el sueño.

Nada espera encontrar, y nada encuentra. O, bien pensado, encuentra muchas cosas, en muchos tiempos distintos. Daniel está unos minutos en 1915, el año en que Einstein propone la teoría general de la relatividad. Está en un agujero de gusano que tal vez bastaría para conectar 2025 con 1992. En el cuadro *La esperada* de Ferdinand Georg Waldmüller —1860— donde una doncella pasea mirando un libro de oraciones que, según ciertos usuarios de Twitter, es en realidad un iPhone 5. En 1943, durante el Experimento Filadelfia. En 1901 en el Pequeño Trianón, donde dos mujeres afirmaron haber visto a María Antonieta. En 1789, con María Antonieta. En 2003, el año en que un tal Andrew Carlssin fue detenido por la Comisión de Valores por haber tenido éxito en 126 inversiones de alto riesgo; o quizás en 2256, el año del que el tal Andrew Carlssin decía proceder —os juro que no es una leyenda urbana, dice un usuario de Forocoches; el gobierno no quiere que se sepa la verdad, porque la verdad es demasiado dolorosa—. En cierto foro de Reddit, Daniel está en 2024 y en 2021 y en 2022 al mismo tiempo; 1.174 mensajes en torno a la desaparición de un tal John1419; solo que no desapareció, dicen sus discípulos, ascendió a los cielos, es decir, regresó al pasado. Se hacen llamar #diversintime, y el nombre le arranca una sonrisa desganada a Daniel. Porque si bucear en internet se parece a bucear en el océano, entonces los foros de Reddit son el remolino que te traga. La oscuridad de las fosas abisales. La falta de oxígeno que precede a la muerte. Lo llaman narcosis del buceador, más conocida como borrachera de las profundidades: el vértigo de olvidar dónde es arriba y dónde es abajo, dónde nos espera la salvación. Las alucinaciones que te hacen creer que asciendes a la superficie

cuando en realidad te ahogas. ¿Alguien sabe cómo regresar a 2009 y empezar tu vida desde ese punto?, pregunta Riskcapitalist. Si estuviste ahí, entonces puedes regresar, contesta Moon1993; si no, no. Claro que sí, el tiempo es una radio que puedes sintonizar con cualquier frecuencia, solo tienes que recordar cómo, explica ThisChangingMan. Ninguna radio, tío, ninguna máquina; solo puede viajarse con la fuerza de la imaginación, dice Illustrious_Cat_2848. Vaya gilipollez —heavenlytruths—. Lee *Matadero Cinco* —Unfairtrust291—. Con ciertas drogas puedes, pero el efecto no es duradero —fakesdeathisalive—. La respuesta es la meditación —Rasmakhura—. Yo lo he conseguido una vez, duró solo unos minutos pero fue muy REAL, escríbeme DM —eyessawyou777—. En John1419 está la respuesta —John1419isalive—. Estáis todos locos, amigos, pero sois unos locos divertidos —Unconfortableresponses.

Daniel aparta la vista de la ventana del ordenador y mira la ventana de su apartamento. Son las seis de la mañana. Al otro lado del cristal, un resplandor rojizo ha comenzado a clarear por detrás de las espigas de luz de los rascacielos.

Teclea: etimología locura —un misterio; Covarrubias escribe en *Tesoro de la lengua castellana* «la etimología deste vocablo tornará loco a qualquier hombre cuerdo, porque no se halla cosa que hinche su vacío»; según Corominas procedería de la voz árabe *lawq*, «tonto, estúpido»; según otras versiones, su origen estaría en el latín *elucus*, «somnoliento, insomne, amigo de la luna, lunático».

Teclea: etimología insomnio —del latín *insomnium*, ausencia de sueño.

Teclea: cuánto aguanta cuerpo humano sin dormir.

Teclea: pastillas para dormir sin receta.

Teclea: Gol Iniesta 2010.

... le van a agarrar...
... intenta irse, se va Navas...
... vamos, que se desmarca Torres...
... el mundo contra Navas, que tiene ahí velocidad para ir...
... consigue enviar la pelota para el tacón de Iniesta...
... llega Cesc...
... aparece de nuevo Navas, que se desfonda...
... entrega el balón para Fernando Torres...
... prepara el centro...
... la pide Iniesta...
... el rechace...
... para Cesc...
... Cesc para Iniesta...
¡... no hay fuera de juego...!
¡... vamos, Iniesta...!
¡... Goooool...!
¡... Goooool...!
¡... Goooool...!
¡... como en Stamford Bridge...!
¡... El Dios del fútbol...!
¡... El Dios del fútbol...!
¡... Lo hizo en Stamford Bridge, en aquella semifinal...!
¡... Lo acaba de hacer en Johannesburgo...!
¡... para darle a Andrés Iniesta todo lo que merece...!
¡... El recital de fútbol que ha dado en el terreno de juego ha sido para enmarcar...!
¡... Y Andrés Iniesta acaba de darnos el Mundial...!
¡... La Copa del Mundo, que se viene para España...!

¡... Andrés Iniesta de volea acaba de marcar, en la segunda mitad de la prórroga, cuando apenas quedan tres minutos...!

¡... y España entera vibra y salta de alegría...!

¡... porque Andrés Iniesta, el mejor del partido, el mejor del Mundial...!

¡... nos lleva la copa a casa...!

Corren los jugadores de España hasta la banda: diez hombres de azul y un hombre de verde. Persiguen los jugadores de Holanda al árbitro: diez hombres de naranja y un hombre de amarillo gritando a un hombre de azul clarito. Suenan las vuvuzelas en las gradas. Se agitan banderas españolas en el estadio de Johannesburgo y en el paseo de Recoletos, Madrid —conexión en directo—. El gol de Iniesta que se repite en bucle, en un rectángulo más pequeño dentro del rectángulo de luz del portátil de Daniel. Pero Daniel solo tiene ojos para Andrés Iniesta. Para su boca que se abre y cierra, sin sonido. Sus brazos que se sacuden en el aire. El gesto de quitarse la camiseta azul para que debajo aparezca una camiseta blanca, y escrito en ella un texto que lleva esperando ciento dieciséis minutos y un gol para ser leído.

«Dani Jarque, siempre con nosotros.»

El mundo ha dejado de presentarse ante sus ojos como una cadena de causas y consecuencias. Algo parece definitivamente roto. Quizás la realidad ha sido siempre eso, una cosa rota, y solo ahora Daniel ha comenzado a darse cuenta. Los acontecimientos se suceden unos a otros sin relación, como una cadena de abalorios que nada tienen en común, salvo estar atravesados por el hilo de una misma vida. Algún día ese hilo se romperá y los abalorios caerán y ya no habrá forma de ordenarlos, lo que significa que tal vez nunca tuvieron

ningún orden. Imagina su propio entierro y no siente nada. Recuerda el entierro de Teresa —a veces no puede evitar recordarlo — y no siente nada tampoco: una sucesión de imágenes y de colores borrosos, proyectados como una película ligeramente desenfocada. A veces Daniel se dirige a la cocina para servirse un vaso de agua y pasa mucho tiempo abriendo y cerrando el grifo, y estudiando lo que sucede. Abrir el grifo para ver caer el agua; cerrarlo para que se detenga. Qué extraño, si se piensa. Que uno tenga poder sobre el agua. Que en la vida todavía queden cosas sobre las que Daniel tenga control. Pero la realidad no es así, no se comporta como un grifo sino como el mar. Vete tú a darle órdenes al mar. Convéncete de que hay sobre las mareas y las tormentas, sobre los barcos que encallan y las personas que se ahogan, alguna clase de dominio.

Mario y Rosa le dicen que tiene que salir más, divertirse o intentar divertirse. Que no debe pasar tanto tiempo solo. Pensar en otra cosa. Como si ellos supieran en qué piensa. Como si lo supiera el propio Daniel, tantas horas con la mente en blanco, sentado en la terraza mientras se fuma el tiempo que le queda. Eso es el tiempo: la ceniza que cae y no será recogida jamás. Sobras que no puedes reconstruir, como mondas de patata en el suelo de una cocina que nunca compondrán de nuevo una patata. La comparación es absurda pero exacta. Más que exacta: es un hecho que tiene frente a los ojos. Porque estaba en la terraza y de pronto otra vez en la cocina, pelando patatas. ¿Por qué? ¿Para qué? Quizás se proponía hacer una tortilla. Pero en el último momento descubre que no tiene huevos. Dos kilos de patatas peladas y ningún huevo. Tira a la basura las mondas, tira también las patatas y llama a SushiYa. Mañana bajará al supermercado. Comprará los huevos que le faltan. Olvidará, seguramente, las patatas.

He ahí otro misterio. El tema del supermercado. El hecho de que, desde hace un tiempo —¿cuánto tiempo?—, Daniel pase tantas horas allí. En Alcampo, siempre en Alcampo. Hace compras ridículas, compras para las que ni siquiera le aceptan la tarjeta porque no llega al mínimo. ¿El mínimo para qué? El mínimo para ser una compra. Veinte minutos paseando un carrito vacío pasillo arriba y pasillo abajo para llevarse un paquete de café. Un manojo de plátanos. Servilletas: toda casa necesita servilletas, ¿no? Dos, tres veces al día recorriendo los mismos pasillos y cruzándose con los mismos reponedores, que ya han empezado, quizás, a reconocerlo. Necesita muchas excursiones, muchas bolsas de plástico vacías o medio vacías, para comprender que está buscando a la chica del vestido amarillo, es decir, a la chica del vestido azul. ¿Acaso Daniel no se había dado cuenta? No; no se había dado cuenta. Sus pensamientos ya no le llevan a la acción; son las acciones las que dan, siempre en retrospectiva, sentido a sus pensamientos. Las consecuencias, que por primera vez se atreven a preceder a las causas. ¿Piensa mucho en la chica del vestido azul?, se pregunta un día, delante del expositor de los zumos. Tiene que reconocerse que sí; que piensa, quizás, todo el tiempo. Una desconocida, un ser insignificante que de pronto ocupa un lugar enorme en su cabeza. Porque una cabeza humana es parecida a una maleta: hay un número limitado de cosas que podemos meter en ella. Llenarse de la chica del vestido azul es vaciarse de pensamientos mucho más grandes y dolorosos. ¿Qué pensamientos? En eso Daniel no quiere pensar.

Nueces, se dice Daniel. Necesito nueces. Y se pone las chanclas y baja al supermercado, en busca de esas nueces tan necesarias.

¿Qué es lo que hará cuando al fin encuentre a la chica del vestido azul? No tiene ni idea. Solo sabe esto: lo descubrirá tan pronto como

la encuentre. Hará algo, o dirá quizás algo que a él mismo le sorprenda. Sus propias reacciones darán algún sentido a tantas horas pasadas bajo las luces fluorescentes del supermercado.

¿Le gusta la chica del vestido azul? Es una explicación posible. Es casi tentador responderse así: me gusta la chica del vestido azul y por eso quiero encontrarla. Al fin y al cabo es una chica muy guapa y él lleva mucho tiempo sin follar. De modo que es eso. Daniel quiere follar. Daniel busca esa ración de olvido que siempre encontramos en las camas ajenas. Es eso, pero tal vez no solo eso. A lo mejor lo más importante no es que la chica del vestido azul sea muy guapa y él lleve mucho tiempo sin follar, sino que se conocieron el 13 de abril. Aunque no sea capaz de recordarlo, la chica del vestido amarillo —la chica del vestido azul— conoció, brevemente y a través del parabrisas, a Teresa. Mirarla a ella es mirarse a sí mismo dentro de aquel coche, con Teresa otra vez al alcance de su mano. Una forma de regreso. Una forma, también, de empezar de nuevo. Porque siempre, cuando le ha gustado una mujer, Daniel ha temido el momento de presentarle a Teresa. Y ahora, la parte de sí mismo que no termina de entender que Teresa está muerta, que Teresa no volverá para hacer su cama, se dice que al menos con la chica del vestido azul ese encuentro tan delicado ya está resuelto. Una cosa menos en la que pensar.

Lo que se sabe de John1419 es muy poco. Vive o vivía en Ohio, o al menos eso es lo que dejó escrito en un par de ocasiones. Era abstemio. Era gordo o decía ser gordo. Durante un tiempo indefinido —*my big big blackout*— consumió antidepresivos y se aficionó a ver programas de la televisión de Corea del Norte sin subtitular. No sabía coreano. No sabía ningún idioma que no fuera inglés, salvo, quizás,

un poco de italiano —al menos así citaba a Dante Alighieri, en italiano—. Sus lecturas son abrumadoras e impredecibles: tan pronto habla de la *Guía Espiritual* de Miguel de Molinos como de la teoría de la relatividad de Einstein, los preceptos del *bushido* o cierto episodio de *Las chicas de oro*. Le gustan la mantequilla de cacahuete y los Cheerios remojados en leche y no pocas veces introduce referencias a ambos, en forma de modestas parábolas. Padeció cáncer de testículos: si lo superó o no lo superó es materia de discusión entre sus seguidores. Entre septiembre de 2021 y octubre de 2022 publicó un total de mil ciento setenta y cuatro posts en Reddit. Algunos ocupaban unas pocas líneas y otros, como el post 147 —la piedra angular de su pensamiento, según sus discípulos—, alcanzaban las treinta y cinco páginas de Word. Todos ellos giraban en torno a su única obsesión, una obsesión que excedía con mucho su pasión por los Cheerios, por la mantequilla de cacahuete, por la televisión por cable: discutir la posibilidad de los viajes en el tiempo. *Posibilidad* es una palabra que se queda corta. Regresar al pasado no era una hipótesis para él, sino una certeza. John1419 era o decía ser un auténtico viajero en el tiempo. *See you yesterday, folks*, añadía a menudo como colofón de sus mensajes. Repetía eso, *folks*, aunque por aquel entonces nadie o casi nadie se tomaba en serio sus palabras: la mayoría de sus posts acababan con un amargo *0 comments*. No fue hasta después de su desaparición cuando comenzaron a congregarse sus primeros discípulos. También sus primeros detractores. No está claro si John1419 llegó a enterarse de este éxito póstumo: para entonces llevaba varios meses sin dar señales de vida. Ahora, casi dos años después, existen catorce grupos dedicados a discutir su legado. El más popular, #diversintime, cuenta con más de seis mil suscriptores. Una comunidad heterogénea que incluye muchos seguidores irredentos,

pero también un buen número de haters que discuten o ridiculizan sus postulados.

Entre esos seis mil suscriptores, en algún lugar intermedio entre la veneración y la burla, está Daniel.

John1419 estaba loco. De eso a Daniel no le cabe ninguna duda. Pero por alguna razón, por el mismo motivo oscuro que nos fascinan y atrapan ciertos horrores, no puede dejar de leer y leer. Lee los posts de John1419 y lee también los hilos donde sus seguidores —algunos se hacen llamar *johnists*— discuten e interpretan los posts de John1419. Lee las bromas de sus enemigos, usuarios que no creen ni una palabra de lo que dice, que lo llaman loco, gordo, conspiranoico, un signo de nuestro tiempo, pero que por alguna razón no dejan de escribir y escribir. Loco está, claro, completamente loco, pero Daniel no es capaz de sentir lástima. ¿No es también perder a un hijo una forma de locura? ¿No es el duelo una demencia que toleramos socialmente, un estado enajenado de la vida por el que todos podemos sentir comprensión? Loco está también el propio Daniel, piensa Daniel, creyendo y no creyendo en la muerte de Teresa, fumando mucho, demasiado, frente al ordenador; tratando de juntar las piezas, las pruebas de que Teresa efectivamente murió —imágenes del ataúd, imágenes del propio Daniel firmando papeles, imágenes de Teresa tendida sobre la arena— y no llegando a ninguna conclusión. Daniel reconstruyendo cigarrillo a cigarrillo las imágenes que precedieron al accidente, esforzándose por recordar si encendieron o no la radio, si Teresa se rascó la rodilla izquierda o la derecha, si llegaron a la cala o no antes del mediodía. Daniel volviendo también atrás en el tiempo. John1419 ha perdido la cabeza y Daniel ha perdido la suya y por eso no ríe, no puede reírse de aquellos mil ciento setenta y cuatro delirios. Solo puede ver en

ese gordo anónimo de Ohio algo así como la imagen distorsionada de un espejo.

El tiempo es lo que cabe en una botella de oxígeno. Doce litros de oxígeno, es decir, doce litros de tiempo. Pero ¿cuánto dura un litro? Los alumnos siempre se lo preguntaban. ¿Cuánto tiempo tengo ahí abajo? Daniel nunca sabía qué responder. En teoría sesenta minutos, aunque puede que cincuenta o cuarenta, o incluso apenas veinte: dependía solo de ellos. Porque es un hecho sabido que los submarinistas primerizos casi siempre respiran demasiado rápido. Como si se ahogaran: así es como respiran. Como si no llevaran ninguna botella. Tienen miedo de que el aire se les acabe y, en consecuencia, se les acaba. Tranquilos, respirad tranquilos: cuanto más nerviosos os pongáis, antes tendréis que ascender. Eso les decía.

Si algo distingue a los buceadores profesionales, es el modo casi milagroso en que saben hacer durar sus botellas. Cómo se estira el tiempo en sus pulmones. Porque el tiempo es eso, una cuestión de fe, una plastilina que podemos modelar con nuestros pensamientos. Algo demasiado breve para quien sufre e infinito para quien disfruta. ¿O es al revés? La gente cree que bucear consiste en nadar y en contener la respiración, pero es justamente lo contrario. Bucear consiste en hundirse como si no supiéramos nadar y en respirar como si no supiéramos que estamos en el agua. Los verdaderos submarinistas no son tanto adictos al mar como adictos a la respiración. A esa clase de respiración —lenta, sosegada, plena— que solo nos da el yoga, el sueño profundo, ciertas drogas. El sexo, o más exactamente, la somnolencia que viene después del sexo. Y también el mar. No hay nada que podamos encontrar en una

inmersión que no podamos encontrar también en un reportaje de National Geographic. Salvo esto: la paz absoluta. La inmortalidad de quien respira como si fuera inmortal.

Eso es lo que Daniel sabía hacer. Eso es lo que ahora ha olvidado. A veces, mientras camina o mientras hace scroll en #diversintime o incluso cuando se limita a estar tumbado en su sofá, se sorprende respirando deprisa, deprisa, muy deprisa. El corazón que se acelera por ningún motivo. La sensación de que los pulmones se llenan de nada. Un pinchazo en el pecho. Una bruma delante y detrás de los ojos. Joder, dice o piensa. Joder joder joder. Y se enciende un cigarrillo o hace esfuerzos para inspirar muy lento, espirar muy lento. En su cabeza suenan las mismas palabras que antes repetía a sus alumnos: tranquilo, Daniel. Respira tranquilo. Como si tuvieras todo el oxígeno del mundo. Porque lo tienes. ¿Puedes hacer eso, Rosa Antonio Miguel Gonzalo Josemanuel? ¿Puedes apagar la cabeza un momento y simplemente confiar en el oxígeno? Casi nunca podían y casi nunca puede tampoco Daniel.

¿Cuánto dura una taquicardia antes de convencernos de que estamos teniendo un ataque de ansiedad y no un ataque al corazón?

¿Cuánto dura un litro de tiempo?

¿Cuánto dura un minuto para alguien que se ahoga?

John1419 nunca habla de agujeros de gusano, de cuerdas cósmicas, de campos electromagnéticos. La ciencia le aburre y le exaspera a partes iguales. Detesta las máquinas y toda explicación de viaje en el tiempo que derive de ellas. ¡Las máquinas!, se queja airadamente en su post 33. ¡Esa sí que es buena! Porque todo el mundo sabe, prosigue siete posts más tarde, que las máquinas no se inventaron para regalarnos tiempo, sino para quitarnos el poco que tenemos.

Eso lo sabéis, ¿verdad? Que cuando un anuncio de lavavajillas nos dice que pasamos cinco mil cuatrocientas setenta y cinco horas de nuestra vida lavando platos y que esa máquina va a ahorrárnoslas, lo que nos está diciendo es: ¡haz algo con esas cinco mil cuatrocientas setenta y cinco horas! Produce, amigo, es decir, quema tu tiempo. Destrúyelo. Eso es una máquina, folks. Eso es el capitalismo. Nos obliga a vivir siempre en el futuro. Nos obliga a pensar: ¿Qué haré con esas horas que acabo de ganar? ¡Pero si no ganaste nada, imbécil! Solo perdiste tiempo y dinero, para comprar un lavavajillas. ¡Y encima te obligan a pensar! Antes del capitalismo, el futuro no existía más que en la mente de los chamanes. Antes la gente vivía en el presente, es decir, en el pasado (algún día os explicaré por qué, folks). De momento quedaos con esto: antes la gente vivía en el pasado y ahora vivimos en el futuro. Los anuncios nos dicen: No estés siempre sentado, haz ALGO. Yo digo: No hagas simplemente ALGO, siéntate. ¿Sorprendidos? ¡Espero que os sorprendáis, folks! Sentaos y vivid vuestro jodido tiempo. Mandad a la mierda a las máquinas. ¡Incluso esta computadora desde la que os escribo! Esta computadora no sería la primera que rompo. Hacedme un favor, folks: romped vuestra computadora al menos UNA VEZ EN LA VIDA y romped vuestras convicciones. Mandad a la mierda la ciencia. A la mierda la máquina del tiempo de Wells y todas las gilipolleces que vinieron después. ¡Viajar en el tiempo, con una máquina! Qué estupidez. No comprendéis que fueron precisamente las máquinas las que inventaron el tiempo tal y como lo conocemos. Las que no nos dejaron pensar por fuera de sus cauces, como sí sabían hacer los antiguos. ¿Habéis leído cuentos populares? Todo ese rollo de cazadores que van al bosque y vuelven al cabo de un día, pero en su poblado han pasado cien años. ¡Qué ingenuos, pensamos! Qué estúpidos. ¿Y si fuéramos nosotros los estúpidos? ¿Y

si en un mundo en el que no sabemos lo que es el tiempo, el tiempo se convirtiera en lo que queremos que sea? Con todo eso acabaron las máquinas. Un tipo inventa un reloj, una cosa por lo demás curiosa, bien bonita, esas agujas tan pequeñitas que dan vueltas y vueltas. Pero luego, con ese reloj en la mano, con ese juguete que para nada sirve, se le ocurre pensar que dos minutos distintos de una misma vida son dos minutos iguales, solo porque es lo que parece en su relojito de mierda. ¿No estaba loco aquel tipo? Creer que un minuto de agonía dura lo mismo que un minuto de placer en la cama. No, para nada. El tiempo no es igual al tiempo. Un minuto solo se parece a sí mismo. No puede medirse, sino experimentarse. La próxima vez que soñéis, folks, preguntaos cuántos MINUTOS reales transcurrieron durante ese sueño en que sentisteis transcurrir DÍAS. Preguntaos qué es más real, si los minutos que soñasteis o los días que vivisteis. Eso es el tiempo. Una jodida experiencia, y nada más. Dejemos a los relojes hacer su trabajo y hagamos nosotros el nuestro, ¿no? ¿Me estáis escuchando? Escuchadme bien. Vivamos donde y sobre todo cuando queramos vivir. ¿No sería eso maravilloso? Pues yo, folks, voy a deciros cómo. Vais a leer ciertas cosas y comprenderéis que hasta ahora habéis estado perdiendo el tiempo, sí, habéis perdido vuestro jodido tiempo. Pero yo os enseñaré a recuperarlo.

Hubo un tiempo en que Daniel no sabía quién era John1419. Hoy parecen tan lejanos, esos días. Esas noches, sobre todo. Noches sin #diversintime. Por aquel entonces tal vez ni siquiera sabía lo que era Reddit. No se dormía con el portátil sobre las rodillas. No espolvoreaba la ceniza de sus cigarrillos sobre el teclado. No comía a oscuras tarrinas de arroz basmati calentadas en el microondas,

haciendo un scroll infinito en las locuras de John1419 y sus discípulos; en las respuestas cuerdas y sosegadas de sus haters, acaso más locos todavía, pues intentan razonar un delirio. En aquel tiempo Daniel todavía tenía redes sociales, y si perdía el tiempo en internet, era ahí donde lo perdía. Dejó de usar su cuenta de Facebook en 2021. Usó brevemente su cuenta de Twitter y luego olvidó las claves. Abrió un perfil de Instagram que todavía está, más o menos, vivo: 189 seguidores, siete publicaciones, 0 interacciones en los últimos seis meses. Incluso las redes sociales más exitosas son en esencia eso, piensa Daniel: un cementerio de cuentas abandonadas. A veces, cuando se cansa de leer posts de John1419 y posts que comentan o discuten los posts de John1419, acaba regresando a esa cuenta de Instagram donde nada sucede. Donde el tiempo quedó detenido el 23 de octubre de 2022: su última publicación. Antes de eso, un puñado de fotos de personas que ríen y son o aparentan ser felices. Algunas de esas personas son, de hecho, el propio Daniel, eternizado en distintas posturas pero siempre con la misma sonrisa. La muerte ha de parecerse a eso: a quedarse para siempre clavado en un 23 de octubre. En un 13 de abril.

Desde el funeral no ha vuelto a hablar con Patricia. Pero en Instagram, en esa reliquia del pasado, Patricia y él siguen siendo amigos. No: amigos no. Seguidores: esa es la palabra. Patricia sigue a Daniel y Daniel sigue a Patricia. ¿Qué coño quiere decir eso? Quiere decir que, cuando Daniel se cansa de #diversintime, y cuando más tarde se cansa de contemplar la agonía de su propia cuenta de Instagram, puede acabar naufragando en la cuenta de Patricia. Descubre con sorpresa que esa cuenta nunca ha estado tan viva. Fotografías de Teresa por todas partes: Teresa celebrando su séptimo cumpleaños, Teresa en un carrito de bebé, Teresa cargando

su mochila escolar, Teresa sonriendo o enfadada o incluso dormida. Aparecen así, en cualquier orden, como si el tiempo, en vez de abolirse, se hubiera vuelto loco. ¿Cómo no creer que Teresa regresará algún día a hacer su cama, si hay un lugar donde tiene dos años y trece y nueve al mismo tiempo? No te olvidamos, escribe Patricia en los pies de fotos. Un mes sin ti. Ojalá pudiera decirte una vez más cuánto te quiero. Aprendí tanto de ti, y me quedaba tanto por aprender. A veces recurre a las palabras de otros: la letra de una canción de Michael Jackson. Un poema de Benedetti. O ninguna palabra: solo tres emoticonos que lloran.

En ninguna de esas fotografías aparece Daniel.

En ninguna, tampoco, Teresa está muerta.

Ha imaginado tantas veces el reencuentro en el supermercado, lo ha erigido tan trabajosamente en todos sus detalles y con todas sus probables e improbables ramificaciones, que cuando al fin la encuentra en una terraza del paseo marítimo tarda mucho en aceptar que se trata precisamente de ella. Debería llevar un vestido amarillo, o como mucho un vestido azul, pero en su lugar lleva una camiseta de tirantes blanca y un pantalón vaquero. Y sobre todo no debería estar aquí sino en el pasillo de los lácteos, o en la sección de frutería, puede que incluso en la caja registradora —la oportunidad de ser todo un caballero—, de modo que por un momento Daniel, absurdamente, está a punto de pasar de largo. Está sentada en una de las sillas de plástico que miran al mar, con una Coca-Cola empezada y un libro en la mano; Daniel de pie, dudando si sentarse o no sentarse. Se sienta al fin, en la mesita más próxima. La terraza está medio vacía, y por un momento teme que el gesto sea demasiado revelador. ¿Revelador de qué? A la mierda, piensa Daniel,

y cuando el camarero aparece a su espalda pide un café americano con hielo, con una voz demasiado alta. Sería más sencillo así: si la chica de la camiseta blanca se volviera precisamente ahora y recayera sobre ella la responsabilidad de decir las primeras palabras. Pero no se vuelve. Sigue leyendo su libro, ignorando la presencia de Daniel, como el propio Daniel ignora qué hacer a continuación.

Se puede saber mucho de una persona por el simple hecho de mirarla cuando no se sabe mirada. Daniel al menos se entrega a ese credo durante los minutos siguientes. No alcanza a reconocer el título del libro, pero sí a hacerse una impresión sobre ella. Es joven: no puede tener mucho más de treinta y cinco años. No usa maquillaje. Un rostro que es lo que es, sin nada que añadir o que restar. Solo unos pequeños pendientes plateados, que también son exactamente lo que parecen: dos trocitos de plata colgando de dos orejas. Hay algo vagamente infantil en ella, pero también un no sé qué antiguo y remoto: una mujer que es niña y anciana al mismo tiempo. Es muy guapa. O quizás solo un poco guapa. Tal vez no es guapa en absoluto. Daniel se queda ahí, mirándola, tratando de decidirlo. Su belleza, si en efecto existe, es una belleza sin evidencias y sin consenso. Algo así como una cuestión de fe. ¿La encontraría guapa Mario? ¿La encontraría guapa el propio Daniel si la hubiera conocido hoy y no el 13 de abril? Imposible decirlo. Solo puede decirse esto: que ahora mismo es o parece muy guapa. Una mujer guapísima, que está sola y parece cómoda con eso. Se diría que no espera a nadie. A Daniel le da por pensar que tal vez esté sola *sola*. Basta, pues, con decirle algo. Cualquier cosa. Solo que no sabe qué y tampoco sabe para qué. Se le ocurre que si llega a leer el título del libro podrá encontrar un pretexto. ¿A ti también te gusta la autoayuda? ¿A ti también te gusta la novela negra? ¿A ti también te gustan los libros rojos? El libro es, en efecto, rojo, y tras muchos

balanceos en la silla, tras estirar el cuello, alcanza a fin a leer las letras doradas del título.

«Actas del XIII Congreso de Cardiología de la Universidad de Valladolid.»

Joder, piensa. Y es pensarlo y verla darse bruscamente la vuelta, como si fuera cierto eso que dice la gente: que podemos llegar a atraer a alguien solo con el pensamiento. ¿Es eso un gesto de sorpresa? ¿Es eso el comienzo de una sonrisa? Rápido, piensa. Di algo, cualquier cosa.

—A lo mejor nos conocimos en esta terraza.

Ahora sí, no hay duda. Una sonrisa.

—Puede —responde ella con fingida seguridad, reponiéndose de la sorpresa—. ¿Vienes mucho por aquí?

—Bastante.

En realidad es la primera vez, pero por supuesto eso no va a decirlo.

—Yo también. Pero estoy bastante segura de que no fue aquí.

—¿No?

—No. Tú y yo nos conocemos de otra cosa.

Es el turno de Daniel, pero Daniel no dice nada. Toda la energía reunida para formular la primera frase se ha evaporado. De pronto, los dos o tres metros que separan sus mesitas son una distancia insalvable. Daniel vuelve a ser el mismo hombre del supermercado. Alguien que no sabe sostener la mirada de ella y que no sabe tampoco qué hacer con sus manos. Liarse un cigarrillo: eso es. Fumar es, entre otras muchas cosas, un repertorio de gestos que sirven para aplazar y a veces sustituir la palabra. Por eso Daniel saca el paquete de tabaco y se demora en armar el cigarrillo.

—¿Fumas Golden Virginia? —pregunta ella.

—Sí —contesta, casi entusiasmado de que ella tenga algo que preguntar y él algo que responder—. ¿Quieres uno?

No contesta. Se limita a sacar del bolsillo trasero de su pantalón vaquero el mismo paquetito verde. Sus miradas se encuentran en ese vicio compartido. En esa coincidencia que después de todo no puede ser más que eso: una coincidencia.

—Veo que tienes buen gusto —dice Daniel.

—Muy bueno.

Una pausa que puede significar cualquier cosa. Ninguno aparta la vista del delicado proceso de confección de su cigarrillo.

—«Fumar puede matar» —lee ella, pensativa—. ¿Qué dice el tuyo?

—«Fumar es el responsable de nueve de cada diez cánceres de pulmón.»

—Tuve un novio que decía ese tipo de cosas todo el tiempo. Citaba estadísticas y todo. Una vez me dijo que no quería estar con una persona que se estaba matando. —Mira fijamente la punta del cigarro recién liado—. Era un tipo extraño. No sabía que todos nos vamos a morir.

Daniel se queda mucho rato pensando en esa frase. Tu-ve-un-no-vio. Pretérito perfecto simple.

—Veo que no te convenció para dejarlo.

—Me convenció para dejarlo a él.

De pronto alza los ojos. Cuando le mira, Daniel siente que su cuerpo se hace real. Que solo entonces comienza a existir.

—Quién sabe —continúa, sin dejar de mirarlo—. A lo mejor tú y yo nos conocimos en el estanco.

La primera risa compartida. Una risa breve, pero con la duración suficiente para que Daniel alcance a pensar: esta es la primera vez que me río en mucho, en muchísimo tiempo.

—Puede ser —contesta, meneando la cabeza.

No añade nada. Ella tampoco se esfuerza en continuar la broma. Han dejado incluso de mirarse, pero los ojos de ambos se pierden más o menos en el mismo punto de la línea azul del mar. ¿Es este el silencio que precede a la despedida? Ambos han terminado de liarse los cigarrillos. A ninguno le ha faltado papel, filtros, virutas de tabaco. Ninguno necesita el mechero del otro. Son eso, dos personas autosuficientes, que se hablan desde la distancia de dos mesitas de plástico. Dos desconocidos que nunca más volverán a verse:

Y sin embargo:

—Por cierto, me llamo Natalia —dice Natalia.

—Yo soy Daniel —responde Daniel.

Aquel día, Daniel aprende muchas cosas sobre Natalia.

Tiene treinta y cuatro años.

Nació en Valladolid.

Lleva tres meses trabajando en Benidorm como residente de cardiología.

Había solicitado plaza en Madrid y en Barcelona, en Zaragoza, en Valencia, en Bilbao; estaba dispuesta a irse a Sevilla y a Granada y a Santander y dispuesta, claro, a quedarse en Valladolid, pero al final le tocó plaza en el Marina Baixa de Benidorm.

Vive sola en un piso alquilado en el barrio de Loix. Un piso rodeado de tiendas de souvenirs y de tiendas de tatuajes y de karaokes que hacen ruido hasta las tres de la madrugada.

A veces se siente sola en esta ciudad tan fea; esta ciudad donde no conoce a nadie en absoluto.

Tiene unas manos flacas y nudosas, que juegan a despegar la pegatina del botellín mientras hablan. Unas manos antiguas, severas, que no se corresponden con la juventud de su cuerpo.

Fuma mucho, demasiado —¿no serás uno de esos médicos que cree que el tabaco no es tan malo para la salud como dicen?; qué va, responde en una larga bocanada de humo; el tabaco es malísimo, es lo peor que le puedes hacer a un corazón, Daniel.

Contemplada de cerca —la distancia de un brazo que podría tocarla, pero que no la toca todavía—, es posible distinguir una pequeña melladura en su mejilla izquierda; una imperfección que la vuelve más real de lo que Daniel nunca imaginó, cuando solo era una pintura viviente al otro lado del parabrisas.

Cuando sonríe, lo hace con todos los dientes. Cuando no sonríe, el mundo parece de pronto algo muy serio, sobre lo que no se puede bromear en absoluto.

Sus labios tienen un lejano sabor a Coca-Cola.

Claro que eso, el sabor de los labios de Natalia, todavía no lo ha descubierto. Para eso falta mucho tiempo: tres horas que se harán larguísimas. Así que las cosas no suceden tan rápido, pero sí en este orden. Hay en las relaciones que comienzan, en dos personas que hablan primero de lado a lado de la terraza y que más tarde comparten mesa y cenicero, algo así como una flecha del tiempo. Una dirección que no puede rebatirse: primero lo que está fuera y después lo que está dentro. Primero la superficie de las cosas, que casi siempre puede resumirse en números, ese barniz que aparentando explicar el mundo en realidad lo borra —treinta y cuatro años; tres meses en Benidorm; uno o dos años por delante antes de poder solicitar otro destino; un destino que le guste de verdad—. Luego ese algo que queda debajo de las cifras y los datos,

como una cebolla que va desprendiéndose poco a poco de sus capas o una fruta que acepta ser mondada hasta el hueso.

Su conversación no discurre en el tiempo circular de los romanos. No en el tiempo sin tiempo de los frigoríficos. Lo que se despliega de pronto ante ellos es el tiempo de las cosas vivas; de las tartas que una vez sacamos del congelador ya no pueden sino descongelarse. Porque alguien —Natalia— debe deslizar primero ciertos comentarios, guardar ciertos silencios, para que otro alguien —Daniel— se sienta autorizado a arrastrar su silla de plástico hasta la mesita vecina, y solo ese gesto inofensivo, el gesto de acercar dos sillas que estaban separadas, puede inspirar las palabras y los movimientos que vendrán después. Y es que hay palabras absurdas, palabras que sería casi un crimen pronunciar, que se convierten en algo natural tan solo unos minutos después, unos centímetros más cerca. Me siento sola, dice de pronto Natalia, con sencillez y sin tapujos. Me siento muy sola aquí, dice, y es casi milagroso que una frase semejante sea posible entre dos casi desconocidos. Que no haya algo ridículo o patético o impostado en confesar aquello que no ha confesado ni siquiera a su mejor amiga, en su última videollamada. Pero no: ni ridículo, ni patético ni impostado.

—Oye, ¿te ha molestado lo que he dicho?

—¿Que te sientes sola? ¿Cómo va a molestarme eso?

—No. Lo de que es fea Benidorm. Tú eres de aquí, ¿no?

—Bueno, se puede decir que sí. Que seis meses al año soy de Benidorm. Pero no me molesta. Creo que a mí también me lo parece. Fea.

—Seguro que no es tan fea. Que solo hay que conocerla. —De pronto se vuelve, con una energía que tiene algo de artificial—. Así que te va a tocar enseñármela. Te va a tocar demostrarme que en

realidad no es tan fea. ¿Cómo es eso que se dice? Me tienes que presentar el alma de Benidorm.

Dos personas que se gustan son un único ser bifronte. Un rostro mira al pasado: el deseo de narrar nuestra vida como si fuera una película cuyo único sentido es llegar a este momento en particular. El otro mira al futuro: me tienes que enseñar el alma de Benidorm.

—Benidorm no tiene alma, solo tiene cuerpo. Pero yo te lo presento.

Lo ha dicho así, sin pensar, y de pronto le parece que tal vez es una frase demasiado cursi o solemne, con demasiado peso a esa hora ligera de la tarde. Pero Natalia no la encuentra ni solemne ni cursi: solo divertida.

—Eres un tipo raro —dice, sin dejar de sonreír.

Eso no se lo dice en la terraza, sino caminando en el paseo marítimo a la luz de las farolas. No resulta fácil descubrir en qué momento anocheció ni a dónde se fue el resto de la gente. De pronto un silencio muy largo, que por alguna razón no resulta incómodo. A veces la intimidad no se mide en el número o la hondura de las palabras, sino en el número de silencios que pueden tolerarse.

—Oye. Si a ti tampoco te gusta, ¿por qué te viniste aquí?

—Es una buena pregunta.

El propio Daniel también habla. También él va deslizando confidencias en el único sentido posible: desde afuera hacia adentro. Solo que el interior de Daniel está vacío. A veces se siente como una muñeca matrioska: una a la que le hubieran robado todas sus piezas. Abrir la muñeca y dentro no encontrar nada. A eso se parece seguir viviendo después de que Teresa haya muerto. Por eso Daniel no habla de Teresa, no habla de la Cala de los Amarillos, no habla de las noches y no noches hundiéndose cada vez más abajo en el foro

#diversintime. Pero eso no quiere decir que Daniel no sea todavía capaz de decir cosas verdaderas. Lo que le cuenta a Natalia es verdadero, si es que la verdad sigue siendo real cuando borramos su centro. Y así, de pronto, un Daniel que siempre permanece callado se encuentra hablando de la muerte de su madre, y de un ascenso que no quería en un trabajo que odiaba, y de la decisión de hacer bajo el agua lo que siempre supo hacer tan bien sobre la tierra. Dejarse llevar, simplemente dejarse llevar. A eso se dedica él: a dar clases de buceo. No le dice que está en paro. No le dice tampoco que lleva meses sin ponerse un neopreno. Quien habla es un Daniel muy sincero, si es que se puede ser sincero con varios meses de retraso. Y Natalia escucha con los ojos entrecerrados, con esos ojos sesgados que descarapelan la vida de quien habla, como descarapelan sus dedos los botellines de Coca-Cola.

Daniel se pregunta, no puede no preguntarse, qué aprendizajes estará haciendo la propia Natalia. Como interpretará cada una de sus palabras. Los silencios. El primer beso. Porque de pronto, ahora sí, hay un primer beso. Daniel lo esperaba y no lo esperaba al mismo tiempo. ¿Tan rápido?, piensa, con los ojos cerrados. Sí: tan rápido. Hace unas horas estaban preguntándose cuándo o dónde se conocieron y ahora esa respuesta parece clara. Se conocían de esto, exactamente de esto. De besarse al anochecer en un banco que mira al mar. Sus piernas sobre sus piernas: un peso nuevo y también antiguo. Daniel se pregunta si ese beso está bien o está mal. Porque todo el mundo sabe que los viudos deben ir con calma: que deben tomarse su tiempo antes de besar otros labios. Que los dueños de adorables perritos harían bien en guardar unos meses de luto antes de regresar a la protectora. Pero con los padres que han perdido una hija, con esa categoría de seres humanos rotos que carecen incluso de nombre —ni viudos ni huérfanos, solamente padres: ya, para

siempre, padres— no es fácil decidir qué está bien y qué está mal. Cuánto tiempo deben esperar para reanudar sus vidas, si es que la vida puede detenerse y si es que una vida que se detiene puede ponerse en marcha de nuevo.

Natalia, quiere murmurar Daniel mientras dura el beso. Natalia Natalia Natalia, solo para constatar que no está solo: que la chica del vestido amarillo, la chica del vestido azul, la chica de la camiseta de tirantes y pantalón vaquero es algo más que una fantasía, más que un cuerpo apenas entrevisto al otro lado de un parabrisas. Pero al fin hace lo que siempre ha hecho: guardar silencio.

La luz de las farolas. La bombilla del portal. Tubos fluorescentes en el ascensor. Luz automática en el descansillo del tercero. Una lamparita de pie en la entrada, que Natalia enciende mientras abre la puerta y mientras besa a Daniel: todo al tiempo. Ninguna bombilla en el techo. Eso es la casa de una mujer, piensa él: un pequeño reino donde todas las luces son tenues e indirectas. Una lamparita en el recibidor y una lamparita para fumar junto a la ventana y una lamparita en la mesa del salón y una lamparita en la mesilla de noche. Daniel se queda mirando mucho tiempo esa lámpara de lava azul que Natalia, ya tendida en la cama, acaba de encender. Los ojos de Daniel se debaten entre mirarla a ella, el escorzo de su cuerpo desnudo, sin camiseta ni vestido de ningún color, y la luz incierta y equívoca de esa lámpara de lava azul que parece venida directamente desde su pasado. ¿Dónde ha visto antes, esa lámpara? ¿Qué otra mano la encendió, en qué habitación, con qué propósito? El aire no parece de pronto aire. Ha adquirido la consistencia de los sueños, la liquidez de las cosas que suceden bajo el agua. Daniel cierra los ojos. Intenta estirarse para pulsar el interruptor y regresar

a la oscuridad, al placer terrestre de seguir besando a Natalia con los ojos cerrados. Pero Natalia, el brazo desnudo de Natalia, lo detiene.

—No apagues la luz.

Una advertencia para los no iniciados. Cuando hablo de viajar en el tiempo, no hablo de jodidas metáforas. Eso de los viajes astrales, de las regresiones, de las realidades paralelas. Toda esa mierda. No: cuando digo viajar, quiero decir *viajar*. Cuando digo que podéis rebobinar el tiempo, es que podéis hacerlo, folks, exactamente igual que hacían nuestros padres en sus viejos VHS. Viajar en el tiempo, es decir, salir de aquí y aparecer allí. Empezar ahora y terminar ayer. Si queréis viajar al futuro, siempre podéis escuchar al capitalismo, pero si queréis viajar al pasado, tendréis que escucharme A MÍ. ¿Me estáis escuchando? ¿Hay alguien ahí? A veces creo que me escucháis MILLONES. A veces creo que estoy aquí solo, y que estoy perdiendo el tiempo con vosotros. Quiero decir, sin vosotros. ¡Escuchadme, folks! Palabra nueva es esta que oís. Y yo os digo que podéis volver REALMENTE a vuestros veinticinco años. Que podéis ABRAZAR de nuevo a vuestros seres queridos. Ser otra vez pequeñitos y CABER en el cuerpo de vuestras madres, si esa es la mierda que os gusta. Eso, folks, es lo que os ofrezco. Y mucho más, si tenéis paciencia para escuchar.

—¿Te has acordado ya?

Las palabras que pronunciamos desnudos tienen más peso, flotan más tiempo en el aire. No podemos protegernos ante ellas. Nos llegan más adentro, como si no tuviéramos piel, aunque precisamente la piel sea lo único que nos separa. Esas palabras

importan. Son, tal vez, lo único importante. La razón por la que apuntaremos un nuevo número de teléfono en nuestra agenda o no lo apuntaremos. El sexo es a veces un prólogo de ese verdadero encuentro, que transcurre justo después, en la penumbra melancólica que sobreviene tras el placer. Dos personas que tienen una cita hablan mucho para poder follar y acaso follan solo para decirse las pocas palabras que vienen a continuación, a veces todavía en la cama, con un cigarrillo en la mano, exactamente como están Daniel y Natalia ahora.

—¿Te has acordado ya?

La pregunta podría hacerla Daniel, pero de hecho la está haciendo Natalia.

—¿De qué?

—De dónde nos conocimos.

Daniel guarda un silencio lleno de humo. Piensa en el parabrisas, piensa en el vestido amarillo, piensa, claro, en Teresa, y luego dice:

—No. No me acuerdo.

Natalia menea la cabeza, sin dejar de sonreír.

—Fue hace dos o tres meses. Yo acababa de llegar. Nos cruzamos en un paso de cebra. Llevabas a una niña de copiloto.

—Y tú llevabas una bolsa del supermercado y un vestido amarillo.

El rostro de Natalia se ilumina. Se incorpora un poco en la cama, para mirarlo mejor.

—¿Por qué no dijiste nada?

—¿Por qué no dijiste nada tú?

Se encoge de hombros.

—Quería saber si te acordarías.

—Me acordaba. Me acuerdo.

Natalia ha dejado de mirarlo. Sus ojos clavados en la punta de su cigarrillo. En la espiral de humo azul que asciende lentamente hasta

el techo.

—Creo que me gustaste desde el principio. Parecías...

Se detiene un momento, buscando la palabra adecuada. Daniel piensa en Teresa. En tener de nuevo a Teresa a su lado.

—¿Feliz? —sugiere.

Natalia lo mira con el ceño fruncido.

—Qué va. Más bien parecías triste.

—Dices en el supermercado.

—No. En el coche, la primera vez. La verdad es que parecías muy triste.

¿Es eso posible? ¿Que ya entonces estuviera triste, incluso con Teresa a su lado? Daniel se esfuerza por sonreír.

—¿Y te gustan las personas así? ¿Las personas tristes?

—No siempre. Pero me gustaste tú. Sentí...

Se detiene.

—¿Qué sentiste?

—Te vas a reír. Sentí que ya nos conocíamos. Que yo sabía la razón de tu tristeza. Qué tontería, ¿no?

—Sí...

Una pausa, que nadie hace ningún esfuerzo por llenar. Porque la desnudez tolera mejor los silencios. Es nuestra ropa, es nuestra verticalidad la que nos obliga a hablar cuando deberíamos guardar silencio.

—Iba con mi hija.

—¿Tienes una hija?

—Se llama Teresa.

Natalia asiente con lentitud. Luego estira un poco las sábanas, como quien quiere protegerse, ahora sí, de las palabras que vendrán después.

—¿Estás casado?

—Lo estuve.

—Entonces ese no es el pero —dice con una sonrisa.

—¿El pero?

Natalia asiente con convicción, mientras aplasta la colilla contra el cenicero de la mesilla.

—Siempre hay algún pero cuando conoces a otra persona. Si no estás casado, el pero debe de estar en otra parte. —Se queda pensativa—. ¿Tienes novia?

—No.

—Solo una hija. Teresa.

—Teresa.

Daniel siente el deseo, un deseo punzante y nuevo, de tocar a Natalia. De apoyar la cabeza en su hombro, o tal vez que sea ella quien deje caer la melena castaña sobre su pecho. No hace ningún movimiento. Es un misterio cómo dos cuerpos que hace solo unos minutos estaban tan cerca pueden alejarse solo unos instantes después. Volver a ese estado primigenio de la seducción, en el que una mano que toca o no toca es de vital importancia.

—Es un nombre bonito. ¿Dónde está ahora? No la habrás dejado sola en casa para echar un polvo, ¿no?

—No.

Natalia ríe, pero Daniel no ríe. Traga saliva. Se imagina diciéndole de pronto: ¿Quieres saber dónde está Teresa? Yo te lo diré. Pero una voz que no parece suya responde:

—No vive conmigo.

—¿Vive con su madre?

Daniel elige las palabras con lentitud:

—Ese fue el acuerdo. Ella viviría en Madrid y yo aquí, seis meses al año.

—¿La echas de menos?

Daniel se queda mirando el resplandor azulado de la lámpara reflejándose en el techo, con su cualidad irreal y submarina.

—Mucho.

Un silencio.

—Aquel día fue la última vez que la vi.

Y luego:

—Era su cumpleaños. 13 de abril.

Algo se ablanda en el rostro de Natalia.

—¿Vino a verte por su cumpleaños?

—Por su segundo cumpleaños.

—¿Su segundo cumpleaños?

Daniel asiente. Se vuelve para mirar a Natalia. En algún momento ha dejado de cubrirse con la sábana.

—Teresa cumple años dos veces cada año.

VERANO

Año 2273. El emperador Quintus Crane te hace llamar a la sala del trono. Es un hombre o algo semejante a un hombre. Tiene brazos y piernas y unos ojos que no se apartan de ti, pero también una armadura que parece formar parte de su cuerpo y una especie de rejilla en la boca que recuerda al casco de Darth Vader. A través de esa rejilla te habla. ¿De modo que eres tú el joven general que quiere liderar la reconquista? ¡No me hagas reír! Pero el emperador, de todas formas, ríe. Una risa metálica, a medio camino de lo androide y de lo humano. Tus antecesores han muerto o han enloquecido, te advierte. Nadie ha logrado derrotar a los monstruos que os rodean; nadie sabe recuperar el esplendor que la Humanidad alcanzó hace más de dos siglos, antes de la pandemia zombi. ¿De verdad crees que puedes hacerlo mejor que los que te han precedido? De acuerdo: va a darte una oportunidad. Pero no olvides que el fracaso no es una opción. Cumple tu misión o no vuelvas jamás.

Tras eso, el logotipo de *They Are Billions*. Porque, como estás a punto de descubrir, los zombis son, en efecto, billones.

Durante los primeros minutos, Daniel no parece impresionado. Solo un juego de estrategia más, de los muchos que Mario y él han compartido. Un *Age of Empires* para la generación Z, con armas automáticas en lugar de espadas y hordas de zombis en lugar de escuadrones de paladines. La primera pantalla de la campaña parece insultantemente simple. Debe construir una colonia de trescientos

humanos y protegerla del ataque inminente de un enjambre de zombis, que no llegará a la región hasta dentro de dieciséis días. Bueno, piensa Daniel. Tiempo de sobra. Así que construye cabañas para acoger a sus colonos y molinos para proveer a las cabañas de energía y una cantera para levantar barracones y barracones para entrenar soldados. A los quince días de juego —a los quince minutos — ha levantado de la nada una fortaleza de empalizadas impenetrables, detrás de la cuales se refugia un nada despreciable escuadrón de treinta y cinco soldados. Satisfecho de su ciudad, intenta guardar la partida. Daniel es así. Un jugador conservador, que busca la seguridad ante todo: mejor guardar ahora, por si acaso luego algo sale mal. Pero nada: entre las muchas opciones que ofrece la interfaz —subir el sonido, bajar la música, perfeccionar los gráficos— no hay ningún botón para guardar los cambios. Solo entonces recuerda la conversación que tuvo con Mario días atrás, cuando le repitió una vez más que lo que necesitaba, lo que necesitaba de verdad, era jugar al *They Are Billions*.

—Lo mejor de todo es que no se puede volver atrás.

—¿Cómo que no se puede volver atrás?

—Lo que oyes. Si pierdes, o si tienes una cagada gorda, o si un solo zombi se mete en una de tus casitas, todo se va a la mierda.

—¿Tienes que volver a empezar desde el principio?

—Eso es. Me gusta porque es igual que la vida, ¿no?

—¿Tú puedes empezar a vivir tu vida desde el principio?

—Quiero decir que no hay seguridades. Lo hecho, hecho está.

—¿Y eso te gusta?

—¿A ti no?

—Pues no. Bastante tenemos con la vida, ¿no?

—Ahí llevas razón.

De modo que no hay caso: su ciudad tendrá que resistir. Y resistirá. Al menos eso es lo que cree Daniel. Llega el día dieciséis. Llegan los zombis. Lo llaman enjambre, pero es en realidad una marea gris, incontenible. Recuerda las palabras de Mario: Zombis por todas partes, tío, tantos zombis que no sabes de dónde cojones han podido salir. Muchos mueren acribillados por sus soldados, pero eso qué coño les importa a los zombis. Derriban la primera línea y más tarde la segunda. Aniquilan a sus treinta y cinco soldados, que apenas tienen tiempo de retirarse de sus puestos de guardia. Uno tras otro, todos los edificios de su ciudad perfecta son infectados: de las casas salen colonos zombificados, que se enrolan inmediatamente en el ejército de los no muertos. Daniel siente un calor súbito: la certeza de que todo está perdido. Lo último que puede ver antes de que la pantalla vire al negro es una torre de piedra —su centro urbano— y a un millón de hombrecillos grises que intentan derribarla. Y la derriban.

OK, folks. Si tanto os gustan, hablemos de máquinas. Hablemos, por ejemplo, de vuestras computadoras. Porque todos vosotros estáis leyendo esto desde una computadora, ¿me equivoco? (Es solo una forma de hablar: yo NUNCA me equivoco.) Sé muy bien que todos tenéis una computadora y antes de esta teníais otra, y otra, y quizás, alguna vez, una de esas computadoras se os ha ido a la mierda. Sobre todo los que tenéis Windows. Esos estáis bien jodidos, folks. Se os ha ido a la mierda por culpa de un archivo corrupto, o por un virus, o por un error de configuración, o por Bill Gates. Lo mismo da. ¿Y qué es lo que hacéis entonces? Restauráis el equipo a un punto anterior del sistema. Qué sencillo, ¿no? Escogéis la fecha más reciente en que vuestra computadora todavía funcionaba y

regresáis a ella. Asunto resuelto. Porque después de ese punto habéis jugado a algún juego, os habéis descargado archivos, habéis visto pornografía, habéis hecho lo que sea que hagáis en la pantalla, pero todo eso puede revertirse. Simplemente le pedís a vuestra computadora que se olvide de todo. Le pedís, ni más ni menos, que viaje en el tiempo. ¿Cuándo empezaron los problemas? ¿Un 15 de febrero? Pues entonces hagamos que vuelva a ser otra vez 14 de febrero. Con la informática es así de fácil. El 15 de febrero fue un sueño: jamás existió. Y a lo mejor, solo a lo mejor (de esto no estoy completamente seguro; muchos de vosotros no tenéis ni una pizca de imaginación), se os ha ocurrido pensar que sería cojonudo que la vida fuera también así. ¡Ay, folks! ¿Y si yo os dijera que la vida es de hecho ASÍ? Si os dijera que lo único que os ata al día de hoy (5 de octubre a las 04.27 de madrugada, hora de Ohio) es vuestra memoria, ¿qué me diríais? No me creeríais, ¿cierto? No os entra en la cabeza que todo pueda ser tan fácil. Lo que pasa es que no es fácil, aunque lo parezca: es dificilísimo. Nada hay tan difícil como olvidar. Quiero decir olvidar de verdad. La buena noticia es que a todo se aprende. El olvido, también, se enseña. Yo seré vuestro maestro y vosotros los alumnos que aprenderán y olvidarán lo que han aprendido. Y yo estaré ahí, las veces que haga falta, para recordároslo.

Durante la mayor parte del tiempo, Teresa continúa estando muerta. Pero algunas veces, casi siempre los fines de semana, vuelve a vivir de nuevo. Vive en las preguntas de Natalia y vive sobre todo en las respuestas de Daniel. ¿Qué tal la semana?, quiere saber Natalia cada vez que se ven, tan pronto como se dan dos besos. Porque su relación todavía está en ese punto extraño, en ese limbo en que son

necesarios dos besos para saludarse y un morreo largo al despedirse y en algún momento intermedio acaban follando en el apartamento de Natalia. Siempre en el apartamento de Natalia. ¿Qué tal la semana?, pregunta pues, en ese momento de la tarde en que todavía parecen dos amigos cordiales que han quedado por aburrimiento o por compromiso, y esa pregunta siempre causa un alivio instantáneo en Daniel. Porque de pronto puede responder: Pues mira, ayer hablé con Teresa. Habla con ella desde el teléfono de Patricia, porque Patricia, su madre, sigue resistiéndose a que la niña tenga un móvil. En esas largas conversaciones telefónicas, Teresa le habla de muchas cosas. Por ejemplo de eso: de la última discusión que ha tenido con mamá por culpa del dichoso móvil, porque todas las amigas de Teresa —pero todas *todas*, papá— tienen uno. Por ejemplo le cuenta que mañana —es decir, hoy— tiene un examen de Matemáticas. Que está deseando hacer el examen y acabar las clases y marcharse de vacaciones. Regresar a Benidorm. Porque a Teresa no le gusta Benidorm, pero le gusta su padre; lo echa tanto de menos y hace tanto tiempo que no lo ve. Muchísimo tiempo. Natalia, que escucha el relato de Daniel bebiendo una Coca-Cola en una terraza o tal vez paseando por la playa de Mal Pas, entrecierra los ojos. Es verdad, hace muchísimo que no os veis, ¿no? Desde abril, responde Daniel. Desde que nos conocimos tú y yo. Natalia asiente con lentitud. Es mucho tiempo, opina. Y Daniel: Sí que lo es. Demasiado.

El beso, el primer beso de verdad, llega después, cuando Teresa ya ha sido puesta sobre la mesa y en cierto modo los acompaña en su cita, bebiendo Coca-Cola o paseando por la playa o hasta sentada a su lado en cierto pub de la ciudad vieja; un pub en el que nunca, de ningún modo, Daniel habría dejado entrar a su hija. Y lo que sucede tras ese beso es inesperado incluso para el propio Daniel. De

pronto, sencillamente, comienza a sentirse bien. Jodidamente bien. Decir que Teresa vendrá de visita el 15 de julio o que ha sacado un 9,5 en Lengua no se parece a mentir, sino a soñar; y quién es el mundo, quiénes son los demás para interferir en nuestros sueños. De modo que estar junto a Natalia es un permiso para soñar, pero también otra cosa: algo que tal vez no tiene que ver enteramente con Teresa. Por qué no darle un poco de crédito a la propia Natalia. Al menos eso piensa Daniel, que ha dejado de creer en la posibilidad del amor pero sigue creyendo en la posibilidad del dolor, en el vacío, en el aburrimiento más absoluto. Y esto sí puede decirlo con completa seguridad: junto a Natalia no siente dolor, ni vacío ni aburrimiento. Tocar a Natalia, besar a Natalia, escuchar a Natalia se parece a recuperar algo que hubiera perdido. Qué es eso que ha perdido ni siquiera el propio Daniel puede decirlo. Pero está ahí, de alguna forma le ha sido devuelto, y siente un profundo agradecimiento.

Por supuesto, hablan de muchas otras cosas. De Benidorm, por ejemplo; lo fea que es Benidorm —te juro que no sé cómo puedes vivir aquí, dice Natalia con coquetería; cómo aguantabas este coñazo antes de que yo llegase—. Hablan de las guardias de Natalia, de lo enloquecedor que es permanecer en vela veinticuatro horas seguidas —el otro día leí un artículo que decía que está demostrado que las guardias son malísimas para la salud; ¿no te parece curioso que tengamos que hacerlas, precisamente, los médicos?—. Hablan de cierta vecina cotilla de Natalia y de cómo la mirilla de su puerta se oscurece cada vez que Daniel entra o sale. Y hablan, claro, de la vida de Daniel, de su trabajo en la escuela de buceo, de lo pesados o pijos o imbéciles que pueden llegar a ser sus alumnos. Porque Daniel sigue siendo un empleado de la escuela Poseidón, al menos por lo que respecta a Natalia. Ojalá no fuera así. Ojalá no tuviera

que mentir también en eso. Pero si hay algo penoso en las mentiras es que están unidas las unas a las otras como eslabones de una misma cadena. Porque si Teresa está viva, entonces qué sentido tiene que Daniel continúe en paro a quinientos kilómetros de su hija. De modo que no, no está en paro, está en Poseidón, cansado de tipos que te dicen que saben nadar y ni puta idea, de influencers que te vienen con un título de submarinismo sacado en Tailandia que no les vale ni para practicar en la bañera, de guiris forrados que aterrizan en Benidorm pagando un extra de equipaje para trasladar su propio neopreno, su propio jacket y hasta sus propias aletas, porque el equipo de la escuela no es lo bastante bueno. Es cansado mentir, pero no demasiado difícil. Basta con informar a Natalia de su vida con unos meses de retraso, lo mismo que cuando le compraba a Teresa el disfraz de Ladybug y la guitarra tarde, siempre demasiado tarde. De modo que los clientes de los que Daniel habla existen, o al menos así es como Daniel los recuerda.

—Si estás tan cansado, ¿por qué no lo dejas?

—¿Para hacer qué?

—¿Qué te gustaría hacer?

Daniel se encoge de hombros. Qué sabe él. Qué sabe nadie, bien pensado, sobre la verdad de sus propios sueños.

—¿Qué es lo que haces cuando vas a Madrid? Durante el invierno.

Ve a Teresa: eso es lo que hace. Va a nadar a la piscina municipal. A veces ayuda a algún amigo abogado con algún caso como colaborador externo. Pasea mucho. ¿Solo eso? Solo eso. Su vida durante la temporada baja nunca le ha parecido vacía, pero se lo parece ahora, vacía, en el momento de contestar las preguntas de Natalia. ¿Y tu piso en Madrid?, insiste ella. ¿Qué haces con tu piso durante el verano? Oh, lo alquila en Airbnb. De modo que eres de los que contribuye a la burbuja, dice ella con una sonrisa levemente

malévola. Culpable, responde él, queriendo sonreír también. Pero no sabe por qué, la palabra *culpable* le sabe amarga, y la sonrisa se le hiela casi de inmediato.

—¿Nada más? —pregunta ella, que no se da por vencida.

No: nada más.

Cuando un hombre parece vacío, existen dos opciones. Una: creer que está efectivamente vacío. Que las cosas son lo que parecen. La segunda posibilidad es creer que tras ese vacío se cifra algún secreto, una vida demasiado compleja para ser resumida en unas cuantas frases. Una persona enamorada o en camino de enamorarse puede reconocerse por este signo: apuesta por la segunda opción. Ve más allá de lo que hay, y casi siempre se equivoca. Natalia se le queda mirando por encima de su vaso de Coca-Cola o a través de la niebla de su cigarrillo, y tal vez se pregunta qué clase de profundidad se oculta tras los silencios de Daniel. Nada, habría que decirle. El vacío de Daniel es exactamente eso, un vacío.

En algún momento, las palabras terminan. Las manos bajo la mesa tocan eso que la conversación no puede tocar. ¿En tu casa o en la mía?, acaba preguntando siempre Natalia, en un susurro que humedece su oreja. Pero es una pregunta innecesaria: en su casa. Siempre en su casa.

—Cualquiera diría que tienes un cadáver en el armario.

—La próxima vez, de verdad.

—¿Crees que voy a escandalizarme porque tengas la casa sucia?

Pero antes de que Daniel pueda contestar, Natalia reflexiona:

—Bueno, ahora que lo pienso, igual sí que me escandalizo, así que mejor limpia tu casa. Y cuando la tengas limpia, me invitas. Sería una pena que dejaras de gustarme precisamente ahora.

Las ciudades de vacaciones están construidas para y por la felicidad. No tienen más ataduras con la realidad que las que exigen nuestros sueños. Por eso, cuando nos repugnan, es la propia idea de la felicidad, es nuestra humanidad la que nos repugna. El calor del sol y el refresco del mar, comer y beber, dormir, tal vez follar: a eso se reduce todo. Restaurantes chinos y tumbonas en la playa, clubes de striptease y salones de belleza y hoteles de cuarenta y dos plantas. No somos capaces de imaginar nada más, nada mejor. Bienvenido a la capital del verano. Una ciudad donde pueden convivir las chanclas y los calcetines; collares de perlas —falsas— y piercings; sillas de ruedas y monopatines eléctricos. Grupos del Imserso que vienen a disfrutar sus últimos rayos de sol y adolescentes que se saben adultos por primera vez. En las terrazas suena el inglés, el español y el francés; Chayanne y Van Morrison y Queen y Rosalía; una Venus de Botticelli pintada en la puerta de un garaje y una reproducción de la Dama de Elche en una plazoleta y platos de paella —*traditional spanish food*— en mesas de plástico. Carteles que lo mismo anuncian Frigopiés que espectáculos de ilusionismo vaginal a cargo de Sticky Vicky, ¡la única mujer capaz de encender una bombilla con la vulva! Bombillas torneando los troncos de las palmeras y punteros láser moscardoneando en las puertas de las discotecas. Vomitonas en las aceras y regueros de orina escurriéndose entre dos coches. Pieles demasiado blancas o demasiado morenas o demasiado rojas que arrastran y esparcen toneladas de arena por todas partes. Turistas que visten las mismas camisetas: *I love Benidorm*, *I love pussies*, *Please tell your boobs to stop staring at my eyes. Good girls go to heaven, bad girls go to Benidorm*. Eso es Benidorm: el infierno de la felicidad. Sea usted feliz lo más deprisa que pueda. En una sala de masajes tailandesa, un cartel medio borrado: ¡Relájese en diez minutos! He ahí un ultimátum contra el tiempo. Reciba su caricatura

en menos de quince minutos. Próximo turno de comidas en una hora. *Happy Hour*: Dos vodkas y un Red Bull por diez euros. Todo a 0,60, dicen los letreros de los bazares —por qué 0,60, se preguntan tal vez los turistas que no saben lo que es o lo que fueron cien pesetas—. Vacaciones de saldo. Una ciudad que es un inmenso centro comercial sin techo; karaokes y salas de tatuaje sin hora de cierre; playas sin cielo a sus espaldas —conozca nuestros hermosos rascacielos, dicen los folletos; descubrirá que Benidorm consume más cielo que suelo—. ¿Sabía usted que Benidorm es la segunda ciudad con más rascacielos por metro cuadrado, solo superada por Nueva York? ¿Sabía usted que la llaman la Manhattan del Mediterráneo? Benidorm: la ciudad que nunca duerme, y donde nunca se está del todo despierto.

Arriba, el sol. El sol que brilla para todos, pero que parece brillar solo en Benidorm. En el termómetro digital de la farmacia, los dígitos rojos alcanzan los treinta y nueve grados. Bajo el termómetro, turistas formando una cola para comprar protector solar, aftersun, crema para las quemaduras. Sol, demasiado sol. Calor, demasiado calor. Sistemas de aire acondicionado y ventiladores de techo. Se derriten los cubitos de hielo en las copas y se derriten los helados en las manos de los niños y se derriten las señoras británicas en sus tumbonas, mientras se abanican con un ejemplar de *Woman & Home* y hacen durar cócteles donde se derriten nuevos cubitos de hielo. A ambos lados de la carretera, dos carteles enormes de publicidad de Benidorm. Carteles que anuncian Benidorm en Benidorm, que multiplican Benidorm como se multiplica el sol en espejeos cegadores en el mar y en los cristales de los rascacielos.

Caminando por sus calles durante la temporada alta, Daniel se sorprende pensando que todas las personas con las que se cruza han trabajado y ahorrado durante todo un año solo para pagarse

quince días de esto. Quince días de clichés. Volverán con las pilas cargadas, o al menos eso dirán al regresar a la oficina, a la fábrica, al colegio. He vuelto con las pilas cargadas. Pero cargadas de qué, piensa Daniel. Las vacaciones son más bien una forma de vaciarnos, o de descubrir que siempre estuvimos vacíos. Que esto es todo cuanto sabemos hacer con ese tiempo con el que tanto soñamos.

Si Benidorm puede llegar a ser detestable no es culpa de Benidorm. Es culpa de nuestros sueños. A eso se parecen nuestros sueños cuando los miramos frente a frente.

Porque a ratos es así: Daniel simplemente detesta Benidorm. Tanto que cabe preguntarse por qué decidió vivir aquí, al menos durante seis meses al año. El propio Daniel se lo ha preguntado muchas veces. Al principio culpó a su infancia. Pasó tantos veranos de niño en la playa de Levante que aprendió a quererla, como aprende el pájaro a querer su jaula. Más tarde culpó a su madre, o más exactamente, a la muerte de su madre. Era, quizás, una forma de estar con ella. Luego culpó a Patricia, a Laura, a Elisa; a esas mujeres y esa vida de la que huía. Ha llegado a culpar incluso a su propia imaginación. A su falta de imaginación. Cuando Madrid fue demasiado para él, no supo desear nada mejor que la ciudad que ya conocía. Ahora no culpa a nada ni a nadie. Porque tal vez después de todo, esta ciudad que detesta es la indicada para él. Su vida ha consistido en dejarse llevar, en cruzarse tangencialmente con las vidas de personas que venían encaminadas por sus propias razones y perseguían sus propios propósitos. Esas personas siempre han acabado gritándole, de un modo u otro: ¿Qué haces ahí parado, Daniel? ¿Por qué no te mueves? Pero en Benidorm la gente se mueve tan deprisa que no tienen siquiera tiempo de mirarlo. Hasta los jubilados se resisten a la lentitud: cambian sus andadores y sus bastones por scooters eléctricos que les llevan de una playa a otra y

de la somnolencia al vértigo. Solo Daniel permanece quieto. Es fácil confundir su inmovilidad con la ausencia. Miles de turistas que nunca conocerán su nombre ni recordarán sus rasgos llegan y se van con la misma celeridad, ajetreados como hormigas incluso en sus vacaciones. Ellos no lo saben, pero su movimiento, en apariencia rectilíneo, es secretamente circular: giran en las mismas playas, en los mismos pubs, dan vueltas y vueltas en el mismo paseo marítimo, y más tarde se van por donde llegaron. Viviendo en Benidorm, en ese fantasma que es el Benidorm de los que no se mueven, de los que esperan, Daniel puede simplemente pararse a contemplarlos. Como cuando llevaba a Teresa a las ferias y le compraba tickets para subirse al dragón, al canguro, a la rana. ¿No subes tú también, papá? No se subía, no. Pero siempre procuraba quedarse cerca, bien visible; la mano alzada a cada vuelta, para que Teresa lo reconociera si tenía miedo.

En eso piensa ahora Daniel cuando sale a la calle. En Teresa. En el miedo. En lo extraño que es conformarse con mirar en lugar de vivir. Mirar el mar y no bañarse. Pararse junto a una terraza y no beber, no bailar. Vagar por el supermercado y llenar dos bolsas grandes de compra y acabar sentado durante horas en un banco del paseo marítimo, muy quieto, sin darse cuenta de que las croquetas congeladas han comenzado a gotear sobre la acera.

Los mensajes de John1419 no siempre son fácilmente interpretables. La dificultad no reside tanto en su contenido —John1419 se expresa siempre con relativa claridad, incluso cuando tiene que explicar en un párrafo el quietismo de Miguel de Molinos o la teoría de los tiempos regresivos de Ouspensky— como en el orden aparentemente arbitrario en que fueron publicados. Son los suyos

mensajes que a veces llegan desordenados, como si el tiempo de John1419 y el tiempo de sus lectores no coincidieran del todo. Una confirmación de su locura, dicen los incrédulos. O tal vez una prueba de que los viajes en el tiempo son realmente posibles. Muchos usuarios han hecho notar, por ejemplo, el sorprendente encabezado de su post número 1: Esto os lo he dicho ya muchas veces, pero os lo repetiré de nuevo. Y sin embargo, basta con rastrear el historial de #diversintime para descubrir que eso no es en absoluto cierto: que aquellas fueron de hecho las primeras palabras que John1419 publicó. También son frecuentes los casos en los que alguien le dirige una consulta, por ejemplo en 2022, y John1419 le responde: te contestaré en 2021, folk. Y retrocediendo a 2021 uno encuentra, en efecto, cierto post que se adapta como un guante a la pregunta del usuario. Cuestión de suerte, claro. Pura casualidad: cómo suponer otra cosa sin estar tan loco como él mismo, piensa Daniel.

Con esto os he contado todo lo que sé. Ya sabéis cuanto necesitáis saber para viajar en el tiempo —post número 1.

Aún tengo una última cosa que enseñaros —post número 72.

No os confiéis: apenas estáis empezando a entender —post número 418.

De acuerdo, folks: empecemos por el principio —post 1.174; el último o el anteúltimo que publicó, según las versiones.

No será hasta entonces, hasta ese post 1.174, cuando John1419 mencione finalmente —¿finalmente?— su enfermedad. Lo primero que tenéis que saber sobre mí es que tengo cáncer, folks. Cáncer en los huevos, añade, y a continuación teclea una risa enloquecida y larguísima. Hahaaahahahahahaahaa. Esto no es gracioso, folks, pero lo será. Creedme: lo será. Porque sé lo que es el cáncer para vosotros, casi una sentencia de muerte (poca broma con la muerte), pero os sorprenderá saber lo que es para mí: nada en absoluto. O

mejor dicho, sí, el cáncer significa algo: la prueba de que la muerte NO existe. ¿Cómo os quedáis? Pensadlo, folks. Eso es el cáncer: una célula que SE OLVIDA de morir. ¡Olvidémoslo nosotros también! Olvidemos cómo se muere y no moriremos. Sencillo, ¿no? No, folks, no es sencillo en absoluto, pero tengo todo el tiempo por delante para enseñaros. O, según se mire, lo tengo POR DETRÁS. No importa. Si hay algo que me sobra, por delante o por detrás, es precisamente tiempo. De momento quedaos con esto: morimos porque nos han enseñado cómo hacerlo. Morimos, dice John1419 en aquel primer o en aquel último mensaje, solo porque somos buenos alumnos. Alumnos obedientes. Alumnos de A+++ (yo nunca he sacado un A+++ en nada, folks, en toda mi vida; soy lo que se llama un caso perdido). ¡Seamos alumnos de D−! Suspendamos esa asignatura. Seamos como esa célula que puede estar en cualquier parte (por ejemplo, ahora mismo, en mis pelotas) y un día decide NO morir. ¡Bien por ella! ¿Sabéis que cada día la palman al menos un millón de células en nuestro cuerpo? Se suicidan, podríamos decir. Mueren en algo que llaman proceso de muerte celular programada. ¿Lo entendéis? ¡Programada! Las hemos enseñado a morirse. A eso lo llamamos apoptosis. Bonita palabra, ¿no? Significa caída de las hojas en otoño. En griego. Yo no sé griego, pero sé cómo descubrir lo que uno necesita saber en foros de internet. El caso es que cada día mueren en nuestro interior UN MILLÓN de células. Pero hay una que no: que no muere. Esta célula dice a la mierda todo, yo seré inmortal. Y comienza a replicarse infinitamente, y le importa tres cojones que eso sea malo para nosotros. Es bueno para ella. ¿Y si yo os dijera que nosotros podemos ser como esa célula? ¿Que podemos desprogramar la muerte, como algunos desprograman su lavadora? (un apunte al respecto, folks: realmente ODIO las máquinas; algún día os explicaré por qué). De modo que tengo cáncer. Un tumor en

mis pelotas. Una vez más, lo que se dice un caso perdido. Cáncer terminal, lo llaman. Pero no debéis preocuparos por mí, porque mañana no será cierto. Mañana ya no estaré aquí, sino allí. Lo que quiero decir es que mañana no será mañana. Mañana será ayer. Qué lío, ¿no? Mañana no será 2022, sino 2019. Y en 2019 yo no tenía cáncer. Dicho de otra forma: en 2019 no tendré cáncer. Según los cálculos de los médicos (hay que fiarse de los médicos para alguna maldita cosa; los números, hay que reconocerlo, son lo suyo) la primera mutación celular en mi cuerpo se produjo en algún momento de 2020. Así que está claro: mañana he escogido regresar a 2019. El 17 de marzo es una fecha tan buena como cualquier otra. Fue bastante feliz, mi 17 de marzo de 2019. Lo recuerdo. Y la paradoja es que para regresar a ese recuerdo debo, precisamente, olvidar todo lo que viene después (SÉ que ahora no entendéis NADA: no os preocupéis; seguiré escribiendo mensajes, hasta que lo entendáis). O, según se mire, YA LOS HE ESCRITO. Un lío, lo sé. De momento quedaos con esto: yo nunca moriré porque mi muerte sucederá en 2023 (seis meses, han dicho los médicos, ocho como mucho; no me dan más, y ya he dicho que en eso de los números los médicos no se equivocan). Pero yo no dejaré que sea 2023 NUNCA. Por eso dije que no es gracioso lo del cáncer, pero lo será. Yo me voy y vosotros os quedáis: eso es lo gracioso. Vosotros os quedáis y os moriréis y yo me voy para no morirme nunca. Si queréis reíros conmigo, solo tenéis que ESCUCHAR. Solo tenéis que APRENDER. O mejor dicho OLVIDAR. Este no es mi último mensaje, pero será el último para los incrédulos.

Este no es mi último mensaje, pero será el último para los incrédulos. Esas fueron las últimas palabras que John1419 escribió.

La primera noche que pasaron juntos Daniel pensó, no pudo no pensar, en el tiempo que llevaba sin acostarse con una mujer. Un año, calculó primero, optimista. Pasados los minutos —minutos en los que ya en el ascensor, ya en el recibidor, ya en el dormitorio de Natalia—, comprendió que era más bien año y medio. Año y medio largo. Cómo pasa el tiempo, pensó, o cómo pasaba hasta la Cala de los Amarillos. De lo que sucedió después, de ese tiempo que no parecía tiempo, apenas podía dar cuenta, o solo podía hacerlo con los ojos puestos en el calendario. El tiempo tras la muerte de Teresa —porque a veces tiene que recordarse eso, con un escalofrío; que Teresa está al fin y al cabo muerta— era indescifrable. Tanto podía haber pasado un año como cinco minutos. De lo que no cabía duda era de esto: llevaba año y medio sin follar. Un año y medio largo. Lo pensó mientras se quitaba la camiseta y los pantalones, con movimientos llenos de urgencia y de torpeza. Lo pensó mientras Natalia, ya completamente desnuda, le ofrecía el escorzo de su cuerpo. Lo pensó sobre todo cuando escuchó aquellas palabras que sonaban tan familiares: No apagues la luz. Tal vez le habría resultado más fácil así, a oscuras, pero si hay algo que con el tiempo aprenderá de Natalia es que es una persona que prefiere arrojar luz sobre todas las cosas. También sobre sus cuerpos. Y ante el cuerpo de Natalia, ante la luz submarina y vagamente invernal de la lámpara azul de lava, Daniel se sintió temblar como a veces tiembla uno de frío al sumergirse en el agua. Pero no era frío: era miedo. Miedo de que su cuerpo no reaccionara. Miedo de que su cuerpo reaccionara demasiado. Miedo de haberse olvidado. ¿Olvidado de qué? Olvidado, claro, de follar. Pero si follar es como montar en bicicleta, se respondió ya sin calzoncillos pero todavía con calcetines, entre esperanzado y convencido; follar es algo que no se olvida. Y

tiene razón: no se olvida. Pero siempre que lleva mucho tiempo sin follar, Daniel se olvida de que no se olvida.

Sintió miedo, por lo tanto, pero no solo miedo. Sintió también vergüenza. No tanto de su desnudez, como del hecho de tener cuarenta y tres años y seguir teniendo miedo de las cosas que uno teme a los diecisiete. No empalmarse. Correrse demasiado rápido. Follar poco. Follar mal. Follar fatal. ¿Es que esto no va a acabar nunca?, se preguntó. ¿De verdad uno sigue pensando en su polla cuando su hija ha muerto? Pues parece que sí, se respondió, evitando mirar precisamente su polla, porque le asustaba descubrir que no estaba tan empalmado como creía.

Luego Natalia dijo: Ven. Solo eso. Ven. Y con esa palabra acabó de quitarse los calcetines y acabaron también sus pensamientos.

No fue mal. Eso se dirá Daniel más tarde: después de todo no fue nada mal.

En algún momento, con el paso de los días —con el paso de las noches— dejó de sentir miedo y dejó también de sentir vergüenza. Comenzó, incluso, a permitirse sentir algo mucho más extraño: placer. ¿Está bien eso o está mal? ¿Sigue teniendo Daniel derecho al placer? ¿Por eso todavía no se ha atrevido a hablarle a Mario de Natalia? Desde entonces ha perdido la cuenta de las veces que ha regresado al mismo dormitorio —un edredón color crema; un leve olor a lavanda y a vainilla; en el cajón de la cómoda, junto con los sobrecitos de los preservativos, un Satisfyer rosa, en todo semejante al juguete de un niño—. Cada vez ha sido distinta y al mismo tiempo idéntica. Como si la primera noche hubieran escogido juntos una partitura y todo consistiera en seguir tocándola, más lento, más rápido, aquí o allá, pero la misma melodía siempre. Natalia encima. Natalia sobre todo encima. Los ojos muy abiertos. Los labios fruncidos, dejando entrever como mucho el brillo felino de un diente.

Su cuerpo cimbreándose en una contorsión lenta y lánguida, un movimiento que los une y los separa. Su cuello, ese cuello larguísimo de Natalia —me encanta tu cuello, le había dicho Daniel la primera noche, y ella había contestado con sencillez: es largo— estirándose hacia el techo, como quien bajo el agua busca el aire. El gesto serio y reconcentrado, tal vez demasiado serio, tal vez demasiado concentrado, como si el placer fuera una cosa que debe ser considerada profundamente y como si el placer tuviera un punto triste y un punto doloroso también. Los pechos mínimos y también suficientes y hasta demasiado. Su piel por momentos áspera y por momentos suave, muy caliente y muy fría, tiritante de sombras azules. El silencio. Es la suya una partitura donde se respira, donde la carne suena, donde se gime y se pelea y se suspira, pero donde nadie dice una sola palabra. Daniel ha conocido mujeres que Dios, mujeres que ay, mujeres que joder, mujeres que oh, mujeres que sí, mujeres que Daniel, Daniel, Daniel. Él es de los que dicen joder: redundante. Natalia no dice nada. Natalia respira y su respiración es importante, pero su boca nunca se abre del todo y los ojos no se cierran nunca. Con ella, Daniel ha dejado también de hablar. Ni sí, ni Dios, ni joder ni nada. Recuerda sus primeras inmersiones, cuando a su lado pasaba una barracuda o un mero o un cardumen de pececillos plateados y se le escapaba un grito de sorpresa, y en el agua ese grito no sonaba.

El agua. El buceo. Eso es follar con Natalia: nadar en seco. Ahogarse en el aire. Mecerse a veces a favor y a veces contra la corriente. Hay movimientos imposibles que se vuelven sencillísimos en el agua, y lo que Daniel siente es eso, facilidad y abandono y olvido de sí mismo. El mundo invertido ante la luz azulísima de la lámpara: todo lo vivo cae y lo muerto flota. Todo lo que es peso se convierte en ligereza. La quietud, la movilidad absoluta, es una

fantasía en la que solo pueden creer los animales terrestres. Todo está en movimiento. Todo es zozobra y mudanza. Hay algo en la profundidad del mar que retrotrae al pasado, a la infancia del hombre y de la especie, y bajo el cuerpo de Natalia, bajo esa cadera suya tan afilada que a veces es levemente incómoda, Daniel se siente navegar hacia otro lugar, otro tiempo. ¿Qué lugar, qué tiempo? A la Cala de los Amarillos, claro. La Cala de los Amarillos antes: cuando se sumergió sin gafas de buceo y aguantó la respiración todo cuanto pudo y al volver a la superficie creyó que Teresa estaba muerta y no estaba muerta. Natalia no está muerta tampoco, aunque eso que hacen tiene algo que ver con la muerte, con dos muertes paralelas y dos sueños que se tocan sin mezclarse del todo. Y luego, en el momento de despertar, dos cigarrillos encendidos y dos rostros vueltos al techo, concentrados en las volutas de humo que, como burbujas de oxígeno, ascienden hacia la superficie.

—Joder —dice, ahora sí, Daniel.

Y Natalia:

—Sí.

El descubrimiento lo hizo un usuario llamado Quanonissexy, en un grupo de Reddit llamado #Made-it! Aunque llamarlo grupo tal vez sea exagerar. En él encontró un único miembro —Anonymus81819— y un único mensaje con 0 respuestas, fechado el 17 de marzo de 2019.

«Un mensaje para los incrédulos: lo conseguí.»

Lo que tiene que hacer es salir, beber, tal vez incluso bailar un poco. Al menos esa es la opinión de Mario. Tenemos que salir una noche tú y yo: como en los viejos tiempos. Cuando habla de los viejos tiempos se refiere al último verano del instituto, una época en la que Daniel no piensa nunca o casi nunca. Pero tantas veces lo repite, tan convencido está de que eso es exactamente lo que necesita, que Daniel acaba aceptando. Y ahora están aquí, a las tres de la madrugada, bebiendo su quinto whisky con cola en la terraza del Red Lion. Al ver burbujear la Coca-Cola en el vaso de tubo Daniel piensa en Natalia, lo que significa que un poco piensa también en Teresa.

—Qué. ¿Es buen plan o no es buen plan?

—Sí.

—Te lo dije, Dani. A veces hay que apagar la cabeza un poco.

Luego añade algo que no llega a escuchar, porque la música está demasiado alta. No importa: Daniel se limita a sonreír, confiando en que se trate de una broma. Mario ríe, le da una palmada en la pantorrilla. Lo que ha dicho es, al parecer, muy gracioso, así que Daniel ríe también. Después, cada uno da un sorbo larguísimo a su vaso. Nadie añade nada. Hace rato que la conversación languideció. Con la primera copa, hablaron de lo inmediato de sus vidas: Rosa, y el Calipo, y la quinta pantalla de la campaña del *They Are Billions*, que Daniel encuentra imposible. Con la segunda, Mario comenzó a manosear los mismos recuerdos de siempre, esa especie de punto de gravedad invisible en torno al cual orbita su relación —¿recuerdas el día que me ligué a la alemana aquella, en la playa? ¿Y la noche que bebimos tanto que confundiste un coche de policía con un taxi y te subiste como si tal cosa y casi te llevan a la comisaría? ¿No recuerdas nuestros primeros canutos con el hermano del Tano?—. Con la tercera copa, lo lejano y lo inmediato se fusionan —quién nos

iba a decir a ti y a mí, Dani, que veinte años después íbamos a ser lo que somos ahora; ¿qué crees que habríamos pensado, si nos hubiéramos visto por un agujero?—. Con la cuarta miran, por primera vez, hacia el futuro —no sabes hacía cuánto tiempo que no salía, tío; tenemos que repetir esto más tú y yo, quedar para hablar de nuestras cosas—. Con la quinta no hay mucho más que decir. Están borrachos y tal vez también un poco mareados de mirar tan lejos. De modo que vuelven los ojos ahí mismo, a su alrededor, al grupo de chicas que pasan con penes rosas en la cabeza y al hombre que vende aros fluorescentes y a dos chavales que forcejean entre risas y mugidos, en un complejo ritual de apareamiento que a nadie importa. A su derecha una stripper se contonea sobre su pedestal ya sin sujetador, con tiritas negras en los pezones. A su izquierda, turistas británicos sin camiseta guardan turno para subir a un toro mecánico. En medio están ellos, dos hombres de cuarenta y tres años que no hacen ni dicen nada. Solo hacen durar, a sorbos cortos, sus copas. Daniel enciende un cigarrillo tras otro y Mario da vueltas en el dedo a su anillo de casado. Está mirando a la stripper, que se retuerce en una especie de trance, sin devolverles la mirada; un placer sonámbulo que no los incluye en absoluto.

—Oye, Dani. Las chicas de veinte años, ¿siempre estuvieron tan buenas?

Luego, sin esperar respuesta, vuelve los ojos a un británico borracho, que apenas ha durado quince segundos sobre el toro mecánico.

—Y nosotros, ¿éramos así de gilipollas?

Daniel se encoge de hombros.

—Supongo que sí.

Es inevitable pensar en eso: en sus veinte años. Cuando Mario todavía tenía pelo. Cuando no conocían a Rosa ni a Patricia ni existía

el Calipo ni por supuesto existía Teresa. Por lo demás, las cosas no han cambiado tanto. Mario con el mismo pendiente en la oreja —antes me rapo la cabeza que me quito el pendiente, decía por aquel entonces, sin sospechar cuánta razón tenía—. Mario con la misma perilla y el mismo aftershave y hasta la misma colonia —Hugo Boss: *your fragrance, your rules*—. Mario también con su misma camisa negra, la camisa de salir, que solo se diferencia de las camisas que lleva al Calipo en el color. Eso es para Mario tomar una copa: pasar de la formalidad del blanco a la elegancia del negro.

¿Y Daniel? ¿Ha cambiado Daniel? Sería tentador responder que sí, pero si hay algo que Daniel no sabe hacer es mirarse a sí mismo. Por tanto ahora hace lo único que puede: dar vueltas a su copa mientras mira a Mario y mira alrededor.

Casi todo el mundo habla o grita en inglés. La carta de los cócteles está en inglés. Suenan por los altavoces canciones en bucle de ABBA, que son suecos pero cantan en inglés. Incluso la camarera es inglesa. Todo cuanto les rodea procede de un lugar muy lejano: un lugar en el que Mario y él no pueden ser sino turistas. Tal vez por eso, Daniel se acuerda de pronto de John1419. Lo imagina excepcionalmente gordo, con una visera roja sobre la cabeza. No bebe alcohol —John1419 es abstemio, si hemos de creer su post 97—, sino un cóctel de granadina. Puede que incluso un vaso de leche, como ciertos asesinos en serie en ciertas películas. También él se siente incómodo y quizás está pensando en marcharse a cualquier otro lugar; a cualquier otro tiempo.

—Oye, Mario. Si ahora mismo pudieras regresar al verano de los dieciocho, ¿lo harías?

Puede que esta sea la primera vez en toda la noche que Daniel hace una pregunta. Que no se limita a contestar sí o no; me acuerdo

de ese día, no me acuerdo de ese otro. No, no ubico a la alemana esa. Sí, el hermano del Tano era tonto del culo.

Mario parpadea con lentitud. Tarda mucho en contestar, tal vez porque ya está demasiado borracho:

—¿Volver a tener dieciocho años, dices?

—Sí. O quince o treinta o los que quieras. ¿Volverías a vivir otra vez tu vida?

—¿Sabiendo lo que sé ahora o con lo que sabía entonces?

Daniel se acaricia la barbilla mientras considera su respuesta.

—No sé. Imagínate que puedes elegir.

—Bueno, pues si es con lo que sabía entonces... Sí. De calle. Volvería a vivir lo mismo otra vez. Pero si es sabiendo lo que sé ahora, ni de puta coña.

—¿En serio? ¿No preferirías vivir los dieciocho con todo lo que has aprendido después?

—¿Para qué?

—Yo qué sé. Para hacer las cosas mejor. Para no cometer los mismos errores.

Mario se echa a reír.

—¿Y quién te dice que haría las cosas mejor?

Daniel tarda mucho en contestar. Hay en Mario, en la borrachera de Mario, un aplomo difícil de interpretar. Una determinación que no se sabe si es estupidez o clarividencia.

—Bueno, al menos así no tropezarías en la misma piedra, ¿no?

—En la misma no, pero tropezarías en otra. Mira, tío: es muy sencillo. Se supone que lo que hemos aprendido nos vale para algo, ¿no? Que ahora sabemos cosas que antes no sabíamos. Y que todo eso lo aprendimos equivocándonos.

—Sí.

—Entonces, si volviéramos atrás sabiendo lo que sabemos ahora, haríamos las cosas de otro modo. Cometeríamos otros errores. Y aprenderíamos cosas diferentes también. Mejores o peores, pero distintas, ¿no?

—Supongo.

—¿Pues sabes lo que pasaría entonces? Que una noche como esta te vendría un amigo borracho y te preguntaría: Oye, si pudieras volver a vivir tu vida otra vez, pero sabiendo lo que sabes ahora, ¿lo harías? Y tú, porque eres gilipollas y tendrías otros errores de los que arrepentirte, dirías: Hostia, pues sí. Ahora sí que sabría hacer las cosas como Dios manda.

De pronto, todo el pub estalla en aplausos. Parece que celebran la tesis de Mario, pero no es eso, claro: lo que celebran es que un adolescente llamado Gareth —¡Gareth! ¡Gareth! ¡Gareth!— resiste todavía a lomos del toro mecánico. Esto es Benidorm, piensa Daniel. Una cuestión de equilibrio. Turistas que aguantan los tres minutos que dura la cólera del toro sin caerse y turistas que van haciendo eses y tropiezan en cada esquina, sin nadie que les empuje.

—Qué —insiste Mario—. ¿Tengo razón o no la tengo?

—La tienes. Eres todo un filósofo, Mario.

Mario apura su copa con gesto triunfal, mientras levanta dos dedos de la mano izquierda para pedir otra ronda.

—Di que sí. ¿Sabes lo que tengo que hacer? Traspasar el Calipo y escribir un libro.

Vomitar es invertir la dirección del tiempo. Es comer al revés, beber al revés. Un hombre que vomita es un hombre que no puede digerir el pasado. Siete whiskies con cola que regresan de pronto no a sus vasos sino a cualquier otra parte. Por ejemplo, a la acera del paseo

marítimo. Un proceso que siempre implica alguna forma de sufrimiento, porque es difícil, casi imposible, deshacer lo que ya está hecho. Mario, de rodillas en el suelo, parece sufrir muchísimo. Daniel le sujeta la cabeza. Le da palmadas en la espalda y le dice, como suelen decir los buenos compañeros de borrachera: Ya pasó, ya pasó. Y es verdad, pasó. Las siete copas pasaron, pero, y aquí está lo milagroso, están a punto de dejar de pasar. Vomitar es lo más cerca que puede estar un hombre de lo imposible.

—Qué mal, tío. Qué mal, qué mal, qué mal.

Eso lo dice Mario, entre esputos negruzcos. Yo también voy a vomitar, piensa Daniel al mirarlo. Pero no vomita. Daniel todavía es un hombre que solo sabe seguir hacia delante o como mucho quedarse quieto, pero no sabe, todavía no ha aprendido a regresar.

—¿Mejor?

—Un poco.

Se sientan en uno de los bancos que miran al mar. Tal vez el mismo banco donde besó por primera vez a Natalia.

—¿Ves? Para esto sí que me gustaría tener dieciocho años. Para aguantar mejor la bebida.

Pero lo cierto es que tampoco entonces aguantaban bien la bebida. Daniel lo recuerda muy bien: Mario y él vomitando en la playa, vomitando en los baños de la discoteca, vomitando, incluso, desde la ventanilla de un taxi. Sus dieciocho años, sospecha, no eran tan buenos como Mario los recuerda. Pero no importa. Prefiere darle otra palmada en la espalda a su amigo, y guardar silencio.

Mario tampoco dice nada. A lo lejos suena el rumor de las olas. Después de tanto *Yes Sir, I Can Boggie* y *Dancing Queen* y *Don't Stop Me Now*, solo el silencio. Un silencio que de repente se hace insoportable y hay que quebrar de algún modo.

—He empezado a ver a alguien.

Lo ha soltado de pronto, sin pensar. Podría decirse que él también acaba de vomitar lo que llevaba dentro; la suma de las cosas que han pasado en los últimos días.

—Coño —contesta Mario, en una especie de gruñido.

Carraspea. Se limpia el último hilo de vómito con el dorso de la mano. Y luego se queda mirando fijamente a Daniel, como si solo ahora hubiera empezado a existir.

—Pues está muy bien eso. Rosa siempre dice que te vendría de cojones.

—¿Te lo ha dicho Rosa?

—Sí. Que te vendría de puta madre. Y a mí también, vaya, pero eso es otra historia.

Daniel no está seguro de haber entendido bien. ¿Rosa dice que a Mario le vendría de puta madre conocer a una mujer?

—¿Eso ha dicho Rosa? ¿Que te vendría bien a ti también?

—Pues sí. Lo dice siempre.

—Te lo dirá en broma.

Mario frunce el ceño.

—En broma no. ¿Cómo que en broma? ¿Tú la ves a Rosa bromeando mucho con estas cosas? Ella lleva un huevo de tiempo viendo a la suya. Años dándome la matraca.

—¿De qué cojones hablas? ¿A quién ve?

Un silencio durante el cual nadie dice nada, nadie comprende nada. Hasta que Mario se echa a reír.

—Espera, espera. ¿Estás hablando de ver a un psicólogo o de ver a una tía?

—A una tía, hombre.

—¡Ah, joder! Yo creía que decías un psicólogo. Me habías asustado.

Mario ha dejado de mirarlo. Sus ojos se pierden en lo oscuro de la playa.

—Pues me parece muy bien, mira —continúa—. Me parece aún mejor. Una tía sí que le quita a uno la mierda de la cabeza. Te mete otra, pero la que tienes te la quita. ¿Cuándo la has conocido?

—El día que...

Una pausa.

—El 13 de abril —murmura al fin.

—¿El 13 de...? Ah, joder. Joder, tío. Vaya puntería. Entonces sabe...

Daniel no contesta. Se limita a concentrarse en la punta de su cigarro. Mario asiente, comprendiendo o creyendo que comprende.

—¿Y qué dice?

—No dice nada. ¿Qué va a decir?

Que le gustaría conocer a Teresa. Que a ver cuándo se la presenta. Eso es lo que dice Natalia.

—Oye —dice Mario, señalando su cigarrillo—. Dame uno de esos.

—Pero si tú no fumas.

—Y tú tampoco, no te jode. Anda, dame uno. Mejor me lo haces, que yo...

—Rosa va a decir que soy una mala influencia.

—Es que lo eres. ¿Tú sabes hace cuánto que no potaba?

—Desde el gol de Iniesta.

—Pues por ahí sería, sí.

La conversación sobre Natalia no se prolonga mucho más de lo que dura la confección del cigarrillo. Mario no le pregunta cómo se llama, ni qué edad tiene, ni dónde y cómo se conocieron. Se conforma con una sola pregunta:

—¿Te la has follado ya?

—Sí.

—Eres un grande, tío. ¿Y bien? ¿Todo bien?

—Sí, todo bien.

Mario fuma con torpeza. Son los gestos de alguien que no disfruta de los cigarrillos pero considera un deber disfrutarlos. Daniel se queda un rato larguísimo mirando a ese hombre que tiene recetas para todo pero ni siquiera ha sido capaz de sostenerle la mirada cuando ha mencionado el 13 de abril. Eso es precisamente lo que le gusta de él: que a su lado es casi imposible recordar que su hija ha muerto. Pero es así, su hija ha muerto, decide o recuerda en ese punto concreto de la madrugada, aunque Natalia no lo sepa y aunque Mario escoja no recordarlo, y esa certeza lo golpea como un relámpago. Teresa, muerta, y él ahí, mirando el mar. Él borracho y él fumando como si tal cosa y él mirando etimologías en internet y leyendo los delirios de un chiflado que tal vez está muerto también.

—Oye, ¿tú crees que debería ir al psicólogo?

Mario tuerce la cabeza.

—O sea, si tú creyeras que lo necesitas, pues genial. Apoyo total. Ningún problema con los psicólogos. Si crees que te va a venir bien, pues se prueba y ya está. Pero conociéndote... No sé si eso de los psicólogos a ti te va a ayudar. Tú eres fuerte, tío. Siempre lo has sido. Y además, ¿qué te va a decir? Pues lo que ya sabemos. Que tienes que pasar página. Que tienes que ver gente y todo eso. Que no fue tu culpa.

—Es que no fue mi culpa —se apresura a decir Daniel, con la voz repentinamente grave.

—Ya lo sé, tío. Claro que no fue tu culpa. ¿Lo ves? Yo lo sé y tú lo sabes también. ¿Para qué necesitas psicólogos? Eso de la terapia está bien cuando te creas problemas tú solito. O cuando estás triste y no sabes por qué. Pero en tu caso está claro, ¿no?

—Sí. Está claro.

—Pues eso.

De pronto, Mario se interrumpe. Arroja lejos de sí el cigarrillo a medio fumar y se queda mirando la oscuridad que se ha tragado la brasa. Le tiemblan los labios. Parece dudar si quiere decir lo que está a punto de decir.

—Tío, no me jodas —murmura al fin—. No me jodas, no me jodas, no me jodas.

—¿Qué pasa?

—Creo que voy a potar otra vez.

Un momento, diréis, los más incrédulos de entre vosotros. Viajar en el tiempo, ¿qué diablos está diciendo este tipo? Si todo el mundo sabe que el tiempo tiene una sola dirección: hacia delante, siempre hacia delante. Eso diréis. Que el tiempo es como un río que fluye desde el pasado hacia el futuro. ¡Ay, folks! ¡Cuánto daño ha hecho eso de imaginar el tiempo como agua que fluye, arena que cae, agujas que giran en una única dirección! ¿No es estúpido creer que las cosas tienen algo que ver con la forma en que las medimos? Como si la temperatura se pareciera en algo al mercurio o el peso a las básculas. ¡Olvidad toda esa mierda! O mejor: no la olvidéis. Llegad más lejos. Llegad hasta el final de vuestras propias metáforas, si os atrevéis. De acuerdo: un río. Imaginemos el tiempo como un río que nos arrastra. Pero entonces, ¿qué son sus orillas? ¿Qué es un hombre que cruza a nado ese río? ¿En qué cajón metemos a un salmón que remonta sus aguas? Y sobre todo, ¿qué diréis del mar donde todo río desemboca? Yo prefiero imaginar el tiempo así, como un océano en el que podemos ahogarnos pero en el que también podemos sumergirnos a muchas profundidades distintas. Los buceadores en el tiempo sabemos cómo flotar y cómo

llegar hasta el fondo. Al pasado antediluviano. ¿Conocéis la historia del celacanto? Una historia muy instructiva. Porque hasta 1938 el celacanto era un pez extinto. Los paleontólogos encontraban sus fósiles por miles en los estratos del Carbonífero. ¿Cuándo fue eso del Carbonífero? Hace trescientos cincuenta millones de años. ¿Cómo os quedáis? Aún no había dinosaurios sobre la tierra y ya había celacantos en el mar. Y los celacantos, creíamos, se extinguieron. Hasta que un pescador encontró uno vivo en las costas de Sudáfrica. Profundo, muy profundo. ¡Hasta el Carbonífero se sumergió aquel tipo! Y luego ascendió hasta 1938 otra vez. Desde el Carbonífero hasta la víspera de la Segunda Guerra Mundial, en un solo viaje. ¿Qué os parece?

De acuerdo, diréis los más incrédulos, o solo los más estúpidos, pero ¿qué me dices de la flecha del tiempo? ¿Cómo explicar la entropía? ¿Qué dirá John1419 de la curva del espacio-tiempo, o de la Física en general? ¡Ay, la Física! ¿Y si os dijera que «nosotros, los físicos convencidos, sabemos que el pasado, el presente y el futuro son solo una ilusión obsesiva y persistente»? No lo digo yo: lo dijo un tipo al que, me parece, incluso vosotros tendréis algún respeto. El jodido Albert Einstein. ¡Ja! Se lo dijo Einstein en una carta a la hermana de un amigo, que había muerto. ¡Y así es como la consolaba, el tipo que descubrió la teoría de la relatividad! «Michele ha muerto un poco antes que yo, pero eso no significa nada. Nosotros, los físicos convencidos, sabemos que el pasado, el presente y el futuro son solo una ilusión obsesiva y persistente?» Eso dijo. «No fluye el río, sino el agua, no pasan los años, sino nosotros.» Eso no lo dice Einstein, sino Hervé Bazin. ¿Quién es Hervé Bazin? ¡Ah, ignorantes! Un tipo que sabía mucho más que vosotros. Haced el favor de leer a Bazin y también a Priestley. «La ilusión del tiempo que pasa nos hace pensar que no podemos

cambiar el pasado.» O mejor: leed a J. W. Dunne, que fue su maestro. ¿Quién fue J. W. Dunne? Dunne era un ingeniero aeronáutico, es decir, un tipo que fabricaba máquinas, es decir, un completo imbécil, pero en esta cuestión sabía de lo que hablaba. De modo que ¡leed a Dunne! Y cuando os hayáis cansado de leer a Dunne, leedme también a mí, que sé todo cuanto sabía Dunne y algunas cosas más.

Así que ni máquinas, ni agujeros de gusano ni regresiones a vidas pasadas. La única forma de viajar en el tiempo es con vuestra mente, folks. O mejor dicho: el tiempo, si es que existe, existe solo en vuestras cabezas. En la cabeza de cada uno. ¿Significa eso que no hay uno, sino muchos tiempos? Puede ser, puede ser. ¿Cómo queréis que lo sepa? No tengo todas las respuestas, folks: no esperéis de mí grandes revelaciones. Solo tengo una cosa importante que deciros y es esta: el tiempo está en vuestra cabeza. El tiempo ES vuestra cabeza. Esa flecha del tiempo que los físicos llevan siglos buscando no está FUERA, sino DENTRO. Dentro de cada uno de nosotros. Es nuestra memoria la que da un sentido y una dirección al tiempo. ¿Sorprendidos? Deberíais sorprenderos. Es palabra nueva esta que oís. Nosotros somos el tiempo. Lo repetiré, para los estúpidos: NOSOTROS SOMOS EL TIEMPO. Es la memoria la que nos ata a una fecha. La que nos dice qué pasó antes y qué sucederá después. Así que viajar en el tiempo es tan fácil como olvidar. Regresar a la persona que fuimos, como nuestras computadoras recuperan una versión anterior del sistema (SPOILER: no es sencillo en absoluto, folks; solo intento que no os desaniméis antes de empezar).

Pongamos que queréis volver a un tiempo determinado. Por ejemplo al 17 de marzo de 2019 (ya os he dicho que el 17 de marzo de 2019 fue una fecha muy importante para mí; una fecha que no

olvidaré nunca). Pues bien, empiezo por daros una mala noticia: la persona que sois ahora NO podrá hacer ese viaje. Ni ahora ni nunca. Siento ser yo el que os lo diga, pero hay que ser realistas. Incluso los viajes en el tiempo tienen un límite. Una frontera. He ahí la frontera: una que nadie, ni vosotros ni yo, puede cruzar. No podemos regresar a 2019 tal y como somos ahora, porque estamos hechos de cosas que sucedieron en 2020 y 2021 y 2022. Si queréis volver a vivir 2019, tenéis que desembarazaros de todo lo que pasó después. Tenéis que dejar de ser quienes sois. ¡Fácil de decir! Pero es la jodida verdad: hay que emprender este viaje ligeros de equipaje. Para regresar a 2019 tenemos que volver a ser la misma persona que éramos en 2019. No una persona parecida: LA MISMA. No debemos saber más ni tampoco menos, ¿entendéis? Como vuestras computadoras. Exactamente igual que vuestras computadoras. No podemos pedirles que regresen a quienes eran en febrero de 2015 y que al mismo tiempo recuerden un archivo de 2018. O una cosa o la otra. Con nosotros, con nuestras cabezas, pasa lo mismo. Si queréis que FUERA vuelva a ser 2019, también tiene que ser 2019 DENTRO.

Así que el camino está claro. Es difícil, casi imposible de recorrer (sobre todo sin mi ayuda; todavía no me explico cómo lo logré yo mismo, sin la ayuda de nadie). Difícil de recorrer pero fácil de entender. ¡Olvidaos de 2020, de 2021, de 2022! Olvidad todo cuanto habéis aprendido. Olvidad las cosas que habéis visto y oído y pensado. Olvidad la pandemia de covid y la guerra de Ucrania. Olvidad que comprasteis una casa o perdisteis un empleo o tuvisteis un hijo. ¡Si pasó en 2020, en 2021, en 2022, entonces NUNCA ocurrió! Porque nunca ocurrió. Si estáis en 2019, es porque nunca ocurrió. Eso está claro, ¿no? Hasta para los imbéciles debería ser fácil de entender. Así que cuidado con los detalles, folks. Un solo pensamiento, un solo recuerdo inapropiado (por ejemplo tararear el

estribillo de una canción que no será compuesta hasta 2022) es suficiente para mandarlo todo a la mierda. ¿Cómo ha escuchado vuestro yo de 2019 esa canción? Yo os lo diré: de ninguna manera. Es imposible. Una prueba de que después de todo no podéis estar en 2019. De que queráis o no seguís aquí. Seguís ahora. Y si tantas ganas tenéis de viajar en el tiempo, ¿qué cojones hacéis AQUÍ y AHORA?

Aquí y ahora. En eso deberían concentrarse las parejas que empiezan: solo en lo que pueden ver, en lo que pueden tocar. Eso que las nuevas generaciones llaman fluir, y que resulta tan extraño para un hombre como Daniel, educado en la solidez y en la permanencia. La misma Teresa usaba la palabra ya a sus doce, a sus casi trece años, como aquella vez que su padre quiso programar el próximo fin de semana —ir al cine, ir al parque de atracciones, quedarse en casa jugando videojuegos— y ella entrecerró los ojos para decir papá, tienes que dejar que las cosas fluyan. Fluir, es decir, ser o parecer agua. *Be water, my friend*. Solo que dejarse fluir, piensa Daniel, a veces es imposible. Peor aún, fluir a veces es una pésima idea. Cualquier buceador sabe que el presente es solo uno más de los muchos factores que deben ser tomados en cuenta. Alguien debería tener los ojos puestos en el indicador que mide la cantidad de oxígeno. En el futuro, por lo tanto. Alguien debe pensar en el futuro. ¿Cuántos minutos pueden disfrutarse bajo la superficie antes de que ese disfrute sea una temeridad? ¿Cuánto oxígeno les queda a ellos, a Daniel y a Natalia?

El 31 de octubre. Su vuelta a Madrid: ese es el límite. Para entonces deberían haber tomado una decisión. O regresan al aire o

se ahogan. O ascienden juntos o nadan cada uno hacia un lugar diferente.

Por lo demás, fluir como el agua es algo complicado. Y contraintuitivo, también. Fingimos que no tenemos cuerpo, pero lo tenemos. Un cuerpo que no flota sino que se hunde, a no ser que hagamos algo al respecto. Tenemos también manos con que intentamos agarrarnos a lo que deseamos. Tenemos, por lo tanto, deseos, y el deseo es algo así como una esperanza de solidez en el océano. Una promesa de tierra firme en la mudanza infinita del agua.

¿Eso es Natalia? ¿Una promesa? ¿Una isla en la que detenerse a descansar?

Y si vamos a eso, ¿qué es lo que desea Natalia? ¿Qué es Daniel para ella? Imposible saberlo. Al respecto solo tiene algunos indicios difusos. Ciertos gestos. El modo en que algunas veces se le queda mirando en silencio, como queriendo decir algo, sin terminar de decirlo. Esas ocasiones en las que, mientras follan —*follar*, ¿es esa la palabra?; ¿es ese el modo en que el sexo debe ser llamado en el tiempo de la liquidez?—, su cuerpo, el cuerpo de Natalia, no parece entregarse tanto al placer como al delirio de lo inevitable. Eso que puede sonar cursi, pero que es o que parece amor. Al menos se lo parece a Daniel.

¿Y él? ¿Qué es lo que desea él?

Sobre eso Daniel tiene menos respuestas todavía. O mejor dicho, tiene muchas respuestas contradictorias. Sabe que quiere estar ahí, tan cerca o incluso más cerca, y sabe también que al mismo tiempo tiene miedo. Quiere decir la verdad pero también quiere seguir diciendo lo contrario de la verdad, que no es exactamente una mentira, sino la expresión imposible de un deseo. La fe en un mundo de liquidez, donde Teresa, la certeza de que Teresa sigue viva, sea la

única cosa sólida. Quiere, pues, eso: algo distinto de la verdad. Pero también quiere decirle a Natalia tenemos que hablar, y hablarle del 13 de abril y de la Cala de los Amarillos y de los días que vinieron después y del modo casi accidental en que la primera noche no se atrevió a confesar que Teresa ya no, que Teresa ya nunca. ¿Le perdonará? Eso no importa: lo importante es confesarlo. Entregarse a sus brazos y echarse a llorar, si en el caso de Daniel eso fuera posible. Pero no, no es posible. Daniel no llora nunca y no va a llorar tampoco ahora. Fue Natalia la que lloró en sus brazos, una sola vez, aquel día que cierta paciente murió durante una de sus guardias. Que cierta paciente «se quedó», como dicen a veces los médicos cuando se quitan sus guantes de goma.

—¿Te sientes culpable? —preguntó Daniel, entendiendo o creyendo que entendía.

Pero Natalia se frotó los ojos, repentinamente seria.

—¿Culpable de qué?

Daniel se encogió de hombros. Qué sabía él. Culpable de que se les hubiera muerto en el quirófano. Culpable de que «se les quedara». Curiosa expresión, por otro lado. ¿Quedarse dónde? ¿No decimos de los muertos que nos han dejado? ¿Que ya no están con nosotros?

—Claro que no —contestó Natalia, con una dureza que no le conocía—. Tenía una fibrilación ventricular grave. ¿Qué querías que hiciéramos?

Y luego, tras un silencio, añadió:

—No me siento culpable, Daniel. Me siento triste.

Siguió llorando, como si esas palabras las hubiera pronunciado otra. Como si la Natalia que lloraba y la Natalia que razonaba fueran dos personas distintas. Tal vez lo eran. Y Daniel se quedó

contemplando esas lágrimas con impotencia, pero también con algo parecido a la envidia.

Fibrilación ventricular grave: he ahí un consuelo. Nos dan consuelo eso, los nombres. ¿Sentirían Daniel y Natalia ese mismo consuelo si también ellos, esa cosa viva que son ellos dos juntos, tuvieran nombre?

Tal vez, piensa Daniel. Pero a ver quién se atreve a ponerle nombre al agua.

Uno de los hilos más activos de #diversintime gira en torno al misterio del nombre de John1419. Lo de John parece claro: John1419 solo puede llamarse, precisamente, John. Pero los cuatro números que vienen a continuación han despertado toda clase de debates. Entre los usuarios del foro son comunes los nombres semejantes, incluyendo sucesiones de cifras que no significan o no parecen significar nada. Pero sus discípulos se resisten a la idea de que esos números no tengan ningún propósito: que su maestro haya podido elegirlos solo porque 1418 o 1420 ya habían sido seleccionados por otro usuario.

1419: la efeméride de la muerte de san Vicente Ferrer. Un santo que, casualidad o no, John1419 cita de pasada en su post 584, con el sobrenombre de «Ángel del Apocalipsis».

1419: aniversario de la primera defenestración de Praga. Los rebeldes husitas, que defendían la pobreza de la Iglesia y la libertad de predicación, arrojaron a varios concejales del Ayuntamiento por la ventana. Con quién sino con ellos podría identificarse John1419: un hombre que no tiene ningún reparo en echar mano a la Biblia en sus explicaciones, pero que también critica furiosamente el

comportamiento de la Iglesia, como prueban los posts 13, 289 y 614.

1419: el prefijo telefónico de Ohio. El estado donde John1419 vivía o dijo vivir.

1419: Una cifra que tal vez son dos cifras. Dos cifras que tal vez son una cita de los Evangelios. *The Gospel According to St. John*, capítulo 14, versículo 19. «Todavía estaré un corto tiempo y el mundo ya no me verá más, pero vosotros me veréis, porque yo vivo y vosotros viviréis.»

O tal vez ninguna de esas razones. Quién sabe si ninguna razón en absoluto. Solo un puñado de números sin sentido, absurdos como es absurdo todo cuanto John1419 pensó y escribió. Al menos eso es lo que creen sus detractores. Que el gordo de Ohio —así es como lo llaman a veces, el gordo de Ohio— está completamente loco. Casi tan loco como aquellos que buscan encontrar un sentido a sus palabras y a sus números.

¿Es Daniel uno de esos chiflados? Es difícil decirlo. No lo bastante chiflado, desde luego, para creer que los viajes en el tiempo son posibles. Pero sí lo suficiente como para desvelarse cada noche en #diversintime, dejándose caer más y más profundo, en un trance que tiene algo de la obstinación con que bebe el alcohólico o con que se hurgaba Teresa una y otra vez la costra de sus heridas. Pero mejor no pensar en Teresa. Mejor olvidar. Porque puede que el olvido no nos permita viajar en el tiempo, pero sí nos envía, aunque sea solo por unos instantes, a un tiempo distinto. Un tiempo en que Teresa no ha muerto. Tal vez por eso Daniel pasa cada vez más tiempo en #diversintime, ese lugar donde puede dejar de ser Daniel y ser otra cosa. Alguien llamado Escéptico77. Un usuario silencioso, que lee todos y cada uno de los comentarios de John1419 y sus

discípulos, y hasta deja algunos discretos likes, pero nunca dice nada, nunca escribe nada.

Lo de Escéptico está claro, pero ¿por qué el 77? Por ninguna razón. Porque Escéptico ya estaba cogido y Escéptico7 también. Y porque le gusta cómo suena: por eso.

Pero si hay algo que verdaderamente le gusta a Escéptico77 son los hilos donde los discípulos discuten el procedimiento para llegar al total blackout: ese estado de vacío y de olvido de uno mismo que según John1419 es imprescindible para emprender todo viaje en el tiempo. Porque John1419, tan concienzudo en tantas cosas, no dejó una receta precisa para lograrlo. Tenéis que ser vosotros, folks, los que deis con ella. Una receta distinta para cada uno. Solo puedo mostraros la puerta: sois vosotros los que tenéis que cruzarla. Lo único que puedo deciros es que la repetición es importante. Que extinguir los deseos es importante. Que estar desnudos de toda opinión e incluso desnudos de nosotros mismos es importante. Que el silencio es importante. Solo puedo repetiros lo que decía Miguel de Molinos: que hay tres maneras de silencio, el silencio de palabras, el silencio de deseos y el silencio de pensamientos. Todos ellos son importantes. Así que callad mucho, desead poco y pensad nada. Y repetid, repetid, repetid. Si queréis regresar a cierto bar en 2014, empezad por volver a ese bar, folks. Volved una y otra vez, una y otra vez, una y otra vez. Una y otra vez. O mejor, no volváis: id por primera vez. Id por primera vez muchas veces, hasta que sea cierto. Haceos cuenta de que siempre es la primera vez. Que todo lo que ha sucedido después de 2014, todo lo que recordáis, es un sueño. Porque lo es: un sueño. Olvidad todo lo demás. Para eso necesitamos llegar al total blackout: para olvidar. Y recordad lo que dice Ibn Arabi: Hay que aniquilar nuestra propia alma. Recordad lo que dice el Pseudo Dionisio: Quien nada sabe, está por encima de

toda inteligencia. Y sobre todo, recordad lo que dice el Maestro Yoda: Hacedlo o no lo hagáis, pero no lo intentéis.

Escéptico77 no lo hace, ni tampoco lo intenta. Solo lee, lee, lee. Hace honor a su nombre y es escéptico respecto a la posibilidad de alcanzar el total blackout. Escéptico, es decir, sin fe pero también sin resistencia a la posibilidad de la fe. Tal vez el total blackout existe, y es semejante a aquel del que hablan los místicos y los gurús. O tal vez no existe y es solo un invento para vender libros de meditación y autoayuda. Solo de una cosa está seguro: exista o no exista, viajar en el tiempo es imposible. Pero bien pensado qué importa eso. Su objetivo es mucho más modesto: si de verdad el total blackout te permite olvidar cualquier cosa, aunque sea solo unos minutos cada día, bienvenido sea. Puede que Teresa no viva de nuevo, pero para él sería como si nunca hubiera muerto. Solo un minuto al día o cinco minutos, puede que una hora entera: qué importa. Será un minuto, cinco minutos, una hora de prolongación de la vida de su hija muerta, aunque sea solo en su cabeza. Tan diferente de viajar al pasado, y al mismo tiempo ninguna diferencia.

—¿Te gusta?

Natalia aún no ha tenido tiempo de descolgarse el bolso y Daniel ya se lo ha preguntado, tal vez porque le ha parecido percibir un brillo de incredulidad, un cierto deje de desagrado en el modo en que su mirada se pasea por el salón, por la cocina, por el dormitorio. Todas las puertas abiertas, excepto la puerta de la habitación de Teresa.

—Sí —contesta Natalia, sonriendo demasiado—. Es una casa muy...

No continúa. Se limita a abrazar más fuerte su bolso. Toca levemente, con la yema de uno de sus dedos, las figuritas de porcelana que su madre distribuyó hace veinte años por las baldas del vetusto aparador del salón, cuyas molduras evocan los acabados de un féretro. Una foca blanca, un cenicero en forma de pato o de cisne, un burrito de colores con la inscripción RECUERDO DE SANTILLANA DEL MAR. Son feas, las figuritas. Daniel necesita los ojos de Natalia, el dedo de Natalia, para descubrirlo. Tan feas que se pregunta por qué en estos cuatro años no ha pensado ni una sola vez en deshacerse de ellas.

—¿Son tuyas? —pregunta Natalia cautelosamente.

—Eran de mi madre.

—Ah.

Ahora se detiene en el tapete de ganchillo que cubre la mesa del salón. En el sofá blanco con un único cojín amarillento: el lugar donde su madre solía sentarse. El reloj de cuco que hace años dejó de dar las horas. Un único cuadro en toda la casa: una marina pintada en colores chillones, que persigue la idea de la belleza que puede tener un niño de cinco años. Es entonces, mirando ese cuadro, cuando Natalia se echa a reír.

—No —dice simplemente, meneando la cabeza.

—¿No qué?

—Que la verdad es que no me gusta mucho tu casa. Lo siento.

Daniel también ríe. Ambos se quedan mirando ese cuadro horrible, ese cuadro que nadie querría ni regalado en Wallapop.

—Ya lo sé. Es feísima.

—Sí, la verdad es que es un poco fea —reconoce ella, abandonando todo disimulo—. Ahora sé por qué no querías traerme. No te culpo.

—Es lo que siempre decía Patricia. Que era la casa más fea que había visto en su vida.

—Se ve que tenemos gustos parecidos esa chica y yo.

Ojalá que no, piensa Daniel. Ojalá que no llegue el día en que diga: no te soporto más, Daniel.

—Si fuera otra clase de persona te diría que aquí hace falta la mano de una mujer —continúa Natalia—. Pero no hace falta la mano de una mujer. Hace falta la mano de quien sea. La tuya, por ejemplo. ¡O tus ojos! Basta con que tengas ojos, Daniel.

Pero Daniel no tiene ojos. No, al menos, para las casas que habita. Su mirada siempre está en otra parte: en las cosas que fueron y en las cosas que serán. Nunca en aquello que puede ser tocado. Por eso podría decirse que nunca ha tenido una casa propia. Primero vivió en casa de su mujer y ahora vive en casa de su madre, y nunca pensó que fuera importante hacer algo al respecto, como no se nos ocurre dar consejos al decorador de los hoteles donde nos hospedamos una sola noche. Eso es para Daniel la vida: una noche pasajera que ha durado toda una vida.

—Es que solo paso seis meses al año aquí —se excusa.

—Seis meses es mucho tiempo. Es la mitad de tu vida —suspira—. Espero que tu casa de Madrid sea más bonita.

Cuarenta metros cuadrados. Un sofá de dos plazas que venía con el piso. Ningún cuadro en las paredes, ningún nombre en el buzón, ninguna fotografía en las estanterías. Un piso amueblado y concebido no tanto pensando en los seis meses que Daniel pasa allí, sino en los seis meses que no pasa. En todos esos inquilinos que lo reservan por Airbnb y nunca dejan calificaciones demasiado altas ni demasiado bajas. Eso es su piso de Madrid. Esa es la vida de Daniel. Diez años viviendo en casa de Patricia. Seis meses al año viviendo en casa de su madre. Seis meses viviendo en casa de nadie.

—Sí. Mi piso de Madrid es cojonudo. Ya te lo enseñaré.

Ubicación: 8,7. Comodidades: 5,4.

—Algún día, ¿no? —pregunta Natalia.

—Sí. Algún día.

Ríen, porque la respuesta es algo así como una broma inofensiva. Si es que existen las bromas inofensivas en las parejas. Si de verdad es posible reír gratis con las personas a las que queremos, sin indirectas y sin consecuencias. Cuando Natalia le preguntaba si le iba a enseñar su casa en Benidorm o no, él siempre respondía: Algún día. Algún día te lo diré: la respuesta de Natalia cuando Daniel quiso saber cómo se hizo la cicatriz en la mejilla. Algún día te enseñaré a bucear. Algún día te presentaré a mis amigos del hospital. Algún día cogeremos el coche y nos iremos a cualquier lado. Algún día, también, Natalia conocerá su piso de Madrid. Eso es lo que ambos creen, o eso es lo que ambos dicen que creen.

—Al menos las vistas son bonitas —dice Natalia, volviendo los ojos a la terraza.

Las vistas sí, piensa Daniel. Lo mejor de su piso es todo cuanto puede verse fuera.

—Sí, no están mal.

—¿Y esa puerta?

Está señalando la puerta —cerrada— del cuarto de Teresa. Y qué le queda a Daniel salvo reconocer:

—El cuarto de Teresa.

—¿Puedo?

Mira la boca que ha dejado escapar esa pregunta y luego la mano que se ha quedado fosilizada en el gesto de señalar. ¿Me permite?, dijo esa misma boca, esa misma mano, delante del congelador del Alcampo.

—Claro.

Ni siquiera tiene que asomarse para saber qué es lo que hay dentro. Lo vio ayer mismo, en el mismo momento en que decidió que por fin invitaría a Natalia a casa: la misma maleta entreabierta, la misma cama deshecha. Tuvo tiempo de lavar la vajilla que rebosaba el fregadero y de vaciar los ceniceros y de tirar tres bolsas de basura con envoltorios de comida china, y tiempo también de hacer su propia cama, pero la cama de Teresa no, de ningún modo. La cama de Teresa no está pensada para ser hecha, sino solo para ser usada por la propia Teresa. Sus manos quedaron paralizadas en el gesto de alisar las arrugas de aquellas sábanas que eran algo así como un negativo de la vida de su hija. La prueba de que realmente había existido. Eso es, quizás, él mismo, con su insomnio y sus cigarrillos y sus tardes de abstraerse contemplando el blanco de las paredes: el vacío que deja tras de sí Teresa. No hay que pensar pues en recuperarse, porque recuperarse es reconocer que su hija puede ser olvidada. No hay, tampoco, por qué hacer la cama. Así que se limitó a cerrar la puerta. Esa puerta que ahora Natalia acaba de abrir.

Daniel cierra los ojos.

—Vaya desastre que tienes aquí montado —escucha decir a Natalia.

—Lo siento. Se me ha olvidado hacer la cama. Bueno, qué. ¿Voy abriendo el vino?

Pero Natalia no está pensando en el vino. Presta una atención desmesurada a las sábanas revueltas, a la maleta entreabierta, al kleenex arrugado que contiene el último chicle que masticó su hija.

—Creía que Teresa no venía aquí desde su cumpleaños.

—Sí.

Natalia sonríe, divertida.

—¿No haces la cama desde abril? A ver si va a ser más serio lo que pensaba, lo de que eres un desastre.

—Es que a veces duermo aquí —contesta, tal vez demasiado rápido—. Cuando hace mucho calor. Es la habitación más fresca de la casa.

Natalia mira con incredulidad la cama deshecha y luego a Daniel, un hombre que de pronto parece deshecho también.

—La echas mucho de menos —dice.

Debería ser una pregunta, pero es una afirmación.

—Sí —reconoce Daniel, sin mirar a ninguna parte en particular. No, desde luego, a los ojos de Natalia.

—No tienes que avergonzarte. Es muy mono, eso de que un padre eche tanto de menos a su hija. ¿No sabes que a las mujeres nos gustan los tíos sensibles?

Daniel sonríe.

—En mis tiempos no era así. Debe de ser cosa del feminismo.

Intenta ser una broma, pero no despierta la risa de nadie. Natalia se ha quedado mirándolo fijamente, con el rostro borrado de todo gesto.

—No —contesta con lentitud—. Siempre fue así. Lo que pasa es que antes no escuchabais.

Y luego hace algo que Daniel no espera. Algo imposible: casi un sacrilegio. Camina hasta la cama, se quita la sandalia derecha con el pie izquierdo y la sandalia izquierda con el pie derecho y simplemente se deja caer. Parece increíble, pero es así: la cama de Teresa todavía es una cama, hecha para tumbarse. Las sábanas revueltas pueden acoger otro cuerpo. La almohada soportar el peso de otra cabeza. La cabeza de una mujer: de una chica. Natalia apretujada contra la pared para dejar un modesto hueco a su lado. ¿Cabe Daniel, en ese hueco? ¿Cabe Natalia en la cama de su hija?

—Ven —dice—. Háblame de Teresa.

Todas las parejas que duran lo suficiente acaban compartiendo tarde o temprano un momento como este: el momento en que se ponen en común sus cicatrices. Algunas son físicas, como la leve melladura que Natalia tiene en la mejilla izquierda y cuyo origen se ha resistido a desvelar hasta ahora —tenía ocho años, explica al fin; me atacó el perro de los vecinos; mi madre creyó que quedaría desfigurada para siempre; todavía cuenta que aquella fue la última vez que rezó por algo—. Otras no están en la piel y se las narramos al otro para hacerlas visibles. Esa narración es un punto de no retorno. Después de esa clase de confesiones, la pareja ya no podrá separarse sin sufrimiento.

Llegar a ese momento es fácil. Lo difícil es el regreso.

Pero quién puede pensar en el regreso en un momento como este: el milagro de dos cuerpos que ocupan una cama de noventa sin estorbarse. Dos cuerpos que se diría que no van a estorbarse nunca. La luz apagada. Sus voces que se entrelazan; que comparten esa clase de confidencias que solo pueden hacerse entre susurros y a oscuras.

Daniel hablando de Teresa como si estuviera viva. Como si bastara con encender la luz para verla sentada a su lado.

Natalia hablando de los hijos que no tiene como si ya hubieran nacido, porque a partir de cierta edad ser mujer es eso, murmura, preguntarse si serías o no una buena madre. Hacer scroll en el perfil de Instagram de tu amiga del instituto, esa que, ya sí, tomó la decisión, y tratar de averiguar si es real o postiza la felicidad que se adivina en sus fotos.

Daniel y sus cuarenta y tres años: esa edad en la que todavía te sientes más joven que los personajes de las películas, hasta que comprendes que no, ni de coña.

Natalia y sus treinta y cuatro años: esa edad en la que comienzas a comparar tu vida con la vida que en su momento tenían tus padres —un matrimonio, dos hijos, un coche, una hipoteca— y sientes un escalofrío. Y ni siquiera la propia Natalia es capaz de decidir si ese escalofrío se debe al alivio de haber esquivado una bala o al deseo de que esa bala la hubiera alcanzado también a ella de lleno.

Daniel, abogado: esa profesión que no escogió sino que le impusieron sus padres y que durante un tiempo se impuso a sí mismo, para no admitir que se equivocaban.

Natalia, cardióloga: esa profesión que tuvo que decidir por sí misma, porque sus padres solo querían que fuera feliz —eso le decían, todo el tiempo; escoge lo que quieras, cariño, lo único que queremos es que seas feliz—. Y esas palabras fueron más difíciles de asumir todavía, porque una cosa es aceptar la pequeña responsabilidad de escoger una profesión que durará toda la vida y otra muy distinta la responsabilidad de ser tan feliz como tus padres quieren que seas, es decir, la obligación de ser feliz todo el tiempo.

Los padres de Daniel: dos buenas personas que tal vez deberían haberse divorciado, pero no lo hicieron, y que quisieron a su hijo como mejor sabían; es decir, dos buenas personas que cometieron muchos errores.

Los padres de Natalia: dos buenas personas que se divorciaron y que en el proceso hicieron mucho daño a su hija, pero de un tiempo a esta parte esa hija, Natalia, ha decidido dejar de culparlos por tanto sufrimiento. Porque todo el mundo culpa a sus padres, explica, si te cuidaron demasiado o si te cuidaron demasiado poco, si estuvieron ausentes o presentes, si se divorciaron o permanecieron

juntos. Es tentador creer que tus defectos provienen siempre de tus padres y tus virtudes te las debes solo a ti mismo.

Daniel y sus defectos: por ejemplo, su imposibilidad de llorar desde hace más de veinte años.

Natalia y sus defectos: por ejemplo, llorar demasiado. Por ejemplo la necesidad de entender a todo el mundo, todo el tiempo. La infancia de Natalia, que consistió en ocultarle a mamá durante meses que papá tenía una nueva novia y en ocultarle a papá que a veces mamá no quería o no podía levantarse de la cama. Una mocosa de doce años llegando sola a la conclusión de que sus padres aún no están preparados para soportar ciertas verdades. Ella sí, claro. Ella era una niña fuerte: ya desde sus primeros años de vida una sanadora de corazones. Daniel no puede evitar preguntarse si él mismo no es ante los ojos de Natalia una víscera rota o a medio romper. Otro adulto negligente más, que no sabe sostenerse solo.

Daniel y sus problemas: dos padres muertos, un divorcio y ni una sola sesión de terapia.

Natalia y sus problemas: tres psicólogas a la espalda; ahora mismo va por la cuarta, que hace algo que llaman terapia Gestalt —¿no sabes lo que es?; la verdad es que yo misma no lo entiendo muy bien, reconoce entre risas; se parece a aceptar que sigues siendo la niña que fuiste; que la llevas dentro de ti, como una muñeca rusa.

Daniel hablando de su infancia. Natalia hablando de su infancia. Eso son dos personas que se enamoran: dos infancias que se olisquean y se comprenden. Miedos que fueron, que siempre serán a pesar del tiempo transcurrido, y se ponen en voz alta por primera vez. Daniel con ortodoncia. Natalia siendo una niña bajita y regordeta. Daniel —ya estamos en la adolescencia— viendo a otros, siempre a otros, besarse en el banco que quedaba detrás de la cancha del instituto. Natalia, incapaz de descifrar si los compañeros

que se acercaban a ella querían de verdad ser sus amigos o solo intentaban aquello que siempre intentan los chicos.

Daniel y su pasado más reciente, que tiene un nombre propio: Patricia. Esa mujer que le convenció de que deseaba cosas que no deseaba, aunque quién sabe lo que Daniel desea en realidad. Nadie, ni siquiera el propio Daniel, puede contestar a esa pregunta.

Natalia y su pasado reciente, que tiene un nombre propio: Alberto. Un hombre que tal vez se parecía demasiado a su padre; porque no hace mucho que Natalia se ha dado cuenta de que todos los hombres de los que se enamora se parecen demasiado o demasiado poco a su padre, y tal vez los escoge por eso, porque ama a su padre pero al mismo tiempo cómo olvidar todo el daño que le hizo a su madre —¿yo soy de los que se parecen o de los que no se parecen?, pregunta Daniel, y casi al instante se arrepiente de la pregunta, porque es perfectamente posible que Natalia le responda ¿y a ti quién te dice que me estoy enamorando de ti, vamos a ver? —. Pero algo así solo se lo podría responder otra Natalia, la Natalia que habla de pie y con la luz encendida; por suerte, la Natalia que respira a su lado en la oscuridad solo se atreve a murmurar: ni una cosa ni la otra, Daniel, eso es lo raro.

Daniel que de pronto se queda callado, pensando en eso: en lo raro, en lo rarísimo que en efecto es todo.

Natalia que calla también.

Un hombre y una mujer que se quedan dormidos con la ropa puesta, en la cama de la hija que no tienen.

Un hombre y una mujer que despiertan con las primeras luces de la mañana, todavía con la ropa puesta. Una mujer que dice: es verdad que es fresca, esta habitación. Un hombre que ríe. Una mujer que se

queda como pensativa, mirando el cielorraso del techo. Un hombre que se levanta a preparar café y regresa con una taza en cada mano, y de pronto se queda detenido en seco en el umbral, como quien ve un fantasma.

—¿Es para mí? —pregunta Natalia.

Sí: es para ella. Pero Daniel no contesta de inmediato. Solo tiene ojos para la cama recién hecha: las sábanas perfectamente plegadas.

—Has hecho la cama —dice, confirmando lo evidente.

Natalia se echa a reír.

—Sí. ¿Querías que la dejara como recuerdo o qué?

No: como recuerdo, no. Recordar para qué. Bien pensado, ya era hora de que alguien hiciera esa cama.

—Gracias —murmura al fin.

—Gracias a ti por el café —responde Natalia.

He aquí un hecho que ni siquiera Daniel puede negar: las cosas vivas tienden a permanecer vivas y la vida tiende al movimiento. Adelante, siempre adelante. Eso es lo que le decían, de un modo u otro, todos los mensajes de condolencias: hay que seguir adelante. Aguanta, tío, debes ser fuerte. Tienes que resistir. La vida, pues, no solo es movimiento: también resistencia. ¿Resistencia a qué? Resistencia, precisamente, a la inmovilidad. Se mueven los zombis en la pantalla del *They Are Billions*, furiosos como turistas que se divierten. Se mueven los seres humanos diminutos que ve pulular desde la altura de su terraza, furiosos como zombis que vienen a destruir Benidorm. Se mueven las gaviotas en el cielo, por debajo de las azoteas de los rascacielos. Se mueven también los jubilados en sus scooters eléctricos, paseo arriba y paseo abajo, en una

aceleración última antes de la parálisis absoluta. Natalia misma, la historia con Natalia, avanza también hacia alguna dirección. Eso es lo que tienen las relaciones vivas, que no se detienen nunca, discurren por un paisaje siempre nuevo y siempre cambiante, una noche lleva a otra y una palabra exige nuevas palabras y un gesto nunca es igual a otro gesto.

¿Quiere Daniel ir a ese lugar? ¿Desea emprender otra vez el movimiento? ¿No es el amor, la posibilidad del amor, una refutación de la muerte, y por tanto una refutación de la propia Teresa?

Todavía hay algunas noches, como ahora, en que camina descalzo hasta la cocina y abre la portezuela del congelador. Allá adentro, la tarta Comtessa, todavía comestible, todavía viva. Porque no solo está vivo lo que se mueve; también lo que está muy quieto. Quieto como una tarta congelada. Quieto como una semilla. Quieto como un cadáver que sigue produciendo en los vivos infinitos recuerdos.

¿Y si su trabajo consistiera en permanecer quieto, como está quieta Teresa en la muerte? ¿Y si tuviera que morir cada día frente a los ojos de los demás, para que el recuerdo de su hija no se extinguiera nunca?

Un cigarrillo se sucede a otro en los dedos de Daniel. Eso es lo más parecido al movimiento que consiente. Un movimiento que también conduce a la muerte, tal y como insisten los paquetitos verdes que va almacenando en un cajón de su escritorio.

Fumar obstruye las arterias.

Fumar provoca nueve de cada diez cánceres de pulmón.

Fumar provoca embolias e invalidez.

Fumar mata.

Deje de fumar: siga vivo para sus seres queridos.

¿Quiénes son, ahora mismo, sus seres queridos? ¿Ha llegado a serlo ya Natalia? ¿Sigue siéndolo Teresa?

No. Es mejor, muchísimo mejor, no hacer ningún movimiento. Permanecer clavado en la misma terraza, frente a la misma pantalla, los ojos detenidos en el mismo congelador. Es mejor no pensar. Llegar, tal vez, al total blackout. Supongamos que ese estado existe, piensa Daniel, decide Daniel: entonces qué mejor lugar donde estar. Un lugar donde la muerte de Teresa pueda ser olvidada muchas horas al día, y por tanto, la vida de la propia Teresa pueda ser recordada. Creer en cada momento que Teresa está a punto de cruzar la puerta, porque hemos olvidado que Teresa no volverá a cruzar ninguna puerta. ¿No sería eso lo más parecido a la felicidad? Hay quien puede llamar a esa felicidad autoengaño. Habrá incluso quien lo llame locura. Pero ¿qué importa? ¿No es una locura aún mayor contemplar en cada momento y en cada lugar la muerte de tu hija y pretender seguir estando cuerdo? Porque dicen que un ahogado ve todos los momentos de su vida en un instante, pero un padre cuya hija ha muerto ve la muerte de esa hija en cada instante.

Olvidar la muerte de Teresa, intentarlo al menos, se parece a jugar al *They Are Billions*. A defender una ciudad contra los zombis. Los zombis son los recuerdos; muertos que se resisten a ser olvidados. Y eso hace Daniel cada día, dentro y fuera de la pantalla. Construir una ciudad hermosa, un olvido fortificado, una ignorancia íntima erizada de baluartes y murallas, de torres, de nidos de ametralladoras, de lanzallamas, que lo protegen contra el recuerdo. Hay ciertas acciones que ayudan. Gestos que en sí mismos son armas y muros. Por ejemplo soñar, porque quien sueña está muerto para los vivos y vivo para los muertos. Por ejemplo quedar con Natalia: la única persona para quien Teresa está rotundamente viva. Pero todo eso no son más que sucedáneos, treguas pasajeras, islas de paz que vienen emparedadas por océanos de sufrimiento. Porque todo soñador en algún momento despierta, y también Natalia, la fe

de Natalia, ha de acabar alguna vez —me gustaría conocer a Teresa, ¿me la presentarás algún día?; algún día, claro—. Basta una brizna de recuerdo —Patricia llorando sin sonido y con la boca abierta; Daniel cargando los cuarenta y tres kilos de Teresa para llevarla desde el sofá del salón hasta su cama; Daniel cargando los cuarenta y tres kilos de Teresa para llevarla desde el mar hasta la playa— para que todas las defensas se vengan abajo como un castillo de naipes. Mejor aún: como una ciudad en *They Are Billions*. Un enjambre de zombis que sobreviven a las ametralladoras, a los electrocutores, a los soldados, y rebasan la fortaleza para destruir todos sus esfuerzos. Y lo que queda tras ellos, ese desierto de ruinas humeantes, es algo mucho más terrible que un nuevo fracaso: es lo que llamamos realidad.

Natalia con una camiseta blanca. Natalia con vaqueros. Natalia con una cazadora ligera, cierta noche que se levanta un poco de viento. Natalia con falda y sin falda. Natalia con un vestido negro, largo, y con un vestido rojo, corto. Natalia con su bata blanca de médico —Daniel y ella se fuman un pitillo rápido en la puerta del hospital, en un descanso de su guardia—. Natalia con una blusa levemente hippie, que deja al descubierto el ombligo. Natalia con sus pendientes plateados. Siempre los mismos pendientes. Natalia descalza. Natalia con calcetines. Natalia repitiendo vestidos y camisetas y pantalones y sujetadores. Natalia haciéndose un chinazo en cierta camiseta, en un descuido de su cigarrillo —joder joder joder—. Natalia derrengada en el sofá y manchándose de salsa de soja una camiseta de tirantes azul, con una bandeja de sushi a domicilio. Natalia y su ropa y sus manchas de vino y de café y de pasta de dientes, como si le fuera imposible mantener el pulso o la

concentración en el mundo —si alguna vez me tienen que operar a corazón abierto, espero que no seas tú, Natalia; cuántas veces tengo que decirte que soy cardióloga y no cirujana, Daniel—. Natalia riendo mientras se quita una blusa estampada y la remoja en el fregadero. Natalia recién despierta, con una camiseta de Daniel a modo de pijama. Natalia con ropa y sin sujetador. Natalia sin ropa y con sujetador, lavándose los dientes en el cuarto de baño. Natalia con bragas y sin bragas. Natalia completamente desnuda: a veces con intención y a veces sin ella. Incluso una vez, Natalia saliendo de la cama con la sábana pudorosamente enrollada hasta la altura del escote, entre risas —tienes que adivinar quién soy; ¿te rindes?; fácil, soy la protagonista de una película americana—. El verano pasando a través de ella a toda prisa, como pasa el tiempo por el maniquí de un escaparate. Natalia vestida y desnuda y a medio vestir; Natalia a la luz del sol o de las farolas; Natalia azulada por el resplandor de la lámpara de lava y blanquísima en la ducha —¿qué?; ¡no te oigo!—; Natalia envuelta y desenvuelta de todas las formas posibles, pero nunca con su vestido amarillo. La chica del vestido amarillo que ha dejado de serlo. A veces Daniel no puede evitar acordarse de ese vestido que no ha vuelto a ver; acordarse de cómo empezó todo. Cierta mañana, incluso, se sorprende abriendo el armario mientras Natalia está en el baño, y rebusca entre las perchas y los cajones. Nada: ni rastro. Lo que tal vez demuestra que la memoria le juega a uno malas pasadas: que todo comienzo es un espejismo.

El camino al total blackout es la meditación trascendental, dice Rasmussen30. El camino son los ejercicios espirituales sufíes, dice PatKiller. El camino es la ayahuasca. El camino es repetir la Oración de Jesús durante treinta años, hasta que la oración se sincronice con

los latidos de tu corazón. El camino es memorizar las palabras de John1419. El camino es la abstinencia sexual. El budismo zen. El ayuno. La autohipnosis. La esquizofrenia. Yo lo logré con drogas, viajé diez años en el tiempo, pero solo duró unos minutos. Conozco a un tipo que lo consiguió mirando durante nueve días el mismo punto de una pared blanca. La forma, la única forma, es poner a dos programas de ChatGPT a conversar entre sí y luego pensar en sus palabras. La clave son las mujeres, es decir, la ausencia de mujeres: no verlas, no tocarlas, no pensar en ellas siquiera —¿no os parece mucha casualidad que John1419 haya citado hasta trescientos veinticinco libros y ni uno solo haya sido escrito por una tía?, ¿no será una pista que nos envía?; no es casualidad, amigo, pero tampoco una pista, es simplemente lo que pasa cuando no te dejas manipular por la dictadura *woke*—. En la deepweb venden cierta cinta de casete grabada por la CIA en los años ochenta: basta con escucharla para alcanzar el total blackout. El total blackout es imposible: un invento de los vendedores de mierda New Age. El total blackout es más sencillo de lo que creéis. El total blackout es Dios. Nosotros somos Dios.

Nadie está seguro de cómo alcanzar el total blackout, lo que significa que todos tienen una opinión al respecto. Ni siquiera se ponen de acuerdo en por qué John1419, que escribió tantos posts, no dedicó ni uno solo a explicarlo. Nos dejó huérfanos cuanto más lo necesitamos, se lamenta Anybody81. Lo que pasa es que John1419 no tenía ni puta idea de lo que hablaba, dice LanNisPort. Incrédulos, corrige Zalmoxis: lo que intentaba decirnos es que cada uno de nosotros debe encontrar su propio camino. De modo que ellos, sus discípulos, han de buscar esas respuestas. Buscan en libros de espiritualidad y en tratados de Medicina general, en la poesía mística española, en manuales de artes marciales, en la Biblia, en películas

de serie B, en libros de autoayuda. Algunos usuarios, como F(x), dedican larguísimos hilos a interpretar tal o cual oscuro pasaje de las enseñanzas de John1419. ¿Qué quiso decir, por ejemplo, cuando advirtió que hemos de tener en cuenta que el olvido es la carne del tiempo? ¿Hay que tomarse literalmente su observación de que por cada pájaro que hay en el cielo hay un buceador en el tiempo que fracasa? ¿Estaba bromeando cuando dijo que todo lo que sabe sobre los viajes en el tiempo lo aprendió coleccionando mensajes de galletitas de la fortuna? Es cierto que algunos de sus posts parecen eso, galletitas de la fortuna. Cierto también que a veces plagia sin contemplación frases de todo el que se le antoja. Fue Submarin quien reconoció una cita no declarada de Hui-neng —la clave es no permanencia, no pensamiento, no forma— y Homer3 una cita de Jorge Luis Borges —la meta es el olvido; yo he llegado antes— y YasuJiro una de *Kung Fu Panda* —no tengo que convertirte en alguien como yo; tienes que convertirte a ti en ti—. No hay muchas más certezas que estas: que además de comer Cheerios con leche y ver documentales de Corea del Norte sin subtitular, John1419 conoce bien a Hui-neng, a Jorge Luis Borges y al panda rojo de *Kung Fu Panda*.

¿Por qué viajar en el tiempo? ¿Qué hay en el pasado de todas esas personas que les obsesiona? ¿Qué es lo que tenían entonces y sienten que han perdido? ¿Buscan algo? ¿Huyen, tal vez, de algo? Quizás la respuesta no esté en el pasado, piensa Daniel, sino en el presente. Una vida tan vacía que transcurre casi íntegramente en un foro de chiflados: de eso es de lo que huyen.

«¿¿¿Alguno lo ha logrado???, pregunta, en un mensaje enternecedor un tal Turingvive. ¡¡¡Es urgente!!! ¡¡¡Necesito viajar al pasado antes de MAÑANA!!!»

Las respuestas van desde lo irónico hasta lo didáctico:

«Hahaahhahahaha otro COLGADO.»

«Nunca lo lograrás si te pones un plazo.»

«Lee el post 147. Ciento cuarenta y siete veces. Ahí está la respuesta.»

«Yo lo conseguí durante un par de horas, pero luego me vi obligado a regresar. Si lo logras tú también, comprenderás por qué.»

«Una cosa es segura: ninguno de nosotros lo ha conseguido (todavía). Si no, no estaríamos aquí.»

Entre todos aquellos que de ningún modo lo han logrado, entre los que siguen ahí, Daniel —Escéptico77— prefiere a JohannesSchneider. En un primer vistazo, Schneider no parece tener nada extraordinario. Es un discípulo discreto, por momentos casi invisible. No sermonea. No insulta a nadie. No suelta peroratas a favor o en contra del capitalismo ni se enzarza en discusiones estériles con aquellos que se burlan de John1419. Sus intervenciones son siempre breves, exactas, casi quirúrgicas. Intervenciones como esta:

«Una cosa es segura: ninguno de nosotros lo ha conseguido (todavía). Si no, no estaríamos aquí.»

Ese es Johannes Schneider. Alguien que simplemente sigue ahí.

Al contrario que muchos de los usuarios de #diversintime, Schneider no cree que la vacuna contra el covid sea un chip implantado por las multinacionales. No cree en el Pizzagate. No cree que la llegada a la Luna fuera filmada en un estudio de cine. No cree que exista un complot femenino para negar el sexo a los hombres. No pone en duda la forma —esférica— de la Tierra. Se diría que es una persona corriente, si no fuera por un pequeño detalle: cree que los viajes en el tiempo son posibles. Hasta tal punto llega su fe que dice haberse pasado los dos últimos años entregado a la tarea constante de alcanzar el total blackout. ¿Lo ha conseguido? Todavía

no, claro: si no, se habría marchado. Pero en este tiempo ha llegado a algunas conclusiones. Por ejemplo, sabe o dice saber por qué John1419 no dejó escrita ninguna instrucción al respecto. Muy sencillo: no escribió nada porque no hay nada que explicar ni mucho menos que entender. La respuesta, sostiene, no hay que buscarla ni en los místicos barrocos ni en las Upanishads hindúes, sino en lo más parecido que tienen a un libro sagrado: los posts del propio John1419. A su juicio, la clave de todo está en el subestimado post 697: el dedicado a la importancia de la repetición. Pero lo cierto es que esta misma idea sobrevuela todos y cada uno de sus posts. ¿Nunca les ha sorprendido la insistencia con la que John1419 emplea cierta cita —no confesada— de Confucio: me lo contaron y lo olvidé, lo vi y lo entendí, lo hice y lo aprendí? ¿Y qué decir del post 1174, en el que advierte: sed como el cáncer, folks, repetid siempre lo idéntico? ¿Qué otro sentido podemos darle a la referencia —absolutamente gratuita— a *Karate Kid* y su dar cera, pulir cera? Por no mencionar la cita del Pseudo Dionisio: Quien nada sabe, está por encima de toda inteligencia. Tal vez esa es la clave: que no hay ninguna clave. Nada que entender. Si el total blackout consiste en olvidar, en dejar de pensar, dejar de saber, ¿cómo podemos esperar que un pensamiento nos lleve hasta allí? No. Ninguna sabiduría. Ningún razonamiento: solo la repetición. Solo las acciones. Igual que aprender a montar en bicicleta. Igual que LaRusso aprende kárate lavando y encerando coches, sin saber que está aprendiendo a pelear. Solo haciendo exactamente lo mismo que hicimos una vez podemos albergar la esperanza de recuperar nuestro estado de conciencia de entonces. Y eso es lo que Johannes Schneider lleva haciendo todo este tiempo. Repetir incansablemente el mismo día de su vida, las mismas acciones, a la espera de que sus pensamientos

de hoy y sus pensamientos de entonces se sincronicen. A la espera de regresar.

«¿Y haces progresos?», se burla TwilightZone.

«Sí.»

«¿Cómo se puede hacer progresos repitiendo lo mismo?», insiste Dromedarious1235. «¿La idea de repetir siempre lo mismo no es que nada cambie?»

«No.»

TwilightZone no se da por vencido:

«Y si tan claro tienes lo que hay que hacer, ¿por qué cojones sigues viniendo aquí? ¿Por qué sigues discutiendo con nosotros?»

Johannes tarda una eternidad en contestar. Al menos para sus estándares: casi treinta y cinco minutos.

«Porque estoy solo», responde. «Vosotros sois lo único que me queda.»

Por fin sucede lo que tanto ha esperado: Teresa viene de visita. Ha sido difícil cuadrar las fechas de las vacaciones, porque Patricia es así, una mujer difícil, pero al fin ha entendido que todos deben hacer un esfuerzo: que un padre debe ver a su hija. Así que Teresa estará en Benidorm toda la semana, recuperando el tiempo perdido —Daniel se queda pensando en esa expresión tan pronto como la usa: tiempo perdido—. No sabe lo feliz que está. Cuánto ha esperado este momento.

Pero Natalia sí lo sabe o dice saberlo: se nota que la echa de menos mucho, muchísimo. Que él, al contrario de la mayoría de los tíos que conoce, es un tío sensible. Eso es, de hecho, una de las primeras cosas que le gustó de él, aquella vez que se vieron a través

del parabrisas: la ternura con que miraba a la niña que lo acompañaba de copiloto.

—Creí que lo que te gustó de mí es que parecía un tío triste.

Natalia se encoge de hombros con simplicidad:

—¿Es que hay que elegir?

No. No siempre hay que elegir. Pero a veces sí. Elegir, por ejemplo, si se dice la verdad o se miente. Todas aquellas veces que Natalia le preguntaba cuándo pensaba ver a Teresa, cómo era posible que desde que estaban juntos no hubiera venido de visita, Daniel callaba. O bien se lanzaba a hablar muy deprisa, tratando de explicar lo inexplicable. Hablaba de excursiones de fin de curso y de cumpleaños y de campamentos de verano a los que Teresa no podía faltar. Hablaba de injustos acuerdos de divorcio que él, por evitar más conflictos con Patricia, había firmado a regañadientes. Hablaba de sutilezas judiciales que como exabogado conocía bien. Y sin embargo, nada bastaba. Natalia siempre se lo quedaba mirando en silencio con aquellos ojos sesgados suyos, con esa clarividencia oblicua que desnuda a las personas y sus intenciones. No insistía, pero había algo en su silencio, en su manera de estar callada, que seguía insistiendo por lo bajo.

De modo que Daniel ha llegado hasta aquí, a esa decisión que tarde o temprano debía tomar, decir la verdad o llevar la mentira más lejos. Aunque tal vez *mentira* sea una palabra exagerada. La visita de Teresa no es una mentira, sino más bien la expresión de un deseo, y es que con Natalia ha hablado siempre así, desde el lenguaje del deseo. Junto a ella las cosas no son como son, sino tal y como deberían ser, o por lo menos tal y como a Daniel le gustaría que fueran. Natalia, los ojos de Natalia tienen la virtud de corregir los errores que a veces comete la realidad. Todo en ella parece sueño o fragmento de sueño: a veces Daniel tiene la sensación de

que un día despertará y descubrirá que Natalia nunca ha existido y Teresa nunca ha muerto. Un trato justo, a pesar de lo mucho que le gusta ver a Natalia, besar a Natalia. Tenderse junto a Natalia en la cama, todavía desnudos, y pasarse una y otra vez el mismo Golden Virginia en silencio, como quien comparte un pensamiento.

Pero a veces hay que hablar, como ahora. Hay que escoger entre decir que Teresa no vendrá nunca, porque está muerta, o que Teresa vendrá mañana, porque las cosas entre Patricia y él se han arreglado.

—Me alegro mucho —dice, pues, Natalia—. Se te ve contento.

Y así es como está: contento. Porque las fantasías de Daniel siempre son un poco más reales cuando las pronuncia frente a Natalia. Y qué puede desear un padre más que su hija, que lleva tanto tiempo lejos, finalmente venga a visitarlo.

—Bueno, qué. ¿Vas a presentármela?

Daniel intenta contestar algo, pero Natalia se adelanta con una sonrisa.

—Algún día, ¿no?

—Sí, algún día.

El primer día, Teresa y su padre pasan la tarde en la playa de Mal Pas. Al menos eso es lo que Daniel le cuenta a Natalia, en un whatsapp raquítico que no invita a nuevas preguntas. Qué tal Teresa???, había preguntado ella dos o tres horas antes, en un mensaje que Daniel se demoró mucho en abrir. Qué habéis hecho hoy?? Y Daniel: Teresa y yo hemos pasado la tarde en la playa de Mal Pas. Es una frase extraña, con cierto aire de traducción en una clase de idiomas. Y es, de hecho, una traducción: del lenguaje del deseo al lenguaje de los hechos. Natalia tarda mucho en contestar.

Natalia está escribiendo un mensaje, dice la pantalla verde que contiene su nombre y su fotografía. Natalia está escribiendo un mensaje. Natalia está escribiendo un mensaje. Natalia está escribiendo un mensaje. Luego nada. Y luego otra vez Natalia está escribiendo un mensaje. Al fin, solo esto: Me alegro mucho. Eso es todo. Última hora de conexión a las 23.32. Hasta mañana, pues.

El segundo día van de compras y luego al cine —*Inside Out 2*, aclara Daniel, tras consultar la cartelera—. Es buena?, pregunta Natalia. Así así, responde él. Entonces no iré a verla, contesta ella, precedido por un emoticono que no compromete a nada: una carita amarilla que sonríe. No, te la puedes ahorrar. Genial. Última hora de conexión: las 00.02.

El tercer día lo pasan tomando el sol en la terraza y jugando al Scrabble —porque Daniel es buenísimo en el Scrabble; muchísimo mejor que Jaime—. Pero esta vez nadie se lo pregunta. No, desde luego, Natalia. Natalia está escribiendo un mensaje —a las 18.15—. Natalia está escribiendo un mensaje —a las 20.02—. Natalia escribiendo un mensaje a las 22.19 y a las 23.14 y a las 00.07 y el tiempo que se detiene ahí, exactamente a las 00.07 —última hora de conexión—. ¿Cómo sabe Daniel que Natalia está escribiendo un mensaje, escribiendo un mensaje, escribiendo un mensaje? Porque él mismo ha pasado las horas muertas tirado en el sofá con un bañador y una camiseta desteñida de la Caja de Ahorros del Mediterráneo, mirando la misma pantalla de WhatsApp. Algo parecido a la curiosidad. Algo parecido, también, al miedo. El miedo de que Natalia diga: bueno, qué, ¿entonces me la vas a presentar o no? Pero Natalia no dice nada ni lo dirá ya a lo largo de toda la semana. Natalia ni siquiera está escribiendo un mensaje: no, al menos, hasta donde Daniel puede saber. Mejor así, claro. Y sin embargo. Sin embargo, Daniel no puede desechar del todo ese

pensamiento absurdo, ese pensamiento que ni siquiera puede confesarse a sí mismo: que ojalá Natalia insistiera. Que ojalá Teresa insistiera también. Yo quiero conocer a tu novia, papá. No es mi novia, contestaría él, es solo una amiga. Lo que sea. Y lo que sea sucedería, quizás, en su apartamento. Esta es Teresa, diría Daniel. Esta es Natalia. Tanto gusto, respondería Teresa, que se pone un poco rígida cada vez que conoce a una novia —a una amiga— de su padre. Así es como estarían al principio, rígidos los tres, pero luego comerían pizza, y Teresa los regañaría por fumar tanto, y ellos reirían, y verían una película malísima, y ya por la noche, cuando Natalia se hubiera marchado —porque esa noche mejor no, esa noche cada uno en su casa y Dios en la de todos—, Teresa le diría a su padre con cautela: Me gusta tu novia, papá. Ya te he dicho que es solo una amiga. Bueno, diría Teresa. Pues me gusta tu amiga, papá.

Daniel en la playa de Mal Pas pero en su casa. Daniel de compras y viendo *Inside Out 2* sin levantarse del sofá. Daniel jugando un Scrabble sin letras y sin contrincante, un juego que consiste en fumar en la oscuridad con los ojos muy abiertos y a la luz del día como quien sueña. Esperando dentro del congelador, todavía la tarta Comtessa. Esperando dentro de ese cubículo demasiado refrigerado que es su apartamento, todavía Daniel. La mesa atestada de cartones de arroz tres delicias y botellines de cerveza Sapporo; de colillas y envoltorios grasientos de chicken pakora. Un sándwich club mordisqueado. Una bandeja de plástico vacía que una vez contuvo cuarenta y dos maki pepino de oferta. Un platillo en el que ha ido acumulando cada perla de wasabi que acompaña los pedidos de Home Sushi Benidorm. No le gusta el wasabi, pero cada tanto piensa

¿y si me lo como todo, de golpe? No lo hace. Tampoco se levanta a orinar si puede evitarlo. Y desde luego no va a salir de casa. No puede arriesgarse a que Natalia lo encuentre y le pregunte dónde ha dejado a Teresa.

Natalia, la única persona que todavía puede hacerle esa pregunta.

A veces camina, eso sí puede hacerlo, hasta la terraza. Benidorm, con los rectángulos rojos de sus canchas de tenis y los riñones azules de sus piscinas; con sus cien músicas sonando al mismo tiempo, como los latidos de un animal múltiple y enloquecido. Tan semejante, vista desde lo alto, a una de las ciudades que ve nacer y morir en *They Are Billions*. Zombis con chanclas y bermudas. Zombis que gritan. Zombis ancianos y zombis niños y zombis que atraviesan la crisis de la mediana edad. Zombis británicos: una categoría que guarda sus propios secretos y sus propios horrores. A veces, cuando juega a *They Are Billions*, cierra los ojos un momento y no ve un juego sino una imagen aérea de Benidorm: Benidorm a punto de ser devorada por aquellos que dicen amar Benidorm. Pero cuando apaga el ordenador y se dirige renqueando hasta la terraza, cuando arrastra una silla de plástico frente a la barandilla, lo que ve al mirar abajo es la pantalla de su ordenador, otra vez encendida. Pero mejor eso, cerrar los ojos y ver tan solo un juego —aunque sea ese juego terrible, en el que acaba perdiendo siempre— que ver una y otra vez a Teresa. A veces cree que si pasa tantas horas frente al ordenador es para no verla, no recordarla. Está luchando contra eso y no contra los zombis. Teresa viva y también Teresa muerta. O peor aún, Teresa muerta y luego, sin transición, Teresa otra vez viva, como si eso fuera posible. Teresa ahogándose y luego Teresa y él en la playa de Mal Pas y Teresa y él de compras y viendo *Inside Out 2* y ganando y perdiendo al Scrabble.

Tenemos demasiadas cosas en la cabeza, folks. Por eso cuando cerramos los ojos vemos MIERDAS. Vemos chispitas de luz. Vemos lo que acabamos de hacer o lo que queremos hacer o la jeta de alguien a quien amamos o a quien odiamos o incluso la jeta de alguien que nos importa tres cojones. Por eso no podemos regresar: porque estamos llenos de imágenes y ruidos que vienen de otros tiempos. Por eso algunas noches intentamos dormir y no podemos y por eso cuando dormimos SOÑAMOS. ¿Podéis imaginaros el descanso que sería dormir y no soñar NADA? No sabemos ver la nada. Aprendamos a ver la puta nada, folks.

Cuando no está jugando a *They Are Billions* o contemplando Benidorm desde la terraza, Daniel está leyendo a John1419. Leyendo, también, a Johannes Schneider. Escribiéndole incluso. Porque de un tiempo a esta parte, Schneider y él intercambian mensajes. Hasta ahora, Daniel nunca había sentido deseos de participar en ninguno de los hilos de #diversintime. Como en la tierra, como en el agua, en internet le bastaba con detenerse a contemplar. Ver la vida discurrir ante sus ojos, y no hacer nada. Pero un día se encontró contestando uno de los posts de Schneider. *Tell me more about it*, decía su primer mensaje: cuéntame más sobre eso. Una muletilla a la que a menudo recurrían los recién llegados a #diversintime, ansiosos de respuestas, y que casi siempre quedaba sin respuesta. Pero Schneider contestó. Le envió un mensaje privado: Qué quieres saber. Daniel dudó antes de teclear una respuesta. Quiero saber más sobre la repetición. Sobre la forma de alcanzar el total blackout. Al otro lado de la pantalla, desde un lugar que resultaría ser Ingolstadt, Alemania, Schneider guardó un significativo silencio. No intentas reírte de mí, ¿verdad?, preguntó al fin. Daniel reflexionó. ¿Eso es lo que estaba haciendo? ¿Riéndose de uno de los imbéciles de #diversintime? Descubrió, casi con sorpresa,

que no. Realmente quería saber. Realmente estaba dispuesto a escuchar. Tecleó eso: No. Quiero saber. Estoy dispuesto a escuchar. Esta vez, Schneider contestó de inmediato. Entonces te contaré lo que sé, amigo.

¿Eso es lo que son ahora Schneider y él? ¿Amigos? A veces le parece que sí. Mucho más amigos de lo que fueron Mario y él en el instituto, unidos solo por la casualidad de unas vacaciones comunes. ¿Qué es lo que une a Schneider y a Daniel? A juzgar por la rapidez con que intercambian mensajes, podría empezar por decirse que ambos tienen insomnio y también muchísimo tiempo libre. Los dos rondan los cuarenta años, tienen estudios universitarios y una casa en propiedad, si realmente puede confiarse en que alguien dice la verdad y nada más que la verdad en un foro de Reddit —Johannes Schneider, treinta y ocho años, fisioterapeuta titulado, una casa heredada de sus padres—. Ambos son, naturalmente, hombres. ¿Por qué casi no hay mujeres en #diversintime?, pregunta Daniel en uno de sus primeros mensajes, y Schneider responde: No me parece extraño en absoluto. Tampoco hay casi mujeres en la federación internacional de ajedrez. Daniel arruga el ceño. ¿Qué tiene que ver el ajedrez con #diversintime? Tiene todo que ver, Daniel.

Por aquel entonces, Johannes Schneider ya sabe que Escéptico77 se llama Daniel y Daniel sabe que JohannesSchneider se llama Johannes Schneider.

Lo que no sabe Daniel es de qué está huyendo Johannes. Porque una cosa es segura: los dos están huyendo de algo. Los dos buscan cambiar algo. ¿A cuándo quieres regresar tú, amigo?, pregunta Schneider. Daniel hace cuentas con los dedos. Unos cinco meses atrás. ¿Solo cinco meses?, pregunta Schneider. ¡Entonces lo tienes muy fácil! Lo mío está más complicado. Tengo que regresar a 1997. ¿A 1997? Ajá, responde. Pero entonces tenías... ¿once años? Ajá.

Quieres volver a ser niño. Ajá. Y crees que vas a conseguirlo, continúa Daniel, que no se resigna a estar entendiendo bien. Por primera vez, Schneider recurre a las mayúsculas. POR SUPUESTO QUE VOY A CONSEGUIRLO. Y luego, más calmado, añade: Y tú también, si perseveras.

Perseverar consiste en repetir. Todos los días, Johannes se levanta a las 08.45. Todos los días desayuna lo mismo: una tostada con mantequilla y un vaso de leche con Nesquik. Después ve el mismo episodio grabado de *Oliver y Benji*, que en Alemania al parecer se llamaba *Die tollen Fußballstars*, y muchos niños lloraron el día que la selección alemana, que en la serie eran los malos malísimos, perdían la final. Pero no es este el episodio que Johannes Schneider ve —ese tiene que olvidarlo, porque no ha sido emitido todavía—, sino aquel otro en que los hermanos Derrick hacen por primera vez la catapulta infernal —*Katapultschuss*— y parece que van a ganar pero no ganan. Nunca va al colegio, porque es sábado. Es sábado todos los días. Regresa a la cama y saca de debajo del colchón la revista que le ha prestado su primo Karl, que tiene doce años y sabe muchísimo más que él. Sabe, por ejemplo, cómo se llama eso que las mujeres tienen entre las piernas. Y cada día, Schneider ve por primera vez imágenes de eso que las mujeres tienen entre las piernas. No sabe decir si le gusta o no le gusta: todos los días la misma pregunta. Y entonces, justo entonces, su madre tiene que llamar a la puerta. Al menos debería ser así. Cariño. ¿Seguro que no quieres venir? No, debería contestar él, pudorosamente cubierto por el edredón. Pero esta vez dirá otra cosa. Dirá: Sí. Quiero ir. O esto: No vayáis tampoco vosotros a ver a los abuelos. Quedémonos en casa los tres. Incluso esto: ¿Sabes qué, mamá? Estaba a punto de hacerme una paja. ¿Por qué no te sientas un momento y hablamos sobre sexo?

Después de todo, piensa Daniel, Schneider también está loco. Pero hay algo en su locura que resulta conmovedor.

«¿Alguna vez tu madre ha llegado a llamar a la puerta?», pregunta.

«No. Todavía no. Pero estoy cerca. Un par de veces he escuchado sus tacones en el pasillo.»

Y luego, tras una pausa, añade:

«Es difícil. Realmente difícil olvidar lo que ha sucedido estos veintisiete años. Recordar cómo se veía el mundo cuando no llegaba al metro cincuenta de estatura. Pero creo que lo peor de todo es que ya no me gusta el Nesquik.»

Otro día, es Schneider quien le pregunta:

«¿Y tú, amigo? ¿Te has atrevido ya a intentarlo?»

«No exactamente.»

«Tienes miedo.»

Por supuesto que no es miedo, piensa Daniel. O no el miedo en el que Schneider está pensando. No tiene miedo al éxito ni tampoco al fracaso, sino como mucho miedo de estar loco. Miedo de estar tan chiflado como ellos.

«Supongo que sí.»

«Acabarás atreviéndote. Ya lo verás». Y a renglón seguido pregunta: «¿Tienes novia?».

«No», escribe Daniel, sorprendido por el giro de la conversación.

Y luego rectifica:

«Sí.»

Y por último:

«No lo sé. ¿Y tú?»

«Hahahahaha», escribe Schneider. «Claro que no. ¿No te das cuenta de que durante muchas horas al día tengo once años?»

«Claro», responde Daniel, como si algo estuviera en efecto claro.

«Oye, y si tienes novia, ¿qué haces que no estás con ella?»

«Nos hemos tomado una semana de descanso. Pero mañana acaba la semana. Mañana la llamaré otra vez.»

«¿La echas de menos?»

«Creo que sí.»

Schneider tarda mucho en contestar, como si hubiera ido al baño —algo que no parece ocurrir nunca o casi nunca— o como si estuviera dudando qué va a decir a continuación:

«¿Cuándo la conociste? ¿Antes o después?»

Está a punto de preguntar antes de qué, después de qué, pero de pronto comprende qué es lo que Schneider está preguntando.

«Después.»

«Cuánto lo siento, tío.»

«¿Lo sientes? ¿Por qué lo sientes?»

«¿No está claro? Porque cuando al fin te atrevas a seguir mis pasos, vas a tener que olvidarla.»

Las dos y media de la madrugada. Ha salido a la calle porque no le quedaba tabaco y en Benidorm es posible encontrar cualquier cosa a cualquier hora. Atraviesa el solar que hay junto a su casa, ese lugar con aire de parque infantil pero que en realidad es un parque geriátrico. Área de actividad para la tercera edad, anuncian pomposamente los carteles. A esas horas, los giroscopios y los bancos de estiramiento y las bicicletas fijas y todos esos timones y pedales y balancines indescifrables están colonizados por pandillas de adolescentes que fuman porros y beben litronas y ríen. El ciclo de la vida: jubilados por el día, niños jugando al atardecer mientras sus padres cenan en las terrazas, adolescentes que esperan la madrugada y con ella su turno. Un hombre de cuarenta y tres años

no debería estar ahí, a esta hora ni a ninguna, y Daniel aprieta el paso.

—*Hey, man.*

Quien habla es un chaval francamente borracho y francamente guiri, con la camisa desabrochada y el torso enrojecido. Está sentado solo en la barandilla del parque, la cabeza demasiado pesada para mantenerse en equilibrio y la mano estirada hacia Daniel.

—*Hey man. D'you have...?*

No termina la frase. Se queda ahí, mirando a Daniel, con los ojos guiñados por el resplandor de las farolas.

—*D'you have* —repite, esta vez sin rastro de la interrogación.

Solo entonces se fija Daniel en el cigarrillo apagado que le cuelga de la boca.

—*A lighter?* —sugiere.

Sus ojos se iluminan.

—*You're awesome, man.*

Entre las muchas fraternidades posibles, ninguna es capaz de unir tanto a dos desconocidos como la necesidad de fumar. A nadie se le niega cigarrillo, filtros, uno o dos papeles. Un mechero. Daniel le tiende el suyo, pero está demasiado borracho para encenderlo. Cabecea varias veces, sin acertar a unir la llama y la punta de su cigarrillo.

—*Wait a minute* —dice Daniel.

Al final tiene que ser él quien lo enciende. Él quien recupera el encendedor y aprieta el chispero e incluso sujeta el cigarrillo, que se balancea de un lado a otro.

—*You're awesome, man. You're fucking awesome* —murmura, complacido por el humo.

Y mientras Daniel se aleja continua ahí sentado, señalándolo todavía con su mano temblorosa.

—Never change, man! D'you hear me? Never fucking change.

Conviene repetirlo: todas las parejas que duran lo suficiente acaban compartiendo tarde o temprano sus cicatrices. Pero también comparten otra cosa. Un silencio, o varios silencios. Porque frente a la infinidad de temas de los que una pareja puede hablar, hay un escaso número de palabras que no deben ser pronunciadas ni tan siquiera pensadas. Secretos que hay que mantener para que la pareja siga siendo pareja. A veces secretos compartidos, a veces secretos a voces, pero al fin y al cabo secretos. Una misma herida que supura y que ambos saben muy bien localizar, pero que escogen no mirar. Hacerlo equivaldría a tambalear los cimientos de la relación. Peor aún: hacerlo equivaldría a pedirle a un cirujano que oficie su propia autopsia. Una pareja puede entender muchas cosas, pero desde luego no puede entenderse a sí misma. No, al menos, sin ciertos riesgos.

En lo que a Daniel y a Natalia se refiere, tres han sido hasta ahora los silencios; los riesgos.

Primer silencio: Por qué Daniel, que quiere tanto a Teresa, la ve tan poco.

Segundo silencio: Por qué a estas alturas Natalia todavía no ha conocido a Mario, que es o se supone que es el mejor amigo de Daniel.

Tercer silencio: Qué pasará entre ellos cuando llegue el 31 de octubre y Daniel regrese a Madrid.

Pero desde hace unos días, ha nacido entre ellos un nuevo silencio:

Cuarto silencio: Por qué Daniel no ha querido que Natalia y Teresa se conozcan.

Por supuesto, Natalia no se lo pregunta. Solo así el silencio puede seguir siendo silencio. Prefiere fingir que no le importa. Fingir, incluso, que no existe silencio alguno. Eso es lo que está haciendo ahora, sentada en una terraza del paseo marítimo mientras da vueltas distraídas a su Coca-Cola: llenar la tarde de palabras y más palabras.

—Entonces, ¿lo habéis pasado bien? ¿Qué es lo que habéis hecho? No me cuentas nada.

—Muchas cosas —contesta Daniel, esforzándose por sonreír.

Tarda en contar la visita de Teresa un cigarrillo entero, desde las primeras virutas espolvoreadas en el papel hasta que el filtro ennegrecido queda aplastado en el cenicero. Porque han hecho muchas cosas. Han comido palomitas y boles de poke y pizza a deshora —no podemos alimentarnos solo de pizza, ha dicho, como siempre suele, Teresa; pero sin dejar en ningún momento de masticar su porción de cuatro quesos—. Se han bañado en la playa, tres veces. Han visto películas malísimas en Netflix, y una noche tardaron tanto en escoger que Teresa se quedó dormida antes de que comenzaran los títulos de crédito —Daniel se ha preguntado, en el momento de llevarla en brazos a la cama, hasta cuánto durará esto; a qué edad dejará de cargar el cuerpo de su hija—. Han paseado por el barrio británico, horas antes de que las strippers suban a sus pedestales. Teresa ha querido probar un sorbo de la cerveza de Daniel, y Daniel ha acabado cediendo, después de arrancarle un juramento de que nunca, jamás se lo dirá a su madre —de todas formas a Teresa no le gusta la cerveza; los niños tienen buen gusto todavía, somos nosotros los que estamos confundidos con el sabor de la cerveza y con tantas cosas—. Y también, añade Daniel tras una pausa tal vez demasiado larga, han vuelto a la Cala de los Amarillos.

Daniel no está mintiendo, o no exactamente mintiendo. Durante la semana ha pensado tanto en esa cala, en ese viaje, que no parece un recuerdo menos real que cualquier otro.

—Así que la Cala de los Amarillos. A bucear, supongo.

—Sí. A Teresa le gusta bucear.

—Tiene un buen profesor.

No dice nada más. Acaba de encender su propio cigarrillo, más o menos al mismo tiempo que Daniel ha acabado el suyo, y tras la espiral de humo su rostro parece remoto e inalcanzable, como son inalcanzables todas las mujeres en las películas francesas. De un tiempo a esta parte, Daniel viene observando que cuando las cosas van bien entre ellos se las arreglan para fumar al mismo tiempo: se diría que ambos están fumando el mismo cigarrillo, aunque sean dos. Pero bastan una ambigüedad, una pequeña extrañeza, para que vuelvan a fumar a destiempo. Daniel aspirando el humo que Natalia se ha tragado ya. Natalia liando el cigarrillo que Daniel acaba de fumarse.

—Oye —dice Daniel, y no añade nada más.

—Qué.

—Siento no haberte llamado, al final. No tuvimos tanto tiempo.

—No pasa nada. De todas formas yo también estuve muy ocupada.

—Y supongo que también se me hizo un poco raro.

—Tranquilo. La próxima vez.

—Quería que os conocierais pero también me daba un poco de miedo.

—No pasa nada, Daniel. De verdad. ¿Vas a comértela?

Daniel parpadea, confundido.

—¿Cómo?

—La croqueta. ¿Vas a comértela?

Una regla sobre los silencios podría ser esta: no terminan porque uno de los dos quiera. Hacen falta dos voluntades, y a veces ni siquiera eso basta.

—No. ¿La quieres?

—Sí, venga.

Natalia ha dejado el cigarrillo en equilibrio en el cenicero y mastica ostensiblemente, aferrada al tenedor como una especie de tabla de salvación. Mientras quede un poquito de croqueta en su boca, no tendrá que decir nada.

—Mucho hablas tú de la cala esa —murmura al fin—. ¿Me llevarás algún día a bucear a mí también o qué?

He ahí otra regla sobre los silencios: también pueden venir disfrazados de palabras. A veces un silencio es una guerra fría, donde todo parece en paz, solo porque la verdadera batalla se libra en otra parte, en escenarios que parecen secundarios pero que lo son todo. Un ejemplo de escenario: preguntas aparentemente inocentes como esta. Cuándo me llevarás a bucear a mí también.

—Algún día, ¿no? —continúa Natalia, con una sonrisa desleída.

—Si quieres te llevo el sábado.

Natalia levanta las cejas.

—¿En serio?

—Sí. Si te apetece.

Natalia se queda mirando mucho tiempo las púas de su tenedor.

—Sí. Me apetece.

—Joder, qué sorpresa.

Ese joder no lo sueltan ni Daniel ni Natalia. Quien habla es una tercera persona; la voz de un hombre con la cabeza rapada que pasa por la avenida y se detiene junto a su mesa. Una voz que Daniel conoce muy bien.

—Hombre, Mario.

—Eso digo yo. Hombre, Daniel. Que no llamas, joder. —Luego se vuelve a Natalia—. Tú debes de ser Natalia. Ya tenía ganas de conocerte yo a ti.

Los ojos de Mario abarcan el cuerpo de Natalia en un barrido rápido. Inevitable preguntarse qué estará pensando. Probablemente algo así: muy flaquita, un poco aniñada y demasiado plana para mi gusto, pero mona. Para ti bien, Daniel. Muy de tu estilo.

Natalia mira a Mario, luego a Daniel y después a Mario de nuevo. Sonríe.

—Yo sí que tenía ganas, Mario. Me han hablado mucho de ti.

Mario asiente enérgicamente.

—Más le vale a este. Soy su mejor amigo. Los mejores amigos desde que estábamos en el instituto.

En circunstancias normales, Daniel habría pensado lo que siempre piensa en estos casos. Hombre, en el instituto amigos, lo que se dice amigos, no éramos, Mario. Solo dos compañeros que por puta casualidad resultó que veraneaban en la misma ciudad. Pero esta vez Daniel tiene otras cosas en que pensar. Cosas más importantes por las que preocuparse. Por ejemplo, que Natalia pronuncie el nombre de Teresa. Daniel se pone en pie de un salto.

—Bueno, que te hemos pillado yendo al Calipo, ¿no? Seguro que vas tarde, como siempre.

Mario echa un vistazo al móvil.

—Un poco tarde sí que voy, sí. Qué, ¿os venís ahora a tomar una o qué? Así me hacéis un poco de compañía. Y nos conocemos esta y yo, que si tenemos que esperar a que nos llames tú estamos arreglados.

Natalia está a punto de decir algo, pero Daniel se adelanta.

—No, tío. Hoy nos viene fatal. Pero te prometo que un día vamos.

—Más te vale, tío. Más te vale. —Luego vuelve la vista a Natalia—. Tú y yo a hacer presión, ¿eh? Con este hay que hacer presión. Que dice que va a llamar y no llama.

Natalia no mira a Mario: mira solamente a Daniel. Sonríe con intención, justo antes de dar una última calada a su cigarrillo.

—Así es Daniel. Hay que quererlo así.

Esa frase en impersonal es lo más cerca que Natalia ha estado de decir que quiere a Daniel. He ahí, tal vez, un último silencio.

Quinto silencio: Se quieren o no se quieren.

Su primer viaje, o algo parecido a su primer viaje. Lo sabe Daniel y, sentada en el asiento de copiloto, lo sabe también Natalia, que guarda un silencio solemne mientras la puerta del garaje se va elevando poco a poco. La misma espera. El mismo Seat Ibiza rojo que arranca, pero ahora sin una cagada de gaviota en el parabrisas. Daniel con bañador y chanclas, pero otro bañador y otras chanclas. El mismo silencio, solo que no es Teresa quien calla. Afuera podría decirse que luce el mismo sol que entonces, pero tan distinto el calor, tan distinta la ciudad, la gente en bañador y en bermudas que aparece y desaparece al otro lado de la ventanilla. La ventanilla, que entonces estaba subida y ahora está bajada, porque adentro hay dos cigarrillos encendidos.

—Joder, qué asco damos —murmura Natalia, a quien siempre le fascina y le repugna el humo de sus propios cigarrillos—. ¿Cuántos nos hemos fumado hoy?

Daniel, concentrado en la carretera, se limita a torcer la cabeza. A estas horas de la mañana sería una indiscreción, casi una falta de tacto, responderle que cinco. No cinco en total: cinco cada uno. Pero Daniel no dice nada, porque para qué, y porque de pronto se ha

quedado mirando un punto concreto de la carretera. Un paso de cebra vacío. El coche se detiene frente a ese vacío, como si esperara el cruce de un peatón fantasma. Un estremecimiento.

Natalia se vuelve para mirarlo.

—Fue aquí, ¿no?

—Sí —contesta Daniel, sin ninguna expresión en el rostro.

Natalia mira a derecha y a izquierda y luego otra vez a Daniel, que continúa aferrado al volante y esperando quién sabe qué.

—No hay nadie, ¿eh?

—Ya.

No hay nadie, pero no arranca todavía. No hasta que suena un claxon a su espalda y ya no queda más remedio que seguir hacia delante, siempre hacia delante.

Pueblecitos blancos discurriendo al otro lado del cristal. Un camino de terracería que desemboca en un poste eléctrico derribado —es aquí; ¿aquí?; bueno, no exactamente aquí, todavía hay que caminar un poco—. Polvo amarillo, rocas grises, gafas de sol oscuras protegiendo los ojos castaños de Natalia —¿falta mucho?; ya no queda nada—. Ahí, centelleando a lo lejos, la cinta azul del mar. Una lengua de arena. La Cala de los Amarillos. Y de pronto, al ver aquel trocito de mar, ese montón de piedras cercadas de espuma, Daniel toma conciencia de algo que lleva haciendo toda la vida pero que solo ahora ha cobrado importancia: está respirando. Tiene algo llamado pecho, que sube y baja, sube y baja; un pecho que cada vez necesita bocanadas más profundas para llenarse de aire. No hay aire suficiente en el mundo para llenarlo. Así que hay que respirar más rápido, más rápido. Todo está bien, se repite. No hay nada de que preocuparse. Esta es, de hecho, la primera vez que pisa esta

arena. Un lugar en el que nunca ha estado, pero que le han recomendado muchas veces: eso es, eso debe ser la Cala de los Amarillos, decide.

—Hay algo que no te he dicho.

Esta frase debería estar diciéndola Daniel: Natalia, hay algo que no te he dicho. Algo que sucedió aquí y en cierto modo está pasando todavía, todos los días. Algo que explica por qué mi hija apenas viene de visita, por qué no quiero que conozcas a Mario, por qué no te he presentado ni te presentaré jamás a Teresa. Todos los silencios de su relación, salvados en una sola frase. Eso es lo que debería ocurrir. Pero quien está hablando no es Daniel, sino Natalia.

—¿Daniel? Decía que hay algo que no te he dicho —repite.

Han comenzado a desvestirse —Natalia, que está dejando de ser la chica de la camiseta blanca para transformarse en la chica del bikini azul marino—, pero en algún momento se ha quedado como paralizada en el proceso, mirando el mar.

—¿El qué?

Natalia tarda mucho en hablar. El tiempo suficiente para que Daniel entienda que es preciso dedicarle toda su atención.

—Que me da miedo el agua.

Daniel se la queda mirando fijamente, como si hubiera algo que tuviera que ser descifrado.

—Te da miedo el agua —repite, sin ninguna emoción en la voz.

—Sí.

Y luego, como la mirada de Daniel no cesa, añade:

—Soy de Valladolid, ¿recuerdas? Chica de secano.

Daniel suelta una risa breve. ¿Es posible reír en la Cala de los Amarillos? Es posible, descubre.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Eres instructor de buceo. ¿Cómo le dices a un instructor de buceo que no te gusta el agua?

—¿No te gusta o te da miedo?

—¿Hay alguna diferencia?

Sí, piensa Daniel. Muchísima diferencia. Tú me gustas y me das miedo, podría decirle. Pero prefiere admitir:

—Supongo que no. ¿Entonces no quieres aprender a hacer snorkel?

—Sí —suspira—. Hemos venido a eso, ¿no? A que me quites el miedo. Me da miedo el agua, pero solo un poco.

—Solo un poco —repite Daniel, como entontecido.

—Sí. Y además estoy en buenas manos, ¿no?

—Las mejores manos —murmura Daniel, procurando sonreír. Pero esa sonrisa no dura demasiado—. Oye, pero sabes nadar, ¿no?

La palma de Natalia se sacude en el aire:

—Así así. Como un perrito nado.

—Los perros nadan bastante bien. Nadan a lo perro, pero nadan bien.

—Entonces como un perro no. ¿Como un gato?

—Oye, Natalia. No tenemos por qué meternos si no quieres. De verdad.

La chica del bikini azul marino camina hasta la orilla lentamente —tan despacio como solo caminan las personas en nuestros recuerdos o en nuestros sueños, recuerda—. Extiende el pie y se las arregla para tocar el agua solo con el dedo pulgar, como quien comprueba la temperatura de su bañera. Sonríe, pero es una sonrisa tensa.

—Sí que me da un poco de miedo. Pero joder, te he hecho venir hasta aquí.

—No importa. A mí no me importa nada, de verdad.

—Debe de parecerte una tontería, ¿no? Eso de que me dé miedo el mar. A ti, que llevas toda la vida buceando.

—Claro que no es una tontería. Además yo tampoco podría operar a corazón abierto.

—Ni yo, Daniel. Ya te he dicho que soy cardióloga, no cirujana.

—Bueno, ya me entiendes.

Natalia se sienta en una de las rocas y se abraza las rodillas desnudas. Daniel se sienta a su lado, en esa misma piedra. Esa piedra en particular, piensa. Esa piedra, recuerda.

—Creí que se me pasaría. Que si venía contigo, tendría menos miedo. Pero no, claro. Uno tiene miedo a lo que tiene miedo.

—Sí —reconoce Daniel, y no añade nada más.

Pero está aliviado. ¿Cómo explicarle a Natalia que también él, instructor de buceo, ha tenido miedo?

—Ya que estamos hablando de esto —continúa Natalia—, hay algo más que no te he dicho.

—¿Qué?

—También me dan miedo los niños. O no me dan miedo —se corrige—. No me gustan. O a lo mejor es que no les gusto yo. Pero la cosa es que no me llevo bien con los niños.

—Creía que te gustaban un montón.

—Bueno, lo creías porque es lo que te lo dije. Pero no me gustan nada. O sea, no así en general. No como especie, ¿entiendes? La gente te pregunta: ¿te gustan los niños? Pero no te pregunta: ¿te gustan las personas? A mí las personas, en tanto que personas, pues no me gustan. Depende de la persona, ¿no? Con los niños me pasa igual. Hay niños que sí, claro, pero no porque sean niños. Me gustan si me gustan la persona que son. No sé si me explico.

—Te explicas.

¿Qué siente Daniel en este momento? Que él no sabría decir si le gustan los niños o no, pero que sin duda le caía bien Teresa. Y que a Natalia también le habría caído bien. Está seguro de eso.

—Pero creo que me caería bien Teresa —está diciendo en este momento Natalia, como si leyera el guion de sus pensamientos—. Siempre lo he creído, no sé por qué.

—Yo también lo creo.

—Algún día, ¿no?

—Sí, algún día.

Deja caer la cabeza sobre el hombro de Daniel.

—Qué fácil es hablar contigo —murmura.

Daniel sonríe:

—Eso, mira, no me lo habían dicho nunca.

Repetid, repetid, repetid. Una y otra vez, una y otra vez, UNA Y OTRA VEZ. No se cansan las agujas del reloj de girar: no os canséis vosotros de repetir lo mismo, lo mismo, lo mismo. Repetid hasta que lo que hagáis pierda su sentido. Y luego, continuad. Sed como esos monjes antiguos, que se pasaban la vida regando un tronco seco, por si reverdecía (SPOILER: Nunca reverdecía. Era, como digo, un tronco seco). Si queréis regresar a esa noche y a ese bar donde la conocisteis a ELLA, simplemente hacedlo. Si queréis volver a estar delgados, como en esa foto de graduación, entonces ESTAD delgados. Tened pensamientos de delgado, recuerdos de delgado, sueños de delgado. Si queréis recuperar ese trabajo, poneos otra vez vuestro puto traje y volved a la oficina una y otra vez, una y otra vez. Las primeras veces, vuestros compañeros de trabajo os verán llegar y creerán que estáis locos, porque todos recuerdan que os despidieron el mes pasado. ¿Locos? Tal vez un poco. Dejad que lo crean.

Repetidlo el número de veces suficiente y llegará el momento, os lo garantizo. El momento en que os reciban como si nada. Y vuestras cosas volverán a estar en el mismo despacho y tendréis la oportunidad de volver a hacer ese trabajo en el que fracasasteis. Muy bien: hacedlo. Ya estáis en el pasado. Regresad una y otra vez a los momentos que os hicieron felices, repetid los mismos gestos, los mismos pensamientos, hasta que sea cierto: hasta que alcancéis vuestro jodido total blackout. Restaurad una versión antigua del sistema. Pero cuidado con las equivocaciones. Tenéis que pensar lo mismo, exactamente lo mismo que pensabais entonces. Ni un gramo del futuro en vuestras jodidas cabezas, ¿entendéis? Lo mismo, exactamente lo mismo. ¿Y cómo recordar cada uno de los pensamientos que tuvisteis hace no sé cuánto tiempo? ¡Ay, folks! Ahí está el quid de la cuestión. Eso es lo difícil (difícil, pero no imposible: todo cuanto estuvo en vuestra cabeza alguna vez puede volver a ella, ¿no?). Repetidlo infinitas veces, poneos una y otra vez en la misma situación, y sencillamente ocurrirá. Algún día me lo agradeceréis (en realidad no me lo agradeceréis nunca, esa es la paradoja: solo conseguiréis viajar en el tiempo si olvidáis todo cuanto os he dicho, incluida esta promesa). Así que: olvidad. Olvidad esta promesa y todo lo demás. Y sobre todo repetid, repetid, repetid. Intentadlo otra vez. Fracasad de nuevo. Fracasad mejor (Eso lo dijo Samuel Beckett en *Rumbo a peor*). Yo solo puedo enseñaros la puerta, pero vosotros tendréis que cruzarla (Eso lo dijo Morfeo en *Matrix*). Nos veremos en el pasado, folks (eso lo digo yo).

Respirar el mismo aire puede acercar a dos personas, pero contener la respiración en el mismo mar los une para siempre. Eso es, al menos, lo que siempre ha creído Daniel. Pero Natalia y él no

comparten el mar, solo el aire; en concreto el aire recalentado del coche, ahora que están de regreso. O más bien es Daniel el que regresa. Natalia se ha quedado dormida en el asiento de copiloto, mucho antes de llegar a la autopista. Quién sabe dónde está ahora. A dónde se fugan sus pensamientos cada vez que cierra los ojos. Tampoco Daniel está ahí, por más que cambie marchas y ponga intermitentes. Sus pensamientos en otra parte: todavía en la Cala de los Amarillos. Y cuando aún seguía en la Cala de los Amarillos, estaba ahí pero también en otro tiempo, con Natalia y con Teresa, recordando gestos, sensaciones, fragmentos de conversación que había olvidado. Porque ellos estuvieron ahí, precisamente ahí. Se sentaron en esa misma piedra. Miraron un mar que parecía distinto y era el mismo. Comieron unos bocadillos que parecían los mismos pero por dentro tan distintos. Antes de mortadela y ahora de tortilla de patata —oye, ¿a ti te gusta la mortadela?; ¿la mortadela?, no demasiado, me parece que me gustaba de niña, ¿por qué lo preguntas?; curiosidad, no sé—. Contemplando los gestos de Natalia —por ejemplo, el modo en que a veces se queda mirando la punta de su cigarrillo con el ceño fruncido, como si doliera— es inevitable pensar en los infinitos gestos que Natalia nunca hará. Teresa hurgándose la herida en la rodilla. Teresa apartándose un mechón de la frente usando solo dos dedos. Teresa mirando a su padre con la barbilla apuntando al cielo y Teresa riendo y Teresa resoplando —no me digas que vas a echarte una siesta *ahora*— y Teresa lanzando una piedrecita al mar, porque se aburre o quiere aparentar que se aburre. Todos esos gestos y otros muchos le vinieron de golpe, como si estuvieran adheridos a las rocas y al olor del mar. Todo contagiado de Teresa: incluso sus palabras. Cómo explicar si no que de pronto, mientras hablaban del calor y del sol, Natalia acabara mencionando el cambio climático, y a Greta Thunberg. La niña

aquella, la llamó. Y fue Daniel, esta vez, quien tuvo que decirle que Greta no era ninguna niña; acababa de cumplir veintiún años. ¿En serio? Para mí siempre será una niña, respondió Natalia. Para mí también, admitió, después de un silencio, Daniel.

Y ahora están ahí, en el viaje de regreso, con esa sensación de abandono de uno mismo que nos sobreviene cuando pasamos mucho tiempo al sol. Ese viaje que Teresa y él nunca llegaron a hacer. No, al menos, juntos.

¿Habría sido así? ¿Teresa también se habría quedado dormida en el asiento de copiloto?

El tiempo que pasamos despiertos junto a alguien que duerme no es inofensivo. Mientras dura, estamos obligados a pensar. Esos pensamientos han de suceder, además, en silencio, así que es inevitable prestarles atención. Y lo que piensa ahora Daniel es esto: no he viajado a la Cala de los Amarillos con Natalia, sino con Teresa. Un pensamiento estúpido, pero tal vez no tan estúpido, porque Daniel regresa con algo que no tenía y ahora tiene: recuerdos de su hija que creía perdidos. No son muchos, esos recuerdos. Todos juntos apenas llegarían a sumar cinco, tal vez diez minutos de sucesos; pero cómo desdeñar el valor de diez minutos de conversación con una persona muerta. Porque es así, Teresa está muerta, y lo seguirá estando aunque Daniel repita infinitas veces este viaje, crean lo que crean John1419 y Schneider. Nada podrá cambiar eso. Pero es indudable que sí existe en alguna parte una Teresa que no está muerta ni morirá nunca: una Teresa que espera infinitamente en el pasado, para siempre congelada en esa cámara frigorífica que son sus recuerdos del 13 de abril. Una Teresa que Daniel ha empezado a olvidar. Recordarla se parece pues a volver a estar junto a ella. Es, quizás, estar junto a ella.

Pasa con la memoria lo mismo que con el agua. Con la profundidad. Todo buceador sabe que cuanto más abajo se sumerja, menos nítidos son los colores. El mundo que vira lentamente al azul, al gris. Un gallo de San Pedro deja de ser amarillo y un salmonete deja de ser rojo. Tu sangre, si es que sangras —aquella vez, contra aquel arrecife—, un chorro marrón o incluso negro. La visión que se torna borrosa, como cuando tomamos una fotografía desenfocada. Así el mar y así también la memoria. Así Teresa. Todos sus recuerdos en aquella cala lavados por una pátina de irrealidad, amalgamados en una misma papilla que no permite distinguir los detalles y las sensaciones. Y él quiere recuperar precisamente eso: los detalles, las sensaciones. Recobrar lo que no recuerda que Teresa dijo y lo que sintió cuando lo dijo. Profundizar en el pasado no es completamente inútil: es volver a vivirlo con los ojos más abiertos. Ensanchar un poco más la vida de su hija, demasiado corta y demasiado delgada. Encontrar una pepita de oro en el barro inútil de la memoria: sopesarla, limpiarla, atesorarla. No intercambiarla nunca, por valioso que sea lo que el presente le ofrezca.

Diez minutos de resurrección de Teresa. Eso es lo que lleva consigo Daniel, en el viaje de regreso. Esa es la pepita. Y sin embargo, ha recobrado poquísimo tiempo del total de la vida de su hija. Apenas una brizna de su último día, un puñado de palabras y gestos y tactos perdidos. ¿Dónde están los demás recuerdos? ¿Basta con volver al mismo lugar una y otra vez, una y otra vez, hasta recuperarlos? ¿Merece la pena una vida consagrada a recordar otra?

Sí, decide, sorprendido de su propio descubrimiento. Merece la pena. Y quién sabe, piensa al mirar de reojo a Natalia —el cuerpo desmadejado, los párpados cerrados, la boca entreabierta—, si la propia Natalia no es un obstáculo en esa consagración. Si construir

recuerdos futuros junto a ella no es una forma de desalojar lo poco de Teresa que todavía sobrevive en él.

—Natalia.

Dice su nombre porque acaban de llegar. Están detenidos en el garaje donde empezó todo, con el motor apagado, pero no abre los ojos.

—Natalia —repite, en voz más alta.

Y Natalia, que por un momento no parecía dormida sino plácidamente muerta, despierta.

OTOÑO

Kill your darlings, lo llamaba John1419: el primer paso para alcanzar el total blackout. Daniel tiene un buen inglés, por momentos incluso un inglés muy bueno, pero no le resulta fácil encontrar una traducción precisa. Eliminar tus favoritos, propone un usuario en WordReference. Renunciar a lo que más te gusta o Desprenderte de lo que más te apasiona, propone ChatGPT. Matar lo más querido, propone con sencillez el propio Daniel. Lee en alguna parte que William Faulkner repetía ese mantra a los jóvenes escritores. Lee también que en ciertos casos se considera una traducción posible del Libérate de tus apegos que tanto obsesiona a los místicos. ¿Acaso tienen algo en común la mística, la escritura y los viajes en el tiempo?

«Sí, lo tienen», contesta Schneider, que siempre se apresura a resolver las dudas de Daniel. «En los tres casos se trata de reconocer que lo que más amas te limita. El amor a ti mismo te impide entregarte al arte. El amor al mundo te impide acercarte a Dios. El amor al presente te impide regresar al pasado.»

Hablan casi cada noche; largos intercambios de mensajes que comenzaron como DM en Reddit y acabaron en ese cementerio de romances de otro tiempo que es el Messenger de Facebook. Porque a la altura de 2024 Daniel todavía mantiene viva su cuenta de Facebook: al menos tan viva como puede estar viva en un congelador una tarta Comtessa. Hace falta mucha voluntad para abrir una cuenta en una red social pero mucha más aún para

cerrarla, y Daniel nunca ha destacado por su iniciativa. De modo que sigue allí, sin postear nada desde 2021, pero asistiendo cada tanto como mudo testigo a ese carrusel de vídeos de gatitos y mensajes racistas y felicitaciones de cumpleaños enviadas por mujeres entradas en años de Caracas, Venezuela. Bendiciones, mi amigo, el día de su aniversario. Y ahora, también, hablando con Johannes Schneider. Ninguna publicación en el muro de su amigo. Solo una fotografía de perfil, o para ser exactos, la fotografía de una fotografía, con ese color abrasado por la luz que tienen los álbumes familiares de los ochenta. Un niño en una bicicleta: sus pies apenas llegan a los pedales. Soy yo, reconoce Schneider. *It's me*. Contesta, claro, en presente. Y Daniel repara de inmediato en esa extraña grieta del lenguaje: porque decimos ayer fui a pescar y me divorcié el verano pasado y hace treinta años tuve una infancia difícil, pero cuando nos preguntan ¿quién es este niño?, respondemos sin dudar: este niño soy yo. No lo fui: lo soy y lo seré siempre. Aunque tengamos cuarenta y tres años, como Daniel, o treinta y ocho, como tiene o dice tener Johannes Schneider.

Por las noches, Schneider habla con Daniel. Por las mañanas, siempre a partir de las 08.45, vuelve a ser ese niño. Vuelve a desayunar Nesquik. A ver con el corazón en un puño el episodio 77 de *Oliver y Benji.*

«¿Pero cómo es posible desprenderse de toda pasión para realizar un viaje en el tiempo?», pregunta Daniel. «¿No es precisamente ese amor, por ejemplo, el deseo de volver a ver a un ser querido, el que nos impulsa a viajar al pasado?»

«Esa es una buena pregunta», contesta Schneider.

Y tarda muchísimo en responder, al menos según sus estándares: más de cinco minutos en los que los puntos suspensivos del Messenger parpadean y parpadean.

«Imagina», explica al fin, «que quieres viajar en el tiempo para ver a tu madre muerta. Por ejemplo. Porque la echas de menos y piensas: ese amor me llevará al pasado. Pero no es así. Porque antes de que tu madre muriera, tú no la echabas de menos. A lo mejor ni siquiera te habías parado a pensar cuánto la querías. Es posible incluso que algunos días pensaras: ojalá me dejara tranquilo y no estuviera todo el día encima. Así que quererla y echarla de menos no es un sentimiento del pasado, sino del presente. Recuperar a tu madre muerta significa olvidar que tu madre ha muerto. Desprenderte incluso de ese deseo: el deseo de verla viva. Y solo si consigues eso volverás a ser la persona que fuiste y volverás a ver de nuevo a esa persona a la que no echas de menos en absoluto.»

Tiene sentido, admite Daniel. Es decir, es una locura, como todo lo que se dice y comparte en #diversintime, pero en la locura de Schneider hay alguna clase de lógica.

«¿Y qué hay de ti, amigo? ¿Cómo va tu Búsqueda?»

Los usuarios están acostumbrados a hablar así, con su propia jerga. Alcanzar el total blackout es alcanzar el TBO. Una Revelación es cada una de las fases por las que hay que transitar para lograr tu objetivo. Tu objetivo es el Momento: el día y el minuto exacto que te has propuesto como meta. La Búsqueda es el nombre que recibe todo el proceso: cada una de las Revelaciones hasta alcanzar el TBO, y recuperar así el Momento.

«No muy bien», admite Daniel.

Dos veces. Ese es el número de veces que ha visitado la Cala de los Amarillos desde que terminó el verano. Siempre solo y siempre sin resultado. Ninguna Revelación. Más bien ha encontrado lo contrario: el Vacío. La consciencia, durante todo el viaje, de que el asiento de copiloto estaba precisamente así, vacío. De que nadie

seguía sus pasos a través del sendero de tierra que conduce a la cala. La propia cala, tan distinta. No ese lugar luminoso de su adolescencia donde aprendió a bucear, sino el último paisaje que su hija vio antes de. Antes de que todo ya no, nunca. Daniel no llega a zambullirse. Come sin ganas su bocadillo de mortadela —porque ha de ser así, un bocadillo de mortadela y no de tortilla—. Ni siquiera está seguro de si esa piedra donde se sienta es la misma piedra. La mañana que se hace inmensa y el mar más inmenso todavía, una profundidad monstruosa donde solo los recuerdos más dolorosos flotan.

«No muy bien», dice, pues, Daniel.

«Eso es porque todavía no has matado lo más querido. Todavía no has sido capaz de sacrificar todo lo que has hecho y pensado desde entonces. Todavía deseas encontrar.»

No, piensa Daniel. Eso es porque viajar en el tiempo es una gilipollez. Es porque no creo una palabra de lo que decís. Y porque el 31 de octubre voy a marcharme a Madrid, y qué sentido tiene todo esto. Pero sobre todo por esto: porque no estoy loco. Eso piensa y eso tal vez debería decir, pero ¿cómo explicar entonces que esté ahí, pasando las horas muertas con un alemán que de tan chiflado ni siquiera parece chiflado? Así que en su lugar responde:

«¿Encontrar el qué?»

«Lo que hayas venido a buscar.»

Nunca, en todas esas conversaciones, han hablado de eso: de lo que buscan. Es mejor, muchísimo mejor así, advierte Schneider. Ni siquiera dedicarle un pensamiento a eso, a Lo Perdido. Porque además no han perdido nada, y cuando al fin lo logren, cuando alcancen el TBO, se darán cuenta.

«¿Cómo puedes estar tan seguro? ¿Cómo sabes que estás haciendo progresos?»

«Lo sé.»

«¿Pero cómo?»

«Son pequeñas cosas.»

«¿Por ejemplo?»

«Por ejemplo, ayer no era capaz de recordar si Oliver metía el gol en el último minuto o no lo metía. Por un momento llegué a creer que no lo conseguiría.»

«¿Y lo consigue?»

«Claro. Oliver siempre consigue lo que se propone. Aunque tenga el hombro dislocado y la rodilla rota.»

Esa misma noche, después de una larga partida de *They Are Billions* —su ciudad, construida a lo largo de tantas horas, arrasada de nuevo en poco menos de un minuto, porque la perfección es imposible, o al menos es imposible en el juego—, Daniel toma un folio y un bolígrafo.

Escribe: DT. Cosas que sucedieron Después de Teresa.

1. Comencé a echar de menos a Teresa.
2. Volví a fumar.
3. Empecé a jugar a *They Are Billions.*
4. Conocí a Natalia.

Ahí están, reunidos por primera vez ante sus ojos. Sus *darlings*.

Desandar el tiempo. ¿Pero qué tiempo? Daniel sabe bien que no hay un único tiempo, sino al menos cuatro.

Está, primero, el tiempo de los relojes: las agujas que giran como giran las estrellas y las estaciones. El milagro de que sea de pronto

otoño cuando hace solo unos días era verano. Que los toros mecánicos empiecen a cubrirse con toldos negros y los hoteles retiren los carteles de COMPLETO. Que pese a todo la música siga sonando en las terrazas y las bolas de cristal giren en los karaokes, como en una fiesta de cumpleaños a la que se llega demasiado tarde o demasiado temprano. Que el barrio de Loix parezca poco a poco un parque de atracciones a medio desmantelar, en el que solo quedan un puñado de atracciones abiertas; islas de entusiasmo en un océano de nada. Que las piernas de Natalia, casi siempre desnudas, de pronto se cubran con faldas largas o pantalones vaqueros. Que sus vestidos se conviertan en blusas y sobre ellas caigan pañuelos, rebecas de punto, chaquetas. Un paraguas, incluso, ese día que vieron derramarse agua sobre sus cabezas. La lluvia en Benidorm: un milagro dentro del milagro.

Está también el tiempo de los vínculos, que es el tiempo de la vida. Ese tiempo que no puede revertirse, como no puede detenerse una flecha que ya ha partido. Hacia delante, siempre hacia delante. Porque una relación que no va hacia delante no es relación, sino fracaso. ¿Pero qué es adelante? ¿Y qué es atrás? Eso cada pareja debe decidirlo; inventarlo acaso. Tiene el amor vocación de ceniza o de cigarrillo: su brasa solo puede consumirse en una dirección precisa. Que lo que estaba lejos esté cada vez más cerca; más luz donde antes había sombra y misterio y más cuerpo donde solo había sueño y pensamiento. Que a veces Natalia sepa cómo terminará la frase que Daniel acaba de empezar: en eso consiste ir hacia delante. Que unos temas se traten cada vez con más naturalidad y otros con más cautela. Que día tras día haya más preguntas y menos respuestas. Eso es el amor. Menos palabras y más silencio. Natalia y Daniel mirando el mar sin decir una sola palabra, no porque no haya nada que decirse, sino porque nada necesita ser dicho.

Pero está también otro tiempo: el tiempo del límite. Si el deseo es la brasa de un cigarrillo, el límite es su filtro. Hasta aquí hay o habrá humo: más allá, solo aire. La botella de oxígeno que se acaba y hay que ascender, aunque no se quiera. Un tiempo que parece ir hacia atrás, porque cada vez hay menos. Menos tiempo por delante y más por detrás. Es así: el tiempo de las relaciones se suma y el tiempo del límite se resta. Un límite: el 31 de octubre. La fecha en que Daniel regresa cada año a Madrid. Ambos miran de soslayo ese límite, como un fumador mira de soslayo el cigarrillo que se acaba. Hay que decidir si se enciende otro o no se enciende. Si nos resignamos a la colilla o seguimos fumando.

Qué doloroso sería eso, que un fumador necesitara el permiso de otro para encenderse otro cigarrillo. Y eso es lo que sucede con el amor, con el deseo, con las relaciones: que no pueden fumarse a solas.

Pero queda aún un último tiempo. El tiempo que no gira, no avanza, no retrocede. El tiempo de las tartas congeladas. El tiempo de las profundidades del mar, donde todo es antiguo y lento, y criaturas que creíamos extintas pueden seguir vivas. El tiempo de los sueños, en cuyo magma oscuro Teresa está viva y muerta al mismo tiempo. Eso es exactamente: el tiempo de los muertos. Desde ahí mira Daniel el mundo que lo rodea: ve las estaciones girar y su relación con Natalia avanzar y el tiempo de descuento adelgazar en el calendario. Es agosto y no hay que preocuparse, es septiembre y tampoco, es 10 de octubre y se puede pretender ser sordo y ciego, por un tiempo más al menos; pero es, como hoy, 24 de octubre —una semana— y el límite no se puede ignorar por más tiempo. Hay que hablar de lo que vendrá después, si es que después queda algo por venir.

Solo hay un problema: que de todos los silencios de su relación, el 31 de octubre es, quizás, el más profundo.

—Qué, ¿has hecho ya la maleta?

—Todavía no.

Esto sucede en una terraza frente a la playa de Levante, donde Daniel bebe cerveza y Natalia, como siempre, Coca-Cola. De un tiempo a esta parte todo el mundo se pasó a la Coca-Cola Zero, pero ella sigue ahí, leal al azúcar y leal al tabaco y leal a tantas cosas. Una cardióloga ejemplar, Natalia. Pregunta por la maleta con fingida naturalidad, porque esta es una de las constantes de su relación: se pregunta por el viaje, pero no por sus consecuencias.

—Supongo que estás deseando ver a Teresa.

—Sí —contesta Daniel maquinalmente, como si estuviera muy lejos—. La verdad es que tengo muchas ganas.

¿Debería decir: sí y no? ¿Por una parte sí, pero por otra voy a echarte de menos a ti? Tal vez debería decirlo, pero la realidad es esta: que Daniel no lo dice.

—Va a ser raro —murmura Natalia.

—¿El qué?

—Cuando te vayas. Va a ser muy raro.

—Muy raro.

—Pero está bien.

—Sí. Está bien.

—Nos acostumbraremos —dice Natalia, tal vez con un exceso de entusiasmo.

¿A qué es a lo que van a acostumbrarse? ¿A estar lejos o a no estar?

Natalia saca el paquete de Golden Virginia. Pero primero se lo ofrece a Daniel: una costumbre.

—No, gracias.

Silencio. ¿Cuándo ha renunciado Daniel a un cigarrillo?

—Es que he dejado de fumar.

La noticia causa el asombro de Natalia, y lo que es más extraño, también el asombro del propio Daniel. Porque no es cierto que haya dejado de fumar, o se ha hecho cierto solo ahora, con sus palabras. Daniel es así. A veces suelta como si tal cosa pequeñas mentiras, para obligarse a cumplirlas. Así fue con el señor Pons: he pensado que voy a mudarme a Benidorm. Así con Patricia: he estado dándole vueltas a la idea de tomarnos un tiempo. Así ahora, también, con el tabaco. Es mejor así. Haber fumado un último cigarrillo sin saberlo, como es mejor no recordar un último beso.

—¿En serio?

—Sí, en serio.

Natalia sonríe forzadamente, con los ojos muy abiertos.

—Pues eso está muy bien. Ya te dije que el tabaco era lo peor que le podías hacer a un corazón.

Pero no parece contenta. Sus pulmones, esos pulmones que periódicamente aspiran más de setenta sustancias cancerígenas distintas, se han quedado paralizados en mitad de una inspiración.

—De verdad está muy bien que lo hayas decidido. Te felicito. Yo no podría. Pero ¿por qué ahora?

—En algún momento tenía que ser, ¿no?

Natalia reivindica su derecho al tabaco armando, con movimientos expertos, su cigarrillo.

—Me parece muy bien. De verdad me parece genial. Pero yo voy a seguir fumando. Aunque tengas muchas ganas y te dé envidia, voy a seguir fumando.

—Podré soportarlo.

—No serás ahora como mi ex, ¿no? No irás a decirme todo el rato que el tabaco mata y es malo y todo eso. Mira que con el placer de

mis cigarrillos no se juega.

—Te prometo que no.

La chispa del mechero.

—Bien —dice Natalia—. Entonces genial.

Pero fumar cuando alguien no fuma no es genial. Tiene algo de enfermedad, de meditación sobre la vida y la muerte. Algo de fracaso de la voluntad.

—Oye —dice Natalia, tras un silencio que está lleno de todas esas cosas, y tal vez de otras—. Deberíamos hacer algo, ¿no? Para celebrar.

—¿Celebrar que he dejado de fumar?

Natalia ríe.

—No, bobo. Para celebrar que vuelves a ver a Teresa.

—Claro. ¿Qué te apetece?

—No sé. Algo especial.

—¿Reservamos en el BenGen?

—Por ejemplo.

Cuando Natalia dice por ejemplo, quiere decir: sigamos pensando.

—Se me ocurre algo mejor —dice entonces—. Algo que me gustaría mucho.

—¿El qué?

—Podríamos volver a la Cala de los Amarillos. Lo pasé muy bien. ¿Te apetece?

—Por ejemplo —dice Daniel, apurando su cerveza.

—Venga. ¿El sábado?

Sábado, 26 de octubre.

—Vale.

—Quién sabe. A lo mejor esta vez hasta me animo a bucear. He estado practicando en la bañera.

Aplasta el cigarrillo en el cenicero. Y eso debería ser todo, porque la Coca-Cola se ha terminado y la cerveza también. Deberían pedir la cuenta y levantarse, pero no se mueven. Y tal vez para justificar ese silencio, esa espera, la mano de Natalia vuelve a reptar hasta el paquete de tabaco. Primero se lo ofrece a Daniel: la costumbre.

—Perdón. La costumbre.

—No te preocupes. Fuma tranquila.

Pero no fuma. Ambos se han quedado mirando la etiqueta blanca en el paquete verde.

Deje de fumar. Siga vivo para sus seres queridos.

Empezaré por deciros lo que no sois, folks. No sois vuestro cuerpo. No sois la ropa que lleváis ni el dinero que tenéis en el banco. No sois vuestras circunstancias. Desde luego no sois tampoco vuestra educación ni los valores que heredasteis de vuestros padres ni toda esa mierda. No sois los hijos de vuestro tiempo. No sois vuestros amigos ni vuestra pareja ni vuestros hijos. Ni que decir tiene que NO sois vuestro pasado: si alguien sigue pensando esa gilipollez, lo mejor es que apague el ordenador y no vuelva nunca por aquí. No sois vuestro país. No sois vuestro partido político. No sois vuestra religión. ¿Qué sois entonces? ¿Qué es lo que somos, todos nosotros? Somos nuestros deseos. Así de sencillo: el hombre es aquello que desea. Porque un tipo puede creer una cosa y mañana creer la contraria, podemos hacernos millonarios o irnos a la bancarrota, podemos mandar a la mierda nuestros valores, o darnos cuenta de que eran una gilipollez, esos valores, y desde luego podemos dejar de hablar a nuestros padres y cagarnos en la educación que nos dieron (yo, folks, me cagué literalmente en mi educación, aunque esa es otra historia), podemos cambiarlo todo, cambiar CASI

cualquier cosa, pero ojo con aquel que es capaz de cambiar lo que desea. Si hay un genio en el mundo, ese tipo SÍ que es un genio. Un superhombre. O una supermujer: igualdad, ¿no? ¿Conocéis a alguien que haya podido intervenir sobre su deseo? ¿Que haya decidido (y logrado) dejar de desear lo que deseaba y empezar a desear lo que no deseaba? Dudo mucho que hayáis conocido a más de uno o dos tipos así, en toda vuestra jodida vida. Yo soy uno de ellos. Y el segundo, con un poco de suerte, seréis vosotros. Vosotros, si lográis alcanzar el total blackout. Claro que sé que no es probable. Claro que tengo muy presente que seguramente todos vosotros, del primero al último, seréis unos fracasados. Ya sé que esto es predicar en el desierto. Pero no por eso voy a rendirme, folks. Vosotros os rendiréis, a lo mejor, pero yo no. Y si uno de vosotros, uno solo, logra MATAR vuestros deseos de hoy y RECUPERAR vuestros deseos del MOMENTO, pues entonces todo esto ya habrá merecido la pena.

Nos vemos pronto, folks. Dadle vueltas a todo esto, porque no voy a repetirlo.

PD: Hoy, contra mi costumbre, voy a dejaros una posdata. Porque de repente me ha dado miedo de que no estéis entendiendo una puta mierda (la mayoría de vosotros sois retrasados mentales, folks, no creáis que lo ignoro ni por un momento. Es en esos, en los retrasados, en los que estoy pensando). En fin, va mi pregunta: os ha quedado claro que intervenir sobre nuestro deseo es necesario para viajar en el tiempo, ¿verdad? Hasta el más imbécil de vosotros ha entendido que estoy hablando otra vez de matar vuestros *darlings*, ¿no? Y supongo que entendéis que vuestros *darlings* no quieren morir. Que se resistirán a morir como cerdos en el matadero. Pues bien, esa será la prueba definitiva. Bueno, no sé si la definitiva, pero una prueba sin duda. Una prueba digna de superhombres y supermujeres. La piedad. LA PIEDAD. Van a apelar a vuestra piedad.

No me mates, por favor, os dirán. Oh, no me mates. Por favor. Por favor. Y vosotros tendréis que tomar una decisión. Pero ahí está la cuestión: cuando digo vosotros, ¿a quién me estoy refiriendo? Cuando digo yo, ¿quién es yo? El hombre que está rompiendo con su esposa, o abandonando a sus hijos, o mandando a la mierda a sus amigos, o matando sus *darlings* del modo que sea solo porque el amor que siente por todo ellos es posterior al MOMENTO, ese hombre, ¿sois de verdad vosotros? ¿No quedamos en que queréis ser otro hombre, el hombre que fuisteis hace seis días, o cuatro meses, o VEINTICINCO AÑOS? Y si de verdad sois ese hombre, entonces, ¿cómo podéis sentir piedad por esa mujer que no sabéis quién cojones es, esos hijos que desde luego no son vuestros, esos amigos cuyos nombres ni siquiera recordáis? ¿Cómo cojones puede ese hombre sentir piedad por todos esos desconocidos? Yo os lo diré: no puede. O no debería, si de verdad es el hombre que dice ser. Le tiene que importar tres cojones toda esta gente. Y si a vosotros os siguen importando, entonces NUNCA conseguiréis viajar. Así de sencillo. Y así de triste, folks. ¿Creéis que no sé que es aquí, precisamente aquí, donde fracasaréis la mayoría de vosotros?

—¿De verdad vamos a dejarlo por un bocata de mortadela?

Están sentados en una roca de la Cala de los Amarillos y llevan al menos quince minutos haciendo exactamente lo que Natalia dice: dejándolo por un bocata de mortadela. Poca cosa parece una loncha de fiambre comparada con el destino de dos personas, pero Daniel sabe muy bien que incluso lo más pequeño es capaz de producir consecuencias incalculables: que el cuerpo insignificante de una niña que se zambulle en el agua puede despertar ondas concéntricas cada vez más grandes. La brasa minúscula de un cigarrillo puede ser

la semilla de un incendio. De hecho un cigarrillo, o mejor dicho, la ausencia de un cigarrillo, fue el responsable de que apenas intercambiaran una palabra durante el viaje. Los ojos de Daniel concentrados en la carretera. ¿Qué te pasa?, preguntó ella; nada, que tengo mono de fumar. Solo eso.

No era eso, claro, y tampoco ahora están dejándolo por doscientos gramos de mortadela, pero es más sencillo creer que sí, que la mortadela y las ganas de fumar lo explican todo.

Un viaje en carretera en el que nadie habla. Un sendero de tierra que no les arranca palabras tampoco. La cala, al fin, que no despierta ninguna de las emociones antiguas en Daniel: solo la sensación de estar traicionando el recuerdo de Teresa. El temor de construir recuerdos nuevos, recuerdos que será muy difícil o imposible borrar. Natalia extiende una toalla y se queda mirando el horizonte. Daniel se sienta en una esquina de esa toalla, lo más lejos posible, y mira el mismo punto donde no hay nada que mirar. Natalia comienza a liar un cigarrillo y vuelve el rostro en dirección a Daniel, como pidiendo permiso. Fuma, claro. Por mí no te cortes. Y Natalia fuma, con cautela pero fuma, y ya no vuelven a mirarse en los minutos siguientes, porque sobre la tarde se ha descolgado un silencio espeso, un silencio hecho de muchos silencios pasados. Pero dos personas rara vez callan por los mismos motivos, y es difícil saber qué palabras está callando cada uno.

Natalia está callando, tal vez, preguntas. Por ejemplo esta: ¿qué va a pasar con nosotros? ¿Qué pasará cuando regreses a Madrid?

Daniel calla, tal vez, sentimientos. Y los calla tan bien, con tanto tesón, que no se permite nombrarlos ni siquiera dentro de su cabeza.

Luego llega la hora de la merienda. Luego llega la discusión. Natalia lo dejó muy claro en su última conversación telefónica:

bueno, los bocadillos si quieres los preparas tú, pero el mío de jamón. ¿Seguro que no lo quieres de mortadela? No; ya te dije que a mí la mortadela, gustarme, gustarme, no me gusta. Ningún problema, dijo él. ¿De jamón entonces? Pues de jamón. Pero luego Natalia colgó y Daniel se quedó mirando la pantalla del móvil repentinamente oscura. Tiene que ser de mortadela, pensó, con una obstinación que a él mismo le sorprendió. Ir a la Cala de los Amarillos, de acuerdo. Incluso está dispuesto a ir con Natalia, que se empeña en hacer gestos distintos de los que hizo Teresa, hablar de cosas distintas también, que llega al sacrilegio de fumar incluso. Pero el bocadillo de jamón, no. De jamón, en ningún caso. En eso es inflexible. Y unas horas más tarde, todavía paralizados en ese silencio pegajoso, Natalia desenvuelve el papel de plata y se topa con la mortadela. Mortadela de aceitunas.

La conversación no importa. Es larga y en el fondo no importa. El resumen es este: pero si te dije, reclama ella; no me enteré bien, responde él. Es que últimamente no me escuchas. Es que tengo muchas cosas en que pensar. Qué cosas. Pues cosas. Nunca me cuentas nada; nunca me dices qué sientes. A lo mejor no siento nada. A lo mejor es que tienes miedo. A lo mejor es que no deberíamos estar haciendo esto. ¿El qué? Esto. Te refieres a esto. Sí. ¿Y qué quieres hacer? A lo mejor deberíamos dejarlo. ¿Esto o la conversación? Esto. Me estás diciendo que vamos a dejarlo porque te vas a Madrid. No, porque me voy a Madrid no. ¿Entonces por qué?

Pero a esa pregunta, Daniel no sabe qué contestar.

—¿De verdad vamos a dejarlo por un bocata de mortadela? —dice, pues, Natalia.

Daniel toma aire. Se prepara para contestar con toda la dureza de la que es capaz. Doscientos gramos de mortadela y ni un solo gramo de piedad:

—No hay nada que dejar. No somos nada.

Todos los silencios de su relación resueltos en una única frase, que es, al mismo tiempo, una especie de condolencia o de pésame. No somos nada: eso es precisamente lo que Daniel escuchó decir a un imbécil en el tanatorio de Teresa.

—Así que no somos nada.

—No.

Intenta sonreír, pero le tiemblan los labios, la barbilla.

—Eres tú el que ha dicho que quería dejarlo. Si no somos nada, ¿qué hay que dejar, entonces?

Daniel abre los brazos.

—Dejar de vernos. Eso es lo que quería decir. Tenemos que dejar de vernos.

Y luego, como si ese dejar de verse empezara precisamente ahora, Daniel baja los ojos. Finge prestar una atención desmesurada a sus pies.

—Bueno, si te vas a Madrid tampoco es que vayamos a vernos mucho. Lo que quieres decir es que tampoco vamos a llamarnos, ¿no?

—Pues sí. Tampoco quiero que nos llamemos. ¿De qué vamos a hablar?

Natalia se echa a reír. Es increíble, pero es así: Natalia ríe, aunque su risa no parece una risa.

—Pues mira, sí que hay algunas cosas de las que me gustaría hablar. Antes de que te vayas, me vas a escuchar.

Hace una pausa. Abre la boca y luego la cierra.

—Bah, déjalo. Eres gilipollas. Qué gilipollas eres, Daniel. Qué decepción. Yo no quería que fueras gilipollas. No me importaba serlo yo, pero sobre todo no quería que lo fueras tú.

Han dejado de mirarse. Están sentados en la misma piedra, las rodillas tan juntas que casi se tocan y los ojos muy lejos, clavados tal vez en el mismo punto del horizonte. Cuatro kilómetros y medio: hace poco Daniel leyó que esa es la distancia máxima que podemos alcanzar cuando miramos el mar. Cuando decimos más allá del horizonte, como quien nombra el infinito, eso es lo que decimos. Daniel es así: a veces, en el momento en que una conversación se vuelve confusa o le hace daño, se abisma en números abstractos y a la vez increíblemente precisos. Pensar en un número se parece a no pensar en nada.

—Pero está claro que también lo he sido yo —continúa Natalia—. Gilipollas. Yo ya sabía que a ti te pasaba algo. Lo sabía desde que te conocí. Desde la primera vez que te vi. ¿Recuerdas que te dije que sabía que había un problema, que siempre hay un problema? Lo sabía. Sabía que estás jodido, y que la gente cuando está jodida siempre acaba jodiendo a otros. A mí, por ejemplo.

El sol iniciando ya su declive, arrancando grises donde antes no había más que azules. Una estrella que brilla muy cerca: eso es el sol. Muy cerca, piensa Daniel. ¿Cuánto de cerca exactamente? ¿Cuánto tiempo tarda la luz del sol en llegar hasta la Cala de los Amarillos?

—¿Sabes lo que más me duele? Que ni siquiera estoy enfadada. Estoy cansada. Cansada de ser siempre la dulce y comprensiva Natalia. Porque yo lo entiendo todo. Siempre, siempre lo entiendo todo. Cómo se sienten los demás. Por qué la gente hace las cosas que hace y dice las mierdas que dice. Incluso a ti, te entiendo.

Siempre supe que algo fallaría, pero aquí estoy. Aquí estoy, otra vez, esperando equivocarme alguna puta vez.

Ocho minutos luz: la distancia que nos separa del sol. Lo leyó también en alguna parte. Puede que en #diversintime. Hay un tipo, un tal Huygens81, que siempre suelta datos semejantes. Porque la luz demuestra que todos nosotros vemos el pasado: que en el cielo una estrella muerta sigue brillando. ¿Hasta qué distancia tendríamos que viajar para volver nuestro telescopio a la Cala de los Amarillos y ver a Teresa y Daniel, y no a Daniel y Natalia?

—Lo entiendo todo. Lo único que no entiendo es por qué nadie puede entenderme a mí. Me conformaría con eso. Ni siquiera con eso. Me conformaría con que al menos te entendieras a ti. Con eso habría por dónde empezar.

Natalia sigue hablando. Pero por primera vez no habla de Daniel, ni de las cosas que han sucedido o dejado de suceder entre ellos. Habla de sí misma, de un modo que a Daniel le parece nuevo. Resulta difícil concentrarse en sus palabras, porque hacen daño, y porque son también demasiado nuevas para ser comprendidas. Cuenta algunas cosas que Daniel ya conoce, pequeños sucesos de su pasado, pero todos tienen aristas nuevas, esquinas dolorosas donde antes había comprensión y ternura. Habla del divorcio de sus padres, que está superado, claro, ya no es una niña. Y sin embargo. Habla de ese novio tan estúpido que le decía que el tabaco mata, ese novio que se suponía que no le había hecho daño: pero. Habla de cierto año muy difícil de su vida, un año del que se había prometido no volver a hablar, pero ahí está ella, hablando. Todas esas confesiones preciosas, esas palabras que tal vez nadie en el mundo ha escuchado, Daniel se las pierde, como un estúpido. Eso es exactamente lo que piensa: como un estúpido. Soy un estúpido. Está pendiente de sus labios, tan pendiente que le es imposible

concentrarse en los sonidos que forman. Lo único que puede pensar es esto: ¿ha llegado a conocer a esta mujer? Y esta mujer, ¿lo ha conocido a él? Daniel, un hombre trastornado por el dolor, ¿puede pensar en algo distinto de sí mismo? ¿Ser algo más que una máscara que habla, un cuerpo que se mueve, un trozo de carne que come y bebe y va a la playa y folla? ¿Puede acaso escuchar a alguien tanto como necesita que lo escuchen a él? La respuesta es evidente, piensa mientras los labios de Natalia se mueven y se mueven y se mueven. No: no puede.

—¿No dices nada? —pregunta Natalia.

El momento es quizás ahora. El momento de decirle: lo que pasa, Natalia, es que estoy loco. Lo que pasa es que necesito ayuda, porque por un momento he llegado a creer que podía deshacer el pasado. Porque lo que no sabes es que tengo un pasado que deshacer. Porque aquel día, en esta cala. Porque desde entonces. Porque mi hija. Voy a hablarte de mi hija.

Natalia, como siempre, escucharía. Tal vez llegaría incluso a entender. Pero ¿y si no lo entiende? Peor aún, ¿y si después de todo Daniel no está loco? ¿Y si de verdad es posible viajar en el tiempo? ¿Qué puede darle Natalia frente a la posibilidad, por remota que sea, de volver a ver a Teresa? Solo amor. Solo el hecho de que quizás ella le ame y que quizás él la ame también. Pero ¿de qué serviría? Quién sabe si ese amor es real. Peor aún, quién sabe si ningún amor es real después de todo. Creer que una persona es la única que puede completarnos y al mismo tiempo saber que eso es imposible: ¿no es esa contradicción estar enamorado? Creer que Natalia está hecha para él, que perderla es perder un tesoro irrecuperable, quizás no sea más absurdo que creer que Teresa es de algún modo recuperable. Y puestos a creer en una ficción o en otra, Daniel

prefiere creer en esta: que Natalia es sustituible y Teresa no. Que Natalia no volverá, pero Teresa, tal vez, sí.

—No dices nada —repite Natalia, eliminando todo rastro de pregunta.

—Es que no sé qué decir.

Natalia se ha liado un cigarrillo y ahora lo fuma mirando el mar, como si Daniel no estuviera cerca, sino lejísimos. Fumar, ese gesto que Daniel lleva tres días y medio sin hacer. Mirar el cigarrillo de Natalia y el modo en que aspira y retiene cada bocanada de humo es también mirar el pasado.

—Supongo que era mucho pedir esperar que por una vez me dijeras lo que sientes tú. —Deja caer la ceniza con un picotazo del dedo índice—. Mira, déjalo. Está bien así. A lo mejor no hay nada más que decir. Lo único que sé es lo que vamos a hacer ahora. Me vas a llevar a casa y me voy a poner todas las canciones tristes de mi lista de Spotify. Eso voy a hacer. Y luego, no voy a volver a llamarte. Te lo prometo.

—No tienes que prometérmelo.

—Ya sé que no tengo que prometértelo. Pero te lo prometo.

El silencio que viene después les devuelve la conciencia de dónde están, de los ruidos que han estado sonando todo este tiempo pero solo ahora escuchan. El resuello de las olas. El graznido de una gaviota. El rumor de su propia respiración. Todo igual y todo un poco más oscuro. La luz ha ido virando lentamente hacia el atardecer, es decir, hacia el invierno. El sol, que hace un instante era una realidad que no podía mirarse de tan brillante, es ahora un disco brumoso que puede contemplarse con los ojos entrecerrados. Un cuchillo naranja en el agua.

—Oye —murmura Natalia—. Quiero saber una cosa.

—Qué.

—Dime la verdad. Lo que pasa es que vas a volver con Patricia, ¿no?

¡Patricia! De tanto pensar en Teresa, casi había olvidado a Patricia. ¿Hacía cuánto que no pensaba en ella? ¿Y Natalia? ¿Cuánto tiempo lleva Natalia pensando en su exmujer? He ahí un nuevo silencio entre ellos: el quinto, puede que el sexto silencio. Que Natalia creyera que todavía estaba un poco enamorado de Patricia. De pronto repara en lo poquísimo que han hablado de ella en todo este tiempo. Natalia preguntando por su trabajo, por Teresa, preguntando incluso por el juego ese siniestro al que Daniel juega, el *Billions* ese; pero nunca por Patricia. Nunca por la madre de Teresa.

—Claro que no —contesta—. Lo último que haría es volver con Patricia.

La única verdad en medio de muchas mentiras. Pero tiene el efecto de defraudar un poco más a Natalia. Arroja la colilla en una parábola desganada y se sacude las virutas de tabaco de las pantorrillas.

—Entonces no te entiendo. No es que sea una sorpresa. Nunca entiendo lo que decís los tíos. O bien pensado, nunca entiendo lo que no decís.

Ha llegado al fin. El momento de las lágrimas, piensa Daniel. No llorar nunca te convierte en un fiel espectador de las lágrimas de los demás. Sabes cuándo y dónde sucederán, como todo espectador sabe más del argumento de una película que sus propios protagonistas. Porque el hecho es que alguien tiene que llorar una pérdida en esta cala. Él no puede hacerlo, así que solo queda Natalia. Pero esta vez Daniel se equivoca. Natalia no llora. Lo que

hace es dejar las gafas de sol sobre una roca, dejar también el móvil y el paquete de tabaco, quitarse incluso los pendientes, y luego comenzar a desvestirse

La reacción de Daniel es tardía. Tanto que cuando acierta a articular palabras ya no hay short vaquero.

—¿Qué haces?

—Ahora sí que voy a darme ese baño, joder.

La palabra *joder* suena obscena en sus labios. Como si esa Natalia dulce y comprensiva que conoció hubiera empezado a evaporarse. Cae abajo como cae una máscara agrietada; como han caído el vaquero y la camiseta. Natalia en bañador, de pronto. Un cuerpo demasiado blanco para erguirse en unas rocas tan oscuras.

—Espera —dice Daniel.

Pero Natalia no espera.

Camina lentamente hacia la orilla; tan lentamente como solo pueden caminar las personas en nuestros recuerdos o en nuestros sueños.

—¡Natalia! Que no sabes nadar, joder.

—Así así —contesta.

Pero como no se vuelve, son las pecas y los lunares de su espalda los que contestan. Aquellos omóplatos como alas a punto de desplegarse que alguna vez vio alejarse en el supermercado. ¿Cuándo fue eso? ¿Es una imagen que pertenece al pasado o al futuro?

—Así así —repite—. Como un perrito, nado. Se suponía que tú ibas a enseñarme.

No hay peligro, claro. El mar no cubre demasiado tan cerca de la orilla, y además Daniel está ahí, la tiene casi al alcance de la mano. Y sin embargo. Sin embargo, un dolor sordo en el pecho. La

sensación de que el aire se acaba. De que él es quien se sumerge en el agua: quien no respira o respira apenas.

—Natalia, me cago en Dios.

¿Hacía cuánto que Daniel no decía nada semejante? ¿Hacía cuánto que Natalia no metía los pies en el agua y avanzaba con torpe resolución hacia delante?

Daniel ha comenzado a descalzarse las sandalias. Siempre le han parecido ridículos los actores que antes de salvar a la chica de la película tienen tiempo de quitarse la ropa. Mitch Buchannon arrojando lejos de sí la camiseta antes de socorrer a otro bañista en *Los vigilantes de la playa*. James Stewart quitándose la chaqueta y hasta el sombrero para rescatar a Kim Novak. Y ahora él, que no parece dispuesto a tirarse con la ropa puesta. Sobre todo, no mojarse los zapatos.

Y sin embargo, no es necesario. Ni quitarse las sandalias ni salvar a nadie. Porque Natalia se arroja al agua, sí, su cuerpo se zambulle en una salpicadura rabiosa, pero es una desaparición efímera. Un instante después está otra vez trepada en la roca, frotándose los ojos y alisándose el pelo con las palmas de las manos —¡pero si estoy aquí, papá!—. Y Daniel ahí, como un estúpido, ya en bañador y con el agua a la altura de las rodillas pero todavía con la camiseta puesta. Su cuerpo a medio camino entre dos tiempos: la cabeza en el presente y las piernas sumergidas en el pasado.

—Anda, llévame a casa. Quiero empezar a escuchar esas canciones tristes de una vez.

No hay música en la radio del coche. No hay, tampoco, palabras. Ni siquiera queda luz en el cielo. Solo treinta y cinco minutos de silencio en la oscuridad de la carretera, subrayados por el ruido del motor y

por el tictac del intermitente y por el chasquido breve de los coches con los que se cruzan. Tal vez un carraspeo, un titubeo. Es Daniel quien duda. ¿Tiene sentido pedir perdón? No lo tiene, y por eso prefiere no decir nada. En cuanto a lo que piensa o prefiere Natalia, lo que contiene su cabeza apoyada en el cristal de la ventanilla, es un misterio para Daniel.

—Déjame aquí, anda. Prefiero caminar.

Casualidad o no, se han detenido en un paso de cebra en particular. Un paso de cebra que es el comienzo y el final de un círculo.

—¿Seguro?

—Sí.

Pero no se baja todavía. Se queda unos instantes muy quieta, con la mano en la manecilla de la puerta y los ojos clavados en él.

—No te rayes. Yo lo entiendo todo. ¿No lo sabías? Yo siempre lo entiendo todo.

Y luego, ya sin sonrisa:

—Que tengas buen viaje, Daniel.

¿Ha dicho viaje o Viaje? Imposible saberlo.

Y se baja. Se está bajando. La chica de la camiseta azul y el pantalón también azul, pero mojado. La ve alejarse sin cigarrillo y sin bolsas de la compra y sin vestido amarillo, y sobre todo, sin mirar atrás. Antes de arrancar, Daniel acaricia un momento la sombra de humedad que el cuerpo de Natalia ha dejado en el asiento. Un charco semejante al que una bolsa de congelados deja cuando ya no volverá a ser una bolsa de congelados nunca más.

Quién sabe qué hace Natalia esa noche. Lo único seguro es que, cuando llega a casa, es Daniel quien escucha una detrás de otra

todas las canciones tristes que le vienen a la cabeza. Escucha *Homesick*, de Kings of Convenience. Escucha *La pena o la nada*, de Nacho Vegas. Escucha *How to Fight Loneliness*, de Wilco. Escucha *Cry*, de Cigarettes After Sex. Escucha *Both Sides Now*, de Joni Mitchell. Escucha *A Different Age*, de Current Joys.

You don't know me
'cause I'm from a different age
and you can't see me
'cause I live in a different age
and you could hurt me
but you wouldn't know what to say
but you should believe me
our dreams are all the same
like a life without love.
God, that's just insane
but a love without life
that just happens every day

Y cuando llega a Current Joys, Daniel hace eso que tantas veces hace con las canciones que le gustan: activar la opción repeat, y escuchar una y otra vez la misma canción, una y otra vez, una y otra vez.

And I wish I could change
but I'll probably just stay the same.
And I wish I could change
but I'll probably just stay the same.
And I wish I could change
but I'll probably stay the same.

Esa misma noche comienza su Viaje. No el viaje minúsculo a Madrid, que queda aplazado quién sabe si para siempre, sino ese otro Viaje en el que nada ni nadie puede acompañarlo. Te felicito, amigo, escribe Schneider, e incluso incorpora en su mensaje el emoticono de los aplausos: él, que siempre ha sido tan contenido en las muestras de entusiasmo. Por fin te has decidido a dar el Primer Paso, dice. Por fin estás dispuesto a *kill your darlings*. Tienes que saber que no es un camino fácil, le advierte. Recuerda que pasarás momentos de desánimo. Momentos en los que querrás abandonar y sentirás la tentación de volver al punto de partida. Para eso solo tengo un consejo: no lo hagas. Olvídate de lo perdido para poder centrarte en Lo Perdido. No regreses nunca.

Tanto puede estar hablando de regresar al tabaco como de regresar a Natalia. Está hablando, quizás, de los dos.

«No voy a volver», escribe Daniel. «Ahora sí que estoy comprometido con la Búsqueda.»

Pero habla por hablar. O quizás no por hablar: habla para poder darse a sí mismo los ánimos que le faltan. Porque Daniel no cree en la Búsqueda con mayúsculas, pero tampoco cree en nada más. Así que ¿por qué no renunciar a Madrid, donde por otra parte nada ni nadie lo espera? ¿Por qué no permanecer exactamente donde está? ¿Por qué no creer o decir que cree? Tenías razón, papá: esta es mi auténtica vocación. Eso dijo después de terminar su primer semestre de Derecho, después de repetir todo el verano que por nada del mundo sería abogado.

«Bien», dice Schneider. «Pero no te confíes. Las tentaciones son fuertes. Yo también tuve que renunciar a muchas cosas.»

«¿Por ejemplo?»

«Por ejemplo, tuve que renunciar a mi estatura.»

«¿Tu estatura?»

«Recuerda que por las mañanas tengo solo once años. Y yo soy, o era, un hombre muy alto. Así que tuve que renunciar a 38 centímetros.»

«¿Y cómo haces para renunciar a eso?»

«Es difícil de explicar. Pero créeme: se puede. No hay nada de lo que no podamos desprendernos.»

Imagina a Schneider perpetuamente encorvado; al menos por las mañanas. Imagina a Schneider caminando de rodillas. Schneider amputándose ambos pies. Schneider construyendo una réplica agigantada de su habitación de infancia, con los muebles y la televisión y hasta las bombillas siniestramente desproporcionadas. Por último, no imagina nada. Imagina tan solo la locura.

«Renuncié también al alcohol. A mi trabajo. A mi esposa.»

«¿Estás casado?»

«Lo estaba.»

«Entiendo», dice Daniel. Pero no está seguro de entender.

De pronto, el gesto de buscar el paquete de tabaco. Una inercia: eso es, también, el amor. La dificultad no tanto de renunciar al sabor del cigarrillo, sino al sabor de nosotros mismos cuando fumamos. Eso es lo que perdemos: nos perdemos a nosotros. Por eso hay tanto dolor y también tanta liberación en no fumar. Por eso es necesaria tanta voluntad. Hay que fundar gestos nuevos, gestos que, sospechamos, no nos sentarán tan bien como los antiguos. ¿Cómo mover las manos sin? ¿De qué llenar los pulmones? ¿Qué sentido tiene ya la costumbre de salir a la terraza de madrugada? Y así, también, el amor, que es ante todo un repertorio de rituales y gestos, una liturgia que se vuelve absurda cuando se queda sin fe. Porque nunca amamos a una sola persona, sino como mínimo a dos: la persona en la que nos hemos convertido y la persona que ha

hecho el milagro de esa transformación posible. ¿Quién es Daniel sin sus cigarrillos? ¿Quién es Daniel sin Natalia? No tiene que descubrirlo: tiene que recordarlo. Porque hubo, en efecto, un tiempo sin Natalia y sin sus Golden Virginia. Y en ese tiempo no estaba solo: estaba Teresa.

«Hay algo que quiero preguntarte, Johannes.»

«Dime, amigo. Ya sabes que siempre puedes preguntarme lo que quieras.»

«¿De verdad estamos seguros de todo esto?»

«¿Seguros de qué?»

«No sé, de todo. Seguros de que es posible viajar al pasado. ¿De verdad lo creemos?»

Entonces, Schneider hace algo que Daniel no espera. Se echa a reír. Ríe, al menos, con los dedos: Hahahahahahahahahhahaha. Por primera vez en todo este tiempo, Schneider tomándose a broma una de las preguntas de Daniel.

«Qué pregunta, amigo. Por supuesto que lo creemos. Por supuesto que estamos seguros. ¿Qué otro remedio nos queda?»

Veamos, folks: a ver cómo de fresca tenemos la Física del instituto. No os pido grandes conocimientos. Solo eso, lo que aprendisteis en el jodido instituto. Suponiendo que aprendierais algo. Suponiendo que todos vosotros acabarais la educación obligatoria, lo que es mucho decir. ¡Ja! Bueno. Hablemos de la entropía. ¿Recordáis qué es la entropía? Que las cosas tienden a complicarse en lugar de a simplificarse. Eso es, digamos, la entropía. Yo qué sé. Imaginad una taza, como la que yo tengo ahora mismo en la mano. Existen infinitas maneras en las que esta taza puede caer al suelo y romperse en añicos, pero ninguna esperanza de que esos añicos se

junten como por arte de magia para formar de nuevo una taza. ¿Lo pilláis? Eso es la entropía. Que sea muy fácil romper una taza y muy difícil crearla. Que pasemos del orden al caos y no al revés. Que las configuraciones más sencillas de la materia (una taza) tiendan a complicarse cada vez más y más (ciento siete añicos rodando por el suelo). ¿Habéis oído esa expresión, «todo se desmorona»? Digamos que es más que una expresión: es una certeza física. La muerte es una certeza física. Una cuestión de entropía. Si os parece complejo un cuerpo humano cuando está vivo, imaginad el caos que empieza cuando uno se muere. Gusanos, carne podrida, un árbol que a lo mejor nace en nuestro pecho: toda esa mierda. Morimos por eso. Por la entropía. Porque vamos del orden al caos y no del caos al orden. Hacemos todo lo posible por luchar contra ese caos, construimos tazas, construimos imperios, pero nada. Las cosas son cada vez más complicadas y no más simples. Eso es la vida, folks.

¿Y qué?, me preguntaréis. Bueno: acabo de explicaros la razón por la que vamos del pasado al futuro y no del futuro al pasado. Eso que llaman la flecha del tiempo. ¿Pero sabíais que ninguna de las ecuaciones elementales de la Física, ni una sola, contempla la diferencia entre pasado y futuro? Bueno, para ser sincero hay solo una: precisamente la ley de la entropía. O sea, que en un mundo sin entropía, el tiempo no existiría. O mejor, existiría a nuestra voluntad. Tanto podríamos hacernos cada vez más jóvenes como cada vez más viejos. Ya sé lo que elegiríais todos.

Vale. Ahora dejemos de hablar de tazas que se rompen y de cuerpos que se pudren. No hablemos de materia, o no solo de materia. Hablemos del coco, folks. De vuestra puta cabeza. ¿Se cumple la ley de la entropía allá adentro? No es fácil responder. Es decir: no es fácil para casi nadie, pero es jodidamente fácil para mí. Cualquiera diría que sí. Que también hay entropía en nuestra

cabeza. Nadie tiene las ideas más claras que a los cinco años. Lo que está bien y lo que está mal, lo que quiero hacer y lo que no quiero hacer, todo sencillito. Luego llega la vida, y a la mierda con todo eso, ¿no? Aprendes cosas. Olvidas muchas, pero sobre todo aprendes. Te transformas. Te haces cada vez más complejo. ¿Mejoras? Yo no he dicho eso. Cambias: de eso no hay duda. Pero mejorar, lo dudo mucho. No somos como el vino. Somos, quizás, como la leche. Llega un momento en que mejor que ni nos prueben.

Bueno: ¿pero qué pasa con la vejez? Ah, folks: ahí las cosas se complican. Es decir, se simplifican. Porque con la vejez uno olvida más rápido de lo que aprende. Uno se va SIMPLIFICANDO. ¿Me seguís o no me seguís? Seguro que no, pero si ni siquiera yo tengo fe en vuestra inteligencia, ¿quién la tendrá? Repito: uno se va simplificando. Va pasando de lo complejo a lo simple y no viceversa. La entropía se reduce y no aumenta. Y la Física CALLA. La Física calla, porque se supone que eso es imposible. ¿Y qué pasa con el alzhéimer? Bueno, pues con el alzhéimer ya no queda ni una puta duda. ¡A tomar por culo la entropía! ¿Entendéis? Que alguien que aprendió la ley de la relatividad acabe olvidándolo todo hasta el punto de volver a ser un niño de tres años pero en una silla de ruedas: eso SÍ que es demostrar que hasta la entropía tiene sus límites. Por eso, no me cansaré de repetirlo: EN LA CABEZA HUMANA NO EXISTE LA DIRECCIÓN DEL TIEMPO. O mejor: podemos tomar la dirección que nos salga de los cojones. El hecho de que seamos capaces de olvidar lo que sabíamos, que podamos pasar de lo complejo a lo simple, de los mil añicos a la única taza, demuestra que el viaje en el tiempo es posible, y que el olvido es la única forma posible para lograrlo.

¡Un momento!, me diréis algunos. Y seguro que hasta sonreís pensando que me vais a dejar con el culo al aire. ¡Ya querríais ser

tan listos! Puedo imaginarme la pregunta, como si ya me la hubierais hecho (porque YA ME LA HABÉIS HECHO, FOLKS, AUNQUE NO PODÁIS RECORDARLO). Pero vamos con vuestra pregunta. Si para viajar en el tiempo basta con olvidar, entonces, ¿por qué cojones no viaja en el tiempo la gente con alzhéimer? Eso me preguntasteis. Eso me preguntaréis. ¡Ay, folks! ¿Y quién os dice que no es exactamente ESO lo que sucede? ¿Quién puede explicar, decidme, quién de vosotros me explicará lo que sucede en la cabeza de esos viejos en pañales, que de repente hablan con sus madres muertas y se ríen de chistes que nadie escucha y repiten gestos de otro tiempo? ¿Por qué no creer que es exactamente allí donde están, en el pasado, cuando ingenuamente creemos que están con nosotros?

De modo que la cosa está clara, y si no está clara es que no sois tan listos, y entonces vuestra pura estupidez será OTRA PRUEBA de que la entropía no existe (porque no hay nadie tan simple que no pueda serlo un poco más, si se esfuerza). HAHAHAHAHAHAHAAH. Bueno: vamos a lo que vamos. La entropía. El olvido. Lo que vale para la Física no vale para vuestras jodidas cabezas. Eso es lo primero que tenéis que saber. Y si queréis viajar en el tiempo, tenéis que olvidar. Eso es lo segundo. Tenéis que padecer un alzhéimer controlado, folks. Matadlo todo: lo que os gusta y lo que no os gusta. Lo más querido y lo menos querido. Olvidad todo lo que ha sucedido después del Momento, sin distinción, y si lo conseguís, si de verdad sois capaces, entonces regresaréis al Momento. Así de sencillo.

¿Alguno a quien le haya aclarado las cosas? ¿Alguno que después de esto vea el mundo más manejable y más simple, que en este rato haya pasado de la complejidad a la sencillez? Pues esa persona ya es una prueba de que TENGO RAZÓN.

Olvidar a Natalia, como si nunca hubiera llegado a conocerla. Porque es así: no la conoce. Solo la vio de refilón en aquel paso de cebra y luego la olvidó, porque tenía cosas más importantes en que pensar. Llegar a la Cala de los Amarillos, enseñar a Teresa a bucear, comer aquel bocata de mortadela: eso es lo que tenía que hacer. Eso es lo que hace. Y sobre todo, no dormirse. ¿Vamos a bañarnos o no?, pregunta Teresa, y él responde tengo un poco de sueño, pero vale. Vamos a bañarnos ahora mismo y se me quita. Y es así: se le quita. Aquella noche es Teresa la que se queda dormida en aquel sofá, mientras intentan ver *La Sirenita* —es una película de mi infancia, explica Daniel, seguro que te gusta, pero Teresa le devuelve una mirada plena de escepticismo—. Ni rastro de la chica del vestido amarillo, en esta historia. Sencillamente no es necesaria. Por eso nunca se encontrará con ella en el supermercado —ahora que lo piensa, ¿qué hacía él en aquel Alcampo, cuando siempre había preferido el Carrefour e incluso el Día? ¿Sería que ya entonces había empezado a buscarla, sin saberlo?—. Si nunca la reconoció en aquel Alcampo, entonces no pensó en ella los días siguientes, no volvió a buscarla, no fumaron nueve cigarrillos juntos en aquella terraza. Si Teresa no ha muerto, entonces él ni siquiera fuma. Todas esas cosas no pertenecen al pasado, sino al futuro: uno de muchos porvenires posibles. Pero Daniel se niega a hacerlo posible. Daniel va a cambiar el pasado e inevitablemente eso cambiará el futuro.

De modo que Natalia no existe. No, al menos, para Daniel. Eso es lo que necesita ahora. Regresar a ese tiempo en que Natalia no era nada, no era nadie, podía vivir o morir sin dejar ninguna secuela. Ni siquiera tenía nombre: el 13 de abril fue la chica del vestido amarillo, y antes de eso, nada. Hay que olvidar su nombre. Olvidar sus gestos, sus silencios, el modo en que se le achican los ojos cuando retiene el humo y más tarde lo suelta. Hay que olvidar su leve

cicatriz en la mejilla, porque eso es algo que solo puede ser visto muy de cerca, más cerca de lo que una desconocida como ella podrá estar nunca de Daniel. Hay que olvidar que hubo un tiempo en que Natalia —¿quién?— era bajita y regordeta, aunque ya no lo sea. Ignorar su olor. Ignorar el tacto levemente áspero de sus piernas e increíblemente suave de su cuello. Ignorar sus pies, que son o a Daniel le parecen feos —el alivio de que alguien bellísimo sea también un poco feo, es decir, un poco real—. Hay que ignorar todo el daño que le hizo su padre. Hay que olvidar bañadores, bromas comunes, tardes de junio, promesas. Daniel debe, incluso, ignorarse a sí mismo: ignorar la clase de persona que puede llegar a ser cuando toca a Natalia, cuando folla con Natalia, cuando habla con Natalia. La voz de Natalia: otro misterio. Una incógnita que nunca quedará resuelta. Su número de teléfono, borrado. Número desconocido, dirá a partir de ahora la pantalla de su móvil. Eso tiene que ser de nuevo. Una desconocida. Una de las 67.523 personas que según el censo residen permanentemente en Benidorm.

Pero ¿cómo puede lograrse eso? ¿Cómo nuestra cabeza puede vaciarse de algo o de alguien, como un ordenador borra una aplicación sin uso?

Daniel no tiene la respuesta. Solo tiene la voluntad. Solo algunas frases que rebotan en su cabeza, oscuras y reveladoras al mismo tiempo. La clave está en la meditación, dice John1419 en su post 139. La clave, explica doscientos posts más tarde, está en la autohipnosis. La clave está en repetir en voz alta un millón de veces: esto no ha sucedido, es solo uno de muchos futuros posibles, y con mis actos yo voy a hacerlo imposible. La clave está en la sugestión. La clave está en los sueños: en aprender a olvidar los fragmentos de realidad que no nos gustan, como aprendemos a olvidar nuestros sueños. La clave está en aprender a ver ciertos recuerdos con

distancia y desapasionamiento, como se asiste al visionado de una película. Daniel hace todo eso, y al mismo tiempo no hace nada. Se queda tumbado en el sofá boca arriba, los ojos clavados en el techo, y en los dedos ningún cigarrillo. También tiene que olvidar eso, el placer de fumar. Un cigarrillo es o puede llegar a ser la respiración de nuestros pensamientos. De modo que ahora los pensamientos de Daniel se suceden en un tropel informe, un magma que arrasa con todo, sin dejar el consuelo de una sola conclusión. No sabe si todo lo que cuenta John1419 sobre entropías y amnesias selectivas tiene sentido o no lo tiene, pero no importa: él escoge creerlo. Se puede creer por convicción, se puede creer por fe, y se puede creer, como cree Daniel, por simple desesperación. Porque hay que creer en algo y, como dice Schneider, qué otro algo les queda.

Ahí sigue Daniel, eternizado en la misma postura, mientras el sol de otoño se va desvaneciendo en la terraza y el salón se va llenando de sombras estrechas y del humo de ningún cigarrillo.

No estoy recordando, estoy imaginando, dice.

No estoy recordando, estoy imaginando, dice

No estoy recordando, estoy imaginando, dice.

Y lo que recuerda, lo que imagina son escenas sin significado o que ojalá carecieran de significado. Ve una tarta Comtessa y una caja de Minimagnum —¿me permite?—. Un bocadillo de mortadela intacto, espolvoreado de arena. Un hombre y una mujer que ocupan a duras penas una cama individual —¿qué hacen durmiendo en esa cama tan pequeña?—. Una lámpara de lava azul y el escorzo de una mujer desconocida y también desnuda, que espera en una cama mucho más grande. No apagues la luz, dice la mujer. Y la luz, de todas formas, se apaga.

—Qué, ¿está buena o no está buena?

—Muy buena —contesta Daniel, todavía con la boca llena.

Mario envía a Rosa una mirada expectante.

—Buenísima —confirma también ella—. Como siempre, Mario.

La paella de Mario. Una tradición que en su casa sucede cada domingo. Pero hoy no es un domingo cualquiera. Es el último domingo de octubre. Y por eso, como todo último domingo de octubre de cada año, Daniel también está invitado. Para despedirse como Dios manda y para celebrar que una vez más comienza la temporada baja. Esos meses en que Mario deja de quejarse de que hay demasiados turistas, demasiado trabajo en el Calipo, un día me va a dar un infarto, joder, para empezar a quejarse de que Benidorm está muerto, es una ruina esto, una ruina; me dan ganas de cerrar y de mandarlo todo a la mierda.

Pero hoy no. Hoy no es el día de mandarlo todo a la mierda. Es el día de celebrar que los putos turistas se van ya y que Daniel se vuelve a su vida en Madrid. En los Madriles, como siempre dice Mario.

—El secreto está en el agua. Pero no os digo más. Aunque me torturéis, no os voy a dar la receta. Solo puedo deciros esto: el secreto está en el agua.

—Pues brindemos por el agua —dice Daniel, alzando su copa.

—No. Mejor brindemos por el vino.

—Venga. Pues por el vino.

Una mesa de hierro forjado, que ocupa casi todo el diminuto jardín. Tres sillas de ratán. Tres copas de vino —ojo ojito, Marqués de Riscal, advierte Mario— que se alzan en el aire:

—Por los turistas. Por que se vayan de una vez a su puta casa. Y por que este idiota se vaya también, si le aburrimos tanto. Y por que te volvamos a ver el pelo. Pero eso ya será en abril. O nunca.

He ahí otra de las frases estrella de Mario, al menos mientras dura la temporada baja. Abril o nunca. Todos los sucesos futuros quedan emplazados a abril o a nunca. Comeremos otra paella así en abril, o ya nunca, que lo mismo este imbécil el año que viene no vuelve. En abril volverán a llenarse los hoteles; o nunca, porque con el puto cambio climático el turismo está cada vez peor. Para abril o nunca terminarán las obras de la N-332. En abril o nunca reabriremos la terraza del Calipo, porque ya me estoy haciendo viejo para este trabajo. Y casi siempre, justo después de las palabras abril y nunca, suena el vidrio de copas que entrechocan; un brindis por el futuro. Chin, chin.

—Apoya, Dani —dice, señalando su copa—. El que no apoya, no folla.

Rosa pone los ojos en blanco:

—¿Qué? ¿Qué pasa? Es lo que se dice.

—Pues yo tampoco he apoyado —murmura Rosa.

—¿No? Pues a ver si es eso lo que nos pasa, Rosita.

—Mario, *por favor*.

Mario ríe y Rosa menea la cabeza. A Mario le gusta eso, escandalizar un poco a su esposa. Y a su esposa, a Rosa, le gusta fingir que se escandaliza un poco con las palabras de Mario. Un matrimonio que funciona es tal vez eso, piensa Daniel: un juego que dos personas no se cansan de jugar.

—Qué. Ya has hecho la maleta.

Daniel gana tiempo secándose los labios con la servilleta.

—No. Es que no os lo he dicho, pero creo que al final no me voy.

—¿Cómo que no te vas?

—Igual me quedo aquí a pasar el invierno.

Tres tenedores en el aire.

—¿Y eso? —pregunta Rosa.

Mario se frota el cráneo, satisfecho.

—Se queda por la chica esta. Por Natalia. Me alegro mucho, tío. De que te quedes y de lo de Natalia. ¿Ves cómo tenías que apoyar?

—No es eso —murmura Daniel—. Además ya no nos estamos viendo.

No dice lo hemos dejado, porque no eran nada, nunca fueron nada. Dejaron de verse: simplemente eso.

—¿Y eso? Joder. Pero ¿qué ha pasado? —Mario se queda pensativo—. Por eso no querías que la invitáramos.

—Sí.

—¿Pero qué ha pasado? —insiste Mario, que es incapaz de dejar una pregunta en el aire.

—No sé. No ha funcionado.

—¿Ha sido ella o has sido tú? No me digas que los dos, porque todo el mundo sabe que nunca es cosa de dos.

—He sido yo.

—Bueno, pues mejor, ¿no? Si has sido tú, sería porque es lo mejor.

—Sí.

Mario no dice nada, no hace nada: solo bebe otro sorbo de vino. Pero la mano de Rosa viaja hasta la mano de Daniel.

—Lo siento. Lo sentimos mucho.

—No pasa nada. Era mejor así.

De pronto, todos fingen un interés excesivo por su plato de paella. Hasta que Mario arruga el ceño.

—Oye, ¿pero entonces?

—¿Entonces qué?

—Que por qué te quedas.

Porque quiero viajar en el tiempo. Porque quiero estar aquí, pero no hoy, sino hace ciento noventa y cuatro días, ¿no está claro? Eso debería decir.

—¿Vas a buscar otra escuela de buceo? —sugiere Mario—. He leído que a los de Nissos les va bastante bien. Igual buscan gente.

—No. Creo que prefiero dejarlo para más adelante, lo de bucear.

—¿Entonces? Por el calorcito no será.

Daniel ríe.

—Sí, también. Entre otras razones, por el calorcito. ¿Vosotros sabéis el frío que hace en Madrid?

Mario asiente. Sí, lo sabe. Explica que hace solo tres años pasaron unas cortas vacaciones de Navidad en Madrid, en los Madriles, y hacía un frío que pelaba. ¿Te acuerdas, Rosa? Rosa no dice si se acuerda o no se acuerda. Se limita a mirar fijamente a Daniel.

—¿Por qué otras razones? —pregunta con suavidad.

—Es difícil de explicar. Creo que he empezado a sentir que esto es mi casa. Que me quedan muchas cosas que hacer aquí.

Mario asiente enérgicamente.

—Si es lo que siempre digo. Que en Benidorm se está de puta madre. ¿Verdad que lo digo siempre?

—Sí, lo dices siempre. Pues nos alegraremos mucho de tenerte aquí, Daniel.

—Eso —se suma Mario—. Para lo que necesites, estamos. ¿Tienes planes para las Navidades?

—Todavía no.

—Pues ya tienes. Te vienes la Nochevieja. Con nosotros. Así neutralizas a mis suegros. Que son... O sea, son muy majos, vale, pero...

Rosa sonríe.

—Me conformo con que neutralices a Mario.

—¿Queréis más paella o qué?

No, no quieren. Tampoco más vino. ¿Traigo ya el helado? Mejor nos esperamos un poco, ¿no? Y eso hacen: esperar sentados en el jardín. Rosa con una rebeca y Mario con un jersey y Daniel un poco encogido sobre sí mismo, porque no ha traído chaqueta y ya no hace calor precisamente. Es la pausa del cigarrillo, piensa Daniel, con un pinchazo de nostalgia. Solo que ya nadie fuma: ni siquiera él. ¿A qué esperan entonces?

—Oye, Daniel —dice Rosa, con la voz dulcificada—. Y por lo demás, ¿cómo estás?

—Bueno. Haciéndome a la idea de la soltería, supongo.

—Me refería a Teresa.

Un respingo. ¿Se acostumbrará alguna vez a que alguien pronuncie su nombre? La posibilidad de que su hija vuelva a vivir en las palabras de los otros así de pronto, como si tal cosa.

—Así así —contesta.

Así así. Como un perrito, flota Daniel. Moviendo mucho las patas para permanecer en el mismo sitio.

—¿Has conseguido llorar? —insiste Rosa.

Joder con la preguntita, piensa. Pero esa es su experiencia con las mujeres. Son capaces de hacer las preguntas más inesperadas, aquellas que un hombre jamás haría, y arreglárselas para que suenen naturales. Necesarias incluso. Bien pensado, ¿por qué no se lo ha preguntado nadie hasta ahora?

—La verdad es que no. —Una sonrisa forzada—. ¿Ayudaría que llorara?

—Claro que ayudaría. Pero ya llegará. —Se queda mirando sus propias manos cruzadas sobre el regazo, pensativa—. A mí al menos me ayudó mucho cuando lo del niño.

¿Qué niño?, piensa Daniel. ¿De qué cojones está hablando? Pero algo en el gesto grave de Rosa, en el silencio perturbadoramente

largo de Mario, le dice que es mejor no preguntar. Toda su concentración puesta en lo que sucede debajo de la mesa: la mano de Mario, que de pronto se ha deslizado hasta tocar la rodilla de Rosa. Una mano que quizás busca acariciar o sostener o curar o simplemente decir estoy aquí, estamos juntos en esto. Las manos enormes de Mario, que no parecían capaces de tanta ternura.

—Toda la gente nos decía lo mismo —continúa Rosa, sin levantar la vista—. Mis padres, mis amigos. Hasta mi hermana. Que había que mirar hacia delante. Que teníamos que pensar en otra cosa. Que no eran más que tres meses. Que ya tendríamos otro. Pero yo no quería a otro. Yo lo quería a él.

Daniel recuerda de pronto un verano. Un verano en particular. Ese verano que Rosa casi no salía de la cocina y que Mario no quería quedar para hablar de videojuegos, porque tenía mucho trabajo. El verano en que, contra su costumbre, cerraron el Calipo para irse de vacaciones. La luna de miel que siempre quisieron tener y nunca tuvieron. Diez días en las playas de Cancún. Aprovechad para vivir la vida vosotros que podéis, dijo Daniel al despedirlos: yo, con Teresa, imposible. Sí, contestó Mario con lentitud. Hemos pensado que eso es lo que vamos a hacer. Vamos a vivir la vida. Y ahora, sentados en aquella mesa, busca la mirada de su amigo, pero no la encuentra. Mario es un cuerpo paralizado en su silla. Unos ojos concentrados en el césped. Una mano que toca la rodilla de Rosa. Y Rosa, contra su costumbre, es una mujer que no puede callarse. Una boca que se abre y se cierra.

—¿Sabes que con tres meses un niño ya tiene actividad cerebral? Yo me enteré por aquel entonces. No dejaba de leer cosas sobre el tema. Me había descargado una app y todo. Te decía si tenía el tamaño de una ciruela o de un aguacate. Si ya se le habían formado los ojos y los riñones. Cosas así. Me preguntaba si habría llegado a

sentir algo. No podía pensar en nada más. A veces me parecía que estaba bien eso, que sintiera, y a veces que no. Pensaba que si no sentía, no podía haber sufrido. Pero si no llegó a sentir nada, si no se enteró de nada, qué injusto también, ¿no? Que nosotros sintiéramos tanto y él nada. Me parecía que su vida era más real si había sentido algo. Aunque hubiera sufrido.

—Entiendo —dice Daniel—. Sé a lo que te refieres.

Eso es lo que dice: que sabe a lo que se refiere. Porque él tendría que haberlo sabido. Dani, mi mejor amigo, mi puto mejor amigo, como siempre dice Mario.

—Sigo sin saberlo. Si sintió algo o no sintió nada. Pero lo que sí sé es que viene muy bien llorar.

Mario se lleva la copa a los labios, pero está vacía. Levanta la botella, pero está vacía también. Y luego, vacío él también de propósitos, vuelve a dejar la botella sobre la mesa y a mirar el mismo rectángulo de césped.

—Al principio no podía. Pero luego... Luego fue un no parar. Lloré muchísimo, los primeros años. Incluso ahora, ya ves. Qué tonta, ¿no?

El milagro del llanto. Que unos ojos hechos para la mirada estén de pronto hechos para el agua. Daniel contempla con algo parecido a la envidia esa lágrima exacta, brillante, redonda, que tiembla en la nariz de Rosa. Ahora es él quien pone su mano sobre su mano. Él quien dice:

—Tranquila. No pasa nada.

Ella sonríe entre las lágrimas.

—Claro que no pasa nada. ¿Qué va a pasar? Estamos tristes y lloramos. No hay nada más natural que eso. Tú llorarás también, ya lo verás. No tengas miedo de llorar.

—No.

Sus manos permanecen enlazadas todavía unos segundos más. Hasta que llega ese momento. Ese momento en que algo que es tan natural de pronto resulta tan raro.

—¡Bueno, hablemos de otra cosa! —dice Rosa, con un entusiasmo repentino.

—Sí, venga —interviene Mario, tal vez demasiado rápido.

—Sí —añade Daniel.

Ahora sí. Ahora, Mario, sí que es el momento de sacar el postre. Pero Mario no se levanta. Se queda ahí, muy quieto, mientras con una mano se pellizca el pendiente y con la otra sostiene su copa vacía. En algún momento, es imposible saber cuándo, ha dejado de acariciar la rodilla de Rosa. Mira fijamente a Daniel, con una intentona de sonrisa.

—Oye —dice de pronto.

Daniel levanta las cejas, interrogante.

—Cómo vas con lo nuestro.

—¿Qué es lo nuestro?

—Joder, pues qué va a ser. Los zombis. ¿Por qué pantalla estás?

—La penúltima. Me he atascado ahí.

Y no miente. Está, efectivamente, en la penúltima pantalla, fracasando una noche tras otra. Es increíble que haya sido capaz de dejar el tabaco y de dejar a Natalia pero no de dejar *They Are Billions*. La razón es simple: algo le dice que hasta que no termine la campaña, hasta que el emperador Crane no le felicite por su victoria, no será capaz de regresar al pasado tampoco. Que ambas cosas, salvar a Teresa y salvar la civilización, están secretamente relacionadas.

—¡La penúltima ya! Bueno, si has llegado tan lejos es que eres bueno, cabrón. «Las tierras altas.» Es muy jodida. ¿Electrocutores o torretas de artillería?

—Soy más de electrocutores.

—¿Soldados o *snipers*?

—*Snipers*.

—¿Construyes la Academia de los Inmortales o El Victorioso?

—Ninguno de los dos —admite Daniel.

—Pues ahí está el problema. Construye la Academia de los Inmortales. Es esencial.

—Lo intentaré.

—Da veteranía automática a todas tus unidades. Incluso a las que acabas de reclutar. Te salen ya entrenadas. Más vida y mejor puntería. Con eso los machacas.

—Joder.

—Sí, tío. Una pasada.

Mario se empeña en acompañarlo hasta la puerta de la urbanización. Es que tengo que bajar la basura. Bueno, pero ya te la bajo yo. Que no, cómo me la vas a bajar tú, que eres el invitado. Deja, deja. Mario con una bolsa amarilla y Daniel con un tupper lleno de sobras de la paella, caminando junto a la piscina vacía y junto a unas ligustrinas ralas y luego deteniéndose frente a la verja de entrada. Daniel pisa el pedal del contenedor y Mario encesta la bolsa con un movimiento que pretende cierta elegancia baloncestística. Un trabajo en equipo.

—Oye, Dani. ¿Tienes un...?

Dos dedos, que se acercan y se alejan de la boca.

—Ya te dije que lo he dejado, tío.

—Coño, es verdad. Pues entonces se ve que lo hemos dejado los dos.

Se quedan callados. Es evidente que no ha bajado solo a tirar la basura y es evidente que tampoco para pedirle tabaco. Al menos no solo por eso. Pero hay cosas que ciertos hombres solo pueden hablar con el pretexto de un cigarrillo entre los dedos.

—Lo siento mucho, tío —dice entonces Daniel—. No sabía nada de...

No sabía nada del bebé, debería decir. No sabía nada del aborto. De tu hijo. Eso es. No sabía que durante tres meses tú también tuviste un hijo. Pero no se atreve a completar la frase. ¿Es tan cobarde como Mario, que no ha vuelto a pronunciar el nombre de Teresa? Por lo menos tan cobarde.

—Ya. Gracias, tío. —Se frota el cogote—. Perdona que no te dijera nada. Te has debido de quedar a cuadros. Quería habértelo contado, pero no sé, no me salió. Me sentía un poco...

—No pasa nada.

—Me costaba mucho hablar de eso. Todavía me cuesta.

Pasa un hombre con la capucha echada, paseando a su perro. Benidorm en temporada baja: el paraíso de los perros.

—¿Sabes qué? Hasta fui a una psicóloga. Bueno: solo tres sesiones. Rosa creía que...

—Sí.

—Pero no.

—Ya.

—Tiene un punto que está bien, lo de hablar. Pero yo no estaba en ese punto. No es para mí. En verdad no sé si es para alguien.

Por un momento, Daniel se imagina sentado en el diván de un psicólogo. Nunca ha ido a terapia, así que imagina todos los tópicos juntos: un diván, un hombre con barba blanca, cuadros surrealistas en las paredes, una alfombra africana en el suelo. ¿Qué es lo que podría contar? Verá usted, vengo aquí porque estoy intentando

viajar al pasado, y al mismo tiempo sé que viajar al pasado es imposible. ¿No estoy como para que me encierren?

—O sea, ¿qué sentido tiene? —continúa Mario—. Lo de hablar de las mierdas. Con un psicólogo, o contigo, o con quien sea. Incluso con Rosa. ¿Qué vamos a sacar de eso?

—Supongo que nada.

—Peor. Solo cosas malas. Te va a remover todo. Te va a remover la mierda. Por eso no volví al psicólogo y por eso no te lo conté tampoco a ti.

Se miran largamente. Dos hombres que están a punto de despedirse junto a un contenedor que huele a pescado rancio y pis de gato.

—Yo también siento lo tuyo —dice Mario. Y luego se apresura a aclarar—: Lo de Natalia.

—Sí, bueno. Tenía que pasar. No era el momento.

Y tiene la sensación de no haber dicho nunca nada tan cierto. De eso se trata. Ha sido, precisamente, una cuestión de tiempo.

Se dan un abrazo. Ahora sí, por fin, la despedida.

—Aparecerá otra —le dice a Daniel, o mejor dicho, le dice al hombro de Daniel—. Una mejor.

—Sí —murmura, tal vez un poco incómodo de que el abrazo esté durando tanto.

Tres palmaditas antes de separarse. Plas, plas, plas.

—Ya verás como sí, Dani. No te rayes. Hay muchos peces en el mar.

Eso es lo que dice, antes de regresar a su casa.

Hay muchos peces.

En el mar.

«Daniel», escribe Schneider a las 13.11.

«Daniel», a las 13.47.

«Daniel, ¿me escuchas?», 13.52.

«¿Estás ahí?», 13.59.

«Tenemos que hablar. Es importante», 14.12.

«Daniel, ¿me lees?», 14.27.

«Daniel, supongo que no estás, pero me gustaría que habláramos», 14.48.

«Cuando leas esto, escríbeme», 15.15.

«Necesito que me escribas. Que me digas que no estoy loco», 15.31.

«No te asustes. No es nada malo», 16.12.

«Al menos creo que no», 16.13.

«Pero tenemos que hablar», 16.13.

«Creo que lo he conseguido», 16.14.

«Sigo aquí. Te esperaré el tiempo que haga falta, amigo», 17.48.

Acaba de ocurrir. Aún no es capaz de entender cómo. Ha sido, explica Schneider, como si algo se rompiera. ¿Por qué se le ocurre esa imagen, la de algo que se rompe? ¿Oyó, en efecto, un crack? Puede ser. Aunque quizás no fuera tanto una cuestión de sonido como de color y de brillo. La vida tenía de pronto, en efecto, otro color y otro brillo. ¿Acaso vemos más luminoso cuando somos niños? Eso Schneider no puede decirlo. Solo puede decir esto: que sintió como si la vida fuera uno de esos rollos de celuloide de las películas antiguas, y de pronto el proyeccionista se hubiera equivocado de bobina. Eso parecía todo: un error. Un parpadeo entre una realidad y otra. Otro color, otro brillo y también otra historia. Pero era, sobre todo, una cuestión de tamaño. De pronto su cuarto se volvió

grandísimo, muy altas las estanterías, inalcanzable el techo. Tan cerca el suelo. Estaba en su cuarto de siempre, pero no. Oliver sufría en el televisor, pero tampoco. En aquel momento no sentía, no pensaba nada: había logrado en efecto olvidarlo todo. Al menos ese todo que por nada del mundo debía recordar. El centro de sus pensamientos era solo este: ¿lo lograría Oliver o no lo lograría? Por supuesto, lo lograba. Y él celebraba el triunfo como celebra cada sábado los éxitos del Niupi: apagando la televisión y regresando a la cama. Su cama, también gigantesca. Bajo el colchón, algo que cruje: la revista que Karl le prestó la semana pasada. Para lo que encuentra dentro, no tiene palabras. Lo que ve en aquellas fotografías es lo que imaginaba y al mismo tiempo nada que ver con lo que imaginaba. Da asco y asco, pero dos clases de asco muy distintos. Y está pensando en eso, en el asco, cuando escucha ruidos al otro lado de la puerta. La voz de su padre, remota pero autoritaria, porque llegan tarde. El toctoc de los tacones de su madre en el pasillo. Tiene tiempo de pensar: Ojalá mamá no entre. ¿Puede Daniel creer eso? Él deseando no ver a su madre. Deseando que no abra la puerta nunca, o al menos ser capaz de esconder la revista a tiempo.

Daniel siente un escalofrío.

«¿Y la abrió?», teclea.

«No. La abrí yo. Fui yo quien lo estropeó todo.»

Tal vez el problema había sido precisamente ese: que en su recuerdo no era él, sino su madre, quien abría esa puerta. ¿Por qué lo había hecho entonces? Es difícil decirlo: los niños son impredecibles. Y durante aquellos minutos él era en efecto un niño, pero al mismo tiempo otra cosa. Alguien casi anciano, que sabía más, muchísimo más de lo que parecía. Sabía, por ejemplo, que algo malo estaba a punto de ocurrir. ¿Significa eso que no logró alcanzar

del todo el TBO? ¿Que una parte de él, una parte pequeña pero esencial, continuaba en 2024 y no en 1997? Es posible. Tal vez fue eso lo que falló. Porque no cabe duda de que algo, en efecto, falló. De pronto sí, de pronto tuvo el deseo irrefrenable de ver a su madre, sintió que por nada del mundo debía permitir que taconeara pasillo arriba hasta la puerta de casa y de ahí hasta el garaje y de ahí hasta el coche. Así que se levantó de golpe de aquella cama gigantesca, arrojó la revista prohibida al suelo y abrió la puerta.

«¿Y qué encontraste?»

«Nada. No encontré nada.»

Para entonces había recobrado la memoria y también el sentido de las proporciones. De pronto la cama no era grande en absoluto, ni estaba cerca el suelo y lejos el techo, ni era extraño que el pasillo estuviera así: vacío. Habían pasado de golpe veintisiete años. Nada sorprendente, pues, que hubieran dejado de escucharse los tacones de su madre.

«¿Cuánto duró todo aquello?»

«No lo sé. Puede que cinco o diez minutos. Pero cinco o diez minutos de entonces. Porque para cuando miré el reloj ya era tardísimo. No habían pasado minutos, sino horas.»

«¿Habían pasado horas?»

«Sí.»

«Te levantaste de la cama y habían pasado varias horas.»

«Eso es.»

Daniel reflexiona. Busca las palabras adecuadas; reunir la mayor diplomacia de la que es capaz.

«¿Y cómo puedes estar seguro de que no fue un sueño? A lo mejor te quedaste dormido sin darte cuenta. No digo que fuera lo que ocurrió, pero tenemos que valorarlo como una posibilidad, ¿no?»

Schneider tarda mucho tiempo en contestar. Los puntos suspensivos que indican que está escribiendo, parpadeando una y otra vez en la pantalla, una y otra vez, una y otra vez.

«Amigo, ¿tú también crees que estoy loco?»

«Claro que no. Loco no. Pero todos nos hemos quedado dormidos alguna vez, ¿no? Sin darnos cuenta. ¿Cómo podemos descartar esa posibilidad?»

«Yo te diré cómo puedo descartarlo.»

Porque lo que no le ha dicho es que hay más, mucho más. De pronto, en ese pasillo vacío, un ruido lejano. Schneider lo reconoció de inmediato: provenía del garaje. Así que corrió hasta la escalera y todavía tuvo tiempo de verlo: una última rendija de luz antes de que la puerta del garaje se cerrara del todo. Al otro lado el ruido de un motor: un coche que aceleraba. El coche de sus padres, que acababan de marcharse. Había llegado un minuto tarde o veintisiete años tarde: cómo saberlo.

«¿A dónde van?», pregunta Daniel.

«Van a morirse.»

De pronto, un silencio tan hondo que Daniel recupera la noción de dónde está. Derrengado sobre el sofá de casa, a las cuatro y cuarto de la madrugada, con el portátil sobre las rodillas. Afuera el rumor de las olas y la sombra amenazante de los rascacielos, ya casi sin luces encendidas. La sensación de que solo él está despierto en la ciudad dormida.

«Pero ya no», añade Schneider. «Ya nunca más van a estar muertos. Mañana lo intentaré de nuevo. Y esta vez voy a lograrlo: ahora estoy seguro.»

Según los cálculos de Daniel, ocurrió en algún momento entre las cinco de la madrugada y las once de la mañana. Lo sentimos, esta página no está disponible. El enlace que has seguido está roto, o la página puede haber sido eliminada. Un icono gris donde antes estuvo la fotografía de un niño en bicicleta. Siete Johannes Schneider en Facebook: ninguno su Johannes. Qué coño, piensa o dice Daniel en voz alta. Johannes Schneider que no existe tampoco en Reddit —Este perfil ha sido eliminado—. Ni siquiera es posible encontrar los comentarios que alguna vez hizo en #diversintime: los usuarios que los respondían parecen responder ahora al vacío, a mensajes que nunca fueron escritos. El hecho de que no solo su perfil sino también sus mensajes hayan desaparecido sin dejar rastro causa la sorpresa de algunos incondicionales. Uno de ellos, @JohnWick, incluso se preocupa en crear su propio hilo. Extraña desaparición, se titula.

«¿Alguien sabe dónde está el alemán aquel de las repeticiones?»

«¿JohannesSchneider?»

«Ese.»

«Ni idea.»

«Parece que desactivó su cuenta.»

«¿Y a quién le importa?»

«También ha borrado todos sus comentarios.»

«¿Cómo diablos lo ha hecho? ¿No se supone que no se puede?»

«A saber.»

«A lo mejor los ha eliminado un moderador por infringir las normas comunitarias.»

«Pero ese gilipollas nunca infringió las normas comunitarias.»

«Eso es verdad.»

«Quizás ha logrado regresar al Momento.»

Quien dice eso es Escéptico77, es decir, Daniel. La primera vez que se atreve a escribir un comentario en #diversintime. Lo hace casi sin pensar, y cuando quiere darse cuenta le tiemblan las manos y desea, como tal vez deseó Johannes, desaparecer.

«Hahahahaha.»

«LOL.»

«Conseguir el qué???»

«Otro COLGADO.»

«Ese Schneider era un IMBÉCIL. Una vez hablé con él. Creía que el hombre había llegado a la LUNA. Podéis creerlo??»

«Yo veo más probable que el hombre llegara a la Luna que JohannesSchneider haya conseguido llegar a alguna parte.»

«Hahaahahahaha.»

«Oye, Escéptico 77. ¿De dónde sales tú? ¿Es la primera vez que te conectas?»

«No —teclea Daniel—. Llevo ya un tiempo observando.»

«Pues bienvenido, amigo. Nos hiciste reír.»

«Eso, bienvenido.»

«Por cierto, ¿lo de la Luna vosotros os lo creéis?»

«Yo no.»

«Negativo.»

«Nop.»

«Yo sí. Lo de la Luna sí. Pero lo del covid NO.»

«Yo en el covid tampoco creo, claro.»

«Mi madre murió de covid.»

«Eso es lo que quieren hacerte creer.»

Folks: no penséis que tengo TODAS las respuestas. Entre las muchas cosas que SÉ, hay muchas cosas que NO SÉ. No sé, por ejemplo, qué

pasa con todos vosotros cada vez que viajo en el tiempo. No sé si cuando regreso al pasado estoy inventando una realidad alternativa, y el futuro continúa existiendo en alguna parte. No sé si yo o alguien a quien por comodidad seguiréis llamando yo sigue viviendo en ese tiempo. No sé si este es el único tiempo que existe y todos estáis obligados a viajar conmigo, aunque no seáis capaces de recordarlo. No sé por qué yo, entre todos los hombres del planeta, he sido el elegido para descubrir esta mierda. No sé si Dios existe, y si es así, qué piensa de todo esto. Solo sé que mi viaje es REAL. Que escribo este post desde el pasado.

Muerte y desaparición: es fácil confundirlas. Podría decirse que desaparecer es morir por un tiempo limitado, mientras que morir es desaparecer para siempre. Pero ni siquiera eso es del todo cierto, piensa Daniel, porque no hay desaparición que no tenga la posibilidad de convertirse en definitiva, ni muerte lo bastante definitiva para impedirnos soñar con el regreso. Tal vez por eso la palabra *muerte* es innombrable: porque no queremos defraudar la esperanza de ese regreso. Por eso las personas queridas no mueren: nos dejan. Por eso nadie, salvo un imbécil, introducirá la palabra *muerte* ni siquiera en un pésame. Dirá, a lo sumo, que alguien —por ejemplo Teresa— está ya en paz. Sí: en las palabras de los otros, el verbo de la muerte sigue conjugándose en presente. El muerto está, sigue estando en alguna parte —está en paz, o está en un sitio mejor, o está en el cielo, pero en definitiva está—. Así fue, al menos, en el caso de Teresa. Cuánto lamento tu pérdida, repetían los familiares y los amigos, una y mil veces. Porque en los funerales la gente no se muere: se pierde. A lo sumo, fallecen —del latín *fallescere*: «escapar, equivocarse de camino, marcharse,

tropezar»—. La muerte un tropiezo. Un accidente de la vida y nada más. Pero hay que tener cuidado con el lenguaje y sus metáforas, piensa Daniel, porque alguien que se pierde es alguien que tarde o temprano puede aparecer de nuevo. Alguien tropieza, y nada le impide levantarse solo un instante después. Decir que alguien tropieza, que alguien desaparece, que alguien se ha ido o nos ha dejado o está en tal o cual parte, no es inocente: es abrir la esperanza del regreso.

Teresa desaparecida. Johannes muerto. ¿O es al revés?

Teresa regresará. Johannes no regresará. Una convicción estúpida, de la que Daniel no puede desprenderse. Schneider no regresará porque nunca estuvo realmente aquí. O, según se mire, porque por fin ha regresado al lugar que le corresponde: al 18 de junio de 1997, por la mañana.

¿Qué lugar le corresponde a él, a Daniel?

Cada noche consulta #diversintime: nada. Busca en Facebook el perfil de Schneider: tampoco. Abre, al fin, el historial de su conversación. Esa ventanita que comunica con un mundo extraño: un mundo en el que Daniel, solamente Daniel, parece haber existido.

«¿Cuánto duró todo aquello?»

Usuario no encontrado. Verifica el nombre y vuelve a intentarlo.

«¿Habían pasado horas?»

Usuario no encontrado. Verifica el nombre y vuelve a intentarlo.

«¿Te levantaste de la cama y habían pasado varias horas?»

Usuario no encontrado. Verifica el nombre y vuelve a intentarlo.

«¿Y cómo puedes estar seguro de que no fue un sueño? A lo mejor te quedaste dormido sin darte cuenta. No digo que fuera lo que ocurrió, pero tenemos que valorarlo como una posibilidad, ¿no?»

Usuario no encontrado. Verifica el nombre y vuelve a intentarlo.

«Claro que no. Loco no. Pero todos nos hemos quedado dormidos alguna vez. Sin darnos cuenta. No podemos descartar esa posibilidad.»

Usuario no encontrado. Verifica el nombre y vuelve a intentarlo.

«¿A dónde van?»

Usuario no encontrado. Verifica el nombre y vuelve a intentarlo.

«¿Lo intentarás otra vez mañana?»

Usuario no encontrado. Verifica el nombre y vuelve a intentarlo.

«Escríbeme si lo consigues. Te estaré esperando.»

Usuario no encontrado. Verifica el nombre y vuelve a intentarlo.

Eso es lo que según parece contestó Johannes: nada, nada, nada. Pero por supuesto, Daniel recuerda. Todavía no ha aprendido el arte de vaciar la memoria. Y por eso es capaz de llenar muchos de los huecos: de recordar lo que incluso las máquinas han olvidado.

«Amigo, ¿tú también crees que estoy loco?»

...

«Yo te diré cómo puedo descartarlo.»

...

«Van a morirse.»

...

«Pero ya no», añade Schneider. «Ya nunca más van a estar muertos. Mañana lo intentaré de nuevo. Y esta vez voy a lograrlo: ahora estoy seguro.»

...

«Si lo consigo, difícilmente podré decirte nada. Pero si fracaso, te escribiré mañana. Te lo prometo.»

Eso fue lo último que Johannes dijo, o al menos así lo recuerda Daniel. Te escribiré mañana: si fracaso.

Se puede creer por convicción, se puede creer por fe, y se puede creer por simple desesperación. Y se puede creer también por esto:

porque un amigo nos hizo una promesa, y ese amigo siempre cumple su palabra.

«Gracias, Johannes», teclea Daniel, con una sonrisa.

Usuario no encontrado. Verifica el nombre y vuelve a intentarlo, responde Schneider.

Vuelve a intentarlo.

Vuelve a intentarlo.

Vuelve a intentarlo, Daniel.

Inténtalo una y otra vez, una y otra vez, una y otra vez.

INVIERNO

La muerte no es el final. No, al menos, en *They Are Billions*. Daniel ha perdido la cuenta de las veces que su ciudad ha sido arrasada en la última pantalla. No importa: siempre quedará la resurrección. Empezar otra vez la partida desde el principio, aunque ese principio nunca sea el mismo, porque ahora sabe cosas que antes ignoraba. Sabe, por ejemplo, que construir trampas explosivas es una pérdida de tiempo. Sabe que cinco nidos de ametralladoras no resistirán el segundo enjambre de zombis. Sabe que sin al menos doce titanes, los puestos fronterizos están perdidos. La victoria, la posibilidad de la victoria, es una coreografía de instrucciones que debe ser obedecida minuciosamente, cada una en su instante preciso. Y así Daniel ve repetirse una y otra vez los mismos sucesos en la pantalla, y tiene que esforzarse para sincronizar con rigor matemático sus movimientos: construir al menos veintiún casas antes de reclutar *snipers*; al menos quince *snipers* antes de destruir el primer pueblo maldito; haber destruido todos los pueblos malditos antes de la jornada 49. Siempre hay algo que sale mal. Un paso que da demasiado tarde o demasiado temprano. Pero si hay algo que *They Are Billions* sabe mantener en pie, entre tantas ciudades arrasadas, es la esperanza. Porque siempre cabe la posibilidad de que esta vez, esta partida en concreto, sea la ocasión en que finalmente derrote a los zombis.

Prueba otra vez. Fracasa de nuevo. Fracasa mejor.

Ganar el juego significa traer de vuelta a Teresa. El ejército de *snipers* es su voluntad; la ciudad, esa fortaleza que se resiste una y otra vez a ser destruida, es su fe. Pero los zombis, qué decir de ellos. ¿Qué papel les toca a los zombis en esta metáfora?

Los zombis son recuerdos que quieren atravesar la epidermis del olvido.

Los zombis son ideas que sabemos secretamente ciertas, pero tenemos miedo de mirar a los ojos.

Los zombis son fragmentos de realidad que pugnan por destruir la belleza de nuestras teorías.

Los zombis son innumerables. Están por todas partes. Una hoja de calendario con el mes de diciembre claramente escrito. He ahí un zombi. Cuatro grados en el termómetro de la farmacia: una temperatura concebible en invierno pero de ningún modo en abril. He ahí otro. El recuerdo de Teresa comiendo un bocata de mortadela. Su pelo flotando como una medusa en el agua. Un ataúd, una mujer que grita sin sonido. Una maleta que nadie se ha molestado en cerrar. Una cuenta bancaria que ha dejado de transferir cada mes quinientos doce euros con veinticinco. Zombis, zombis, zombis. Debe protegerse contra ellos: protegerse contra la realidad. Y para eso hay una sola receta. Una lista de instrucciones que deben cumplirse en un orden preciso.

No te distraigas, Daniel. Hay que construir el aserradero en la primera jornada y el puesto de carpintería en la segunda y los barracones antes de que termine la cuarta. Investiga la tecnología granja y construye una: dos, si tienes madera suficiente. Necesitas alimentar a tu pueblo.

Levántate a las nueve cuarenta y cinco, exactamente a las nueve cuarenta y cinco. No antes, porque a Teresa no le gusta madrugar. Toca la puerta con los nudillos. Tereeeeesa. Debes decirlo así,

alargando la e. Vooooy, contestará ella. Así, alargando la o. Pero no la escuchas, porque ya estás en la cocina, encendiendo la cafetera y preparando su Cola Cao.

Recluta los primeros soldados en la jornada cinco. Si no llegas a tiempo, no merece la pena que continúes la partida. Vigila la frontera oriental: es muy probable que algunos zombis comiencen a asediarla a partir de la jornada sexta. Por nada del mundo dejes que penetren tus defensas.

Bebe tu café y devuelve la taza al fregadero. Prepara un Cola Cao y luego tíralo por el desagüe, hasta que quede solo un fondillo achocolatado en la taza. Lo que falta se lo ha bebido Teresa. Hazlo mientras piensas en otra cosa: por ejemplo, en ese bigote amarronado que se le queda en el labio después del desayuno. No dejes que otros pensamientos —por ejemplo, la imagen de la taza de Cola Cao intacta vaciándose en el fregadero— penetren en tu mente.

Investiga la tecnología cabaña y la tecnología taller de mampostería y emplaza la primera ballesta. Vas a necesitarla.

La puerta del cuarto de Teresa cerrada y más tarde abierta. Dentro la cama deshecha, la maletita entreabierta, un chicle de fresa reseco envuelto en una servilleta. Teresa en el baño: solo puede estar en el baño. Venga, Tere, que llegamos tarde.

Intenta construir el primer campamento minero. Si encuentras resistencia, protege primero el yacimiento con una empalizada.

Escoge la ropa de aquel día. Es decir, la ropa de hoy. Las chanclas Birkenstock. El bañador de rayas blancas y rojas. La camiseta azul con el logo de Poseidón: la letra i convertida en un tridente que apunta directamente a su cuello. Ningún abrigo. Mes de diciembre y ningún abrigo.

Cuando tengas quince *snipers*, nunca antes, ataca el primer pueblo maldito. Recuerda que cada pueblo puede cobijar cientos de zombis, incluyendo los infectados gordos, una de las criaturas más resistentes del juego. Si no estás seguro de derrotarlos, espera media jornada más: pero si para la jornada octava todavía no has iniciado el ataque, es mejor que simplemente vuelvas a empezar.

Toma el ascensor hasta la planta -2. No estás solo, pero no te vuelvas para comprobarlo. Si te vuelves ahora, todo habrá acabado. En el bolsillo, un tubo de dentífrico Colgate Plus: Máxima protección. Protégete pues, Daniel. Acércate a tu propio coche, mira a la derecha, mira a la izquierda y luego aprieta el tubo hasta exprimir una lágrima blanca y densa sobre el parabrisas. Sí: más o menos aquí. La cagada de gaviota.

Destruye las casas enemigas una a una y apodérate de los recursos disponibles.

Encesta el tubo de dentífrico en la papelera. Luego entra en el coche, ajusta el espejo retrovisor. No mires a tu derecha. De ningún modo mires el asiento de copiloto.

Avanza con cautela. Estás a punto de sufrir un ataque.

Antes de arrancar, quédate mirando el manchurrón blanco que hay en el ángulo superior izquierdo del parabrisas. Chasquea la lengua. Piensa: se me había olvidado la cagada de gaviota. Tengo que acordarme de limpiarla cuando volvamos a casa.

Ha llegado la jornada 12. La hora de la verdad. El primer enjambre de zombis que se aproxima.

Dile a Teresa que se ponga el cinturón de seguridad. Que no te extrañe que continúe tan callada: Teresa casi nunca contesta cuando recibe una orden. Todo lo más, suspira. ¿Ese ruido que has escuchado es eso, un suspiro?

Que tus unidades se pongan a resguardo. Yes, sir, contestan. Los *snipers* siempre contestan cuando reciben una orden.

Arranca sin pensar.

Construye una doble línea de empalizadas y una torre de vigilancia y prepárate para resistir.

No pienses: estoy solo.

Reúne al menos veinticinco *snipers* para defender la empalizada.

No pienses: esa cagada de gaviota no es una cagada de gaviota, sino un poco de pasta de dientes que yo mismo esparcí sobre el parabrisas.

Si es necesario, construye como apoyo una barricada de estacas.

No pienses en la cicatriz de Natalia ni en el hijo que Rosa no tuvo ni pienses en el entierro de Teresa, porque Teresa no ha muerto y Rosa nunca abortó y Natalia, quién es Natalia.

No olvides las ametralladoras.

No olvides que es 13 de abril. Todos los días son 13 de abril, por la mañana, y no estás solo.

No dejes un solo flanco sin fortificar. Los zombis pueden aprovechar el menor descuido.

Pero sobre todo, no mires el asiento de copiloto. Porque ella está ahí, a tu lado, pero no debes comprobarlo. No todavía.

Ya vienen. Ya están aquí.

No pienses. Cierra los ojos si es preciso, pero no pienses en nada.

No puedes permitir que ni uno solo atraviese tus defensas.

Ni un solo pensamiento.

Ni un solo zombi.

Solo Teresa y tú. Teresa a tu lado, guardando un silencio solemne mientras la puerta del garaje se va elevando poco a poco.

Antes de pisar el acelerador puedes permitirte, ahora sí, un suspiro. El mismo suspiro que se te escapa cada vez que inicias una

nueva partida en *They Are Billions*.

Lo que hay más allá de la puerta del garaje es un misterio. Como si el coche, en lugar de salir a las calles soleadas de Benidorm, se hubiera internado en un banco de niebla. Y es necesario disipar esa niebla: contemplar el pasado con los ojos abiertos. Para regresar al 13 de abril, primero debe imitar de manera exacta el 13 de abril. Para imitar de manera exacta el 13 de abril, debe ser capaz de recordar todos los detalles. Solo hay un problema: que es imposible. Nadie, por mucho que se esfuerce, puede recordar todos los detalles de un mismo día. Cómo saber si sonaba la música en la radio, y si era así, qué canciones, y si no sonaba, quién y cuándo decidió apagarla. Cómo recordar la hora precisa a la que encendió el motor; el ángulo del sol en el parabrisas; la forma exacta de la cagada de gaviota. Las conversaciones: cómo recordar una conversación completa. Cómo estar seguro de si, mientras hablaban, Teresa se rascaba la pierna derecha o la izquierda. Cómo estar seguro de si se rascó siquiera. Por no hablar de los pensamientos del propio Daniel; de ese torrente vertiginoso que algunos llaman flujo de conciencia. No podría desearse un nombre mejor. Imposible recordar el flujo de nuestras ideas, como es imposible recordar cada uno de los requiebros y las salpicaduras de un río. Imposible bañarse dos veces en un mismo pensamiento. Pero entonces regresar en el tiempo es imposible, piensa Daniel acostado en la oscuridad. Porque ahí es donde está ahora, en la oscuridad, pensando en el día de mañana y en tantos días de mañana que también serán o intentarán ser 13 de abril. Es así, a oscuras, como deben comenzar los preparativos del Viaje —un consejo, folks: meteos en vuestra puta habitación y cerrad puertas y ventanas y cerrad también los ojos y hasta los

oídos, suspended toda forma y color y todo estímulo y dejad que la conciencia vague dentro de sí misma, desconfiad del mundo y de toda su vanidosa luz: palabra de John1419—. De modo que está ahí, en la oscuridad de su habitación cerrada, inalcanzable para el tiempo y para el mundo, y aun así piensa: pero entonces es imposible. Completamente imposible.

Y entonces, cuando sus ojos ya se han acostumbrado a la negrura, algo parecido a la luz. Una tenue franja del mundo, que se cuela a través de la rendija de la puerta. Esa luz lo conforta y se transforma en un consuelo, un pensamiento, una esperanza. Porque bien pensado, qué son los recuerdos, sino ficciones. Qué el tiempo, sino un relato. Y acaso baste con esto: ser fiel a un relato. Imposible recordar el picor que Teresa sintió en la pierna nueve meses atrás, pero desde luego es posible; es de hecho sencillísimo inventarlo. La pierna izquierda. Las 11.47. La radio apagada —la apagó Teresa, con un manotazo despectivo— y la luz oblicua del sol rebotando en el espejo retrovisor y la cagada de gaviota así, exactamente así.

De modo que recordar no es el problema. El problema es olvidar todo lo demás; vaciar su cabeza de todo cuanto no debe ser recordado. Pero olvidar solo lo que uno desea es tan imposible como recordarlo todo. Lo que hay que hacer, lo único que puede hacerse, es colocar esos recuerdos prohibidos en otra parte. Colocarlos, por qué no, en el espacio de la imaginación. Porque no son recuerdos, se repite. Son sueños. Son fantasías. Son cosas que imaginó una vez y no se cumplieron, como no se cumplen nunca nuestros peores presagios ni los mejores. El entierro de Teresa, por ejemplo, nunca sucedió: solo fue una pesadilla. ¿No es cierto que a veces soñamos con la muerte de aquellos que nos rodean, incluso —sobre todo— con la muerte de las personas más queridas? Teresa ha muerto, pero solo en uno de esos sueños: sus párpados cerrados detrás de

los párpados cerrados del propio Daniel. Porque es él quien ha soñado la cala, el tanatorio, la boca de Patricia abriéndose y cerrándose, Jaime diciendo no es tu culpa, no es culpa de nadie. ¿Somos acaso culpables de nuestros sueños? No: no lo somos. Ni siquiera de sueños tan atroces como este, en los que no solo ha matado a su hija, sino que lo ha hecho además en su lugar favorito en el mundo. Qué cosas piensas, Daniel. Cómo se te ocurre llegar tan lejos, incluso en tus sueños.

Y así todo lo demás: esos nueve meses que por un momento parecieron tan reales y sin embargo están llenos de falsos recuerdos.

Porque Daniel nunca volvió a fumar, solo deseó hacerlo. Deseó comprar otra vez sus Golden Virginia. Deseó encontrar a una mujer con la que compartir cigarrillos sin culpa y sin esperanza.

Daniel no ha besado a una mujer, no desde hace por lo menos un año, pero está bien, se dice, perfectamente; mejor solo que mal acompañado.

Mario nunca perdió un hijo, y si lo hubiera hecho se lo habría contado, porque al fin y al cabo es su mejor amigo, su puto mejor amigo.

Un tal John1419 nunca fundó un hilo llamado #diversintime y nunca tuvo un ejército de discípulos y un ejército de detractores. Qué personaje tan extraño, ese John, y qué raro que Daniel haya soñado o imaginado a alguien semejante, un tipo tan gordo como Michael Moore y tan listo como Albert Einstein y tan loco como Anders Breivik, el de la matanza de Noruega.

Si un John1419 nunca existió, mucho menos un Johannes Schneider —¿puede ser casualidad que Johannes sea precisamente John en alemán?

Natalia, la risa de Natalia, sus cigarrillos y sus vestidos y sus Coca-Colas: otro sueño. El mejor y también el peor de todos. Una fantasía

construida a partir de la visión fugaz de una chica guapa que espera en un paso de cebra. Su dormitorio, ese dormitorio que no conoció y no llegará a conocer jamás, iluminado con lo que su memoria tenía más a mano: la lámpara azul que vio brillar en la mesilla de Elisa. Natalia dejándose caer en la cama de Teresa mientras se quita la sandalia izquierda con el pie derecho y la sandalia derecha con el pie izquierdo. Natalia diciendo me da miedo el agua, pero solo un poco.

Tantos sueños, y ahora Daniel está a punto de despertar. Eso piensa, refugiado en esa oscuridad donde puede ser cualquier hora del día y cualquier día del año y cualquier año del calendario.

Mañana es 13 de abril, piensa.

Mañana es 13 de abril, dice.

Mañana es 13 de abril y Teresa está durmiendo en su cuarto.

Mañana es 13 de abril y Teresa celebrará su segundo cumpleaños. Porque Teresa cumple años dos veces cada año.

Mañana es 13 de abril.

Mañana es 13 de abril.

Mañana es 13 de abril y al despertar, dirá: anoche tuve un sueño muy extraño. O mejor dicho, muchos sueños.

Mañana es 13 de abril, pero también, al mismo tiempo, es 24 de diciembre. En su sueño, ese sueño del que por alguna razón está tardando en despertar —porque hay sueños así, que se resisten a desvanecerse incluso con los ojos abiertos—, es Navidad. Navidad, blanca Navidad. Solo que en Benidorm, como en tantos lugares, la Navidad no es blanca. Es, a lo sumo, un poco gris, y a veces absurdamente luminosa y azul, como si alguien se hubiera dejado olvidada una tarde de verano en el interior de un frigorífico. Ese alguien también ha olvidado advertir a los supermercados que dejen

de vender flotadores de flamencos y bañadores y balones de playa en pleno diciembre. El verano en Benidorm es mucho más que una hoja del calendario: es una cuestión de fe. Una ilusión compartida. Aviones que vienen de Londres y de Ámsterdam y autobuses del Imserso fletados en Madrid e incluso ferries que sueltan amarras en Southampton en pleno diciembre. Todos ellos creen en el verano a pies juntillas. Creen, como las golondrinas, que hay lugares que son promesa eterna de felicidad y de sol. Pero eso que ni siquiera basta para un pájaro —porque el invierno español es, a pesar de todo, demasiado frío para el gusto de una golondrina— es suficiente e incluso semejante a un paraíso para belgas y escandinavos, para franceses y alemanes y rusos y hasta españoles, todos mezclados en ese laboratorio de sueños que es pasear por la playa de Levante la víspera de Navidad. Algunos llevan chanclas y calcetines y sillas de tela a cuestas. Algunos, incluso, se bañan en el mar. En Hamburgo, dicen, sería imposible bañarse en esta época del año. Aquí también es imposible, pero por suerte no lo saben.

Benidorm un 24 de diciembre: más inglés que español, más viejos que jóvenes, más muerte que vida. Ni un solo niño: la infancia que desaparece con el invierno. Morgan Tavern, Wild Duck, Rose and Crown, Queen's Arms. Toda la ciudad convertida en un simulacro, la repetición de un Londres de fantasía, con el Mediterráneo en lugar del Támesis y platos de paella en lugar de cucuruchos de fish and chips.

En el White Star, cuatro estatuas de los Beatles cruzando Abbey Road. Solo John, Paul, Ringo y George, en la terraza vacía. También ellos llegan o tal vez se marchan. CLOSED FOR HOLIDAYS: REOPEN END OF MARCH.

Las seis de la tarde y las luces navideñas que se encienden de pronto en la avenida Mediterráneo.

Un belén viviente en el Ayuntamiento.

Un concierto de villancicos en la iglesia de Sant Jaume, con nieve artificial salpicando las escaleras.

De modo que Navidad, después de todo. Navidad y ancianos en la playa y hojas secas mezcladas con arena. HO-HO-HO, escrito en el pizarrín de un chiringuito obstinadamente abierto: BEBA NUESTRO CÓCTEL SANTA CLAUS. Abetos navideños, como centinelas sombríos en las ventanas. Ningún árbol en casa de Daniel: sería como reconocer que en efecto no es 13 de abril. Tampoco ningún regalo sobre la alfombra. Lo más parecido a un regalo de Navidad son dos aletas rosas y un bikini amarillo; el snorkel y el neopreno de la talla 14 que Daniel compró ayer mismo en Decathlon. Igual, exactamente igual que la primera vez, pensó al pasar la misma tarjeta de crédito y teclear el mismo pin. Pero no, qué va: esta es la primera vez. Nunca antes había visto este bikini amarillo, que hubo que rebuscar entre los artículos fuera de temporada.

¿Seguirá siendo el amarillo el color favorito de Teresa?

Lo descubrirá muy pronto.

—¿Tú sabías que al principio los romanos no celebraban el año nuevo el 1 de enero?

—No tenía ni idea.

—Pues como lo oyes. Eso de empezar el año con enero se lo sacó de la manga Julio César. El que casi llega a ser emperador. Fíjate si tenía poder el tío.

—Ya veo.

—Al principio ni existía el mes de enero. Se lo inventó otro tipo. Un rey de Roma. ¿Qué fuerte, no? Eso de que pueda uno inventarse un mes.

—Sí, muy fuerte.

Están sentados en la oscuridad en la mesa del jardín, con los abrigos puestos y una copa de cava en la mano. Cada tanto, el aire se remece con un estampido de un petardo o con un cohete que estalla solitario en el cielo, con una alegría póstuma. De dentro de la casa llegan algunos ruidos de risas y de cristales, y un rectángulo de luz —la luz de la ventana del salón— dibuja una geometría de sombra en el césped. Una chispa bailando en el aire: el cigarrillo que Mario retiene entre los dedos. Es de los chinos, ha explicado: no es que vaya a volver a fumar ahora. Pero los chinos te venden los cigarrillos sueltos, por cincuenta céntimos, y para ocasiones así merece la pena. Porque joder, es Navidad. Año Nuevo, vaya. Si no me voy a permitir ahora un pitillo, ¿cuándo?

Eso piensa Daniel: cuándo.

—Lo que quiero decir —continúa Mario, sin dejar de dar vueltas al cigarrillo— es que si fuéramos romanos, ahora no estaríamos en enero. Y no estaríamos celebrando nada. Es una... ¿Cómo se dice? Una convención.

—Ya.

—Para ellos el año empezaba el 1 de marzo. Marzo, o sea, el mes de Marte.

He ahí más datos que Daniel tendrá que olvidar. Que el mes de enero no existía. Que Julio César cambió el calendario. Que hubo un tiempo en que marzo era el primer mes del año.

—¿Cómo te quedas? —insiste Mario.

Daniel se encoge de hombros.

—Sorprendido —responde.

—Pues así me quedé yo.

Cada tanto, Mario obsequia a Daniel con perlas de sabiduría como esta. Sobre todo en invierno. En invierno, durante la temporada

baja, no hay mucho más que hacer en el Calipo que esto: mirar la televisión desde la barra. A Mario le gustan, además de los partidos de la Liga, los documentales del Canal Historia.

—O sea. A ver si me explico. Lo que me parece fuerte es que los romanos tenían más o menos el calendario de Benidorm, ¿no?

—¿Cómo que el calendario de Benidorm?

—Sí, hombre. Para nosotros el año, la temporada, empieza con la primavera. En marzo, en abril. Antes no. Antes poca cosa. En enero hay tan poco que hacer que hasta hace poco ni existía.

—Ya entiendo.

Daniel no dice nada más. Mira fijamente la brasa del cigarrillo, ejecutando su danza en el aire.

—No sé yo si enero es el mejor mes o el peor —continúa Mario—. No sé si se perdían gran cosa los romanos. A veces pienso que sería mejor que fuera enero siempre. Pero entonces tendría que cerrar el Calipo.

—Supongo que sí.

—Y lo peor de todo es que nos habríamos perdido lo de Berto Romero. Eso sí que no me lo habría perdonado. No conocer a Berto. ¿Te imaginas?

Se lo imagina perfectamente, pero dice:

—No. No me lo imagino.

—Qué tipo llanote y campechano era Berto. Nada que ver con el imbécil de *Pasapalabra*, que parecía que te estaba haciendo un favor. Y eso que ni siquiera se llevó el bote.

—Sí.

Mario arroja con un picotazo de su dedo la colilla al suelo: al césped de su jardín.

—Putos turistas —resume, sin seguir del todo el hilo de su propia conversación.

—Ya.

Se vuelve para mirar a Daniel. Sin el cigarrillo en los labios, su rostro es un interrogante de sombra.

—Oye, Dani, ¿estás bien?

—Claro. ¿Por qué?

—No sé. Estos días estás raro. Muy callado. Te quedas mirando todo con unos ojos que...

—¿Que qué?

Mario se encoge de hombros.

—No sé. Estás como en la inopia. ¿Seguro que anda todo bien?

—Sí, seguro.

Mario aprueba con la cabeza, como si ninguna otra respuesta fuera posible.

—Me alegro de que hayas venido, tío. Rosa y yo nos alegramos mucho.

—Gracias a vosotros por invitarme.

Lo prometió y ahí está, pasando la Nochevieja con ellos. Han tenido que insistirle, porque una parte de él quería permanecer en casa, a ser posible con las luces apagadas. No construir más recuerdos que tenga que olvidar más tarde. Pero ha sido divertido, después de todo. Incluso conocer a los padres de Rosa, que son tal y como Mario había descrito: muy majos, sí, pero.

—Oye, ¿y qué es lo que haces por ahí, todo el día?

—No sé. Paseo mucho.

—Paseas.

—Sí.

Siempre el mismo paseo, piensa Daniel. Pero eso no lo dice. Siempre el mismo paseo y siempre el mismo día.

Mario da un trago a su copa de cava, pensativo.

—¿Tú crees que los romanos paseaban mucho, Dani?

—¿Los romanos?

—Sí. O sea, ¿lo de pasear es uno de esos hobbies que nos hemos inventado, como el fútbol? ¿O los romanos caminarían también cuando se aburrían?

—No tengo ni idea.

—Digo yo que piernas tenían, ¿no? Y tiempo libre. Sin fútbol, sin Netflix...

—Bueno, tenían peleas de gladiadores —contesta Daniel, por decir algo.

Mario se vuelve con admiración.

—Gladiadores —murmura—. Es verdad, tenían gladiadores.

Está ya borracho. Rosa se lo ha dicho hace solo unos minutos, entre risas: anda, llévate a este un poco fuera, a que le dé el aire. Pero afuera Mario no hace más que beber cava y fumar cigarrillos. Se ha llevado la botella y todo.

—¿Sabes? Yo también he estado leyendo cosas sobre el tiempo.

Es Daniel quien lo dice. No tenía previsto hablar: no se planteaba decir nada más que ya entiendo; ya veo; no tengo ni idea; bueno, tenían peleas de gladiadores. Pero de pronto está ahí, hablando. ¿Está también él un poco borracho?

—¿Sobre qué has dicho?

—Sobre el tiempo.

—Ah. ¿Y qué has leído?

—Algo muy raro. Sobre una especie de secta. En internet.

—¿Una secta?

—Algo así. Unos colgados que creen que son capaces de viajar en el tiempo con la mente. ¿Te lo puedes creer? ¿Has escuchado una cosa más absurda?

Mario no lo encuentra absurdo en absoluto. Rellena su copa de cava y la vacía casi de un trago.

—¿Al futuro o al pasado?

—¿Cómo?

—A dónde dicen que viajan. ¿Al futuro o al pasado?

—Creo que al pasado.

—Ah, joder, pues entonces sí que están locos de remate.

—¿Estarían menos locos si creyeran que pueden viajar al futuro?

—Hombre, pues claro. Porque al futuro viajamos todos todo el tiempo. Lo dice Einstein.

—¿De dónde te has sacado eso?

—De un documental.

Además de los partidos de fútbol y los documentales del Canal Historia, durante el invierno Mario se traga incluso los documentales de divulgación científica.

—Mira —continúa—, es todo el rollo de la relatividad. Pasan cosas muy extrañas con el tiempo y la velocidad. Solo con que vayas en coche en lugar de estarte quieto, tu tiempo ya se hace un pelín más corto. Pero un pelín pelín. No hay reloj que pueda notarlo. Pero el caso es que ese pelín lo estás viajando al futuro.

—Estos del futuro no dicen nada. Solo dicen que pueden viajar al pasado.

—Pues eso no se puede —sentencia Mario.

—Claro, claro. Es imposible.

Mario hurga en el bolsillo de su abrigo. Saca un cigarrillo fláccido y casi decapitado.

—Ahí van otros cincuenta céntimos —dice antes de encenderlo.

—Oye, Mario. Si se pudiera viajar en el tiempo, ¿lo harías?

—¿Al pasado o al futuro?

—Al pasado, tío, al pasado. Aunque no se pueda. ¿Viajarías?

—¿No me preguntaste algo parecido una vez? El día que poté.

—Sí.

—¿Y qué te contesté?

—Que viajarías, pero solo si pudieras olvidar lo que sucedió. ¿Sigues pensando lo mismo?

—Pues claro. ¿Por quién me tomas, por un político? No cambio de opinión fácilmente yo.

Never change, man. Never fucking change.

—¿Y has pensado a dónde viajarías? —insiste Daniel.

—¿A dónde?

—Sí, vamos. A dónde, a cuándo.

Mario entrecierra los ojos, pensativo. Daniel intenta adivinar su respuesta. Dirá tal vez: Volvería a tener dieciocho años, como aquel verano que tú sabes. Dirá: Volvería a ser un niño. Dirá: Volvería a tener veintitantos, para tener otra vez pelo y vivir en directo el gol de Iniesta. Volvería al colegio. Volvería al instituto. Volvería a la incubadora. Volvería a la cama de la alemana aquella —¿te acuerdas de la alemana esa que te digo, de cómo estaba?—. Eso es lo que piensa Mario, o por lo menos eso es lo que Daniel cree que piensa.

—Pues mira, yo creo que lo que más me gustaría, lo que me gustaría de verdad, es volver al Imperio romano. A ver cómo era el mundo antes de que existiera el mes de enero. ¿Y tú?

Daniel tarda mucho en responder. Acerca a los labios su copa de cava, y descubre que lleva mucho tiempo vacía.

—No sé. ¿A la Segunda Guerra Mundial?

—¡Ah! La Segunda Guerra Mundial. Esa es buena, cabrón.

A veces tiene miedo de estar empezando a olvidar el rostro de su hija. Y ese rostro es necesario: sin él no hay posibilidad de regreso. ¿Cómo de largo tenía el pelo? ¿Había perdido ya el último de sus dientes de leche? ¿Cuál era el color exacto de sus ojos? ¿Cómo

puede estar seguro de recordar a la Teresa de casi-trece-años y no a una Teresa ligeramente anterior, pongamos la Teresa de los doce años y medio, de los doce años exactos, puede que incluso la Teresa de los once años? Para estar seguro busca fotos en la galería de su móvil. Solo encuentra cuatro o cinco imágenes borrosas, y en ellas Teresa levemente desencuadrada, como si no alcanzara a ser la protagonista de sus propios retratos. Daniel nunca ha sido un buen fotógrafo. Acaso no ha sido tampoco un buen padre. Porque todo padre, si de verdad quiere a sus hijos, se preocupa de inmortalizar cada momento, ¿no? Inmortalidad: qué palabra. Lo mejor es olvidarla.

La solución es recurrir no a la memoria del Galaxy A059 de un mal padre, sino a la memoria del iPhone 14 de una buena madre. El Instagram de Patricia. ¿Hace cuánto que no se acordaba de Patricia? Pero tan pronto como el perfil se despliega ante sus ojos, se ve obligado a modificar la pregunta. ¿Hace cuánto que la propia Patricia no se acuerda de su hija? ¿Dónde están todas aquellas fotografías de Teresa con cinco años, con diez, con trece o casi trece, Teresa bebé y Teresa aprendiendo a caminar y Teresa en su piscina hinchable? Abajo, muy abajo. Hay que bajar muchas publicaciones para dar con ellas. Y lo que encuentra en su lugar son fotografías mucho más recientes. Imágenes donde Patricia en mallas y Patricia con una banda de pelo y Patricia con pesas y Patricia estirada sobre una esterilla de yoga. Patricia descalza. Patricia arengando a sus cuatrocientos cuarenta y cinco seguidores. Empezando el día con buen pie, dice, y un cuenco de porridge con leche de avena y arándanos. Solo en la rutina he encontrado la serenidad, y Patricia, los pies de Patricia, elevándose en un ángulo de cuarenta y cinco grados. Tres tandas de flexiones cada mañana: diez repeticiones por tanda. Dos litros de agua al día: cada día. Cinco motivos para

sonreír. Diez razones para creer. Siempre lo mismo, piensa Daniel. Siempre las repeticiones. *Never change, man; never fucking change*. Y sobre todo respirar; antes, amigas mías —¿podéis creerlo?—, me olvidaba de respirar. Levantarse a las seis y media y dedicar quince minutos a escribir en una libretita Moleskine la lista de cosas por las que estamos agradecidas. No olvidar el pasado, pero aceptar que no está en nuestra mano cambiarlo. Correr en círculos por el parque del Retiro —pero a ti no te gustaba el Retiro, Patricia, mucho menos te gustaba correr, y desde luego odiabas llevar recogido el pelo—. Cada día una cadena de pequeños actos idénticos, de la libretita Moleskine al porridge con arándanos, del porridge a las flexiones, de las flexiones a la meditación, una hora sin pantallas antes de irse a dormir, crema limpiadora y retinol en la cara. Porque si no te cuidas tú, ¿quién? Si no te perdonas a ti misma, ¿quién lo hará? Dormir, al fin, para volver a empezar. Repetir, repetir, repetir. No se cansan las agujas del reloj de girar, folks; no os canséis vosotros de repetir lo mismo, lo mismo, lo mismo. Jaime borroso y hasta insignificante, de refilón en dos de las fotos, porque este camino debe emprenderlo sola. Este viaje es su Viaje. Si lloras porque no ves el sol, las lágrimas te impedirán ver las estrellas. No quiero lamentarme por los años que no te veré crecer, sino agradecer los trece años que pasaste a mi lado. Tenía tanto que darte, tantas cosas que contarte, tenía tanto amor guardado para ti. ¡Mucha fuerza!, dice alguien o muchos álguienes en los comentarios. Estamos tan orgullosos de ti. Eres una luchadora. Sí, piensa Daniel: solo que una luchadora en círculos. Él no: en círculos, no. Tampoco hacia delante —¡hay que mirar adelante, amigas!; que la negatividad no te detenga—. Hacia atrás, quizás, pero en realidad tampoco. Mejor no moverse en absoluto. Él no se propone encontrar la mejor versión de sí mismo ni dar las gracias a Dios por los años que Teresa pasó a su lado.

Porque esos años no pasaron. No pasarán jamás. 2024 para siempre en el calendario y Daniel también en el mismo sitio, mientras Patricia se aleja. ¿Dónde estás, Patricia? ¿Dónde quedaron tus cervezas y tus cócteles con pajita y tantas noches derrengada en el sofá? ¿Dónde tus ganas de quejarte, porque estás cansada, muy cansada? ¿Acaso son esos tus *darlings*? ¿Por qué desempolvaste del armario esas mallas verdes que solo te vi ponerte una vez, esa esterilla de yoga que no usaste jamás? ¿Dónde tus ganas de reírte de las frases de Paulo Coelho y Jordan Peterson? Ahí. Quedaron ahí: en el pasado. Patricia regresando a la juventud perdida, como quien mira una y otra vez un gol de Andrés Iniesta. Correr y estirar. Correr y estirar. *Skincare* para regenerar la piel, mancuernas para recuperar la masa muscular, cerveza sin alcohol para que incluso tu hígado viaje en el tiempo. Patricia intentándolo una y otra vez, una y otra vez, una y otra vez. ¿Intentar qué? Regresar al pasado: eso es lo que está haciendo Patricia. Pero a un pasado sin Teresa. ¿Cómo es capaz de una traición semejante? ¿Cómo es posible que poco a poco esté «empezando a reconciliarse con la realidad», como explica en uno de sus posts? Con «el mundo tal y como es». Porque el mundo está bien, con sus cosas. Hay que saber entender y aceptar el mundo. Si la vida os da limones, amigas, haceos limonada. ¿Eso es nuestra hija, Patricia? ¿Es Teresa un limón en esta metáfora? ¿Es la limonada? ¿El vaso? ¿Es acaso el exprimidor? ¿Y tú? ¿Quién cojones eres tú, Patricia? Si ya no te dejas caer en el sofá y no te quitas el zapato izquierdo con el pie derecho y el zapato derecho con el pie izquierdo, ¿sigues siendo tú? ¿Sigues siendo la persona de la que me enamoré y la persona de la que me desenamoré? ¿Quién sería Teresa si hubiera seguido creciendo?

Algunas noches se tumba en la cama y trata de reconstruir su última —¿su última?— conversación con Teresa. Se la repite en voz alta, como un actor que ensaya su papel.

—A ver. ¿A dónde te llevo?

—Tú prueba.

—Frío, frío.

—Me temo que no.

—¿Te gustaría navegar?

—Pues es una pena, porque tampoco te llevo a navegar.

—Ya te he dicho que es una sorpresa. Vas a tener que esperar un poco más.

—Te va a gustar.

¿Fue en realidad así? ¿Fueron exactamente esas las palabras? No importa: así es como lo recuerda. Así es como sucederá cuando suceda. La mitad del trabajo está hecho, piensa. Solo es necesario que Teresa ponga su parte, y esa parte es una cosa muy pequeña, casi nada: solo un puñado de palabras.

—Ya sé a dónde me llevas.

—Si acierto, ¿me lo dirás?

—A Terra Mítica.

—Vamos de excursión.

—¡A navegar!

—Sí.

—¡Papá!

—Más te vale que me guste.

Hay hombres que esperan milagros. Hombres que esperan conquistar el mundo o destruirlo. Hombres que quieren obtener el amor de personas que no los quieren ni los querrán nunca y hombres que quieren ser distintos de como son y hombres que quieren que el mundo sea distinto de como es. Comparado con estos

sueños, los sueños de Daniel son modestos, casi ridículos de tan fáciles. Una voz. Solo eso desea. La voz de Teresa sonando desde el asiento de copiloto. Y por eso cada mañana regresa pacientemente al mismo garaje, al mismo Seat Ibiza rojo, a las mismas glorietas de salida de la ciudad y a la misma autopista y al mismo camino de terracería, tantos lugares que deberían ser los mismos pero que siempre parecen distintos, porque a veces conduce demasiado rápido o demasiado despacio, a veces demasiado sol, casi siempre demasiado frío, a veces un embotellamiento o un control de alcoholemia o un accidente en la carretera y entonces ya nada, ya se ha jodido, pero de todas formas Daniel persevera cada mañana, cada 13 de abril con la misma ropa y el mismo sudor en las manos y los mismos sueños. Los ojos fijos en la carretera: por nada del mundo mirar el asiento de copiloto. Y sabe, porque así lo ha decidido o así lo recuerda, en qué punto exacto de la carretera debe comenzar a recitar su papel, como sabe en qué jornada debe construir el aserradero, cuándo los barracones, cuándo iniciar el ataque contra el primer pueblo maldito.

Prueba otra vez, Daniel. Fracasa de nuevo. Fracasa mejor.

—A ver. ¿A dónde te llevo?

—Tú prueba.

—Frío, frío.

No. No tan rápido. Hay que dejar en medio un prudente silencio; una oportunidad para que Teresa, en algún momento, conteste.

—A ver. ¿A dónde te llevo?

(...)

—Tú prueba.

(...)

—Frío, frío.

(...)

—Me temo que no.

(...)

—¿Te gustaría navegar?

(...)

—Pues es una pena, porque tampoco te llevo a navegar.

(...)

—Ya te he dicho que es una sorpresa. Vas a tener que esperar un poco más.

(...)

—Te va a gustar.

Así. Exactamente así. Solo que no: algo falla todavía, porque Teresa no, Teresa nada. Pero no importa. Daniel seguirá ahí, sujetando con fuerza el volante —¿tal vez demasiado fuerte?; ¿tal vez es eso lo que falla?—. Daniel conduciendo cada mañana esos 49 kilómetros de ida y 49 kilómetros de vuelta hasta que Teresa sí, hasta que Teresa al fin.

Podemos olvidar ciertos recuerdos. Podemos incluso convencernos de que no son reales, pero lo que nunca puede borrarse, dice John1419, es el deseo. Daniel se repite una y otra vez que lleva cinco años sin encender un cigarrillo, pero a su cuerpo no puede engañarlo. Su cuerpo sabe lo que el propio Daniel no sabe. No se trata de que piense en el tabaco: de hecho, consigue no hacerlo nunca o casi nunca. Poco importa. No somos adictos a lo que pensamos, sino a lo que sentimos. Si el placer de fumar fuera el resultado de un razonamiento, bastaría cualquier campaña sanitaria para convencernos de no volver a encender un cigarrillo. Daniel no necesita razonar ni pensar nada. Para construir la nostalgia no

necesita recordar el humo siquiera. Simplemente siente en el pecho que algo no está bien, que algo falta y faltará por siempre.

Echar de menos: derivado del galaicoportugués *achar menos*, «hallar menos». Es decir, hallar la ausencia.

Añorar: del catalán *enyorar*, y este del latín *ignorare*. «Ignorar, no saber.»

¿Qué es lo que Daniel echa de menos? ¿Qué es lo que añora, es decir, lo que ignora? Los Golden Virginia o Natalia: cómo saberlo. Los cigarrillos que lleva tantos años sin fumar o esa mujer —esa chica— a la que nunca llegó a conocer.

O quizás Teresa. Pero no, eso también es imposible, porque Teresa no se ha marchado a ninguna parte. Teresa estará junto a él muy pronto. Hace solo dos semanas pasaron el día juntos en Madrid, ¿es que no lo recuerda? Y ahora está a punto de darle una sorpresa: llevarla a hacer snorkel, nada menos. Un regalo de cumpleaños. Su segundo cumpleaños. Pero para eso falta muchísimo: veinte minutos de trayecto. Y el coche parece atravesar no el aire ni el paisaje sino una densa masa de silencio, que Daniel se esfuerza en disipar.

—¿No me cuentas nada, Tere?

(...)

—¿No me cuentas nada, Teresa?

(...)

—Te va a gustar. Te lo prometo.

(...)

—¿Cómo está mamá?

(...)

—¿Y Jaime? ¿Cómo está el bueno de Jaime?

Ha madurado mucho estas palabras, en largas noches y no noches de reflexiones e invenciones, pero aun así consiguen sorprenderle. Patricia y Jaime. ¿Qué le importan a él esos dos? Y sin embargo

debe recordarlos. Debe, incluso, tenerles un poco de celos. Se esfuerza por sentirlos, esos celos. Piensa, por ejemplo, en la época en que Patricia llegaba a su casa a las nueve de la noche, se desplomaba en el sofá y decía: Estoy estresada. Estoy tan estresada. Sin duda, sigue siendo así: solo que ahora es Jaime quien se sienta a su lado. Él quien le abre la cerveza. Trata de fijar esa imagen en su cabeza. Trata de sentir algo.

—¿Y Jaime? ¿Cómo está el bueno de Jaime?

(...)

—¿Hacéis cosas juntos?

(...)

—¿Por ejemplo?

(...)

—Así que jugáis. ¿A qué?

(...)

—¿Qué tal juega? ¿Es bueno?

Daniel no es competitivo en el juego. Es capaz de enseñar a Teresa los movimientos del ajedrez y fingir una estrepitosa derrota. Tampoco en el instituto llegaba a implicarse demasiado en los partidos de fútbol. Tenía ciertas aptitudes, incluso un entrenador de futbito que se tomaba muy en serio su trabajo y su silbato llegó a decirle que era un diamante en bruto —le llamó así, un diamante en bruto—, pero todos acabaron coincidiendo en que le faltaba algo. Tal vez motivación. Tal vez sangre en las venas. Podía sentar a tres rivales en una finta imposible —imposible, al menos, para los estándares del instituto público Miguel Hernández, Alicante— y luego mandar el balón demasiado arriba, cuando lo más fácil era mandarlo abajo. O podía, por ejemplo, detenerse de pronto en una contra, como si hubiera olvidado la razón por la que corría. Jugaba como un sonámbulo, persiguiendo un sentido de la belleza que no tenía que

ver con marcar goles ni tampoco con atajarlos. A ti te la suda todo, le decían, y a él, como es natural, se la sudaba también un poco eso que le decían. Pero ahora no, no se la suda. Ahora debe querer que Jaime pierda al Scrabble y que Teresa prefiera jugar con su padre. Porque él es su verdadero padre, ¿no?

De pronto, le parece escuchar su voz. No es así, claro. Teresa no está ahí, al menos no todavía: puede comprobarlo cuando va a cambiar de marcha y no ve su mano, la mano que Teresa siempre deja abandonada lánguidamente junto a la palanca de cambios. Y sin embargo, su voz o la memoria de su voz sigue rebotando en su conciencia. «¿Y tú, papá? ¿Cómo estás tú?» Esa es la pregunta que le parece escuchar, la pregunta que resuena todavía en el interior del coche, como cuando antes de dormir piensas intensamente en una canción y al cabo de unos minutos ya no sabes si la estás escuchando, muy bajito, o tan solo la recuerdas. ¿Cómo está? Una pregunta difícil, que merece toda su atención. ¿Cómo está él realmente? Está bien, claro. Teresa está a su lado y no hay nada que temer.

—Estoy bien. Todo va bien.

Y si fuera solo eso. Pero Teresa, la voz silenciosa de Teresa, no se da por vencida, y al fin pregunta eso que lleva todo este tiempo deseando preguntar. «¿No tienes novia?» Daniel se queda callado al escuchar o al recordar o al imaginar esa pregunta. ¿La tiene? Un pinchazo en el pecho, como cuando nos falta aire o nos falta alguna otra cosa. ¿Tiene novia? Piensa en Natalia, es decir, piensa en la chica del vestido amarillo, es decir, no piensa en nada.

—No. Me parece que yo ya... Yo ya he cerrado el chiringuito —responde.

«Vamos, papá. Eres viejo, pero no *tanto*.»

Eso debería contestar. Pero por alguna razón, Teresa calla.

Sucede de pronto, un 13 de abril como cualquier otro. Un milagro: tal vez no el que espera, pero un milagro al fin y al cabo. Y eso que la partida comenzó de manera discreta, con uno de sus exploradores abatido en una emboscada y con un retraso de al menos media jornada en la construcción del taller de mampostería. Pero, por alguna razón, todo lo que podía salir mal acabó saliendo bien. No terminó de reforzar el flanco oriental, y las arpías atacaron el septentrional. No estaba preparado para la horda de mutantes, pero una escuadrilla suicida de sus soldados logró ganar un tiempo decisivo. Ninguna esperanza de derrotar a los gigantes, la unidad más poderosa del juego, y sin embargo cayeron acribillados justo antes de traspasar el último lienzo de murallas. Cada detalle cuidadosamente programado se cumple en su momento exacto, con una exactitud tal que por momentos Daniel tiene la sensación de estar viendo una película. Pero no es una película: es él. Son sus manos. Sus ojos sin parpadear y su cuerpo crispado y su cabeza en la que no hay espacio para otra cosa, ningún pensamiento, ninguna conciencia del mundo o del tiempo. ¿Sienten algo parecido los que alcanzan el total blackout? Lo único que puede pensar cuando todo termina es que cumplir todas esas instrucciones no es más difícil que imitar a la perfección todos los detalles del día 13 de abril, incluyendo sus palabras, sus gestos, sus pensamientos. Hay un modo de detener a los zombis, aunque sean billones, y por tanto debe haber un modo de detener la muerte.

«¡Bravo, mi general!», exclama el emperador Quintus Crane, otra vez sentado en su trono. «Has cumplido tu misión. Por primera vez en más de dos siglos, la Humanidad vuelve a controlar su destino.

Desde hoy este día llevará tu nombre y tus hazañas serán honradas y celebradas por todo el Imperio.»

Luego el emperador hace una reverencia. A ti. Se postra ante ti.

Luego aparece el logotipo de *They Are Billions*.

Luego suenan la música y los títulos de crédito.

Decepcionante, piensa Daniel. Bien pensado, son decepcionantes los desenlaces de todos los juegos, tal vez porque discurren al revés de la realidad. La muerte no llega al final sino al principio. Morimos muchas veces, mientras el juego dura, para ganarnos la inmortalidad cuando acaba. Y la inmortalidad es aburrida. Los inmortales no pueden seguir jugando, porque no tienen nada que perder.

Ha llegado pues el momento. La hora de desprenderse del último de sus *darlings*. Es casi increíble que haya sido capaz de dejar el tabaco y de dejar a Natalia antes que dejar en paz a los zombis. Tal vez se convenció de que la supervivencia de su ciudad y la supervivencia de Teresa estaban secretamente relacionadas. Que si lograba salvar a colonos, entonces también sería capaz de salvar a su hija. Y ahora que Quintus Crane ya le ha dicho que su nombre será recordado para siempre, él puede olvidar por fin al propio Quintus Crane. Por eso borra su usuario. Por eso desinstala el juego. Apaga la computadora. Y cuando de ahora en adelante Mario le hable de *They Are Billions*, Daniel sonreirá y escogerá no entender sus palabras. Una película, se dirá. Debe de ser el título de una de esas películas de mierda que tanto le gustan a Mario.

Olvidar que alguna vez jugó a *They Are Billions*.

Olvidar el humo de sus cigarrillos caracoleando frente a la pantalla.

Olvidar 2024. Olvidar los titulares de los periódicos. Todas esas noticias que, por insignificantes que sean para Daniel, consiguen filtrarse en su cabeza: guerras, efemérides, subidas del IBEX 35, derrotas electorales.

Olvidar que es invierno.

Olvidar la falsa Teresa que ha vivido solo para los ojos de Natalia. Esa niña que ha hecho los exámenes finales del curso 2023-2024 y vivido lo suficiente para ver *Inside Out 2*, que no se estrenará hasta el 19 de junio.

Olvidar que existe un foro llamado #diversintime, porque a ese foro solo llegan los que han perdido algo, y él todavía no ha perdido nada.

Olvidar lo perdido.

Olvidar sus *darlings*.

Olvidar el tacto de Natalia. El olor de Natalia. El sabor de Natalia.

¿Es eso verdaderamente posible? ¿Podemos exigir no a nuestra cabeza sino a nuestras manos olvidar lo que esas manos desean? ¿Obedecerá nuestra nariz? ¿Obedecerá nuestra boca? ¿Cuánto puede nuestra voluntad cuando choca con nuestro cuerpo?

Casi nunca llega hasta la Cala de los Amarillos. Las oportunidades de cometer un error mucho antes de eso son infinitas. Y si hay un momento crítico, un punto de inflexión en que el trabajo de toda una mañana puede venirse abajo, ese momento es aquí, ahora.

—Es aquí —está diciendo precisamente Daniel.

Aquí: De pie junto al coche, en un camino de terracería que desemboca en un poste eléctrico derribado.

Ahora: Naturalmente, un 13 de abril.

—Bueno, no exactamente aquí —reconoce—. Todavía hay que caminar un poco. Pero antes tengo una cosa para ti.

En el maletero una enorme caja blanca, con el logotipo de Decathlon bien visible. Daniel la señala sin mirar a Teresa. Sobre todo no mirar a Teresa, que está ahí mismo, a su derecha, aunque parezca que no.

—Feliz cumpleaños. No he tenido tiempo de envolverlo.

¿No es esto ridículo? Un hombre corriente, un hombre que no es ni menos inteligente ni menos cuerdo que la mayoría, hablándole al aire. Regalándole unas aletas y un bikini y un traje de neopreno a nadie. Pero no: Daniel no puede permitirse pensamientos como ese. No está hablando con nadie, sino con Teresa. Está junto a él, a solo cuarenta centímetros. No la ha oído bajar del coche, no ha escuchado el ruido de la puerta al cerrarse, pero sin duda está ahí, justo ahí. Y este es su regalo de cumpleaños. Su segundo cumpleaños.

—¿Te gusta?

(...)

—¿Qué pasa, Tere?

(...)

—¿Qué pasa, Teresa?

(...)

—Ya sabías cuál era la sorpresa.

Cómo podría culparla de conocer la sorpresa. Es la cuarta vez que llegan a este punto en la misma semana. La cuarta vez que Daniel recita su papel en aquel lugar en mitad de la nada, cada vez más desganado y cada vez más rápido, sin dejar apenas una pausa para que su hija conteste. Más rápido, más rápido, más rápido:

—¿Quién te lo dijo? ¿Mamá? ¿Lo del snorkel? ¿Y por qué no me dijiste nada? Manda cojones. Perdona. Habrías preferido el móvil,

¿no?

Y entonces sucede algo más extraño, más ridículo incluso que hablar a la nada. Sucede que, por un momento, Daniel tiene la certeza de que está a punto de recibir una respuesta. ¿Y por qué no, después de todo? ¿Acaso alguien es capaz de distinguir el silencio de un muerto del silencio de una niña que no sabe qué responder a su padre?

Pero no es Teresa quien responde. Responde el cielo. Un chispazo frío en la nariz de Daniel, y luego otro, y otro.

Unos cuarenta días al año: esa es la suma total de los días que llueve en el área de Benidorm. Cuarenta días perdidos para la causa de Daniel, porque no cabe esperar que nadie en su sano juicio lleve a su hija a bañarse en el mar un día de lluvia. Por eso se permite al fin mirar a su derecha: porque sabe que si llueve, es imposible que Teresa esté a su lado. Y no se equivoca: no está.

—A la mierda —dice, ya completamente fuera de su papel.

Cierra el maletero de un portazo y se refugia en el coche. Pero no enciende el motor de inmediato. Se queda ahí sentado, mirando el percutir de la lluvia contra el parabrisas. Si esto fuera una película, piensa, este sería el momento en que el protagonista rompería a llorar. Pero Daniel nunca llora. Y bien pensado, ni siquiera parece el protagonista de su propia historia. De modo que no puede echarse a llorar. Lo que hace en su lugar es encender el móvil. Por las mañanas siempre lo tiene así, apagado, porque que él recuerde el 13 de abril no recibió ni un solo mensaje, y así debe seguir siendo.

Y sin embargo:

Siete llamadas perdidas.

Un whatsapp sin leer.

Su dedo, tembloroso, se desliza para abrir ese único mensaje. En él, solo cinco palabras.

Dani, coge el puto teléfono.

Una pareja tomando café. Un viejo que lee el periódico. Un hombre con gafas de sol que revuelve en el plato un pincho de tortilla: especialidad de la casa.

Y tras la barra Rosa, que sonríe mucho al verlo; más de lo que recuerda haberla visto sonreír nunca. Sonríe tanto que es imposible que esté realmente contenta. Parece, más bien, cordialmente aterrorizada.

—Mario, mira a quién tenemos aquí...

De la cocina emerge Mario. Él no sonríe. Se frota la perilla con la palma abierta, en un gesto nuevo; un gesto que Daniel no le ha conocido en todos estos años.

—Qué pasa, Dani.

Eso quiere preguntarle Daniel. Qué pasa, Mario. Qué diablos está pasando:

—Salimos un momento este y yo, ¿vale?

—Claro —dice Rosa, con la misma sonrisa fosilizada.

Es un día frío y luminoso. Ha dejado de llover y no se ve una sola nube. Pero la terraza del Calipo ha quedado desierta de todas formas, reducida a dos torres de sillas de plástico.

—¿Nos sentamos o qué? —pregunta Mario—. Puedo secar un par de sillas.

—No, estoy bien así.

—No te he preguntado si te pongo algo o...

—No, gracias.

—Vale. Pues está fácil eso. Con clientes así da gusto ser camarero.

Saca una cajetilla del bolsillo trasero. Fortuna. Después de tantos años, Mario con sus propios cigarrillos, su propio mechero, su gesto

de concentración al aplicar la llama.

—Ya ves cómo estamos —dice, mostrando el cigarrillo encendido —. Tanto pedir, tanto pedir...

—Venga, cuenta de una vez. ¿Qué le has dicho exactamente?

Mario suspira. Evita los ojos de Daniel.

—Pues al principio no mucho. Apareció por aquí por la mañana, con una amiga. Yo creo que no reconoció el sitio. Que fue casualidad, vamos. Aunque a saber. Total, que me reconoció. Se acercó, me saludó... Muy maja. Y la amiga también. Muy majas las dos y muy civilizado todo. Ni te nombramos, al principio. Se pidió una Coca-Cola. Su amiga, un café con leche. Después se sentaron, en la mesa esa que está detrás de...

—Mario.

—No me preguntó por ti hasta que ya se marchaban. Que cómo estabas y eso.

—Ya.

—Y que qué tal te iba... por Madrid.

—Entiendo.

—Y también me preguntó...

Una pausa, que se apresura a llenar con otra bocanada de humo.

—Qué te preguntó.

—Me preguntó por Teresa.

Ahora es Mario quien levanta la vista y Daniel quien mira al suelo. Quien querría tener un cigarrillo para disimular el silencio.

—Yo pensaba que... —continúa Mario—. O sea, tú me contaste...

—Ya, ya. Ya sé lo que te conté.

Daniel no puede evitar que se le cruce un pensamiento. Todo lo que aprenda ahora, todo lo que escuche, todo cuanto Mario le cuente, más tarde tendrá que olvidarlo.

—Bueno —dice al fin—. ¿Y qué le dijiste?

Mario abre los brazos.

—Tío, ¿qué le voy a decir? O sea... Yo no sabía que había un secreto que guardar. Al principio pensaba que la estaba entendiendo mal.

Sí. Eso debería ser todo. Un malentendido.

—¿Y qué te dijo ella?

—Pues... Ya te imaginarás.

Ha intentado hacerlo muchas veces. Imaginar ese momento. A veces transcurría en su apartamento y otras veces en el de Natalia. En el dormitorio; los dos desnudos y sin secretos. Paseando con un cigarrillo entre los dedos, cuando todavía un cigarrillo entre los dedos era posible. Incluso en la Cala de los Amarillos. En todas partes ha tenido esa conversación con Natalia, el momento de la verdad, y a esa verdad Natalia ha reaccionado de todas las maneras posibles. Ha gritado. Ha llorado. Ha guardado silencio. Se ha enfadado. Ha sentido lástima miedo tristeza decepción sorpresa. Ha entendido. No ha entendido. No ha entendido y no ha perdonado. No ha entendido y sin embargo ha perdonado.

—No. La verdad es que no me lo imagino.

—Me hizo muchas preguntas. Ella también creía que me estaba entendiendo mal. Al principio.

—Ya.

—Estaba un poco afectada.

—Y luego se fue.

—Sí. Al final se fue.

Mario da una chupada larga a su cigarrillo, como reuniendo humo o fuerzas para decir lo que está a punto de decir.

—Oye, tío. Dani. ¿Quieres que...? O sea, ¿te apetece que hablemos? A lo mejor te vendría bien hablar. Creo que a mí también. O sea, me gustaría entender...

—No —contesta Daniel—. La verdad es que no me apetece.

La respuesta parece aliviar a ambos. Se quedan callados, mirando el cigarrillo que Mario todavía retiene entre sus dedos. Tres, cuatro caladas a lo sumo. No le queda más. Ambos saben que cuando ese cigarrillo se acabe, la conversación habrá acabado también.

—Dani, ¿has pensado lo que hablamos? Lo del psicólogo.

Daniel sonríe.

—¿Ahora crees que debería ir a un psicólogo?

—No sé, tío. No sé. Es todo muy raro.

Silencio.

—Pero mal... —continúa—. O sea, mal tampoco te haría, ¿no? Por probar...

Si hay algo que Daniel no necesita es eso. No sabe mucho sobre psicólogos, pero sabe al menos esto: que un psicólogo es alguien que te acompaña en el cambio. ¿Pero quién o qué puede acompañarnos en la permanencia? ¿Qué clase de guía está dispuesto a conducirnos de regreso a un paisaje que ya conocemos, sin aprendizaje ni crecimiento?

—Si quieres puedo darte el teléfono del mío —insiste, arrojando la colilla en su propia terraza—. De la mía, vaya. Era una tía.

Daniel sacude la mano con desgana. Un gesto de derrota.

—Venga, anda. Dame el número.

—Muy bien, tío. Pues vamos dentro, porque yo el teléfono no lo tengo. Fue Rosa la que me consiguió la cita.

Un banco frente a la playa de Levante. Tal vez el mismo banco donde empezó todo, si es que las cosas empiezan en algún lugar y ese lugar es el primer beso. Ahí se sienta ahora Daniel. Nadie paseando. Nadie sentado en la arena. Ningún barco en el mar y

sobre todo nadie sentado junto a él. La vida es algo que sucede en otra parte. Por ejemplo en el rectángulo luminoso de su teléfono móvil.

Agenda. Cristina psicóloga teléfono.

¿Quiere mover este contacto a la Papelera?

Sí, quiere.

Luego, con un dedo tembloroso, pulsa el icono de WhatsApp. Ahí está, o mejor dicho, ahí están: seis mensajes que pertenecen al mismo contacto. No puede leerlos y, al mismo tiempo, no puede no leerlos. «He dudado mucho si»: así comienza el primer mensaje. «Al menos eso»: así termina el último. Su dedo viaja arriba y abajo, demasiado rápido para que todas esas palabras tengan tiempo de formar frases completas en su cabeza. Lee, como en un relámpago: siento mucho que. Lee: Por fin he entendido. Lee: Una cosa que sigo sin. Para poder digerir. Si no me lo cuentas tú. Aunque no lo creas. Te pido por favor que. Y así podamos hablar de. Buenos recuerdos. Se concentra en esas palabras en particular: Buenos recuerdos. Recordar, recuerda Daniel: del latín *recordari*: *re* («de nuevo») y *cordis* («corazón»). Volver a pasar por el corazón. Para entonces su respiración se ha acelerado, tanto que parece pertenecer a otra persona, no a alguien que estuviera sentado en un banco sino corriendo por la playa. Pero Daniel no corre y tampoco termina de leer.

¿Deseas bloquear a Natalia?

Los contactos bloqueados no pueden llamarte ni enviarte mensajes. No se notificará al contacto sobre esto.

Sí, lo desea.

Mucho cuidado con el deseo, folks. Los deseos los carga el Diablo. Los deseos son el Diablo mismo. No deseéis demasiado regresar al pasado, porque si lo hacéis, no regresaréis nunca. ¿Acaso cuando vivisteis ese momento, EL MOMENTO, teníais tantas ganas de estar allí? ¿Fue de verdad un momento tan especial o solo lo parece ahora? SPOILER: No era especial. El presente nunca es especial. Estabais ahí porque sí, sin haceros preguntas. Desear demasiado estar en un lugar solo puede significar una cosa: que de hecho no estáis ahí. Así que no deseéis volver, folks. Simplemente volved. No deseéis olvidar con demasiada fuerza tampoco. Simplemente olvidad. Los imbéciles buscan el total blackout repitiéndose una y otra vez: quiero volver quiero volver quierovolver quierovolverquierovolvervolvervolvervolver. Eso, como digo, los imbéciles. Los llorones. Los verdaderos viajeros en el tiempo se dicen: quiera o no quiera, ya estoy ahí. Quiera o no quiera, voy a olvidar todo esto. Y precisamente por eso viajan. Por eso olvidan. Recordad que no estáis en guerra contra la realidad: estáis en guerra contra vuestra fe. Meteos esa idea en vuestra puta cabeza. No se trata de convenceros de que podéis retroceder en el tiempo. ¡Ah, folks! Eso no puede hacerlo nadie. ¿Cómo creísteis una estupidez semejante? ¡El tiempo no se remonta como si fuera un río! ¡Lo que pasó, pasó!, ¿no? Lo que podéis hacer, lo único que podéis hacer, es daros cuenta de que el tiempo no ha pasado. ¿Lo entendéis? De que todo lo que creéis que son recuerdos del pasado son solo ensoñaciones del futuro. No estáis aquí sino allí. En EL MOMENTO. Ese lugar de donde nunca os fuisteis en realidad. ¡Ahí seguís! Más bien lo que tenéis que descubrir es que eso que llamáis realidad no existe. Habéis creído vivir un mes o diez meses o veinte años desde EL MOMENTO, pero no es cierto. EL MOMENTO es ahora. Recordadlo. EL MOMENTO ES AHORA. EL MOMENTO ES AHORA. ¡¡¡¡EL MOMENTO ES

AHORA!!!! Eso que llamáis vida es sueño, folks. Eso es lo que es. Tarde o temprano descubriréis que tengo razón. ¿Cuándo? Cuando alcancéis el total blackout. ¿Y cómo reconoceréis el total blackout, me preguntáis? Ah, eso es otra cosa, folks. Esa sí que es una buena pregunta. LA PREGUNTA.

Un repentino sabor metálico en la boca (post 13). Un resbalón, como cuando parece que te vas a caer, pero no te caes (post 929). La sensación de que has empezado a ver las cosas desde arriba; que ya no es tuyo tu cuerpo ni tan siquiera tus pensamientos (191). Un frío (281) o un calor súbito (529). A todo eso se parece el total blackout, en palabras de John1419. Pero también a esto: La sensación de que vas a desvanecerte, aunque ese desvanecimiento no te hará caer al suelo, sino ascender al cielo (822). Y a esto: una tranquilidad repentina, tan repentina que no es tranquilidad en absoluto (312). Y a esto: un vértigo (139) o un remolino (728) o un vórtice (105) que te arrastra dentro de tu propio cuerpo. Incluso a esto: la impresión de que tu campo visual se ha ido achicando poco a poco, hasta ver el mundo como desde el interior del ojo de una cerradura o de un catalejo (199). Schneider, por su parte, no percibió diferencias de temperatura, ni resbalones ni vértigos. En su último mensaje se había referido más bien a la intensidad de los colores y los brillos. También a cambios en las proporciones —su cuarto haciéndose cada vez más grande—. Había hablado incluso de sonidos: el sonido de algo que se rompe. Daniel no tiene claro lo que eso significa. ¿Debe entenderse que todas esas cosas suceden simultáneamente cuando alguien viaja en el tiempo? ¿Significa tal vez que hay tantas experiencias como personas? ¿O significa más

bien que ni John1419 ni Schneider tenían la más pajolera idea de lo que estaban hablando?

Queda, por supuesto, la versión del propio Daniel. Lo que está sintiendo ahora, precisamente ahora.

Ahora: invierno de 2025. O tal vez abril de 2024. Cómo saberlo. Solo el lugar está claro: el sendero que conduce a la Cala de los Amarillos. Ha hecho este camino muchas otras veces. Cuántas veces, es mejor ni siquiera pensarlo. Está, pues, caminando sobre sus propias huellas, como discurre un río sobre el cauce de su propio pasado. Tras él, unos pasos rezagada, camina Teresa. Al menos eso es lo que quiere creer. Por eso es mejor, muchísimo mejor, no darse la vuelta. Los ojos clavados en el horizonte, es decir, en el mar; y en ese mar, cada vez más cerca, la lengua de arena de la cala.

Y entonces, al ver la cala, sucede.

No es un sonido, ni un color, ni un brillo, ni tampoco un vértigo, ni una temperatura, ni un sabor en la boca ni el mundo reducido al cilindro de un catalejo. Es más bien algo parecido a un tacto. El tacto finísimo e invisible de una tela de araña. Como si el aire de pronto tuviera textura; como si fuera el tejido de un lienzo, y todo lo que ve frente a él —la arena amarilla, los matorrales, la cinta azul del mar— estuviera bordado en ese lienzo. Un cuadro indistinguible de la realidad que representa, pero un cuadro al fin y al cabo. Él, de pronto, dentro de ese cuadro. Eso es el tiempo: un cuadro que podemos contemplar pero también atravesar, como si fuera un umbral. Un telón. Una membrana. La membrana, por qué no, del agua. Nos zambullimos en el mar y en la caída hay un instante, solo un instante, en que nuestro cuerpo está dentro y fuera al mismo tiempo. Así está Daniel: aquí y allí. Dentro y fuera. ¿Es verdaderamente así? ¿Es exactamente eso lo que siente, lo que piensa? No podría decirlo. Le faltan las palabras y le sobran los

pensamientos. No pienses, Daniel. Camina y no pienses. Ni siquiera pienses en por qué no debes pensar. No te acuerdes. Espera a Teresa, que está ahí mismo, solo dos pasos tras de ti, pero no digas nada, no pienses nada. Tan solo sigue caminando, caminando, caminando, porque ella está a punto de hablar. Va a hablar en cualquier momento. Su corazón, el corazón de Daniel, que suena cada vez más fuerte y cada vez más lento, mientras espera esas palabras. Habla, Teresa. Qué haces que no hablas. He esperado tanto tiempo este momento. ¿Cuánto tiempo?

—Buenos días.

No es Daniel quien da los buenos días.

Tampoco Teresa.

Frente a él, sentado en una piedra, un anciano. Es él quien habla. Tiene una caña de pescar hincada entre las rocas y un viejo cubo de pintura de marca Titanlux, y sus ojos, unos ojos nublados por las cataratas, tratan de ubicar a Daniel y a Teresa. Es decir, tratan de ubicar a Daniel. Porque Teresa, claro, no está: de pronto se ha hecho evidente. El lienzo se ha vuelto mundo y la tela de araña se ha desagarrado o se ha desvanecido y el aire ya no es umbral sino aire y Daniel no es un hombre que olvida sino un hombre que recuerda. Teresa está muerta. En eso consiste su recuerdo, que regresa de pronto y lo golpea con la fuerza con que solo nos golpean las novedades. Teresa está muerta: lo sabe ahora y no lo sabía cinco minutos atrás. Teresa murió aquí aquí aquí. Por eso Teresa no habla. Por eso Teresa no hablará nunca. Por eso Daniel tiene que detenerse de pronto, casi sin aire en el pecho, o tal vez con demasiado aire, pero sin resuello y sin esperanza.

—Se ha quedado buena mañana —insiste el anciano.

—Sí —consigue decir Daniel.

—Qué, ¿de pesca o de paseo?

—¿Cómo?

—Pregunto que si de pesca o de paseo.

—Ah. De paseo.

—Hace usted bien, porque hoy no quieren, no —dice, señalando el cubo de Titanlux vacío.

¿Por qué se quedó dormido? ¿Por qué, si Teresa quería volver al agua, no volvió al agua con ella? ¿Por qué necesitaba descansar esos veinte minutos? ¿Fueron, en verdad, veinte minutos? ¿Se cansó Teresa de esperar porque él no cumplió su palabra? Todo eso se pregunta Daniel de pronto.

—Yo voy a doradas. ¿Le gustan a usted las doradas?

—Sí.

—Pues yo le regalaría una, si la tuviera. Bueno, le regalaría una si tuviera dos.

—No es necesario.

—Eso lo dice porque no ha probado las doradas de aquí. No sabe lo que se pierde. Yo llevo cincuenta y siete años viniendo. ¿Qué le parece? Cincuenta y siete años en esta roca. Y solo vengo por ellas. ¿Sabe cuál es la clave?

Deja un silencio teatral, que Daniel no quiere o no puede llenar.

—Pues yo se lo voy a decir. La clave es el cebo. Hay quien las pesca con lombrices, hay quien las pesca con navajas y hay quien las pesca con almejas. Hasta con pan, he visto a algunos. Pero lo que más le gusta a la dorada, lo que le gusta de verdad, es la tira de lomo de cerdo. ¿Qué le parece? ¡Ya es tragedia, que te guste tanto el cerdo y vivas en el mar! Oiga, ¿se encuentra bien?

—Perfectamente. Me hablaba usted del cerdo.

—Eso, el cerdo. Ese es el consejo. Cuando pescas con cerdo, las traes locas. Coges lo mismo dos que ochenta, porque les encanta.

Pero hoy no quieren picar, no. Hoy no quieren. ¿Qué, ya se marchan ustedes?

Lo pregunta así, de carrerilla, porque es verdad que Daniel, pasito a pasito, se va. Se está yendo ya. Pero de pronto se queda detenido en seco:

—¿Quiénes? —pregunta.

—¿Cómo dice?

—Ha preguntado usted si nos marchamos.

—Sí.

—Que si nos marchamos, ¿quiénes?

El viejo tarda un poco en entender. Hace al fin un gesto vago, que parece comprender la cala al completo, y tal vez también una porción del mar.

—Pues... ustedes. El niño y usted.

—¿Qué niño?

Mira a un lado y a otro, sin soltar la caña.

—¿No venía con un niño? Me pareció que venía con un niño. O una niña. Es que no veo tres en un burro, yo.

Ahora sí, ahora Daniel siente de pronto ese sabor metálico en la boca del que hablaba John1419. Esa sensación de que el mundo se hace muy grande de la que hablaba Schneider.

—No hay ninguna niña —dice con calculada lentitud—. Estoy solo.

El viejo se rasca el mentón.

—Ah, pues me pareció. Ya le digo que estos ojos no son lo que eran.

—Nada —murmura Daniel, como para sí mismo—. No pasa nada.

Eso es: nada. Nada frente a él y nada tampoco a su espalda. La cala vacía de Teresa. El viejo que se queda ahí, clavado a su caña y a su esperanza. Al regresar, Daniel no puede evitar fijarse en la maraña de pisadas que se confunden sobre la arena. Distingue,

entre las huellas palmeadas de las gaviotas, el itinerario sinuoso, dubitativo, que han dejado sus propias deportivas. Unas huellas grandes y, junto a ellas, unas huellas más pequeñas y menos profundas. Unas huellas que podrían ser, por qué no, de la talla treinta y cinco.

Debe de tener diez, todo lo más doce años. Un vestido blanco. En la cabeza, una corona de flores. Las palmas de las manos muy juntas, en actitud de rezar a Dios o de responder namasté en clase de yoga. Parece una niña, pero es un ángel. La delatan dos grandes alas de algodón, cosidas a su vestido por alguna madre solícita. La procesión se detiene y la niña —el ángel— sube a una de las andas, con pasitos modosos.

El gentío que abarrota la Alameda aguarda en silencio.

La talla de Jesús resucitado y la talla de la Virgen María, la una frente a la otra, aguardan también.

La niña aguarda a que dejen de tocar las trompetas.

Los músicos aguardan a que el director de la banda baje los brazos.

El periodista de la televisión local aguarda a que la niña comience a declamar.

Daniel, una cabeza más entre el gentío, aguarda porque no puede hacer otra cosa. Porque una mañana más ha bebido su café y Teresa su Cola Cao, le ha dicho venga que llegamos tarde, le ha preguntado si se ha puesto loción solar, ha encendido el motor del coche, ha quitado la radio, pero al poco de salir del garaje un guardia de tráfico le ha dado una palmada en el capó y le ha indicado que no, que imposible girar a la derecha, imposible, debe girar a la izquierda. Daniel suspira. Otro día más perdido. Porque puede que Mario tenga

razón, que de un tiempo a esta parte esté ido o medio ido, pero hay una cosa que tiene muy clara: el 13 de abril no giró a la izquierda, sino a la derecha. Baja la ventanilla:

—¿Qué pasa? —pregunta.

El guardia de tráfico, sin sacarse el silbato de la boca, contesta.

—¿No lo sabe? Es la Ambaixada del Ángel.

El ángel, pues, tiene algo que decirles. Una ambaixada, es decir, un mensaje. Y como al fin y al cabo el día ya está perdido, Daniel devuelve el coche al garaje y luego camina a lo largo de la Alameda, entre tantas personas que poco a poco se van congregando venidas de todas partes, como zombis preparándose para el asalto final. Pero no, por nada del mundo debe pensar en zombis. Y ahora está ahí, esperando a que el ángel hable. No se dirige a ellos: se dirige a la talla de la Virgen María.

Salve, pura, casta esposa, salve, amantísima madre. Salve, virgen sin mancilla, celestial María, salve, dice.

¿Por qué tan triste caminas presa de dolor tan grande?, dice.

¿Por qué surcado de lágrimas se ve tu hermoso semblante?, dice.

Lo llaman la Ambaixada del Ángel y se celebra siempre en la misma calle, siempre la mañana del Domingo de Resurrección, siempre repitiendo el mismo poema. La niña cambia cada año, aunque se diría que también es siempre la misma: una niña delgada y lánguida, de melena larga y a ser posible rubia. Niñas perfectas, que no han bajado del sobresaliente en toda su vida: basta con mirarlas una vez para saberlo. La de este año —¿qué año?— declama con seguridad pero sin pasión, y también con algo de catarro. Cada dos o tres estrofas tose roncamente y se lleva un pañuelo de tela a la nariz, de esos que los niños ya nunca usan. Cuando lo hace murmura perdón y ríe tímidamente y la gente

también ríe porque es una niña adorable; un ángel adorable también.

¿Es que contemplas del hijo la desgarradora imagen y en tu corazón, señora, tanta amargura no cabe?, dice.

No llores, Señora mía, no llores, lirio del valle, y trueca en santa alegría ese dolor que te abate, dice.

Tu unigénito hijo, unigénito del padre, ¡ya salió de entre los muertos!, ¡ya resucitó triunfante!, dice.

He ahí la ambaixada, es decir, el mensaje. Una madre acaba de ver resucitar a su hijo, piensa Daniel, lo que significa que es Domingo de Resurrección, lo que significa que de nuevo es abril. Hasta ahora no se le había ocurrido pensarlo. Ese pensamiento no le genera ninguna emoción. Es abril, pero siempre ha sido abril, porque nada es real. Ni la procesión, ni el ángel ni los centenares de rostros que aguardan: nada existe. Recuerda las palabras de John1419: retroceder en el tiempo es imposible. Lo único que podemos hacer es darnos cuenta de que el tiempo no ha pasado en absoluto. De que todo lo que hemos creído vivir no es más que un sueño. Esto, también, un sueño. Pero los sueños tienen también su propio reloj y su propio calendario, y resulta que en ese sueño, en ese calendario de mentira, es también abril.

Tampoco ninguna emoción en el rostro de la niña. Más bien el gesto gazmoño de quien sabe que está recitando bien su lección, con su voz chillona. Y menos sentimiento aún en la talla de la Virgen, que aguarda con su misma cara de palo y su misma expresión de sufrimiento. Si algo puede sacarse en claro del cristianismo es que para obtener la gracia de Dios primero hay que sufrir. Que los milagros más excepcionales vienen siempre precedidos de padecimientos más excepcionales si cabe.

Salve, pura y casta esposa, salve, amantísima madre, salve, virgen sin mancilla, celestial María, ¡salve!

¡Aleluya!, exclama la niña ángel, antes de estornudar aparatosamente en su pañuelo.

¡Aleluya!, exclama el gentío.

¡Aleluya!, exclama por megafonía el «Aleluya» de Haendel.

Trescientas, tal vez quinientas personas aplaudiendo, calcula Daniel. Y cada una tiene su propio rostro y su propia expresión, y celebran la resurrección del Hijo de maneras distintas, y parecen tener ilusiones y secretos y pasados distintos también. No son reales, pero lo parecen. Increíble, la mente humana. Increíble que tantos detalles quepan en la imaginación de un único hombre. Si todo esto es de verdad un sueño, qué inagotable, qué rica, qué extraordinaria será la realidad cuando al fin despierte.

ABRIL

Teresa cumple años dos veces cada año. En Madrid y en Benidorm. Con mamá y con papá. En abril y en abril. El orden es siempre el mismo: primero en Madrid, primero con mamá, primero el día 3 de abril. Su verdadero cumpleaños. Porque las cosas solo pueden ser verdaderas una vez, el resto es repetición, y al padre, a Daniel, siempre le toca celebrar esa repetición: un cumpleaños que nunca transcurre en la ciudad de la niña, nunca con sus amigas, nunca el 3 de abril. Este año será el día 13, sábado: una fecha de mentira. Lo sabe Daniel y, sentada en el asiento de copiloto, lo sabe también Teresa, que guarda un silencio solemne mientras el coche arranca y la puerta del garaje se va elevando poco a poco. Al menos Daniel la imagina así, muy seria, con esa expresión adulta que no le pertenece del todo a ella, sino a su madre. Desde que montaron en el coche no la ha mirado ni una sola vez: por eso tiene que imaginarla. ¿Por qué no la mira? Tal vez para no ver a Patricia en el rostro de su hija; todos esos gestos en los que no puede reconocer nada propio, salvo la derrota. O tal vez por alguna otra razón que ha olvidado. No importa. Simplemente sabe que no debe mirarla, y no la mira.

—A ver. ¿A dónde te llevo? —le pregunta.

Y luego, ante el silencio de Teresa, insiste.

—Tú prueba.

Dice otras muchas cosas inconexas, frases que intentan animarla a hablar, sin resultado —¿está enfadada, tal vez?—. Dice: Frío, frío.

Dice: ¿Te gustaría navegar? Pues es una pena, porque tampoco te llevo a navegar. Y luego: Ya te he dicho que es una sorpresa. Vas a tener que esperar un poco más.

Y Teresa hace exactamente lo que se le pide: espera.

Daniel también está esperando algo. ¿Qué es lo que espera? Espera que la conversación en algún momento fluya, porque qué difícil es hablar con una niña de doce, casi trece años. Ver a un hijo en fines de semana alternos es no conocer del todo a la persona que se está subiendo a tu coche. Una cita a ciegas los sábados por la mañana.

Daniel espera a llegar a la Cala de los Amarillos antes de darle a su hija su regalo: la sorpresa.

Los dos bocadillos de mortadela esperan en el asiento trasero.

La caja de Decathlon espera en el maletero.

El Seat Ibiza espera frente a un semáforo en rojo.

La mujer vestida de amarillo espera que el Seat Ibiza se detenga para cruzar.

Una mujer que de pronto alza la vista del paso de cebra.

Sus ojos en los ojos de Daniel. Un escalofrío.

Está sucediendo.

Una convicción que se repite en su cabeza como un eco. Como las ondas cada vez más grandes que despierta un cuerpo al caer en el agua.

Está sucediendo. Así, exactamente así es como empieza.

¿Qué es lo que sucede? ¿Qué es lo que empieza? No sabe decirlo. Solo sabe esto: que el comienzo está aquí, en los ojos de la mujer, o mejor dicho, en el momento en que los ojos de la mujer se encuentran con los suyos. Mira su vestido amarillo y su cigarrillo a medio consumir y su bolsa de la compra marca Alcampo. Mira la expresión de su rostro. Su mirada. No olvidará su mirada, porque la

mujer, la chica —toda mujer más joven que él es una chica para Daniel—, tiene sus ojos dolorosamente clavados en los suyos, como un alfiler atraviesa el cuerpo de una mariposa. Hay en su expresión algo que no termina de identificar, una vaga sensación de familiaridad, de instante ya vivido, algo que podría ser curiosidad o tristeza o perplejidad o incluso deseo, si Daniel creyera que despertar deseo en una chica tan joven y tan guapa sigue siendo posible. No, no es posible, piensa y decide y recordará Daniel, y acaba apartando la mirada con turbación.

¿Es por eso por lo que aparta los ojos? Por eso y tal vez por otras cosas. Porque de pronto, en ese infinito que media entre dos parpadeos, ve imágenes que no entiende. Ve una lata de Coca-Cola vacía. Ve un cenicero atestado de colillas. Ve un banco concreto del paseo marítimo, entre los muchos bancos que miran a la playa de Levante. Ve a la chica del vestido amarillo sin su vestido amarillo, a la chica del vestido amarillo sin ningún vestido en absoluto, esperándolo en una cama —no apagues la luz—. Ve a la chica desnuda que ya no está desnuda ni tampoco lleva un vestido amarillo sino una camiseta blanca; la chica de la camiseta blanca apretujada en la cama de su hija —háblame de Teresa—. Y ve quizás otras muchas cosas, imágenes que por incomprensibles o por dolorosas o por extrañas no puede siquiera empezar a describir. Y está claro que ella también, la chica del paso de cebra, está viendo algo que no está del todo ahí, que lo mira a él sin ver o quizás viendo mucho más allá, porque cómo explicar si no que no se mueva aunque hace mucho que el semáforo viró al ámbar, cómo explicar su gesto de desconsuelo. Que se atreva a sostener así, con esa dolorosa franqueza, la mirada de un desconocido. Que después de un instante como ese dos personas puedan seguir llamándose así, desconocidos.

Está sucediendo.

Está sucediendo.

Está sucediendo, y ese suceso tiene mucho que ver con muchas otras sensaciones. Un sabor metálico en la boca. Un calor súbito. Una tranquilidad repentina, tan repentina que no es tranquilidad en absoluto. El aire que de pronto tiene textura; como si fuera el tejido de un lienzo, y todo lo que ve frente a él —el ángulo del sol en el parabrisas, la cagada de gaviota, la imagen de una mujer que podría titularse Retrato de mujer en paso de cebra— estuviera bordado en ese lienzo; un cuadro indistinguible de la realidad que representa, pero un cuadro al fin y al cabo. La sensación de que su campo visual se ha ido achicando poco a poco, hasta ver el mundo como desde el interior del ojo de una cerradura o de un catalejo. Y al fondo de esa cerradura, de ese catalejo, la chica del vestido amarillo que suplica sin palabras y sin movimiento.

Luego, el semáforo que regresa al verde.

Luego, el ruido impaciente de un claxon.

Daniel pisa el acelerador, sin mirar atrás. Se aleja lo más rápido posible de esas imágenes que no entiende y es mejor no entender. Del mismo modo que es mejor no mirar a la derecha. Del mismo modo que es mejor no esperar una respuesta de su hija.

Su hija. Durante unos instantes, casi había olvidado que Teresa sigue ahí, a su lado. Siente el peso rugoso de la culpa, un peso seguramente excesivo. ¿Acaso un hombre no puede distraerse un momento mirando a una mujer hermosa? No, se responde: no puede. Un padre nunca debe dejar de mirar a su hija. Nunca, nunca. No debe cerrar los ojos, pues es ahí, en ese interregno de oscuridad, donde las cosas que no deberían suceder nunca suceden.

—Media hora más o menos —dice en voz inusitadamente alta, menos porque esa información importe y más porque quiere

demostrarle a Teresa que está con ella de nuevo—. Estamos en un periquete.

Pero en el espejo retrovisor, Daniel no puede apartar los ojos de la chica del vestido amarillo, que sigue paralizada en la misma acera y con el mismo gesto de perplejidad y de dolor, mirando el cogote de un hombre que se aleja.

La sensación de ver las cosas desde lo alto, sin intervención posible. Y lo que ve es esto: un hombre de cuarenta y tres años que acciona la palanca de cambios, y mira el cuentakilómetros, y pone el intermitente, y se rasca el mentón, y parpadea. Alguien que pisa el acelerador o el freno, que adelanta a un camión o se deja adelantar por un imbécil que va demasiado rápido: todas esas pequeñas decisiones, sin necesitar su voluntad. La certidumbre de que suceden las cosas que deberían suceder en el orden correcto, como cuando forcejeas con el cierre de un abrigo y de pronto sí, de pronto entra la cremallera y cada diente se engrana del único modo posible. O como cuando juegas muchas horas al mismo videojuego y tus dedos saben lo que tu cabeza no sabe —videojuegos, piensa: hace cuánto que no habla de videojuegos con Mario, que no le pide recomendaciones—. Hace cuántos días, de hecho, que no habla con Mario. Cuántos minutos que no habla con Teresa.

—¿No me cuentas nada, Tere? —pregunta Daniel, más o menos a la altura del kilómetro veintisiete de la carretera. Y luego, justo a tiempo, recuerda que Teresa siempre ha odiado lo de Tere—. ¿No me cuentas nada, Teresa?

Nada. Natalia se resiste a hablar. Quiere decir, Teresa. ¿Por qué de pronto ha venido ese nombre extraño a su cabeza, Natalia? Una compañera fea y dentuda de 5.º de Primaria: eso es todo lo que

significa Natalia para él. ¿Por qué, por qué se acuerda de ella ahora, tantos años más tarde? No lo sabe, pero sabe esto: que hay que desechar ese nombre y ese pensamiento, como el coche va dejando atrás campos amarillos y pueblecitos blancos. Teresa, pues. Teresa, que no contesta. ¿Está tal vez enfadada porque no le ha contado aún en qué consiste la sorpresa? ¿Enfadada, tal vez, porque ha mirado demasiado tiempo a la chica del vestido amarillo? Así son los hijos, piensa: quieren que los dejemos en paz de una vez, que nos ocupemos de nuestros asuntos, pero no perdonan el momento en que los padres tienen efectivamente asuntos donde ellos no caben. Quieren que dejemos de mirarlos, pero que esa interrupción no sea verdadera.

—Te va a gustar. Te lo prometo.

Silencio. El silencio de un asentimiento o el silencio del escepticismo: cómo distinguirlos.

Para descubrirlo, cambia de tema. Le pregunta por su madre. Le pregunta por Jaime: qué tal está el bueno de Jaime. Le pregunta si hacen cosas juntos, si juegan a algo por las noches, si Jaime es o no es bueno en esos juegos —Jaime, el cabrón de Jaime, es bueno en todo; pero de todas formas pregunta—. A Teresa, como a toda chica preadolescente, le resulta muy difícil responder a unas preguntas tan simples. Así que tal vez para demostrarle que es más fácil de lo que parece, que también un padre puede abrirse a su hija, el propio Daniel responde:

—Estoy bien. Todo va bien.

Le gusta su trabajo, explica. Es verdad que viene todo junto durante la temporada alta; es como tener todos los exámenes del año el mismo trimestre, pero le gusta de todos modos. Está mucho mejor que antes, admite. ¿Novia? No, eso no tiene.

—Me parece que yo ya... Yo ya he cerrado el chiringuito —resume.

Pero una parte de sí mismo le dice que está exagerando. Que es viejo, pero no tanto. Eso es de hecho lo que le diría Teresa, si Teresa no estuviera enfadada: Vamos, papá; eres viejo, pero no tanto. Un padre sabe eso. Sabe lo que van a decir los hijos antes de que lo digan. Sabe, incluso, aquello que los hijos no dirán nunca.

Luego, el coche abandona la carretera general y toma un camino de terracería que desemboca en un poste eléctrico derribado.

—Es aquí —dice.

El maletero abierto. La caja de Decathlon abierta también. Dentro: Dos aletas de buceador. Un snorkel de plástico. Un traje de neopreno, cuidadosamente doblado. Un bikini amarillo. ¿Seguirá siendo el amarillo el color favorito de Teresa?

—¿Te gusta? —pregunta.

Pero tampoco ahora contesta.

Daniel se apresura a explicarle que el regalo no es eso, o no solamente eso. El regalo, dice, es llevarla a hacer snorkel. Él mismo aprendió en una cala que está a diez minutos de allí, más o menos a la edad que tiene ahora Teresa. Es muy divertido, el snorkel: cuando empiece a practicarlo, ya no querrá dejarlo nunca. Eso le explica, y luego se queda callado.

¿De verdad le gusta el regalo?, se pregunta Daniel, de pie frente al maletero abierto. Cómo averiguarlo sin mirarla a los ojos; porque un padre sabe interpretar los gestos de su hija. ¿Por qué es importante no mirarla? Lo ha olvidado. Solo recuerda esto: que recuerde las razones o no, no mirarla es importante. Puede que la cosa más importante en el mundo.

Dice:

—¿Qué pasa, Tere?

Dice:

—¿Qué pasa, Teresa?

Dice:

—Ya sabías cuál era la sorpresa.

No lo pregunta: lo afirma.

—¿Quién te lo dijo? ¿Mamá?

Sí. Fue mamá. Ahora está seguro:

—Manda cojones —murmura.

Pero *cojones* es una palabra prohibida entre padre e hija. Al menos, entre este padre y esta hija en particular. Así que Daniel se corrige:

—Perdona.

Sabe muy bien que no tiene por qué pedir perdón. Tiene cuarenta y tres años: edad suficiente para decir tacos.

—Habrías preferido el móvil, ¿no?

Teresa, piadosa, no contesta. Y quién sabe si está pensando en sus propios deseos o en los deseos de Daniel cuando calla.

Caminan en dirección a la cala, por un camino polvoriento que serpea hacia ninguna parte; el mar todavía una hipótesis, escondido tras los cerros. Ni siquiera es posible percibir su olor a yodo. Caminan en plural, aunque tal vez sería más exacto decir que es Daniel quien camina. Daniel: tercera persona del singular. ¿Dónde está Teresa? Debería estar detrás, en alguna parte. Ojalá detrás. Ojalá lo esté siguiendo. ¿Por qué no iba a seguirlo? Si pudiera volverse para mirarla lo haría, pero no puede. Si pudiera hablar, si pudiera hacerle una pregunta de nuevo, hablaría; pero tampoco puede. ¿Por qué no puede? Porque no es momento de mirar. No es momento tampoco de hablar. De nuevo ve las cosas como desde

arriba, Daniel ve a Daniel caminando entre los matorrales ralos, bajo el sol inusualmente cálido de abril, y se da cuenta de que no depende de su voluntad lo que ese otro Daniel hace o dice. Las cosas solo pueden ser de un modo: exactamente del modo en que están siendo. Además no debe preocuparse. Claro que Teresa lo sigue. Claro que está detrás, resoplando porque el camino se le hace largo; todo camino es demasiado largo para un niño de doce años. Pero, por alguna razón, de pronto siente miedo. ¿Miedo de qué? De vez en cuando, solo de vez en cuando, sombras de pensamientos que amenazan con nublar la luminosidad del cielo.

Por ejemplo, esto: Iniesta marcando un gol y contándole al mundo que Dani Jarque, siempre con nosotros.

Pero también esto: Daniel mirando la cama deshecha de Teresa, con un cigarrillo encendido entre los dedos.

Una pantalla, y en esa pantalla un hombre gordo, que come mantequilla de cacahuete y teclea con los dedos grasientos.

Otra pantalla y en ella una torre de piedra rodeada por un ejército de hombrecillos grises que intenta derribarla. ¿Quiénes son esos hombrecillos? ¿Qué es lo que protege esa torre? Dentro de la torre, se responde, hay un secreto. Dentro de la torre está la verdad que no debe ser mirada a la cara. Un olvido fortificado: eso es la torre. Y esos hombrecillos grises son recuerdos que intentan atravesar la epidermis del olvido; fragmentos de realidad que pugnan por destruir la belleza de nuestros sueños. Están a punto de lograrlo. Ya casi la han arrasado por completo. Nada puede salvarla: su torre a punto de venirse abajo. Y dentro de sus ruinas, de nuevo las mismas preguntas. ¿Dónde está Teresa? ¿Por qué no escucha el crujido del polvo bajo sus zapatillas del treinta y cinco? ¿Por qué no habla, por qué no habla él tampoco? Un escalofrío.

Está dejando de suceder.

Una convicción que se repite en su cabeza como un eco; como las ondas cada vez más grandes que despierta un cuerpo al caer en el agua. Un cuerpo que se ahoga.

Está dejando de suceder.

Concéntrate, Daniel. Protege esa torre y protégete a ti mismo de la verdad, de los recuerdos. No permitas que tu sueño fracase.

Está dejando de suceder.

Asciende, Daniel. Tienes que regresar a la promesa del oxígeno, aunque no sepas dónde es arriba y dónde abajo. Como aquella vez en la cala de Sanià en Girona: la única vez que experimentaste eso que llaman la narcosis del buceador. La euforia que te sobreviene cuando has aspirado demasiado nitrógeno y crees que estás bien, que todo está bien allá abajo. Pero nada está bien. Si continúas ahí un minuto más, vas a morirte. No puedes morir, Daniel, y Teresa tampoco. Tenéis que estar vivos el uno para el otro y por eso tienes que olvidar a los hombrecillos grises y olvidar a Dani Jarque y olvidar la cama deshecha de Teresa. Apresa este momento con ambas manos, no dejes que se escape. Aunque ante tus ojos el lienzo se esté volviendo mundo y la tela de araña se esté desgarrando y el aire esté dejando de ser umbral para volverse otra vez aire.

Está dejando de suceder.

Le faltan las palabras y le sobran los pensamientos. No pienses, Daniel. Camina y no pienses. Ni siquiera pienses en por qué no debes pensar. No te acuerdes. Tu corazón —recordar, es decir, volver a pasar por el corazón—, que suena cada vez más fuerte y cada vez más lento. Olvida eso: tu corazón. Olvida también tu cerebro. De nada sirven, las vísceras. De nada sirve eso que llaman realidad. Tan solo sigue caminando, caminando, caminando, vacío de deseos y pensamientos. Porque hay que tener cuidado con el deseo. ¿Quién dijo eso? ¿Quién dijo que el deseo es el Diablo mismo? La respuesta

en la punta de la lengua, en el filo de sus pensamientos, y las manos que comienzan a temblar. ¿Qué es lo que saben, esas manos? ¿Por qué tiene de pronto la sensación de que en este lugar, precisamente aquí, sucedió una vez algo terrible, algo que su cuerpo no ha olvidado? ¿Alguien se lo contó? ¿Lo soñó acaso?

Vuelve a mirar sus manos. Porque las manos, piensa como en sordina, son muy importantes bajo el agua: en esas profundidades a donde ni el oxígeno ni los sonidos llegan. Todo submarinista conoce el significado de esos gestos, porque pueden suponer la diferencia entre la vida y la muerte.

El índice y el pulgar de la mano derecha formando un círculo: todo va bien.

La palma extendida: alto, quédate ahí.

El puño cerrado: se nos acaba el aire. Tenemos que subir.

El dedo índice que señala a otro submarinista y luego el propio pecho: tú y yo.

Tú y yo, es decir, nosotros. Teresa y Daniel.

—¿Falta mucho?

La voz le sobresalta. Llevan por lo menos diez minutos caminando en silencio, entre el polvo amarillo y las rocas oscuras, y estaba tan abstraído que por un momento casi ha olvidado la existencia de su hija. ¿Cómo es eso posible? Sea lo que sea en lo que estaba pensando Daniel, debía de ser un pensamiento muy profundo y muy lejano; un mundo del que no era fácil regresar. Pero se da la vuelta y ahí está, Teresa. ¿Dónde iba a estar si no? Teresa y su melena castaña. Teresa y sus ojos un poco guiñados por el sol. Teresa no demasiado contenta de estar ahí, pero ahí, sin embargo; Teresa en pie y Teresa en movimiento y Teresa, el cuerpo de Teresa, extrañamente luminoso y extrañamente sólido. Un olor, incluso: esto, piensa Daniel, es el olor de Teresa. Una mezcla de sudor y de chicle

de fresa y de crema solar. Qué alegría eso, su olor. Casi lo había olvidado. Casi había olvidado que lo olvidaba. Pero Teresa no olvida que hace diez minutos le dijo que faltaban diez minutos, y por eso está ahí, mirándolo con cierto gesto de fastidio, tan cansada como solo un niño puede estarlo.

¿Qué es esto que siente Daniel? ¿Qué es esta especie de remolino en el pecho, esta imposibilidad de llenar del todo los pulmones? No lo sabe. Solo sabe esto: debe contestar deprisa a Teresa, si no quiere que Teresa se enfade.

—Ya no falta nada —miente.

Siente un súbito arranque de gratitud. De pronto es algo hermoso estar ahí, con su hija, aunque quizás ella no lo desee tanto; aunque sin duda hubiera preferido una tarta casera en Madrid y soplar las velas coreada por sus amigos de siempre y abrir un paquete en el que, puestos a soñar, le esperaría un móvil nuevo. Su madre, y no su padre, diciendo con la paleta en la mano: Y ahora, ¿quién va a querer tarta?

Pero, confundida con esa alegría, Daniel siente también otra cosa. La certeza de que Teresa y él han emprendido este mismo camino no una vez sino muchas veces. Que en todas las ocasiones ha brillado el mismo sol, y ella ha caminado así de despacio, y él ha tenido que esperarla en la misma curva del sendero. No es la primera vez que Teresa pregunta si falta mucho, ni la primera que él contesta ya no falta nada. Daniel sabe cómo se llama esa sensación: *déjà vu*. La certeza de que podemos anticipar lo que está a punto de ocurrir. Se parece a recordar el futuro, si es que eso es posible. Pero no es posible, claro: nadie puede anticipar el futuro. Solo puede hacerse esto: vivir el presente y en el mismo momento de vivirlo, llamarlo pasado.

Justo entonces, mientras Daniel piensa en ese falso pasado, el verdadero pasado emerge en el horizonte. Ahí, centelleando a lo lejos, se extiende la cinta azul del mar. Un montón de piedras cercadas de espuma. Una lengua de arena. La Cala de los Amarillos.

Al principio todo son pretextos. El neopreno le aprieta demasiado. Qué difícil calzarse esas aletas grandes y ridículas. El agua estará, seguramente, muy fría. Pero no lo está: al menos no para ser el mes de abril. Daniel nada muy cerca de la orilla y espera, paciente. No está fría, Teresa. Métete que te va a gustar. Te lo prometo. Eso es lo que dice, aunque quién es Daniel para prometer una cosa así: cómo estar seguro de que Teresa va a disfrutar del agua solo porque él lo desee. Ahí está, Teresa, de pie sobre las rocas, sin animarse al salto todavía. Vista desde abajo, parece una mujer adulta, a pesar de su metro cincuenta y tres de estatura. Tiene, al menos, el gesto de una mujer adulta. La mirada del escepticismo. De quien ha estado ya en todos los lugares y sabe lo poco que en ellos le espera.

Pero luego sucede. Teresa salta al fin, y los gritos de dolor —¡así que está fría!, ¡está friísima!— se convierten poco a poco en otra cosa. Gritos de placer. Gritos, incluso, de euforia. Los gritos de una niña que acaba de descubrir un nuevo juguete. Daniel nada en torno a ella, en torno a ese círculo de espuma blanca y manos que se agitan en que se ha convertido su hija. Quiere comprobar que todo está en orden: que su hija, efectivamente, flota. Pero no hay nada que temer. Teresa nada bien, muy bien incluso. En algo ha tenido que salir a mí, piensa Daniel.

—¿Y ahora qué? —pregunta Teresa, expectante.

—Ahora hay que ponerse la máscara. Mira cómo me la pongo yo.

Al cabo de unos minutos de instrucciones, Teresa ya chapotea con la cabeza sumergida; los ojos bien abiertos. Daniel puede distinguir la sombra naranja de su cuerpo deslizándose bajo la superficie, solo ligada al aire a través del cordón umbilical del snorkel. Cada tanto, Teresa, la cabeza castaña de Teresa, emerge para hacerle partícipe de sus descubrimientos.

—¡Un cangrejo!

—¡Un pulpo!

—¡Una cría de tiburón!

¿Una cría de tiburón?

—Un tiburón muy pequeño —reconoce Teresa.

—¿Cómo de pequeño?

—Como mi mano.

—Ya veo.

En algún momento, la deja seguir a solas. Teresa mira el fondo del mar: Daniel se conforma con mirar a su hija. Mientras ve surcar la superficie el extremo amarillo del snorkel, como un periscopio en miniatura, le sobreviene una sensación de paz, de plenitud. Aunque nade lejos de él, su hija parece de pronto muy cerca, mucho más cerca de lo que estaba en el asiento de copiloto. Respirar el mismo aire puede acercar a dos personas, pero contener la respiración en el mismo mar los une para siempre. Eso piensa Daniel, tal vez porque es un hombre que se toma muy en serio el agua y sus símbolos. Siente la caricia del sol, culebreando en la superficie como una red de hilos de oro. El escozor de la sal en los párpados. El olor a yodo del mar: un olor que, decide de improviso, le recordará ya para siempre a Teresa.

Ahora es el propio Daniel quien se sumerge. Se ha quitado las gafas y el tubo y los ha dejado abandonados entre las rocas. De pronto ha sentido la necesidad de bucear así, en contacto pleno con el mar: nada que se interponga entre él y su fantasía. Dos minutos y medio, a veces dos minutos cuarenta y cinco segundos: eso es todo cuanto Daniel es capaz de aguantar la respiración bajo el agua. Mucho menos de lo que duraban sus cigarrillos Golden Virginia, cuando Daniel todavía fumaba. Ya no fuma, pero el cigarrillo continúa siendo su medida del tiempo, igual que los profesores jubilados siguen pensando en semestres y calendarios escolares. Patricia tiene la pajita de sus cócteles y Teresa tiene el tubo del snorkel y él tenía los cigarrillos y luego los chicles mentolados y por último la boquilla de su regulador. La cuestión es tener algo en la boca y morderlo: respirar la vida a través de alguna clase de filtro. Pero ahora Daniel no mastica ningún pensamiento. Tiene los pulmones llenos de aire y la cabeza vacía de propósitos. Todo cuanto puede pensar es esto: en respirar o en no respirar, en abrir los ojos a las profundidades o no abrirlos. Él los abre. Se complace en su visión borrosa: en no saber si las cosas están cerca o lejos, como no está cerca ni lejos el paisaje de nuestros sueños. A eso se parece bucear, a soñar con los ojos abiertos. Y en esa nebulosa no ve pulpos ni crías ni tiburones ni el pecio de un barco. Ve tan solo, cuando mira hacia arriba, la llaga de sol en el agua y ese intervalo de sombra que es el cuerpo de su hija. Otra sombra, la de su propio cuerpo, cuando mira hacia abajo; una silueta que sobrevuela la arena blanquísima del fondo.

Luego, el aire se acaba. Solo queda ascender a la superficie: despertar.

Arriba debería estar Teresa. Su risa. Sus gritos de euforia. Su voz proclamando la existencia de tesoros hundidos y ballenas blancas.

Pero cuando Daniel asciende no escucha nada, no ve nada. Solo el mar desierto.

—¿Teresa?

No hay Teresa. No hay, tampoco, ninguna respuesta. Ni siquiera la boca amarilla de su snorkel. Solo silencio, o peor aún, el sonido del mar ahogando toda respuesta.

—¡Teresa!

Daniel bracea en todas las direcciones. El mar está tranquilo como un plato, como suele decirse; el sol brilla en lo alto, como suele decirse también. Todo es tan normal, tan lugar común, que asusta. Por un momento piensa: esto no está pasando. Lo que pasa es que aguanté demasiado tiempo la respiración y he perdido la conciencia y aún sigo bajo el agua. Esto no es la superficie: es que me estoy ahogando. Un pensamiento consolador, en cierto modo.

—¡¡¡Teresa!!!

Y entonces, su risa. La risa de Teresa. Su cabeza asomando entre las rocas. El pelo adherido a la cara y una sonrisa no del todo inocente en los labios.

—¡Pero si estoy aquí, papá!

Están comiendo bocadillos de mortadela, sentados sobre una piedra. Para Daniel hay algo sólido en eso: en la mortadela. Porque los intereses de Teresa pueden cambiar, puede gustarle y dejar de gustarle Ladybug, puede comenzar a tocar la guitarra y abandonarla en el armario al mes siguiente, pero siempre, siempre dice que sí a un bocadillo de mortadela. La mortadela es algo con lo que siempre podrá contar.

—¿Te gusta tu bocadillo?

—Sí. Sí que me gusta.

Pero la atención de Teresa ya no está puesta en la mortadela, sino en el mar.

—¿Podemos meternos otra vez?

Daniel duda. Podría decirle que sí, que pueden bañarse tantas veces como quiera, pero no se lo dice. ¿Por qué no se lo dice? No está seguro. Es solo que de pronto el mar no le parece tan buena idea. Volver a casa y cortar la tarta Comtessa y beber Coca-Cola y poner una película en Netflix y que Teresa se duerma en el sofá antes de terminar de elegirla: eso es lo que deberían hacer. De hecho deberían marcharse ahora. Justo ahora. Antes de que sea tarde. ¿Tarde para qué?, se pregunta.

—Acábate el bocata y hablamos.

El mar resplandece frente a ellos, como un campo sembrado de cristales. No se escuchan voces humanas, ni coches ni gaviotas. Solo el mar. Si la plenitud tuviera un sonido, ese sonido se parecería a esto. Y sin embargo hay algo en ese rumor de fondo, en ese entrechocar de fuerzas primitivas, que de pronto lo golpea como una inquietud sorda. Hay que decir algo, cualquier cosa, para borrar ese sonido que se alza sobre los seres y las cosas. Por ejemplo esto:

—Estaba muy buena el agua. Hemos tenido mucha suerte.

La sonrisa de Teresa se congela de pronto.

—No digas eso, papá.

—¿El qué?

—No es ninguna suerte. Es por el cambio climático.

Hay tanta seriedad en sus palabras, en el ceño solemnemente fruncido, que Daniel no puede sino reír.

—Hablas como esa niña.

—¿Qué niña?

—Greta. Greta Thunberg.

Teresa tarda en contestar el tiempo que tarda en tragar un bocado de su bocata de mortadela.

—¡Greta no es una niña! Seguro que ya está en la universidad. ¡A lo mejor hasta está trabajando!

—Bueno, pero eso será porque es muy lista y le han adelantado cursos.

Teresa menea la cabeza, indignada.

—¡No! ¡Es una mujer! ¡Tiene por lo menos *veinte* años!

No: Greta Thunberg no tiene veinte años. Tiene exactamente veintiuno, piensa Daniel, en una revelación que no sabe de dónde le viene. ¿Cómo puede recordar un dato así? ¿Dónde y por qué lo ha leído? Y sobre todo, ¿cuándo?

—Una chica —corrige Daniel maquinalmente.

Teresa alza los ojos.

—Bueno, pues *una chica*.

Luego, su gesto se dulcifica. La esquina de su boca se tuerce un poco, como siempre que está a punto de soltar una broma.

—Tienes que dejarnos crecer, papá.

¿Hacía cuánto que no escuchaba a Teresa decir algo semejante? Es una broma privada entre los dos, o tal vez habría que decir entre los tres: Patricia, de alguna manera, también está implicada. Pero no se ríe. Es una broma muy graciosa, incluso una broma graciosísima: así lo decidieron cuando todavía eran una familia. Pero de pronto resulta que no, que no es gracioso en absoluto. Así que no ríe. No puede. ¿Por qué no ríe? La sensación de extrañeza ha regresado a él, como regresan infinitamente las olas. Un dolor de cabeza. Sí: eso es. De pronto le ha entrado dolor de cabeza. La sensación que le golpea es esta: que el mundo y toda su belleza son algo muy frágil, pleno y frágil como un huevo, y algo está a punto de romperlo. A

esa sensación la llama, porque no tiene otro nombre, dolor de cabeza.

—¿Qué piensas, papá?

Teresa ha dejado de masticar y lo mira con los ojos muy abiertos.

—¿Qué te pasa?

Qué te pasa, le había preguntado Patricia cinco años atrás. Qué cojones te pasa últimamente, Daniel.

—Nada. ¿Qué me va a pasar?

Pero algo se ha ablandado dentro de él. La mirada de Teresa no se ablanda: tiene una intensidad y una dureza ante la que no queda sino rendirse. Daniel alcanza a pensar: esto no debería estar pasando. La sensación de que esa cremallera de pensamientos y acciones que ha creado entre los dos está a punto de descarrilar, quizás para siempre. El rostro de su hija, que de pronto no parece exactamente su hija, sino otra cosa más verdadera y más falsa al mismo tiempo. Su piel, por ejemplo. Tan lisa. Tan perfecta. ¿No debería tener una pequeña cicatriz en la mejilla izquierda? Por supuesto que no. ¿Por qué debería tener su hija una cicatriz, si siempre ha sabido cuidar tan bien de ella? Esa cicatriz existe solo en los pensamientos de Daniel, que de pronto han adquirido un cierto tono azulado, invernal, iluminados no por el sol de abril sino por el resplandor de una lámpara de lava. Como si no supiera que en la mesilla de Teresa no hay ninguna lámpara de lava: solo un flexo de IKEA. 9,99 euros costó, ese flexo. Lo sabe porque él mismo lo compró poco después del divorcio. Casi cinco euros más de lo que costó la tarta Comtessa. Un estremecimiento. ¿Cómo pudo comprarle un flexo tan feo? ¿Por qué una tarta tan barata? ¿Ha sido de verdad un buen padre?

—Papá. ¿Estás llorando?

Tiene ganas, ahora sí, de echarse a reír. ¡Llorar él! Imposible. No llora desde su último año en la universidad: lágrimas por una compañera de estudios que hoy parecen lejanas y ridículas. Veinticuatro años: ese es el tiempo que ha pasado desde entonces. Toda una vida. Y está a punto de responder eso, que él no sabe llorar, cuando comprende que sí. Que está llorando. Lágrimas de las de verdad, de las que salen en las películas: gotas que se desprenden de sus pestañas, para llover sobre el suelo. Joder, piensa. Solo eso: joder. ¿Por qué cojones está llorando? ¿Qué puede ponerle triste en un momento como este, con el sol y el agua y su hija y un bocadillo de mortadela en la mano? Casi había olvidado esa sensación como de fuego en los párpados. Ese vacío breve en los pulmones. Todo está bien, se dice. Todo está bien, se repite. No pasa nada, Teresa: es solo agua. No hay nada que temer del agua. Eso querría decirle a su hija. No sé qué me pasa. Perdóname, pero no sé qué me pasa. Y sin embargo no dice nada: solo llora. Otra vez ha comenzado a ver las cosas desde lo alto, desde unos centímetros más arriba de sus ojos. Se ve llorando en aquella cala donde no hay ningún motivo para llorar y llorando el día que firma los papeles del divorcio y llorando en el funeral de su padre y llorando en el funeral de su madre y también llorando en otro funeral —¿quién ha muerto? — donde Patricia y él están abrazados, mientras repite lo siento, lo siento, lo siento, y también ahora debería estar diciéndoselo a su hija, lo siento, Teresa, lo siento mucho, perdóname, por favor, perdóname, y llora en la cama deshecha de su hija y llora en el salón rodeado de comida china y llora delante de la puerta del congelador abierta y llora en los brazos de una desconocida y llora otra vez en la cala, sosteniendo la mirada de Teresa. Qué alivio: poder llorar así, con la cara descubierta. Siempre ha pensado que si alguna vez lloraba delante de su hija sentiría vergüenza. Él, que

tantas veces ha visto a Teresa llorar por juguetes y por peleas y por sana sana culito de rana, queriendo ocultarle el milagro de sus lágrimas. Así son a veces los padres: injustos. Él no. Él es distinto, decide, sin dejar de mirar a su hija.

—¿Por qué te has puesto triste, papá?

Pero Teresa se equivoca. No está triste, o al menos no solo triste. Llora sintiendo algo parecido a la redención, al consuelo. Llora porque todo está bien y porque a veces está bien llorar. Llora porque es un ser humano y como todos los seres humanos está hecho un 60 % de agua. Llora porque sí, ¿es que tiene que haber algún motivo? Como quien respira. Como quien empieza a vivir. Como quien al fin consigue abrir los ojos. Así es como llora Daniel.

—No estoy triste —responde, y su respuesta es una sorpresa para él mismo—. Solo pensaba que estamos muy bien aquí. Que estamos muy bien y que te he echado mucho de menos.

—¡Pero si me viste hace dos semanas!

¿De verdad hace solo dos semanas? ¿Entonces por qué le parece que han pasado siglos?

—Ya lo sé. Ya sé que te vi hace dos semanas. Pero te he echado de menos. ¿Tú no me has echado de menos, Tere?

—No me llames Tere —susurra ella, sin mirarlo.

Daniel sonríe.

—¿Tú no me has echado de menos, Teresa?

No contesta de inmediato. Ha dejado de masticar su bocadillo y los ojos se le pierden en un punto concreto de la arena, a la altura del meñique de su pie izquierdo.

—Sí —acaba diciendo con un hilo de voz.

Y luego, con los ojos en blanco y la boca ladeada como solo Teresa sabe ladearla, añade:

—Te he echado de menos, pero solo un poco.

Suficiente, piensa Daniel. Que su hija lo haya echado de menos un poco: más que suficiente. Todo el mundo sabe que los hijos no necesitan tanto a sus padres como sus padres necesitan a sus hijos. Todo el mundo sabe también que hay una edad a la que los niños tienen que dejar de ser niños. Ese momento no ha llegado. Teresa todavía disfruta de pasar un tiempo con su padre: al menos *un poco*. Llegará el día en que no, ni siquiera eso, pero para entonces todavía falta una eternidad. Un cumpleaños. Puede que dos cumpleaños. Daniel tiene que estar ahí para eso: para dejarla crecer. Piensa en el crecimiento de Teresa, en la felicidad de Teresa, puede que incluso en su propia felicidad y su propio crecimiento, si es que de verdad un adulto puede seguir siendo feliz y seguir creciendo. Y continúa pensando en esa felicidad mientras da algunos mordiscos distraídos a su bocadillo y mientras Teresa devora apasionadamente el suyo, porque al fin y al cabo todavía sigue siendo una niña: todavía le gusta la mortadela. Y a él le gusta todavía el mar. ¿Dejará algún día de gustarle?

No, decide. Imposible.

—¿Vamos a bañarnos o no?

Sí, quiere decir. Claro que sí, Teresa. Cómo no vamos a bañarnos, si a mí me gusta tanto el mar. Pero tal vez no le gusta tanto, porque una voz que no parece suya responde:

—Ahora vamos.

—¿Cuándo?

—Ahora.

Algo en él se resiste a que este instante termine. Le gustaría hacerlo durar para siempre. Él tumbado sobre la arena y Teresa resoplando vertical a su lado, porque quiere regresar al mar. Quiere disfrutar dos veces el regalo de su segundo cumpleaños. Daniel comprende de pronto, como a veces se comprenden estas cosas,

que nunca olvidará este momento. La sensación de estar donde está, exactamente donde quiere estar, mientras se sacude las últimas migas y se adormece al sol y siente por primera vez en mucho tiempo —¿cuánto tiempo?— el aire llenando del todos sus pulmones. Había olvidado esa sensación de lasitud y debilidad que sobreviene tras el llanto. Había olvidado que llorar pudiera ser tan cansado. Tan placentero y tan cansado. Los párpados cada vez más pesados y más suave esa arena que parece hecha para acoger su cabeza: esa playa que lo espera desde siempre. A su lado, qué más puede pedirse, la respiración de Teresa. Las palabras de Teresa.

—No me digas que vas a echarte una siesta *ahora*.

¿Eso es lo que está haciendo? ¿Echarse una siesta? Pero si Daniel nunca duerme después de comer. Si a él, de hecho, le cuesta dormir incluso por las noches. Por qué entonces no levantarse de inmediato. Por qué no decirle: estaba bromeando, Tere. Quiero decir, Teresa. Bañémonos ahora mismo. Disfrutemos de eso que los expertos en crianza llaman tiempo de calidad. Un momento de conexión padre e hija. Pero ahora mismo Daniel lo que necesita no es más conexión. Lo único que quiere es descansar un poco, porque está muy cansado.

—Será solo un momento. Una siesta corta.

—¿Cuánto tiempo?

—Veinte minutos.

Una petición más que razonable. ¿Entonces por qué siente de pronto una opresión en el pecho? ¿Por qué ese miedo a no estar haciendo lo correcto?

—¿Veinte minutos?

—Sí.

—¿Me lo prometes?

Veinte minutos, es decir, poco más de un tercio de botella de oxígeno. Un tercio de botella que en teoría equivale a veinte minutos, aunque pueden alargarse hasta los cuarenta o incluso los sesenta minutos, porque es un hecho sabido que los submarinistas profesionales saben cómo estirar el tiempo.

—Te lo prometo, Tere.

Teresa cambia el peso de una pierna a otra con impaciencia.

—Te he dicho que no me llames Tere.

Es verdad. Se lo ha dicho muchas, muchísimas veces. Siempre, además, con los gestos de su madre. El ceño fruncido: Patricia al examinar una factura. La mano apartándose un mechón de la frente usando solo dos dedos: los dedos de Patricia, el mechón de Patricia. La barbilla apuntando al cielo. Teresa, un metro cincuenta y tres centímetros de estatura y sin embargo capaz de mirarte a veces desde las alturas. Pero ahora hay en su rostro algo nuevo o que a Daniel le parece nuevo. Un gesto que no es de Patricia pero tampoco de Daniel. De Teresa, solo de Teresa. De la mujer en la que algún día llegará a convertirse. De ahí es de donde viene la sonrisa tenue que a Daniel le parece ver dibujarse en los labios de su hija: del futuro. Del instante en que una niña comprende que un padre hace lo que puede. Solo lo que puede.

Daniel no quiere perderse por nada del mundo ese gesto. Por eso tiene los ojos muy abiertos cuando responde:

—Te lo prometo, Teresa.

AGRADECIMIENTOS

Cuando comencé a escribir este libro todavía fu-maba Golden Virginia y jugaba a They Are Billions, pero no sabía mucho sobre buceo ni sobre Benidorm. No he practicado snorkel y sé nadar a duras penas: quiero agra-decer a Jorge Begega, Enrique Rey, Camila Enrich y a los amigos de la escuela de buceo Nissos por resolver mis dudas sobre lo que sucede bajo la superficie del agua. Tampoco sé mucho sobre paternidad: lo poco que sé lo aprendí de mis sobrinos Marcos y Adriana, que dieron carne y palabras al personaje de Teresa. John1419 se llama así porque lo quiso Pablo Parra, Daniel porque lo quiso Guillermo Aguirre y Johannes Schneider por-que lo quiso Johannes Schneider: el único personaje real de esta historia.

En el proceso de corrección fueron vitales los conse-jos de amigos y lectores como Marta Jiménez, Anxo Mar-tínez Rojo, David Jiménez, Víctor Balcells, Félix Tusell, Eliana Dukelsky, Ayesha López, Alfonso Muñoz, LidiaHurtado, Guillermo Aguirre, Zita Arenillas, Andrea Palaudarias, Juan Soto Ivars, José Hamad, Judit Fontcuberta, Emilio Gómez, Mercedes Bárcena, Carmen Cáceres y Andrés Barba. También trabajaron estrechamente en las correcciones Ella Sher, Elena Ramírez y Jesús Rocamora, así como todo el equipo de Seix Barral.

Por último, quiero agradecer a Denise Riley por las palabras que inspiraron el germen de esta novela. «Podemos perdonarnos por la

muerte de nuestros hijos. Puede que este perdón tenga que repetirse una y otra vez. No lo sé.»

Abril o nunca
Juan Gómez Bárcena

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Diseño de la portada, Nuria Zaragoza
© de la fotografía de la portada, David Paire / Arcangel

© Juan Gómez Bárcena, 2026
Autor representado por The Ella Sher Literary Agency

© Editorial Planeta, S. A., 2026
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Esta obra ha recibido una ayuda a su creación del Ministerio de Cultura - Dirección General del Libro, del Cómic y de la Lectura



Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2026

ISBN: 978-84-322-4952-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta